

DRAMAS MILITARES

JUAN SIN PATRIA

ESCRITO PARA "LA PATRIA ARGENTINA"

POR

EDUARDO GUTIERREZ

(con ilustraciones)



BUENOS AIRES

IMPRESA DE «LA PATRIA ARGENTINA», CALLE BELGRANO N.º 168 Y 170

1881

JUAN SIN PATRIA

Yo soy la abnegación desconocida
y la pena ignorada:
soy la sangre vertida
con todo el sacrificio de la vida,
y sin otra ambición en mi carrera
que un gran de bandera
que sepulte mi frente destrozada!

Poeta y Soldado—R. GUTIERREZ.

La serie de dramas militares que empezamos hoy, compendia la existencia miserable y la eterna tortura que sufre en silencio y sin lanzar la menor queja el hombre del pueblo, condenado de la manera mas injusta siempre á formar en las filas de nuestro ejército.

Allí vá por dos años generalmente, el paisano honrado y laborioso, porque no cumplió con la ley de enrolamiento.

Allí vá el hombre del pueblo que no tiene suficiente dinero para pagar á la justicia que lo califica de *vago*.

Allí vá tambien el enemigo político que no dió su voto al candidato oficial y en quien de esta manera se venga desde el mejor gobierno hasta el último toniente alcalde de campaña.

Y pasan dos y pasan cuatro y pasan seis años y la baja no aparece.

Si no han tenido la suficiente paciencia para soportar en silencio las hambres y malos tratamientos del cuartel, sus recargos en el servicio vienen á sumar diez ó doce años.

Y si por el contrario ha sido un soldado bueno al extremo de no merecer jamás un reproche, las puertas de aquella cárcel de línea se cierran entonces para siempre á su espalda porque ¿qué jefe se desprende de un buen soldado?

Así el hombre joven, que entra á un cuerpo de línea, recibe su baja cuando ya tiene la cabeza blanca de canas y la carne hecha girones por el arma enemiga y por los hechos inquisitoriales de los cuarteles.

Recien entonces recobra su libertad, pero es para pasar una existencia mas miserable.

Su familia ha desaparecido ó ha tenido que envilecerse para encontrar un mendrugo de pan que llevar á la boca.

Sus hijos, faltos de tal recurso y amparo, han seguido el camino que termina en la Penitenciaría.

Y sus hijas, sus pobres hijas, siguiendo el camino del envilecimiento, han ido á parar á un hospital, donde han rendido el alma maldiciendo la justicia humana que las privó del padre.

Y él mismo, hambriento y miserable, cual es el fin que le espera como compensación á sus largos servicios prestados á la patria?

El gobierno le debe tres ó cuatro años de sueldo que tendrá que vender á un usurero por cien pesos, pues á él nunca le pagarán.

Viejo y con los miembros destrozados por el cepo y los palos, no podrá trabajar para ganar su subsistencia.

Sus medallas, como su camisa, han ido á parar al monte-pío para comprar un peso de pan.

Y así hambriento y miserable, espera con la resignación de un mártir el día en que quede endurecido de frio en una plaza, ó en que, por vagancia, sea conducido á la cárcel donde rendirá su último suspiro.

Así es como recompensan los gobiernos á los que han dejado su juventud y los girones de sus carnes en defensa de la patria y las instituciones.

Así la carrera de las armas, que cubre al

hombre de honores y consideraciones en cualquier país de la tierra, viene á ser entre nosotros, para el hombre del pueblo, un presidio y una pena infamante.

En los ejércitos regulares de la Europa y de muchas partes de América misma, haber sido soldado es un timbre de honor.

Al que sale de sus filas con una baja inatachable, se le premia con una pensión ó con un empleo arreglado á su capacidad, donde pueda ganar su vida y el sustento de su familia.

Entre nosotros se le pone sencillamente en la calle y se le dá á elegir entre el hospital ó la vagancia.

Puede morir contento en una tarima del primero ó en el abandono y el desprecio de la segunda.

Nuestro soldado, prototipo del valor y la abnegación mas sublimes, está amparado por una porción de leyes y órdenes, tendentes á hacerlo sobrellevar de la mejor manera la vida terrible del cuartel.

Hay hasta una ley especial del Congreso que lo libra de la pena de azotes y cepos que degradaba al Ejército.

La misma pena de muerte no se le puede aplicar sinó en casos especialísimos y llenando una porción de formalidades.

Para cometer el acto feroz de condenar á muerte á un soldado que deserta es preciso tener en cuenta si á ese soldado se le ha pagado y vestido con puntualidad y si se le ha alimentado diariamente.

Pero todas esas leyes son humo que lleva el viento.

Aquí se fusila por tentativa de deserción, sin averiguar si la tal deserción es motivada por el hambre ó por recuperar una libertad arrebatada violando todas las leyes divinas y humanas,

La ley especial del Congreso prohibiendo la pena de azotes es una amarga sátira, pues fuera de los horrores que pasan desconocidos, acabamos de ver sumarios publicados en los diarios, en los cuales sumarios aparecen gefes del Ejército, condenando á cien y doscientos palos por la simple falta á una lista y á digerir por fuerza una enorme cantidad de alimento, obligando en seguida á la víctima á bañarse en los momentos mas difíciles de la digestion!

Oficiales del ejército han tenido que ocurrir á la prensa diaria narrando los hechos mas vergonzosos.

Soldados que, por haber dicho que tenían hambre, fueron condenados á comerse una arroba de carne cruda.

Y si se resistían á comerla?

Oh! entonces esos infelices tenían á su lado un sargento que les torturaba los huesos á

fuerza de sablazos, hasta que habia tragado el último pedazo de carne cruda!

Y el gefe autor de estas monstruosidades condenado á presidio por un consejo de guerra, no solo es abuelto por la autoridad militar, sinó repuesto en el mando del mismo cuerpo de que fué verdugo; por el Ministro de la Guerra entonces.

De esta manera los soldados que se quejaron y que declararon en el tal sumario, tuvieron que soportar todo el peso de la venganza de aquel gefe condenado á presidio, á devolver dineros que retenia en su poder y repuesto por el Ministro de la Guerra.

De esta manera, todas las leyes que ampararon al soldado de las arbitrariedades de sus gefes, han sido borradas por el sable de este, verdadero dueño y señor del soldado, convertido entonces en un autómatas manejado á garrotazos.

Desde la pena de cien palos hasta los fusilamientos á monton, como en Loncagué, ha sido la única justicia de que ha gozado el soldado de nuestro ejército.

El ha perdido hasta el derecho de quejarse, pues ya sabemos que las quejas se las atiende el sable del sargento, movido por la órden del día del comandante.

El hombre del pueblo, desde que entra á un cuerpo de línea, entra á sufrir la pena de azotes, pues diariamente vemos en nuestras plazas que nuestros reclutas no tienen otro maestro que la varilla del cabo instructor.

Así todos los derechos y todas las leyes de justicia y de humanidad han desaparecido para el hombre del pueblo que no las puede comprar con su dinero, ó no tiene el suficiente corazon para hacerlas respetar con su revólver.

Solo goza de ellas el hombre que ha logrado hacerse respetar por su posición social, ó que puede hacerse temer de los gobiernos desde las columnas de un diario.

El hombre del pueblo no es mas que la carne de cañon con que se alimentan los cuerpos de línea y engordan las víboras del presupuesto.

El hombre del pueblo condenado al servicio de las armas, se convierte en un pária que empieza por perder el derecho de dormir y concluye, como el presidario ó el loco, hasta por perder su nombre.

Así el soldado de nuestro Ejército se encuentra acosado de todos modos.

Su buena conducta no tiene compensación alguna y se hace vicioso para olvidar de alguna manera las torturas que sufre en el cuartel.

Testigo forzado de las mas horribles crueldades, su corazon se vá endureciendo insensiblemente, y morir por morir, deserta, pues así

tendrá siquiera el consuelo de sucumbir combatiendo con aquellos que vayan á prenderlo.

Su único dia de distraccion es el dia de combate.

Ese dia olvida los malos tratos del gefe, olvida el hambre y las desventuras pasadas. levanta su corazon hasta la bandera querida y combate á su sombra hasta que le faltan las fuerzas ó hasta rendir la vida.

Ese dia se le vé risueño y alegre llevar su abnegacion hasta salvar la vida al mismo oficial que momentos antes cruzara su rostro á garrotazos por la mas insignificante de las faltas.

Concluido el combate sigue la marcha de la columna, sin preocuparse de su propio cansancio ó de las heridas que recibió en la lucha.

El sabe que va siguiendo su bandera triunfante y es feliz.

No piensa que al otro dia empezará de nuevo para él la vida de torturas y privaciones.

Su única ambicion es vencer y ver flamear en el campo enemigo el estandarte de la patria.

Por este solo resultado, se siente capaz de olvidarlo y perdonarlo todo!

Y es en nombre de esa misma patria porque vierte su sangre generosa, que se mutilan sus miembros y se rompe su cráneo en la sombra de los cuarteles!

Y es en nombre de ella misma que se le arroja á la calle; cuando ya no tiene fuerza para sostener una arma y se le pone á elegir entre el hospital ó el piso de la calle!

No hace mucho tiempo que los diarios han dado cuenta de compañías enteras que por verse libres de tormentos brutales han ido á buscar á tierra estrangera la justicia que no hallaba en la propia, despues de mantener un rudo combate con sus carceleros.

Vengamos entonces á la historia de Juan Sin Patria, que no es mas que una trajedia narrada con la mas estricta verdad y que mas de uno de nuestros lectores habrá visto desenvolverse ante sus ojos.

EL HOGAR FELIZ

Pedro Gomez era un hombre feliz, en toda la estension de la palabra.

Vecino del partido de Moron, á fuerza de trabajo honrado y de desvelos, habia logrado reunir lo que él llamaba una fortuna y que consistia en unas quinientas ovejas, doscientas vacas y un par de tropillas de caballos que eran la envidia de cuantos las conocian.

No por tener este capital que bastaba á atender sus necesidades Pedro Gomez se cruzó de brazos.

En los establecimientos donde necesitaban peones, ya para marcanções, trasquilas ú otros trabajos análogos, era él el primero que se presentaba ofreciendo sus servicios.

Y en todas partes era bien recibido, porque lo conocian que era hombre honrado y de trabajo.

—Que tacaño te has hecho! sonaban decirle los capataces—no desperdicias trabajo por poco que sea, y nunca se te vé echar una cana al aire con los amigos.

No es bueno ser así, amigo Gomez.

Despues se lo comen á uno los años sin que le haya sacado á la vida un chiquito de jugo.

—Qué le vamos á hacer, respondia Gomez sonriendo con una bondad infinita.

Cuando uno tiene mujer y tiene hijos, es preciso ser así, porque quien mas que uno ha de pensar en ellos!

Si uno no les lleva un pedazo de pan ¿quién se lo va á dar?

—Pero un poco de diversion nunca está de mas, le respondian, si no es el cuento de irse acabando sin haber gozado de la vida.

Gomez volvía á sonreír y concluía la cuestion diciendo:

—Dejen no mas que pronto los he de sorprender con una noticia que los va á tirar de espaldas.

Les voy á dar una fiesta que se van á chupar los dedos y que ha de durar veinte años en la memoria de los demás.

—Y con qué motivo vas á dar la fiesta?

—Cuál es el acontecimiento que te ha de hacer salir así de tus hábitos?

—Ese es mi secreto, que no lo revelo ni por un queso. Cuando la dé ya sabrán porqué.

Y los paisanos rabiaban de curiosidad, pero tenian que conformarse, porque no habia ruego que hiciera á Gomez revelar su inocente secreto.

Mientras él andaba así *changando el puchero*, como decia, su familia era la encargada de cuidar sus intereses.

Era esta compuesta por la muger de Gomez, preciosa muger que enamoró en las orillas de Buena Aires un dia que vino á traer una tropa y que, hacian veinte y cinco años se habian casado.

Pedro y Juan, de veinte y cuatro y veinte y dos años eran los hijos primeros que constituían la alegría del rancho, en union de Sofia, hermosísima criolla de unos diez y ocho años, que era todo el orgullo y crédito del buen Gomez.

Pedro y Juan se querian con locura.

Eran dos soberbios mocetones que, criados bajo el severo ejemplo de Gomez, eran tan honrados y trabajadores como él.

Sus génius eran diametralmente opuestos.

Pedro, mas sério y positivo que su hermano, atendia los animales y no salia jamás de casa, acompañando á Sofia y á su buena madre.

Juan, mas alegre y jovial, sin desatender á las obligaciones impuestas por el padre, él se hacia tiempo para asistir á cuanta diversion y jarana lo invitaban en la vecindad.

Bravo hasta la exageracion, nunca le habia visto armando camorra y si alguien lo buscaba, se retiraba prudentemente á su casa, recordando una amenaza de su padre.

—El dia que yo sepa que has andado borracho ó el dia que la justicia tenga que decirte una palabra, es el dia que se acaban tus fiestas.

No te he de permitir ni que te alejes una cuadra de casa.

Y como Juan conocia perfectamente la firmeza del carácter de su padre, sabia sacar el cuerpo á cualquier aventura que pudiera de generar en camorra.

Es que Gomez sabia que un paso dado en contra de la justicia era la persecucion y la muerte, y queria evitar á su hijo, cuyo génius vivo conocia, toda desgracia á este respecto.

Cantor como pocos y bailarín incansable, su banca entre las mozas de Moron era inco-pable.

De todas partes lo buscaban con gran empeño, y no habia baile, por lejano que fuera, que no fuera el primer invitado, con una insistencia que lo llenaba de orgullo.

Lampión todavía y de una hermosura tentadora, Juan poseia una magnífica cabellera negra, cuyos gruesos rizos caian sobre sus hombros esbeltos.

Aquella cabellera que habia sido elogiada por las mas lindas muchachas, era donde reposaba todo el orgullo y vanidad de Juan.

No la hubiera dado, como él decia, ni por ser gobierno.

Su primera operacion de la mañana, antes de mirar su caballo, que es el despertar de todo paisano, Juan peinaba su cabellera y le hacia una huntuada de grasa de caracú, aceite del doctor Lafuente en la campaña.

Y cuando las mozas le miraban aquellos magníficos y brillantes rulos, como deseando pasar los dedos entre ellos, Juan experimentaba una íntima sensacion de placer.

Mientras Pedro empleaba en comprar animales cuanto platita le caia á mano, Juan la gastaba en prendas para él y su caballo.

Su pingüo y su guitarra parecian una mercaderia de cintas de vivísimos colores.

Esta era su paqueteria favorita.

Y así pasaba una existencia feliz, querido de todos y atendiendo á sus deberes sin descuidar sus diversiones y parrandas.

Pedro Gomez no habia cambiado jamás una palabra áspera con la autoridad.

Testigo de agenas desgracias causadas por persecuciones de la justicia de paz, habia hecho el propósito de llevarse bien con la autoridad, propósito que habia mantenido hasta entónces.

Era el primero en enrolarse siempre, como el primero en acudir al menor llamado y el primero que pagaba su contribucion.

La patria no lo habia encontrado nunca sordo en sus dias de emergencia.

Allí donde se peleaba por la libertad y los derechos de la provincia madre, habia acudido con un caballo de tiro á ofrecer el contingente de su sangre generosa.

Y cuando habia reglutamiento de guardia nacional, para ir á repeler una invasion de indios ó hacer servicio en la frontera, Pedro Gomez no habia tratado de eludir su persona ni sus caballos.

—Voy y vuelvo, decia entónces á su vieja, como llamaba á su mujer.

Cuidame bien los muchachos y los animalitos.

Iba y volvía efectivamente, pero siempre despues de seis ú ocho meses de ausencia.

Encontraba algunos animales de menos que habia carneado el Juez de Paz para la partida de plaza.

Sus sueldos no se los pagaban y sabia que no se los pagarian nunca.

Pero que importa.

Habia acudido al grito de la nacion, como él decia y estaba satisfecho.

—A que te metes á estas cosas, le decia su mujer.

Mientras no estás aquí todo el mundo viene y carnea, porque no hay hombre que respetar.

No se gana un medio, porque nunca te pagan los sueldos y poco á poco nos vamos arruinando.

—Y que le hemos de hacer? respondia Gomez con su habitual dulzura.

Uno no tiene corazon para dejar colgada á la patria cuando llama á sus hijos, ni se pueden desobedecer las órdenes del alcalde que son las del gobierno.

—Maldito sea el alcalde y maldito tambien el gobierno! concluía por decir la mujer, llorando, que uno tiene que sacrificarse siempre por ellos sin sacar el menor provecho!

Qué te dán uno y otro?

Siquiera te pagaran los sueldos que te deben y no nos veríamos tan apurados algunas veces y tus sacrificios habrían servido de algo.

—Deja no mas, se contentaba con esclamar el buen Gomez.

En otra patriada me irá mejor.

Mis sueldos me los han de pagar algun dia, Dios mediante, y entonces verás que vestido y que pañuelo y que rebozo te voy á comprar.

—Si para tapar mis carnes voy á esperar la ropa que me compres con los sueldos que te deben, añadia la mujer, ya me puedo ir muriendo de frio.

Con lo que han de pagar tus servicios y tu sangre derramada por ellos, es con alguna in gratitud infame ó con desterrarte del pago, despues de haberte perseguido á sol y á sombra.

Lo mismo le sucedió á Pancho el fiato que como vos, habia andado sirviendo de cabeza á la autoridad y á la Nacion.

—Es que Pancho peleó á la partida y se hizo hombre malo, sinó nadie se hubiera metido con él.

—Lo hicieron hombre malo, Pedro, pues el pobre, por defender el pellejo, tuvo que pelear con la justicia que queria echarlo por delante. Ese es el pago que al postre vienen á darle á uno.

Y estas discusiones terminaban luego por el cambio de las mas espresivas caricias que entre ambos se cambiaban.

Así, á pesar de estos consejos y reflexiones, Pedro Gomez habia asistido á las batallas de Caseros, de Cepeda y Pavon, de que acababa de volver.

Por supuesto, sin contar algunas campañas contra los indios y sendos meses de servicio en las fronteras.

De la primer batalla habia traído á su casa una hermosa cicatriz que zurcaba su altiva frente.

De Cepeda vino rengó á causa de un casco de metralla que recibió en la pierna izquierda.

En Pavon conjuntó un recuerdo mas doloroso aún.

Era un hachazo recibido en la mejilla derecha, hachazo que no habia logrado destruir la hermosura de su rostro.

Y á no ser por los ásperos reproches que le dirigia su mujer, todavia se hubiera sentido con fuerzas para entrar en una nueva campaña.

—Cuando tenga cuarenta y cinco años, decia, dejaré de penar.

La ley me ampara á esta edad, y que tanto he batallado por ella, en cuanto cumpla esa edad me pongo bajo su proteccion, y vamos á ver quién me mueve de mi rancho!

Y esperaba con fé la llegada de este dia, para descansar, y que otros mas jóvenes vieran á servir á la patria.

—Esto de que la patria no paga, porque á uno no le dan sus sueldos, son pavadas, decia.

Qué mejor pago quiere un hombre que verse libre para siempre de todo servicio, porque ha dado un poco de sangre en defensa de la tierra donde nació!

Así es que cuando su mujer se le quejaba de que Juan se andaba haciendo muy parrandero, solia decirle:

—Déjalo, hija, que se divierta! que ya le vendrá su tiempo de llorar, cuando la patria lo llame á su defensa.

—La patria? contestaba la mujer, hecha una leona entonces.

Que me vengan á llevar á mí, á mi Pedro y á mi Juan y van á ver quien soy yo.

Yo los he de preguntar entonces si uno cria hijos para que apoyen su vejez ó para que se los maten cuando al gobierno le da la gana.

A Gomez le habia entrado entonces una ambicion terrible por ganar dinero.

Quería juntar á todo trance dinero para pagar á sus hijos un pensero, cuando los llamaran al servicio y comprar de este modo la tranquilidad de espíritu á su mujer y la felicidad de sus hijos.

El habia visto de cerca las torturas que se pasan en un cuerpo de linea, y sentia temblar sus carnes al pensar que sus hijos podian encontrarse en el caso de tanto desventurado que habia él visto morir en las estacas ó bajo el sable del gefe.

—Yo puedo haber pasado por todas las torturas de la vida, pensaba, pero no es el cuento de que mis hijos tambien las pasen, por no tener unos miserables pesos con que pagar su pensoneria.

Y desde el dia que pensó así, no gastó como antes todo lo que ganaba.

La muger era la encargada de ir guardando las pequeñas sumas que habian de formar el precio de la libertad de sus hijos.

Es por esto que nunca se veia á Gomez en ninguna reunion, corrida de sortija ó alguna otra fiesta donde se gastara dinero.

Todo el que ganaba le era poco para irlo atesorando.

De aqui nacia los reproches que le dirigian sus amigos y que él escuchaba siempre sonriendo y reservando su secreto.

Sofía, por su parte, era elemento de aquel pobre hogar.

Ella ayudaba á la madre en las faenas íntimas de la casa, alegraba el espíritu de su buen padre con sus ocurrencias siempre risueñas, y escuchaba las confidencias amorosas de su hermano Juan, á quien de cuando en cuando daba un saludable consejo.

La hormana de Sofía hacia reunir con frecuencia en la casa, un buen número de amigos

que iban allí con la cristiana intención de cortejarla.

Entonces y con el pretexto de la numerosa reunión solían bailar algunos domingos, con el consentimiento de Gomez y su mujer.

En estos bailes y reuniones, no circulaba mas que el mate y agua fresca, pues por nada de este mundo hubiera consentido Gomez la presencia del mas humilde medio frasco de ginebra.

Tenia horror à la bebida y sobre todo à las consecuencias.

Así es que en aquellas reuniones no habia sonado nunca la menor palabra destemplada.

A la retirada invitaba à la concurrencia con un par de corderos al asador y todos se retiraban satisfechos.

Juan se daba maña para que à aquellas reuniones improvisadas asistieran las paisanitas que eran mas de su agrado, de modo que se regalaba entonces con unas noches famosas.

Sus padres reian de verlo saltar toda la noche como una perinola y cantar hasta que se le secaba la boca.

Parece que aquel diablo tuviera azogue en las piernas y en la lengua.

Pedro por su parte echaba un par de bailes y ya estaba satisfecho.

Rara vez sonreía y al ver à su hermano brincar de un lado para otro, solía exclamar:

Este Juan parece que tiene à mandinga en el cuerpo! no está sosegado un momento.

El objeto de los que armaban aquellas reuniones era cortejar à Sofia.

Pero parece que ninguna de ellas habia logrado dar en el blanco de su corazon.

La muchacha atendía à todos de la misma manera, agradecía por igual los requiebros y décimas que le dirigian, pero ninguno podia decir que habia obtenido de ella una mirada distinta à las que habia dirigido à los demás.

Gomez, observando esto, reía y dirigía bromas picarezcas à su hija, que se ponía colorada diciendo:

—Todavía no he encontrado un hombre que me llene el ojo!

Mi marido ha de ser como mi padre, y si no lo encuentro, maldito el apuro que tengo por casarme!

Esto de que el dia menos pensado le salgan a uno moliendo los huesos, como le sucedió à Bernabela, no me hace gracia ninguna.

Y aquello de que como à Justa, se le pasen los dias sin tener un mal puchero que cocinar porque su marido anda de parranda, no hay necesidad de que yo lo pruebe.

Aquí estoy bien y aquí me quedo hasta que encuentre un hombre en regla como mi padre.

—Caballeros, ya lo oyen ustedes, decía Gomez, riendo siempre.

Ya han oido ustedes las condiciones de

Sofia, pero no conocen todavía las que yo pongo.

El que con ella se case se ha de venir à vivir à mi rancho, donde siempre se podrá cubrir cualquier necesidad.

Sinó es inútil que se presenten como candidatos à este gobierno sin votaciones.

—Sin contar, dijo Juan, que quería con locura à su hermana.

Sin contar con que el primero que le diera à mi hermano un mal rato tendría que verse las barbas conmigo.

En semejantes condiciones se habían retirado los que no se creían capaces de llenarlas, quedando firmes en la lucha los mas animados y los que mas fé se tenían.

Pedro era el único que no tomaba parte en estas misas.

Indiferente à todo lo que no era su trabajo y el cariño de los suyos, las conversaciones de casamiento no tenían para él el menor aliciente.

Andando el tiempo, un paisanito buen mozo y de alegre génio, logró hacer cosquillas en el corazon de Sofia.

Era este un mocito honrado y trabajador que no tenia mas capital que tres viejas carretas con que viajaba al pueblo, ni mas vínculos de corazon que el cariño de una madre tan vieja como sus carretas.

El génio alegre y bondadoso de Pancho y su proverbial honradez, sedujeron à Sofia que empezó por mirarlo con benevolencia y concluyó por quererlo de una manera entrañable.

Sofia contó à su buena madre lo que pasaba en su corazon, y esta tuvo una larga conferencia con Gomez, alrededor de un costillar de carnero enzartado en el asador.

—Pancho es un buen muchacho, dijo Gomez, y aparente para marido de Sofia.

Es preciso hablar con él, porque yo no quiero que Sofia salga de casa y veremos como se arregla todo esto.

Y Gomez habló con Pancho, que no quería otra cosa y los dos se entendieron de una manera maravillosa.

—Ya sabe, amigo, mis condiciones, dijo Gomez à Pancho.

El marido de Sofia se ha de venir à vivir à casa, pues no hay porque separarse desde que todos podemos vivir juntos.

—Así me lo ha dicho Sofia, contestó Pancho.

Pero es el caso que mama no quiere tampoco separarse de mí y entonces la cosa es ya mas peluda.

—Pues con traer aquí à la vieja se acaba todo y así seremos mas en familia.

—Yo no me animaba à pedir tanto, pero ya que la cosa viene de usted, la acepto y todo se arregla.

Aunque à la pobre vá à costarle despen-

darse de su viejo rancho, lo venderemos y aunque lo sienta un poco que le hemos de hacer, desde que todo no se puede arreglar á padalar comun.

—Aquí pueden echar otras piezas para andar mas cómodos, concluyó Gomez y verán que felices pasamos esta cola de vida.

Desde aquel dia Pancho fué recibido en casa de Gomez como persona de la familia.

Vecino antiguo, gozaba de la amistad franca de Juan y Pedro, que miraron aquel casamiento con verdadera alegría.

—Vamos á echar el resto! habia dicho Juan y á bailar por lo menos unos ocho dias, porsupuesto, si viene Benjamina que es la moza que mas me gusta de todo el partido.

—No habrá inconveniente, contestó Gomez, con tal que el baile sea sin bebida, enemiga detestable de la paz del hombre.

Mientras yo viva y pueda, á mi casa no ha de pisar otra botella que la del aceite, y eso es porque el aceite se compra en botellas, que sinó, ni esa misma habia de pisar.

Todos reian de este horror á la bebida que profesaba Gomez, pero entre tanto era á él que debia parte de su felicidad.

—Cualquiera diria que es un hombre curado, decian algunos.

Pero Gomez no habia tomado un trago en su vida.

Habia escarmentado en cabeza agena, lo que no era poca ventaja.

—La bebida no sirve sinó para hacer perder la cabeza á los hombres y con la cabeza perdida no hay hombre de bien posible, pensó un dia.

Y esto solo bastó para que no tomara un trago en su vida y encaminara á sus hijos por la misma senda.

Así es que la mejor recomendacion que para él podia tener un hombre, era el no beber, por lo ménos de vicio.

Por esto es que siempre tuvo un especial cariño á Pancho, que se habia criado sin padre y no dudó en consentir que se casara con Sofia, que era la prenda mas querida de su alma.

Pancho empezó á hacer sus preparativos de casamiento desde el mismo dia en que habló con Gomez.

La madre, que tenia por él ciega idolatria, pues desde muy chico era su único sosten, accedió al momento á cuanto le pidió.

Para ella era un verdadero sacrificio des hacerse del rancho en que tan feliz habia sido al lado de su marido y de su hijo.

Pero este sacrificio lo pedia la felicidad de Pancho, y no habia que observar.

Toda su hacienda y fortuna se reducia á las tres carretas, ocho bueyes y un par de caba-

llos, amen de mas cien ovejitas de cuya carne vivian.

Poco terreno necesitaban entonces para armar su casa.

Pancho vendió aquel ranchito y las cuatro manzanas que formaban su campo, é inmediatamente se puso á levantar otro é! mismo, al lado del que ocupaba Gomez, cuyo campo era compuesto por una buena legua cuadrada.

Allí trasladó sus bueyes, sus carretas y sus ovejitas, y acompañando á la viejita, se trasladó una madrugada á casa de Gomez, donde fueron recibidos con los brazos abiertos.

Parecian no solo miembros de la misma familia, sinó personas de la misma sangre, tal fué la cordialidad que reinó entre ellos.

—Pues mi suegro, cuando guste, dió Pancho á Gomez, una vez que estubo techado el rancho.

Ya no esperamos sinó que usted fije el dia en que se ha de celebrar la fiesta.

Y prévio un general consejo de familia, se estableció que el casorio se celebrase el domingo siguiente.

En Moron no habia cura por el momento, por lo que resolvieron venirse á San José de Flores, donde encontrarían un *flaire* que los casase.

Pancho regaló á Sofia el mas espléndido rebozo que en tales tiempos vieran ojos humanos, y el domingo muy de madrugada se organizó la alegre caravana que habia de venir al casamiento.

Rompian la marcha montando fletes soberanos, Gomez y su mujer, llevando á los lados á Pancho y Sofia.

A estos seguian Pedro y Juan, rodeados de amigos de ambos sexos, y cerraban la marcha una turba de conocidos y curiosos, ávidos de presenciar un casamiento tan famoso.

Al trotesito y deteniéndose para dirigirse las mas alegres bromas, llegaron á la capilla de Flores, donde mediante un par de discursos y unos buenos pesos pagados al cura, Pancho y Sofia quedaron ligados para toda la vida.

No se detuvieron mucho en Flores, pues ardian en deseos de regresar á Moron, donde los esperaba una soberbia vaquillona con cuero.

Así es que despues de tirar á la *marchanta* sendos puñados de cobres á los muchachos que azucitaban en la puerta, montaron á caballo y pegaron la vuelta.

Este viaje lo hicieron á gran galope y corriendo carreras, de modo que se pusieron en casa de Gomez á la media hora tésaca de haber salido de la capilla.

La madre de Pancho que se habia quedado en casa, porque sus largos años le impedian montar á caballo, fué la primera que, con lágrimas en los ojos lanzó el primer viva.

UN HOMBRE AL AGUA

Las fiestas que con este motivo tuvieron lugar en casa de Gomez fueron memorables.

Se carneó con cuero y segun le habia pedido Juan, se bailó durante ocho dias con una alegria sin igual, aunque no se tomó ni por broma un trago de ginebra, ni la mas humilde caña con limonada.

Varios concurrentes habian tratado de seducir á Gomez, pidiéndole permiso para llevar una sola limeta que, bebida entre tantos, á nadie podia hacer mal.

Pero Gomez era incorruptible.

—Solamente un acontecimiento puede hacerme consentir en que se beba en casa, decia, y este acontecimiento no ha llegado todavia.

Dejénlo venir no mas que no está lejos y entonces vamos á beber de lo lindo y de lo fino, siendo yo quien pague.

—Pero, amigo, le observaban ¿qué mayor acontecimiento quiere que el casamiento de su hija?

Ni ella se ha de casar dos veces, Dios mediante, ni usted tiene otra hija que le repita este alegrón.

—Para ser feliz Sofia, no es preciso que se tome ginebra, insistia Gomez.

Su marido no sabe beber ni los muchachos tampoco; de consiguiente, el que crea que no hay diversion sin chupa, puede ir á beber á la pulperia y estamos arreglados.

No hubo pues ruego capaz de hacer apaar á Gomez de esta resolusion.

Y no por esto las fiestas fueron menos alegres.

Se bailó y guitarreó hasta el cansancio y se carnearon dos vaquillonas con cuero, de las que solo quedaron los huesos.

El domingo á la noche Gomez dió por terminada la fiesta y cada cual volvió á su trabajo, pensando cual seria aquel famoso acontecimiento que Gomez iba á festejar con bebida y segun parecia con algun peludo general.

—Pues señor, dijo Gomez á los suyos—ya se ha haraganeado bastante y es preciso que cada cual vuelva á su ocupacion.

No es negocio de que, porque se haya casa do Sofia nos volvamos aquí una *cáfila* de vagos sinvergüenzas.

Y tanto Pedro como Juan y como el mismo Pancho volvieron á emprender sus habituales tareas.

Á la madrugada todos se desparramaban por el campo, hasta la hora de la siesta en que se juntaban á comer y dormir despues un par de horas.

Luego volvian nuevamente á sus trabajos de donde no regresaban hasta el oscurecer despues de dejar todo bien arreglado.

Ya Gomez habia juntado sus ocho mil pesos que guardaba su mujer destinados á la personeria de sus hijos, por lo que aquel se habia vuelto menos ambicioso para el dinero.

Casada Sofia y teniendo á su disposicion cuanto necesitaba para ser feliz, sabia pasarse semanas enteras sin salir de su casa, entregado á cuidar su haciendita y á gozar el carifio de los suyos.

Por las noches se juntaban todos alrededor del fogon, y entonces eran Juan y Pedro los que hacian el gasto de canto y guitarra, soltando los versos mas alegres y chuscos.

Juan, sin embargo, habia cambiado mucho en su modo de ser y en su carácter, desde que se casó Sofia.

No se le veia tan alegre como antes, ni asistia á todos los bailes y fiestas de la vecindad.

Se habia contraido á su trabajo con una pasion que nunca tuvo y hasta se le notaba un poco *agarrado* en el dinero que otras veces deseaba para emplearlo en cintas y moños para su guitarra y su caballo.

—Qué demonios puede tener Juan? preguntaba á Gomez su mujer.

Desde que se casó Sofia está triste y retirado.

Mucho me temo que este pobre muchacho haya recibido algun golpe del caballo que nos esté ocultando por su maldita vanidad de ser un gran ginete.

Me parece que está muy pálido y varias veces que me he acercado á su cama he creido oirlo quejarse.

—Ideas tuyas no mas, replicaba Gomez.

Qué ha de tener el muchacho?

Es que ya va entrando en edad y se va poniendo mas formal insensiblemente.

Juan vé á Pedro y á Pancho que trabajan sin descanso, y es natural que este ejemplo haya despertado en él la ambicion de hacer lo mismo.

Las locuras acaban con la edad, mujer, y desgraciadamente uno no es muchacho siempre.

Alguna vez es preciso asentar el juicio y ya el pobre Juan está en edad de hacerlo.

Pero la madre no se convencia con todas estas razones.

—No se cambia así de la noche á la mañana, decia, ni porque uno se haga juicioso se ha de poner pálido y pensativo.

A mi Juan le ha sucedido algo ó está muy enfermo.

Y siempre con esta idea fija, habia llamado á su hijo varias veces para preguntarle que tenia.

Y este le contestaba siempre que no tenia nada, rindiendo sí, pero con una risa demasiado forzada, para poder engañar con ella á una madre cariñosa.

Durante los ocho dias que siguieron al casamiento de Sofia y que fueron de fiesta para la familia de Gomez, Juan anduvo tan alegre y bailarin como siempre.

El habia hecho invitar á Benjamina y durante los ocho dias no se habia movido de su lado.

Con ella habia bailado siempre y á ella habia dedicado todos sus cantos y trovas.

Pero desde el lunes que siguió al de las fiestas, el carácter de Juan cambió como por obra de un pistoletazo.

Por esto es que la madre no cesaba de repetir á Gomez:

—No se cambia de génio así no mas, Pedro, de la noche á la mañana!

Nuestro Juan debe de tener algo y algo muy sério, cuando ni siquiera se lo ha dicho á su hermana, que es su amigo de confianza.

Aunque Gomez seguia en su misma creencia, llegó un momento en que se alarmó, tuvo que prestar su mas delicada atencion á los asuntos de su hijo.

—Padre, le habia dicho Pedro una mañana, es preciso que usted sepa que Juan anda pisando un poco torcido.

Dos ó tres veces á la semana, cuando todos duermen, el ensilla su caballo parejero y sale do casa con el mayor recato.

Yo he esperado su vuelta varias veces, para ver si puedo sacar algo en limpio, pero me ha quedado siempre en ayunas.

Regresa muy de madrugada, antes de amanecer y siempre con su humor de perros.

—Serán algunos amores que lo han vuelto loco porque no le harán mucho caso, dijo Gomez.

Donde diablos ha de pasar las noches?

—Todo puede ser, padre, contestó Pedro gravemente.

Pero ayer me han dicho que en la pulperia de la Marica se descamisa la gente y como Juan es así inocentón y amuchachado, puede ser que el diablo ó algun amigo de los que nunca faltan lo hubiera tentado por el lado del vicio.

Gomez se alarmó seriamente esta vez.

Pedro podia tener razon y entonces era preciso acudir inmediatamente en proteccion de Juan.

—Yo he preguntado, añadió el amigo que

me dió la noticia si Juan solia andar por allá y me contestó así:

— Una noche que yo estaba allí viendo una gran jugada, entró Juan, pero no se que se hizo porque no me fijé cuando salió.

Despues no sé si irá porque yo poco se ir á lo de la Marica y nunca caigo cuando están de jugada, porque lo comprometen á uno y sin saber como, le pelan hasta el último medio.

—Bueno, dijo Gomez, es preciso espíar á Juan la primer noche que salga, sin que la tierra lo sienta.

Cuando veas que vá á ensillar caballo me avisas y nos vamos detrás.

Yo te juro que si lo que tememos es cierto, ni con veinte arrobas de sebo se curan la Marica y esos perdidos los garrotazos y azotes que yo les he de pegar.

Gomez tuvo que poner á su muger en conocimiento de lo que sucedia para que no se fuera á asustar si lo veia salir de noche y juró dentro de sí no dejar hueso sano á la Marica, por sinvergüenza y perdida.

—Eso es lo que puede tener Juan, dijo.

Habrá perdido sin duda hasta las ganas de comer y por eso anda triste y mal humorado.

Ya les ajustaré á todos las cuentas.

Dos noches despues de la revelacion de Pedro, vino este al cuarto de su padre sijilosamente y le dijo.

—Juan está ensillando su caballo.

Mientras lo limpiaba un poco, lo he sentido decir.

—Vieja maldita! si esta noche se mete á desbaratarme el juego, juro á Dios que voy á hacer una herejia.

Y aquellas palabras, segun Pedro, no podian referirse á otra persona que á la Marica, que sin duda era la que hacia perder á Juan.

Sin que este pudiera sospecharlo, su hermano y su padre ensillaron tambien y cuando él montó á caballo con todo sigilo, se pusieron á seguirlo á una cuadra de distancia y con un gran recato.

Así que Juan se puso al galope, sintió sin duda aquellos ginetes que galopaban detrás.

Pero, preocupado con sus asuntos y sin imaginarse quienes podrian ser, siguió galopando con indiferencia.

El caballo debia conocer perfectamente el camino que llevaba y el punto donde habia de detenerse, pues el ginete abandonaba completamente la brida y el animal seguia galopando en una direccion fija.

Gomez habia puesto entre las caronas su viejo sable militar, pues su intencion fija era moler los huesos de la Marica, y habia dado á Pedro su rica daga de combate.

No quiera Dios que Juan vaya allí, decia á Pedro, porque ni con la vida de todos ellos me cobro yo el disgusto que voy á tener.

Pero no habia que hacerse ilusiones.

Juan seguia galopando en direccion á la maldita pulperia, situada ó dos leguas mas ó menos, y á medida que se acercaba el pobre Gomez sentia oprimirse el corazon.

Por fin avistaron la pulperia maldita.

Galopando siempre, alcanzaron á ver que en el palenque habia como una docena de caballos y sintieron las voces de gente que estaba allí entregada, fuera de toda duda, al juego de naipes.

Esto lo confirmaban los juramentos que se oian claros ya, y sendos golpes de puño dados sobre alguna mesa ó sobre el mostrador.

—Y que hace la partida? preguntó Gomez, que no concluye con estos perdidos?

Serian entonces las doce de la noche, hora en que, en el campo y en aquel tiempo, solo los borrachos y los jugadores andaban en las pulperias.

Juan llegó á la pulperia y Gomez sintió cerrarse el corazon. Pero bien pronto hubo de llevarse la mano á la boca para sofocar un grito de alegria.

Juan pasaba de largo sin preocuparse de las riendas y sin que el animal hubiera aumentado ó disminuido en un ápice el movimiento acompasado de su galope.

No era indudablemente aquel punto donde el animal estaba habituado á detenerse.

Juan por otra parte iba muy preocupado y esta preocupacion no podia ser otra que su punto de llegada.

Todas estas conjeturas las sacó Gomez con esa seguridad del paisano que calcula el menor detalle y mirando alegremente á su hijo Pedro.

—No viene á jugar nunca aquí, le dijo, ni ha venido nunca.

Sinó, cuando ménos su caballo habria intentado detenerse y ya ves que ha seguido galopando sin siquiera parar las orejas.

—¿A dónde diablos irá entonces? preguntó Pedro.

Y á qué viene aquello de si la vieja se metia en su juego?

—Eso es lo que vamos á ver, contestó Gomez completamente tranquilo.

No ha de tardar el mozo en detenerse.

Efectivamente, como á un cuarto de legua de la pulperia de la Marica, el caballo de Juan relincho alegremente sintiendo la proximidad al sitio de reposo y poco despues se detuvo.

Gomez y Pedro hicieron lo mismo, echándose al suelo para poder ocultarse mejor á las miradas del jóven.

Juan desmontó, y, sin mirar siquiera para atrás, llevó su caballo tirando hasta un montecito que habia á la derecha, donde lo ató con un maneador, despues de sacarle el freno.

—La estadia acá debe ser larga, dijo Gomez, cuando se preocupa en dar de comer al caballo.

Y seguido de Pedro se ocultó hácia la izquierda, poniéndose en observacion de lo que iba á pasar.

Juan salió del montecito despues de atar el caballo, y empujando la rodaja de la espuela, para no hacer el rumor mas leve, se puso á caminar.

Pedro y Gomez ataron sus caballos y se pusieron en su seguimiento con las mismas precauciones.

Como á una cuadra de allí se avistaba un ranchito, bajo cuyo alero podia divisarse el bulto de una muger que esperaba.

Allí se dirigió Juan, siendo él el esperado seguramente, pues en cuanto llegó cambió un fuerte beso y una caricia con la muger que esperaba.

—Ahí está todo explicado, dijo Gomez á Pedro. Aquí estan explicadas las tristezas y malos humores de Juan.

Este es el rancho de Benjamina y bien conocida es la inclinacion de Juan por esa buena moza.

—Y la vieja que le deshace el juego? preguntó el inocente Pedro.

—Ahora la vas á ver, respondió Gomez, y siguieron observando.

Juan estendió su manta pampa y sobre ella se sentaron á hablar de su amor.

Gomez y Pedro, de barriga en el suelo, se acercaron á la pareja lo mas que les fué posible.

El padre queria no solo presenciara con sus menores detalles lo que allí pasara, sino escuchar tambien lo que se dijera, único medio de conocer las penas de Juan.

Este tomó entre las suyas la mano de la muchacha y empezó á hablarle de una manera apasionada.

Benjamina era una jóven paisanita bella y fresca como una alborada.

La suerte le habia sido fatal desde muy niña en que quedó á cargo de una madrastra que le hacia pasar las penas del purgatorio.

No habia conocido madre, pues, segun le dijeron, esta habia muerto pocos meses despues de echarla al mundo.

Su padre era un mal hombre, eterno parroquiano de las pulperias, donde armaba cada escándalo estupendo, por cuya razon se cumplia en el refran de «cuando no está preso lo andan buscando».

Como era natural, cada vez que el tal borrachon venia á su casa, era para martirizar á la pequeña Benjamina de obra y de palabra.

Así la pobre niña creció en sus primeros años entre los animales y los harapos, el hambre y los rebencazos.

Su padre volvió á casarse teniendo ella diez años y el lector podrá sospechar como sería la muger que cargaba con semejante marido. Desde aquel dia la pobre muchacha tuvo dos verdugos en vez de uno.

Salia de los lonjazos del padre, para caer entre las uñas de Teófila, que así se llamaba la madrastra, que la maneja á cachetada limpia y puntapié corrido.

La tal Teófila era á su vez una borrachona que bien podia hacer la competencia de su marido, pues las trancas las tarjaban por igual.

Al cabo del tiempo sucedió lo que era estroña no hubiese ya sucedido.

El padre de Benjamina, borracho como siempre, armó peleas en una pulperia con dos paisanos, poco mas ó menos como él, que lo cosieron á puñaladas.

Al dia siguiente trajeron la noticia á Teófila, que lloró sendas lágrimas de ginebra, montando por via de duelo, una seguidilla de seis ó ocho trancas seguidas, que tarjó con sendos puñetazos en la cabeza de la pobre Benjamina.

Teófila, en vez de cuidar lo poco que le quedaba, empezó á despilfarrarlo de todas maneras.

Para Benjamina empezó una nueva época de martirios, que sufría con su habitual silencio.

¿A quién habia de quejarse, de todas maneras?

No tenia mas dias de felicidad, que cuando Teófila salia á visitar algunas amigas como ella, en cuyas visitas solia tardar tres ó cuatro dias.

En una de estas ausencias conoció Benjamina á Juan y lo amó con toda la vehemencia de su alma huérfana y la desesperacion de sus sufrimientos.

Y Juan sintió á la par de un cariño íntimo, una lástima profunda.

Por tener donde marmarse sin gastar, Teófila llevaba á Benjamina á los bailes de los alreedores.

Y allí concurría Juan y pasaba la noche entregado á prodigar á su novia todo género de atenciones y cariños.

Esta, por su parte, que no habia experimentado desde que nació otras caricias que las que le hacian con el rebenque ó el puño, halló en Juan un cielo abierto á las mas dulces expansiones de su alma y lo amó con delirio.

Apercibida Teófila de este amor que podia costarle la pérdida de aquel estropajo que le servia para desahogar sus malos humores, prohibió á Benjamina, bajo pena de grandes palizas, que hablara con Juan.

Y Juan tuvo que conformarse con aquella resolucion, para no esponer á la jóven á recibir los infames tratos de la vieja.

Y fué entonces que resolvieron verse con la mayor frecuencia posible de noche y garantidos por el sueño de Teófila, sueño profundo siempre, porque él era aumentado por los azumbres de caña que se metia en el cuerpo.

Pero quiso el diablo que una noche que Teófila estaba dosvelada, sintiera el garrote de los tórtolos y armada de un gran garrote saliera á correjir semejante desman.

Juan, por no agravar la falta y acrecentar las iras de la arpia, se puso en salvo, pero fueron tales los palos que esta empezó á descargar sobre Benjamina, que tuvo que acudir en su defensa.

—Si esto se repite otra vez, dijo la vieja una vez apaciguada su ira, los mato á palos á los dos.

Juan sintió un terrible deseo de saltar al cuello de la vieja y degollarla.

Pero Dios lo tuvo de la mano y regresó á su casa mas desesperado que nunca, pensando en el medio de libertar á su amada de semejante tutela.

Tuvo intenciones de contar á su buen padre lo que le sucedia é invocar su ayuda.

Pero tuvo temor de merecer un reproche de este y se tragó sus penas.

—Quiero primero consultarlo con Benjamina, se dijo, y acudió de nuevo con aquel objeto.

Esto era el estado de los amores de Juan, la noche aquella en que sin sospecharlo, su padre y su hermano vigilaban sus pasos.

—Te he esperado estas dos noches y no has venido, le dijo Benjamina, acurrucándose sobre el seno de su amante.

Creia que ya no ibas á volver ma, y he sentido un desconuelo como si me fuera á morir.

Ya no me quieres acaso?

—Te quiero tanto, mi paloma, contestó Juan, que no he venido de miedo que la vieja volviera á maltratarte.

Dejando pasar dos dias, pensé, ella se olvidará, y entonces podremos hablar tal vez á cubierto de sus sospechas.

Qué me importan los malos tratos de la vieja, respondió la jóven llorando, si en seguida tengo el consuelo de oirte decirme que me quieres?

Todo lo sufro con paciencia esperando el momento de verte, pero si no vienes me lo paso todo el dia llorando y esto aumenta mi pena y mi amargura.

De todos modos me apalcan y maltratan. Pero el dia que te veo se me figura que hace una semana que la vieja no me pega.

—Es preciso que esto concluya de una vez, dijo Juan, porque sino me voy á ver obligado á cometer una atrocidad.

Yo te vengo á consultar si quieres que vea á mi padre.

El me quiere con delirio y no nos ha de abandonar en medio de nuestra desgracia.

No quiero proponerte que huyas conmigo, porque esto sería empeorar la situación y oporto norte á otras desventuras tal vez mayores.

—Y qué desventura puede asaltarme á tu lado?

Viviría feliz aun en medio del campo, pues siquiera allí nadie me golpearía y tendría tu pecho donde reposar el peso de mi miseria.

Juan permaneció un momento en silencio, acariciando el placer de huir con Benjamina.

Pero su hombria de bien triunfó de su deseo y repuso en medio de sus caricias.

—Mejor es que hable con mi padre.

—Conociendo él lo que sufrimos, consentirá que te lleve á casa y entonces podrás estar al abrigo de toda desgracia.

—Es que tu padre no consentirá nunca en que lleves á su casa una pobre muchacha huérfana que nada tiene ni nada te puede dar.

—Esos cálculos no entran en su corazón noble y grande.

El no verá mas que nuestra felicidad posible y nuestra actual desgracia, y nos abrirá los brazos.

—Dios lo quiera así, contestó Benjamina, y que de un modo ó de otro concluya de una vez para mí esta vida de calamidades y pueda dedicarme exclusivamente á quererle y á vivir de tu cariño, única cosa que poseo en el mundo.

Conmovido con este diálogo iba Gomez á mostrarse y tomar desde aquel momento bajo su amparo á los dos amantes, cuando se detuvo de repente dominando un impulso de ira.

Acababa de abrirse la puerta del rancho y aparecer en ella la espantable imagen de Teófila, armada de un gran garrote.

Aquella era una verdadera aparición infernal.

Con el pelo enmarañado, la nariz como navaja de barba y unos ojos que pinchaban en su expresión, la vieja presentaba todo el aspecto de una de esas viejas que, según la leyenda, salían por el cañon de las estufas y montadas en palos de escoba á concurrir á las Saturnales y Salamancas.

La vieja miró á los amantes como si hubiera deseado ensartarlos en sus ojos de picana y blandiendo su gran garrote se vino sobre ellos.

Entregados á sus mas íntimas caricias y pensando en lo que acababan de hablar, no sintieron llegar á la vieja que despues de estarles considerando un momento enarboló su garrote y dijo:

—Ah! maldita perdida! perra lechuzal! ¿cómo abandonarme á mí por seguir á este haragan borrachon?

Ahora lo vas á ver como les ajusto yo las cuentas.

Y antes que pudieran reponerse de la sorpresa causada por semejante aparición, descargó sobre la hermosa cabeza de Benjamina dos grandes garrotazos.

Al grito de dolor lanzado por la jóven, que cayó al suelo bañada en sangre, se unió un verdadero alarido de ira que lanzó Juan.

Y antes de que su padre y su hermano llegaran donde estaba, dió un terrible golpe de rebenque á la vieja y sacando su puñal se le fué encima con la indudable intencion de cortarle el pescuezo.

—Juan! Juan! gritó Gomez, temiendo no llegar á tiempo de contener la mano de su hijo.

Y éste, helado de espanto, sin comprender de donde salía la voz de su padre, retiró el cuchillo de sobre el ganote de la vieja, y soltó á esta de la maraña de mechales donde la habia agarrado.

Viéndose libre de una muerte que creyó segura, como por via de encantamiento, la arpa levantó sus harapos con ambas manos y echó á correr hácia el interior del rancho.

—Padre! padre! exclamó Juan, creyendo todavía que aquello era una aparición.

Esta vieja maldita me habia hecho perder la cabeza—yo no tenia la culpa de lo que iba á hacer.

Y señalaba á Benjamina que, tendida aun en el suelo, lo llamaba de una manera débil y llorosa.

—Todo lo que ustedes han hablado lo he oido yo, dijo Gomez, así es que nada tienen que decirme.

Y mientras auxiliaban á Benjamina, limpiando la sangre de las heridas causadas por el garrote de la vieja, contó á Juan como y por qué se encontraba allí.

—Dios lo ha traído mi padre, respondió el jóven alegremente.

Sinó esta noche me hago desgraciado para toda la vida.

—Bueno, dijo éste, no hay que pensar ya en esa vieja condenada.

Ahora solo se trata de ver como llevamos á casa esta pobre muchacha, que me parece muy mal parada.

—Con que usted consiente en llevarla? preguntó Juan sin saber lo que le pasaba.

Con que no nos abandonará en tan duro trance?

—Y por qué diablos los he de abandonar? Vamos á acomodarla lo mejor que se pueda y á mandarnos mudar ántes que á Teófila se le pase el susto y tengamos que ahorcarla para evitar que nos arme aquí el escándalo del mundo.

—Yo no tengo nada! á mí no me duele nada! exclamaba Benjamina loca de felicidad.

Esto no es mas que un poco de sangre que se lava y se acabó.

Y entre los tres concluyeron de arreglarla y subiéndola en ancas de Juan, se pusieron en camino.

Cuando llegaron a casa de Gomez era ya muy entrada la mañana y la familia estaba alarmadísima con la falta de Gomez y sus hijos, creyendo les hubiera sucedido alguna desgracia.

Así es que cuando los vieron llegar todas fueron fiestas y regocijos.

Benjamina estaba entre llorosa y avergonzada por lo especial de su situación, pero Gomez tomó la palabra y en un momento se plió todo lo que habia sucedido la noche anterior, con el diálogo de Juan y Benjamina.

El resto de la familia hizo á Benjamina todo género de agazajos y desde entonces solo se pensó en arreglarlo todo para el próximo casamiento.

Porque segun Gomez aquello era preciso que concluyera en un casamiento y en un pronto casamiento.

Como Juan nada tenia, Gomez lo habilitó con un plantel de animales.

—Ya los podrás atender mejor, le dijo, puesto que se habrán acabado los bailecitos y parrandas y el hombre casado no debe tener mas bailecitos que sus hijos, si es un buen hombre y no quiere llevar el mismo camino que el padre de tu mujer.

A Benjamina se le hacia sueño tanta felicidad, cuando menos lo esperaba.

De la noche á la mañana no solo se veia libre de aquella furia infernal que se complacia en martirizarla, sino que se hallaba ligada al hombre que representaba todos sus afectos y aspiraciones en esta vida.

—Despues de mi Juan, decia, á Gomez debo toda mi ventura y yo haré de modo que nunca se pueda arrepentir de habernos tendido la mano.

Y tal fué su comportamiento desde aquel dia, que todos en la casa le cobraron un verdadero cariño.

Ese mismodia Teófila se quejó al Juzgado de Paz de que la noche anterior le habian alzado á Benjamina, y la autoridad hizo comparecer á declarar á Gomez, Juan y la misma Benjamina.

Entonces la pobre muchacha refirió la serie de horrores que pasaba al lado de su madrastra, manifestando que se habia ido con su niño Juan para casarse, lo que corroboró Gomez.

Y era tal la reputacion que á fuerza de trancas se habia conquistado Teófila, que el Juzgado dió por terminado el asunto, prohibiendo á aquella fúria que volviera á presentarse á la autoridad, bajo las mas duras amenazas.

Fué la sola vez que el Juzgado obró con justicia.

Gomez mismo se vino á Flores y arregló las cosas para que el primer domingo se casaran los muchachos.

Sin concurrencia mas numerosa aún que cuando el casamiento de Sofia, acudieron los amigos y conocidos al casamiento de Juan Gomez.

Entonces sí que echó Gomez la casa por la ventana.

Comió con cuero una vaquillona como un rancho, y dió, como en el casamiento anterior, un baile que duró ocho dias, pero donde no se vió tampoco ni una gota de bebida.

—Pero por el diassque! decian al suegro en segunda repetida, para cuando guarda usted esos lábios que Dios le ha dado?

O se figura usted que solo los tiene para beber agua?

—Todavia no ha llegado el momento, contestaba Gomez.

Ya les he dicho que esperen un poco, que voy á dar una fiesta como nunca se ha visto.

—Pero las fiestas sin bebida son como los cigarros sin tabaco, respondian.

—No señor, aseguraba Gomez.

Entonces ha de haber tanta que todos se podrán mamar, incluso yo que seré el primero.

—Y cuando va á suceder esa fin del mundo? le preguntaban los incrédulos.

—Muy pronto, decia Gomez, cuando suceda la cosa que es precisamente dentro de un año, contando el dia de mañana.

—Para allí me las guardan!

—No hay mucho que andar—los años marchan tan ligero, que á malaya pudiera uno estarles un par de boleadoras en los garrones.

Teófila, muerta de rabia, con lo que le sucedia, quiso tomar desquite mandando tres ó cuatro borrachones que metieran escándalo en casa de Gomez. Pero estos regresaron muy descorazonados, pues en cuanto se presentaron les maliciaron el juego y los recibieron á ponchazos.

Juan fué desde entonces un hombre feliz, y la paz encantadora de aquel hogar, compuesta ya de tres familias llegó á hacer época hasta en los partidos vecinos.

Y aquellos hombres juntos y separados trabajaron con ardor para que aquella paz no fuera nunca desmentida.

LAS UÑAS DEL GAVILAN

La magnífica hermosura de Sofía y la belleza juvenil de Benjamina, habían atraído sobre aquel rancho una bandada de gavilanes de la peor raza.

Lo que nunca había sucedido, el Comandante Militar, el capitán de la partida y los primeros personajes de la justicia Moronense, caían al rancho de Gomez á tomar un mate ó entretener la lengua, casi siempre cuando las mugeres se hallaban solas.

La muger de Gomez observó á este que tales visitas le daban mucho en que pensar.

—Asunto de que, decia, vienen con tanta frecuencia gente que nunca ha asomado por acá?

Muy mala espina me dan estas visitas, por que no les veo la razon que las acompaña.

—Gomez que juzgaba por si mismo á los demás hombres, creyendo que todos eran honrados como él, se reia mucho de los temores manifestados por su muger.

—Los hombres necesitan distraerse y darle un poco de gusto á la lengua, conversando con la buena gente.

Ellos saben que nuestra casa es honrada y que en ella no viven mas que personas de bien, y es por eso que nos vienen á hacer compañía.

No sucederia lo mismo si fuéramos una manga de perdidos ó haraganes.

Entonces si habria que desconfiar de las visitas de gente de justicia!

Pero la muger de Gomez, maliciosa como todas, no se satisfacía con las buenas razones de su marido.

Bastante fresca y jóven aún, habia creído ver varias veces con sus negrísimos ojos, alguna guiñada que le dirijiera el capitán de la partida.

Pero habia guardado silencio hasta convenirse de que sus temores eran fundadísimos.

Una noche que entre todos jugaban una partida de truco, no le quedó la menor duda de que el capitán la cortejaba de una manera imprudente, porque su marido que estaba allí podia apercibirse de todo.

Ante la mirada amorosa del capitán, aquella muger se sintió morir de vergüenza y de indignación á la vez.

Amaba á su marido con la misma vehemencia de veinte y cinco años atrás, y nunca habia cruzado por su imaginación la idea de que otro hombre pudiera pretenderla.

Así es que la mirada llena de impura codi-

cia que posaba sobre ella el tal capitán de partida, fué como una puñalada.

¿Qué hacer en tan apurado trance?

Su primer impulso fué revelar en el acto á Gomez lo que sucedía.

Pero tuvo miedo que Gomez justamente indignado cometiera algun acto de violencia, y resolvió callar por el momento.

Disimuló pues todo lo que pudo y se puso á observar á los demás.

Y vió que el comandante militar y un moquito que con él iba, hacían con Sofía y Benjamina lo mismo que el capitán con ella.

Entonces comprendió claramente á que iban á su casa aquellos hombres.

Eran los caranchos hambrientos que daban vuelta lanzando sus graznidos, alrededor de las que creían sus presas.

Siguió observando con la mayor atencion, pues queria saber si alguna de las muchachas alentaba ó autorizaba semejante proceder.

Pero con un placer inmenso vió pintarse en el rostro de sus hijas, la indignacion que habia sentido ella misma.

Sofía, ménos paciente que su cuñada, se levantó roja como una braza de fuego y se alejó de la rueda.

El comandante militar le habia pisado un pié con misteriosa prision y no habia tenido la paciencia necesaria para soportar el ultraje.

Ella tambien, como la madre, habia tenido intencion de revelar á su marido lo que pasaba, pero, como ella, tuvo miedo de las consecuencias.

Los visitantes se retiraron por fin y las mugeres quedaron con aquel entripado diabólico, no sabiendo qué partido tomar.

Al dia siguiente, movidas por la misma inspiracion, se reunieron á darse cuenta de lo que sucedía y aconsejarse sobre lo que debían hacer.

No hay que decir una palabra á los hombres, dijo la madre, porque ellos no tienen prudencia y pueden hacer una atrocidad.

Yo hablaré luego con el comandante militar á quien deben respetar todos, y si no cambian de proceder, entonces será preciso avisar á Gomez porque no podemos entonces callar mas.

Como de costumbre, los tres galápagos callaron ese dia, estando solas las mugeres.

E inmediatamente que se sentaron, la muger de Gomez que era bastante valiente, habló así al Comandante Militar, delante de sus hijas y de los otros pretendientes.

—Yo creo, mi amigo, que ustedes han errado el camino ó se han querido divertir con nosotros.

Las tres, como ustedes saben, tenemos nuestros maridos, à quienes, gracias à Dios, queremos y respetamos.

Es inútil pues que anden perdiendo su tiempo, porque nada hay aquí para ustedes.

Esto sin contar conque si los hombres se aperciben de la cosa, puede haber un gran disgusto que no hay para que provocar.

El comandante escuchó sonriendo esta especie de discurso, sin dejar de mirar à Sofía y cuando vió que le tocaba contestar, dijo con un descaro infinito.

—Ustedes son tres sin vergüenzas guasas, que debían encontrarse honradas con que hombres como nosotros les hiciéramos el favor de agazajarlas.

Déjense de remilgos y comadradas finjidas, porque con esto nada bueno han de sacar.

Si dicen algo à sus maridos, peor para ustedes y para ellos, porque lo único que pueden sacar es ir al cepo de cabeza, sin que ustedes mejoren de situacion.

Con que vamos à ver si ceban un mate y se dejan de estupideces.

Las tres mujeres quedaron heladas ante aquel lenguaje indecente y las amenazas que se les acababa de hacer.

Aún estaban aturdidas como si hubieran recibido un golpe de mazo en la cabeza, cuando el comandante se levantó y dijo à Sofía que ya lloraba de miedo.

—A ver, vos, que pareces mas civilizada danos un mate y hablemos de amor, antes que venga el salvaje de tu marido y tenga que pegarle un buen susto por meterse à mirar lo que no debe.

Ante semejante actitud, Sofía se sintió presa de un terror invencible y echó à disparar campo afuera, creyendo que intentaban efercer con ella algun acto de violencia.

La madre y Benjamina la siguieron, teniendo que evitar al salir, una media docena de manotones que, à guisa de caricias le dirijieron aquellos tenorios de cuartel.

Estos por su parte tocaron retirada, pues nada que hacer tenian ya allí.

—Son pinturas, dijo el comandante, ya se entregarán à discrecion considerándose muy felices.

—Pero si avisan, observó el capitán, vamos à tener fandango.

—Peor para ellas, contestó el mocito.

Para qué somos autoridad?

Así planteaban su plan aquellos tres tipos. Ser autoridad para ellos, como para todos, no significaba mas que poder hacer lo que quisieran, por infeno que fuera.

Para eso tenian poder y se llamaban justicias.

La mujer de Gomez fué en busca de su marido y puso en su conocimiento lo que sucedia, con sus menores detalles.

—Suceda lo que Dios quiera, concluyó, pero no podemos callarnos mas, porque mañana nos molerian à golpes.

Gomez se puso lívido de ira, y sintió que el coraje se le subia al corazon.

—Ni una sola palabra à los muchachos, dijo, sobre todo à Juan que tiene un génio de pólvora.

Yo voy à arreglar todo esto.

Gomez ensilló su caballo, y despues de empeñar à la mujer palabra de honor de no hacer ninguna tontera, se fué al Juzgado de Paz à entablar su queja.

Gomez no llevaba mas arma que su rebenque, pues solo iba ese dia à invocar la justicia de la primera autoridad del partido, persuadido de que por sus antecedentes, el Juez de Paz le dispensaba alguna consideracion.

El ausodicho juez oyó la queja de Gomez y se limitó à darle un par de consejos.

—No seas niño, le dijo, que aquí yo nada puedo hacer.

Son asuntos particulares que nada me incumben y en los que no me puedo meter.

Hacé la vista gorda como todos y no te metas con el comandante por la cuenta que te tiene.

—Quiere decir, exclamó Gomez llorando de coraje, que en la tierra no hay mas justicia, que la que uno pueda hacerse?

Pues me la haré, que bastante corazon tengo para ello y tenga de cuenta que nada le he dicho.

—Eso es lo peor de todo, porque entonces tendré yo que tomar cartas en tu contra.

—Será lo que Dios quiera, contestó Gomez y saltó del Juzgado con el corazon transido de dolor.

—La desgracia se me viene encima, pensó. Ya le saldremos al camino y no le hemos de hacer ascos.

Y llegó à su casa, prohibiendo de nuevo que dijeran à sus hijos una sola palabra de lo que sucedia.

A la noche, como siempre, acudieron los neófitos, ignorantes de lo que habia sucedido, pues no creian que hubieran tenido el coraje de referir lo que habia pasado.

Gomez los recibió en la puerta y dijo al Comandante.

—Quisiera mi Comandante hablarle una palabra.

Quiere hacermelo el favor de escucharme?

—No hay inconveniente, replicó este, y mientras los demás entraban, ellos quedaron bajo el alero, sin sospechar de lo que se tra-

taba, pues la actitud de Gomez era tranquila y afable.

—Yo soy pobre, mi Comandante, pero amigo de sostener la paz y honradez de mi casa aun á costa de mi vida.

Me ha contado mi muger lo que han hecho hoy aqui, y me veo obligado á prevenirlo que no estoy dispuesto á sufrir que se repita, ni que ustedes cumplan sus malas intenciones.

—Nota que te insolentas conmigo, contestó el Comandante, y esto te puede costar caro. Sin duda te has olvidado que soy tu jefe y autoridad en el partido.

—Yo no me olvido de nada, mi Comandante, ni me insolento, replicó Gomez cada vez con mas firmeza y sin salir de su actitud tranquila.

Digo que las pobres mujeres que viven aqui no han merecido que ustedes las traten mal y quieran echar por tierra la felicidad que gozan al presente.

Yo le voy á pedir, mi comandante, que no vuelvan mas á mi rancho, donde no podrán ser recibidos con el cariño de siempre.

Así podremos evitarnos un mal rato.

—Eres un gaucho insolente que no conoces el honor que se te hace, contestó con groseria el comandante, y ya te pesará cuando no haya remedio.

—Si el ser honrado y bueno es ser insolente, mi comandante, nunca puede pesarme.

Yo he querido evitar un disgusto y nada mas.

Los muchachos tienen sus coquillas donde Dios se las ha puesto y si llegaran á saber lo que sucede, no tendrian la cachaza que yo sé guardar en las ocasiones apuradas.

Y aunque la voz de Gomez temblaba de ira y coraje, su actitud era tranquila, sin dejar de ser amenazadora.

—Y qué me importa á mí de los muchachos y de toda tu raza entera?

Ellos como tú me pagarán esta insolencia muy cara, te lo aseguro.

En cualquier otra ocasion y con cualquier otro paisano el tal comandante hubiera procedido á romperle las costillas.

Pero Gomez habia sentido de una manera endiablada su reputacion de hombre guapo y de carácter firme.

Estaba acompañado de sus dos hijos y su yerno, mozos ardientes y la partida no era igual entonces.

Cobarde, como la generalidad de los hombres ruines, el comandante se tragó su coraje y sus deseos de hacer una iniquidad, y entrando al rancho dijo á sus compañeros.

—Vámonos, que aquí nada tenemos que hacer.

Parece que el amigo Gomez no quiere que lo visitemos mas y nos despide de su casa.

—Y usted piensa hacerle caso? preguntó el mocito.

Pues si yo fuera Comandante Militar del partido otro gallo les habia de cantar.

Gomez se puso pálido, y se vieron temblar sus lábios, pero no dijo una sola palabra.

Sus hijos abortos en lo que escuchaban, no podian atinar con la causa de aquel acto de su padre.

—Que nos vamos no mas, replicó el Comandante, sin perjuicio de que algun dia tomemos el desquite.

—Pues si yo fuera autoridad, obraria de manera muy diversa, insistió el mocito.

Daria cualquier cosa por ser Comandante Militar durante un par de horas!

—Pues haria muy mal, mocito, respondió Gomez, porque bastarian esas dos horas para que dejara de ser hasta hombre.

Yo no soy ningun muñeco y estoy habituado á no dejarme atrasar ni por hombres delante de los que usted se echaria á temblar.

Y miró de tal manera al mocito, que á pesar de sus bravatas sintió que se le helaba la sangre en las venas.

El Capitan de la partida no despegó los labios.

Escuchó todo aquel cambio de palabras y siguió al Comandante y al mocito cuando estos se retiraron.

Gomez los miró salir sin decir una palabra mas.

Que mas elocuente podrá haber, que la terrible expresion de amenaza que desplomaron sobre ellos sus negras pupilas?

Quando el galope de los caballos no se escuchó mas, Gomez se dejó caer sobre una silla y dijo á sus hijos:

—Ahora es preciso cuidarse mucho y vivir sobre aviso, porque esta gente no tardará en hacernos sentir su venganza.

El único medio de desbaratarla es no dar el menor motivo para que la autoridad se meta con nosotros.

Tal vez así podamos ser felices todavia.

Pobre Gomez!

El creia todavia en la justicia, apesar de lo que aquel dia le habia dicho el Juez de Paz, é ignoraba que cuando una autoridad de campaña quiere vengarse, lo que le sobra son pretestos, si alguna vez lo necesitan!

—Pero qué es lo que ha sucedido? preguntó Juan, mirando alternativamente á su padre, su hermana y su mujer.

Qué motivo puede usted haber tenido, padre, para hacer una cosa tan gorda?

Gomez reflexionó un momento y dijo en seguida:

—Lo que ha sucedido es preciso que ustedes lo sepan, para que se guarden en adelante y tengan mas malicia del mundo.

Y refirió en seguida, endulzándolo en lo posible, lo que le había contado su mujer y su entrevista con el Juez de Paz.

—No me quedaba otra cosa que hacer, que rogar á estos individuos no se presentaran mas en casa, que así podría evitarse cualquier desgracia.

Y parece que no han encontrado tan mal el partido adoptado, puesto que se han mandado mudar á pesar de las observaciones de ese pegote aprendiz de justicia.

—Pero eso no basta, padre, replicó Juan, que por primera vez sentía estallar los celos.

Yo iré á buscar á esos maulas y les enseñaré como se falta el respecto á la mujer de Juan Gomez!

—Soberana locura! replicó este.

En tu mismo caso estoy yo, puesto que han llegado hasta insultar á Clara y ya ves que no he tratado de quebrarles el alma.

Lo hecho, Juan, basta para que empecemos á penar.

No hay pues que buscar mas dificultades.

—Es que yo no me conformo con eso y juro que me la van á pagar la primera vez que nos topemos.

—Te guardarás muy bien, Juan, dijo Gomez con la autoridad que empleaba siempre que queria ser obedecido.

Esto está ya arreglado y no hay que volver mas sobre ello.

Yo me encargo de dirigir el asunto, porque soy el mas viejo y por consiguiente el que tiene mas juicio.

Por lo pronto, continuó, es preciso no salir de casa y mucho menos ir á las pulperías, porque ellos estarán en acecho y les harán hacer una pelea para tener el motivo de llevarlos presos ó hacerlos matar prestando una resistencia á la autoridad.

Yo iré desde hoy á traer el gasto y todo lo que se ofrezca, que para que á mí me hagan perder los estribos, mucho tendrán que andar.

Tanto Juan como Pancho acataron la determinación de Gomez y cada uno guardó su rabia para cuando llegara el momento de dejarla estallar.

Cada uno de ellos reprochó á su mujer que no lo hubiera prevenido de lo que pasaba.

Pero como ellas se disculparon con la prohibición que les hizo Clara, no tuvieron mas que decir.

Desde aquel día fué Gomez el que salió á la pulperia á hacer las provistas necesarias para la familia.

Y vivió que no se había equivocado en sus cálculos.

Muchas veces halló en la pulperia al capitán ó soldados de la partida, que no se atrevieron á cumplir su consigna, por el respeto que tenían á Gomez, respeto que había sido

enjendrado por numerosos hechos de valor que contaban de Gomez sus compañeros de armas, muchos de los cuales prestaban sus servicios entonces en la misma partida.

Una tarde encontró Gomez en la pulperia á un paisano bastante divertido, que le pareció ser forastero.

Era un hombre de elevada estatura y facha de perdido, que nunca se había visto por Moron.

En cuanto entró Gomez, el forastero empezó á chocarlo con mucha sorna primero, pasando despues á dirijirle las palabras mas descomodidas y groseras.

—Parece que el amigo anda por buscarme pelea, dijo Gomez una vez que empaquetó los artículos que había comprado.

—Ultimamente sí, replicó el borracho, para que hemos de andar con vueltas?

Yo le tengo á usted rabia, porque así me dá la gana y he venido espresamente á ponerlo panza arriba, para que no sea zozco.

El capitán de la partida, acompañado de un soldado, se hallaban presentes del lado de afuera del mostrador.

Gomez salió sin responder una palabra, como si aceptara el reto.

Acomodó sus paquetes en las maletas que llevaba en el apero, mientras el borracho, daga en mano, salía dando horribles trapiés.

Para Gomez no pasó desapercibida una sonrisa que se dibujó en los labios del capitán.

Aquel reto dirigido delante de la autoridad le dió mucho en que pensar y la sonrisa del Capitán lo hizo meditar un momento, decidiéndolo á no aceptar aquel reto que, en cualquier otra circunstancia, hubiera castigado en seguida.

El pulpero y tres ó cuatro paisanos que allí se encontraban, salieron á ver la indudable catástrofe que iba á suceder.

Gomez miró tranquilamente al borracho que venía á cuatro ó cinco varas de distancia, montó sobre su caballo y con gran calma le dijo:

—Amigo borrachina, puede decirle al que le manda que ha perdido su tiempo y que usted es muy poca cosa para que un hombre como yo se pierda.

—Párese maula! ¿no dice que es tan guapo? Párese para echarlo por delante con el freno.

—No me ensucio con borrachos, contestó Gomez castigando su caballo.

Otra vez pueda ser que le haga el gusto, pero por ahora está perdiendo su tiempo.

Y se alejó al galope, pero no tan ligero que no viera la espresion de rabia mal contenida que cubrió el semblante del capitán.

El borracho se quedó echando panzando que Gomez era un cobarde comería crudo la primera vez que le viera encima.

—Sí, pero entonces es preciso que no tomes tanta copa, le dijo el capitán.

Ya está visto que el hombre es vivo y que hay que obligarlo con maña.

Tanto el pulpero como los paisanos que presenciaron la aventura, se convencieron que Gomez habia caído en desgracia y trataban de echarle un pial.

Uno de ellos fué á la noche á casa de Gomez, y le previno de todo lo que se habló en la pulperia despues que él se retiró.

—Ya lo malicié, dijo este, por esto es que no le hizo caso.

Y refirió á sus hijos lo que le habia sucedido.

—Si yo le hago caso al borracho, les dijo, ya estaba lucido.

Me hubieran dejado darle una puñalada, y en seguida se me echan encima el capitán y el soldado y ya tenían causa suficiente para sacarme de en medio.

Es preciso hacer así, mis hijos, concluyó, sinó les haremos el gusto á los que no quieren otra cosa.

Y esto fué una buena lección para Juan, que era el de génio mas arrebatado.

Otro día que Gomez fué á la pulperia á hacer su provista, vió al mismo individuo que estaba en la puerta, tal vez esperándolo.

En los caballos atados al palenque, conoció

Gomez que en la pulperia habia gente de justicia.

—Ahora sí que no te vas sin pelearme! gritó el forastero apenas lo vió llegar.

Y, desnudando la daga, añadió:

—No dirás ahora que estoy borracho, puerco de porquería.

—Pues so equivoca de medio á medio, su perdido, respondió Gomez riendo, porque tampoco pienso hacerle caso.

Dígalas no mas á los que lo mandan, que pierden el tiempo y la plata que le pagan.

Lo que es yo, no voy á la cárcel, porque así se le antoje á cualquier trompeta.

Y dió vuelta su caballo, alejándose á gran galope, antes que el forastero pensara en seguirlo.

De este modo quedó burlada la segunda tentativa del comandante, que, fuera de duda, era el que queria hacerlo caer en la trampa.

Gomez hizo su gasto en otra pulperia, para evitar la tercer tentativa que podia ser mejor calculada, obligándolo á defenderse.

Pancho, entre tanto, hizo á la ciudad un par de viajes con sus carretas, pero no le sucedió nada de particular.

Parece que la primer venganza querian ejercerla en la persona de Gomez, que era quien los despidió de la casa, para seguir despues con todos los demás.

UN MANOTON AL ALMA

El Comandante Militar de Moron, que era el que enviaba gente para buscar camorra á Gomez, empezó á perder los estribos.

La sagacidad con que el paisano evitaba todo mal tropiezo lo puso de un humor de perros, y, como principio de sus demostraciones, dió una gran paliza al puestero borracho que por dos veces habia dejado ir la presa.

Este fué un nuevo inconveniente para sus planes, pues los perdidos á quienes daba su infame comision, se hacian el siguiente raciocinio.

—Si me topo con Gomez, por lo menos voy á salir convidado con una buena puñalada cuando mejor salga.

Si no me hace caso y huye el bulto, este me encaja una paliza.

No me conviene el trato, decian y se hacian los que nunca se encontraban con Gomez.

—Pues á buscarlo á su casa, les decia, y á ver como me lo limpian, aunque sea pegándole mal, que para mí es lo mismo.

—Ah! eso sí que no se puede, contestaban los perdidos.

En su casa están sus dos hijos, que no son moco de pavo y Pancho el tropero que tiene las entrañitas en su lugar.

Eso seria lo mismo que ir á entregar el cuero para que hicieran caronas.

Y así no se hallaba quien hiciera á Gomez el servicio de darle una mala puñalada.

Una noche el mismo capitán de la partida se apostó con un perdido á esperar á Gomez, pero fué burlado como los demás.

A penas los vió el paisano volvió riendas para su casa.

El capitán y el perdido lo persiguieron un gran trecho, pero al fin tuvieron que conformarse con el chasco.

Gomez andaba siempre muy bien montado y aunque lo hubieran perseguido toda la noche no hubieran logrado alcanzarlo.

El Comandante se vió obligado á abandonar por el momento su sistema de venganza.

—Está visto que ese diablo me ha maliciado el juego y no habrá medio de hacerlo caer.

Esperaremos una ocasión propicia y ajusta rémos todas las cuentas.

—Padre, solia decir Juan á Gomez, cuando este referia haber burlado una nueva tentativa. Déjeme hacer una gauchada provechosa.

Lo voy á buscar á esa porqueria y sin que lo sienta la tierra le voy á sacar las tripas.

Míre que sino esto va á ser un penar que nose va á concluir en la vida!

—Dios te libre, hijo mio, respondió Gomez con firmeza.

Ya hay el antecedente de la enemistad que tenemos con el Comandante sin contar que somos los únicos capaces de semejante hombrada.

Y aunque esto no fuera así y nadie pudiera maliciar la cosa, en el acto que encontraran el cuerpo de ese sinvergüenza, dirian:

—Este es un asesinato que han cometido los Gomez y nos prenderian inmediatamente ó tendríamos que huir del pago sin la familia, porque con familia en ancas no se puede huir el bulto mucho tiempo.

Y así el Comandante vendria á vengarse aun despues de muerto, y nosotros habríamos empeorado la causa de una manera terrible.

Y el mocito y el Capitan y otro que no faltaria para reemplazar al Comandante, vendrian y harian de nuestra familia é intereses una verdadera calamidad.

—Es que todo es peor, padre, y así no podemos seguir viviendo.

Usted anda con la vida como si se la hubieran prestado, y'el dia que usted caiga sucederá de todos modos lo que tanto quiere evitar.

—Pues no hay mas remedio, mi hijo, que seguir jugando viveza.

Talvez se aburrán al ver que todos los tiros les salen mal y se les olvide la cancamurria.

Con la autoridad no se puede luchar de ninguna manera.

El único medio de salir bien es aguantar todo lo que se pueda y lo que no se pueda tambien.

Mejor es ir vendiendo á la Carolina todo lo que se pueda, y cuando ya no nos quede que vender, una buena madrugada nos mandamos mudar y «si te vi no me acuerdo».

Juan, como sus hermanos, tuvo que conformarse con la voluntad de su padre, y esperar que Dios le proporcionara la ocasion de vengar las ofensas recibidas.

En esta vida de agitaciones y penurias, habian pasado unos once meses desde el casamiento de Juan y mas de un año del de Sofia.

Las parejas habian andado sacándose la oreja, y el fruto de aquellos amores no se habia hecho esperar mucho tiempo.

Sofia tuvo una chancleta, que valió á Pan oho las mas terribles sátiras.

Benjamina se portó mejor, segun las comadres de la vecindad.

A la época natural, dió vida á los mas hermosos mellizos que se conocieron en veinte leguas á la redonda.

Juan no cabia dentro de su chiripá de puro ancho y orgulloso.

Aquellos mellizos le habian dado vuelta el juicio, y desde que nacieron andaba ya haciendo planes para lo que serian dentro de veinte años.

Con este motivo el rancho de Gomez se habia convertido en una verdadera Salamanca.

Al terceto de llantos que continuamente armaban los chicos, se mezclaba el llanto de las madres y el habladero de la abuela que enseñaba á estas como debian de manejar sus respectivas crias.

—Esto es un infierno, decia Gomez, mas alegre que una madrugada de verano.

Ya no se puede vivir así!

Declaro de la manera mas formal que si todos los años no me hacen igual regalo, les voy á pedir que se muden de aquí.

Y todo el dia y toda la noche andaba con muchacho al hombro, muriéndose de risa cada vez que le hacian sobre el chiripá alguno de esos regalos que tanto prodigan las criaturas á tal edad.

Así Gomez se habia convertido en el número de sus nietos, que lloraban á pleto por ir con él en cuanto lo veian.

Era preciso ya pensar en habilitar á Juan mas seriamente, porque tenia ya dos bocas mas á que atender y dos porvenir mas que cuidar.

Gomez le abandonó su pequeño establecimiento, para que lo atendiera junto con Pedro y él se puso á trabajar de nuevo como si solo tuviera quince años.

Conocida su proverbial honradez y el juicio de su proceder, muy pronto encontró el trabajo que deseaba.

El señor Galindez le corrió como capataz, el manejo de su vasto establecimiento.

Para evitar que sus hijos tuvieran que salir á parte alguna y verso espuestos á alguna nueva acechanza del comandante, conchavó un peoncito destinado á hacer los mandados.

Así quedaba perfectamente tranquilo, sabiendo que á sus hijos no podia sucederles desgracia alguna.

Parecia que el comandante se hubiera olvidado de ellos, porque hacia tiempo que los dejaba tranquilos.

Pero Gomez no se fiaba mucho, y por lo mismo recomendaba á sus hijos la mayor cautela, cuidándose él mismo cada vez mas.

Por consecuencia del dueño del establecimiento en que trabajaba, que lo distinguia muchísimo, Gomez venia todos los sábados á su casa y permanecia hasta el lunes de madrugada.

El domingo lo empleaba en cargar á sus nietos y gozar de las envidiables delicias del hogar.

—Pero, padre, le decian cuando llegaba el momento de separarse por toda la semana, ¿qué diablos se anda usted apurando en trabajos ajenos?

¿No tenemos acaso bastante para vivir todos?

Con que necesidad se pone á tomar trabajo y echarse encima patrones, cuando usted es el patron de su casa y no tiene necesidad de andar sufriendo ajenos mal humores y ajenos caprichos?

—Todavía no es tiempo! todavía no es tiempo de descansar, decia Gomez.

Somos muchos y de donde se saca y no se pone nunca pronto se vé el fondo.

Déjenme trabajar un poco mas y en seguida podremos descansar hasta que nos den calambrés.

Y cada vez perseveraba mas en su trabajo, con tan buena suerte y honradez, que Galindez lo habilitó con una majada á medias.

—Ya ven como me voy parando, decia á sus hijos.

Dentro de poco vamos á ser mas ricos que el diablo y no nos asustarán los malos tiempos.

El Comandante Militar de Moron, entretanto, no se descuidaba.

Espiaba siempre á Gomez y su familia, acariciando el momento de efectuar su venganza y satisfacer sus amores, que las dificultades conque habia tocado hicieron crecer en su corazón.

—Atropellemos la casa y démosles una batida, solía decirle el mocito aprendiz de justicia como lo habia calificado Gomez.

—Esto no es tan seguro, respondía el Comandante.

Ellos son muchos y gente guapa que pelea en regla.

Seria necesario dar una batallay un escáudalo que tal vez sonase en la ciudad.

Ya encontraremos mejor coyuntura y mas provechosa para lograr nuestro afan.

No ha de pasar mucho tiempo sin que los obliguemos á que nos vengan á pedir perdon, tanto ellos como las mujeres.

Y la coyuntura que tanto esperaba el Comandante, no se hizo desear mucho tiempo.

Por aquellos tiempos aparecieron en las provincias las eternas monteras de siempre y Buenos Aires tuvo que mandar un eterno contingente de sangre.

Era preciso atender la seguridad de las fronteras que iban á quedar desguarnecidas y como siempre fué citada la Guardia Nacional de los partidos de campaña, para sacar el contingente.

El Comandante Militar recibió esta noticia con un placer incalculable.

Por fin se le presentaba la oportunidad de vengarse de una manera terrible.

Como él era el encargado de remitir el contingente, las primeras personas, que puso en lista su deseo, fueron Pedro Gomez y sus hijos.

Se envejecerán allí, dijo á sus aliados, y si alguna vez vuelven, ya tendremos tiempo de haber hecho lo que se nos antoje.

Al dia siguiente de recibir la circular del gobierno, se procedió á citar á la Guardia Nacional, ordenandose á Gomez y á sus hijos se presentaran inmediatamente, con caballo de tiro.

Pero el vengativo Comandante no contó con un contratiempo que venia á echar por tierra la mejor parte de su venganza.

Gomez, como capataz de un importante establecimiento de campo, estaba exceptuado del servicio por la ley de enrolamiento.

Pancho tambien escapaba á su venganza, pues quedaba exceptuado de la misma manera, por ser hijo único de madre viuda, cuya subsistencia atendia con su trabajo personal.

Cuando Gomez alegó estas razones, el comandante quedó helado de rabia.

Sentia escapar su venganza de entre las manos, porque quedando Pancho y Gomez, era casi inútil mandar á sus hijos.

Conferenció con sus aliados y resolvieron atropellar por todo y mandar en el contingente á Gomez y su familia, para dejar á las mujeres desamparadas.

—De todos modos, dijo, no tienen quien abogue por ellos, y una vez que hayan marchado, que los haga volver el diablo.

Pero Gomez, mas vivo que él, se fué á hablar con el señor Galindez su patron, quien se comprometió á hacer valer aquellas excepciones.

Bien relacionado en la sociedad y hombre acaudalado, condiciones imprescindibles para obtener justicia, en un dia trabajó tanto, que veinte y cuatro horas despues de citar la Guardia Nacional, el Comandante recibia orden de respetar las excepciones de los dos paisanos y exhonerarlos de todo servicio.

Aquel fué un golpe de maza recibido por el vengativo Comandante.

Solo quedaban Juan y Pedro para descargar sus iras y les mandó prevenir que se aprontaran para marchar, porque iban á formar parte del contingente de Moron.

Pero estaba de Dios que se habia de estrellar siempre con la prevision y malicioso ingenio de Pedro Gomez.

Clara, Sofia y Benjamina, al saber que Juan y Pedro marchaban, se habian entregado en brazos de la mayor desesperacion.

No hacian mas que llorar amargamente, pensando en que toda su felicidad se les desplomaba de repente.

—No se aflijan, les dijo Gomez, como no me afijio yo.

Les prometio bajo mi palabra, á que nunca he faltado, que ni Pedro ni Juan, ni yo, ni nadie marchará á ninguna parte.

Se van á tirar de una oreja y no se van á alcanzar á la otra.

Y echándose al tirador aquellos diez mil pesos que tantas privaciones le habia costado juntar, se lanzó á la ciudad en busca de su patron y padrino.

—Aquí tiene lo único que poseo, le dijo.

No pudiendo vengarse en mí, el Comandante le manda á mis dos hijos en el contingente.

Como yo sé lo que es la vida del soldado, no quiero que mis hijos lo sepan, mientras sea posible evitarlo.

Por eso le traigo estos diez mil pesos para que me les ponga un personero y se libren del servicio.

Galindez se sintió conmovido ante tanta abnegacion y honradez, y con solo seis mil pesos encontró los dos personeros que constituian la felicidad de aquel hombre honrado y trabajador.

Y Gomez volvió á su casa ébrio de alegria y con las notas que ordenaban la libertad de sus hijos.

El Comandante Militar tuvo tal acceso de ira, que la fiesta le costó un fuerte ataque á la cabeza.

Puso en libertad á Juan y á Pedro, previa una paliza bajo el pretesto de haberse insolentado y juró tambien parte de su venganza al señor Galindez.

Pero aquí se estrellaba con uno mas poderoso que él y contra quien nada podia.

Juan y Pedro volvieron á su casa, mulidos pero contentos, pues al fin se quedaban al lado de su muger y sus hijos uno, y al lado de su familia el otro.

—Ya esto no se puede sufrir, padre, le dijo Juan.

Yo necesito devolver á ese hombre una palizada por cada uno de los garrotazos que me ha hecho pegar, de puro infame.

—Dios te libre, hijo mio, replicó Gomez.

Qué mas querria ese hombre que poderte mandar á la frontera á pesar del personero que tanto me ha costado conseguir?

Esta es una partida de maldades por su parte y de paciencia por la nuestra.

Desde que ya sufrieron los malos tratos y no tienen remedio, no hay mas que aguantarlos.

Es preciso pensar que ya no somos como antes, un hombre solo, que en cualquier parte se mete y le vá bien.

Ahora estan á tu espalda tu muger y tus hijos y pobres de ellos el dia que llegues á faltarles.

Juan se convenció de las razones que se le daban y resolvió tener todavia paciencia, á nombre de sus hijos.

—De todos modos, dijo, algun dia tiene que tocarme la mia y entonces ajustaremos cuentas viejas y nuevas.

—Eso sí, dijo Gomez, él no ha de ser Comandante Militar toda la vida.

Algun dia dejará de serlo y entonces podrá uno buscar desquite dándole una vuelta de rebencazos sin que la tierra lo sienta.

Así de esta manera le cobra su cuenta cada uno de nosotros, no le vá á quedar un solo hueso que pueda servirle de algo, ni un solo pedazo de carne sin su correspondiente matadura.

Consolidado con esta esperanza, Juan se entregó de nuevo á su trabajo y al amor de su familia.

—Es preciso hacer la vida de antes, insistió Gomez, y no salir de casa bajo ningun pretexto, pues ahora empieza de nuevo la lucha para hacernos caer.

Gomez regresó al establecimiento de que era capataz y se entregó á su rudo trabajo con mas decision que nunca.

Era preciso corresponder á su patron lo que por él habia hecho y que jamás tuviese de él la menor queja.

Era la persona con quien contaba para salvarse de los tropiezos que en adelante pudiera tener.

El contingente de Moron marchó y la familia de Gomez quedó tranquila por el momento.

El Comandante Militar empezó nuevamente á tratar de que Gomez se desgraciara, pero se estrelló siempre en la sagacidad del paisano, que habia resuelto, como él decia, á andar con veinte ojos.

En vano le salieran á la cruzada en el campo, en vano fueron á insultarlo á la misma estancia, siempre sacó el cuerpo á las aventuras de cuchillo dando esta eterna respuesta.

—Díganle al que los manda, que pierde su tiempo y la plata que les paga.

Pedro Gomez no se ha perdido ni se ha de perder nunca por falta de paciencia.

Demasiado he sufrido, canejo, para perder todo lo ganado en el último cobro.

Ni aunque me hicieran banco y me pisaran con el caballo lograrían hacerme sacar el cuchillo.

Yo lo he jurado así y gracias á Dios no sé faltar á mis juramentos.

Vana fué pues toda tentativa á este respecto y así sin duda lo comprendió el Comandante, que por segunda vez suspendió sus hostilidades.

Las invencibles dificultades, con que habia tropezado cada dia, habian hecho aumentar su infame capricho por la muger de Gomez.

—Ha de ser mía, decía, aunque el mismo Diablo se ponga en mi contra.

A la larga tengo que amolarlos y ya veremos si les valen todos sus padrinos ni toda su plata.

Ahora me lo han pagar en regla, pues no les voy a dejar ni la sarna de las orejas.

—Pero porque no vamos derechamente y les rompemos la crisma? preguntaba el mocito empeñado en Benjamina.

A que andar con tanta vuelta y fatiga, si podemos pegar el golpe con cuatro ó seis soldados de la partida?

—No se puede por ahora, contesiaba.

Ya le hemos de buscar la vuelta de manera que no tengan nada que decir.

Y no era que le faltasen ganas de hacer lo que el mocito le aconsejaba.

Es que sabía que Gomez y sus hijos eran hombres bravos, capaces de pelear un día entero, y tenía miedo no solo del resultado sino de ponerse delante de ellos.

Lasuerte, que casi siempre protege á los pícaros, vino á prestar auxilio al Comandante, para que este pudiera llevar á cabo sus planes odiosos.

Las montoneras de las provincias arreciaban, la guerra que sostenía el general Flores en Montevideo tomaba un mal carácter y se empezaba á tener serias complicaciones en el Paraguay que amenazaba al Brasil, aliado de Flores.

El Gobierno pidió á Buenos Aires un nuevo contingente de sangre, y la Guardia Nacional de campaña fué de nuevo arrancada de sus hogares para formar los nuevos contingentes que habían de marchar al interior ó á la frontera.

La persecución al paisanaje empezó de nuevo con una zaña de enemigos y los cuerpos de línea empezaron á llenarse de titulados vagos y supuestos cuateros.

Gomez estaba á cubierto de estos calificativos, porque demasiado conocida era su vida laboriosa, que hubiera apoyado Galindez con sus buenas relaciones.

Conservaba además su escepcion como capitán y guardaba como un tesoro los papeles, en que constaba la personería que habían puesto sus hijos.

—Si la cosa apura, de nada les valdrá todo esto.

Ya vendrán las órdenes de juntar gente á todo trance, y entonces no averiguarán si tienen ó no razon los destinados, ni darán oído á los empeños del padrino, por influyente que sea.

Y si hoy mismo se lleva á palos hasta un cuerpo de línea al paisano que no obedece la orden de votar por esta ó aquella sanguijuela, que sería ahora veinte años y ahora ocho no-

más, en que los jueces de Paz destinaban por sí, y ante sí al servicio de las armas!

Pues no salgamos de nuestra historia dramática, cuyos pasajes mas trágicos apoyaremos con datos irrecusables.

En la tranquilidad del Comandante y suspensión de sus hostilidades, Gomez veía una tormenta que preparaban para saltarla sobre su hogar.

Pero permanecía tranquilo, porque tenía fé en su derecho y porque creía inocentemente que la ley era algo mas de un papel escrito.

La autoridad, pensaba porque así se lo habían asegurado, no puede ir contra las leyes.

Cumpliendo yo con ellas y con el Gobierno no han de poder hacerme nada, aunque se junten todos los Comandantes y Jueces de Paz de toda la campaña.

Y esta creencia inocente fué la que vino á dar en tierra con toda su astucia y todas sus previsiones.

Sus amigos habían disminuido de una manera notable.

Los que mas frecuentaban su rancho habían marchado en los contingentes, como si su amistad fuera un delito digno del castigo mas riguroso.

Los demás, que comprendieron esto, se fueron retirando poco á poco, para no incurrir en igual falta y por consiguiente en igual castigo.

—Gomez ha caído en la mala, decían, y parece que su desgracia alcanza hasta sus amigos.

—Ni aunque me frian, decían otros, no me caso yo con mujer bonita, ni regular siquiera.

Esas no sirven mas que para despertar la codicia de los demás, y traer sobre uno toda clase de calamidades.

—Pues lo que es yo, añadió otro, si alguna vez tengo alguna hija linda, ya que linda mujer no puedo tener, emigro con ellas á un pais donde no haya autoridades.

Es la única manera de vivir tranquilo y poder gozar uno de lo que Dios le dá.

—Eso solo se halla entre los indios, saltaba otro.

Es la única parte donde no hay Jueces de Paz y donde cada uno puede gozar de lo que tiene.

—Pues me apretó las de bailar entre los indios, ya que entre cristianos no se puede vivir.

Gomez había mirado tranquilo el alejamiento de sus amigos, conociendo la causa que los hacia obrar así.

—Tienen razon y hacen bien, decía.

Ellos saben que si andamos en desgracia, no es por pícaros, ni por ladrones, ni por borrachos.

Algun día hemos de poder alzar la cabeza

y andar por todas partes sin el menor recelo. Los comandantes militares no duran toda la vida y ya vendrá alguno que no codicie lo que no le pertenece.

Trabajando y trabajando, Gomez habia logrado aumentar su fortuna de una manera considerable.

Ya no tenia necesidad de seguir siendo capataz de estancia.

Pero habia ahora un nuevo inconveniente que le privaba de dejar su trabajo.

Cesando de ser capataz de estancia, cesaba la escepcion de servicio que como tal gozaba, y entonces el comandante podria echarle la garrá para el primer contingente.

Era pues preciso perseverar hasta que pasara la guerra y pudiera gozar de una escepcion mejor y mas duradera.

Entre tanto pasaba el tiempo y se acercaba aquel famoso acontecimiento, que tanto habia anunciado, que festejaria hasta el extremo de consentir por primera vez de su vida, que se introdujera á sus fiestas una fraquera de ginebra.

Gomez anunció á los amigos que aguardaban la proximidad de tan estupendo acontecimiento, pidiéndole que cada cual llevara los amigos que quisiera.

Juan, Pedro y el mismo Pancho fueron los encargados de juntar las mozas que habian de tomar parte en la fiesta y prepararon esta de una manera suntuosa.

—Es una lástima que yo ando mal con la autoridad, decia Gomez, pues mi gusto habia sido convidar desde el Juez de Paz hasta el último milico.

Pero que le hemos de hacer!

Uno nunca puede realizar las cosas de una manera completa!

—Pero que acontecimiento es el que usted festeja tan lindamente y tan por lo fino? preguntaban á Gomez sus amigos, ávidos de conocer el secreto.

—No lo digo ni por un queso, hasta el sábado, dia de la fiesta, contestaba este.

Quiero que hasta entonces los pinche la curiosidad.

—No puede ser otra cosa que el bautismo de los chicos, añadian, porque es la única fiesta que le puede quedar, á no ser que Pedro tambien ande por meterse á marido.

—Sí, contestaba este sonriendo, por tan bien que le vá á uno con la mujer.

No me casaba yo ahora por toda la plata del mundo.

Y los amigos acudian á Clara y á Sofia y á Benjamina, para indagar la causa de la fiesta.

Pero la primera que era la única que la conocia, se encojía de hombros y se limitaba á decir que aquellas eran cosas de Gomez que ni á ella misma le habia querido decir.

Fué necesario esperar el sábado, único medio de salir de la curiosidad.

Por aquellos mismos dias estalló el cataclismo del Paraguay que tanta sangre y lágrimas costó á Buenos Aires.

Su mejor juventud y sus hijos mas necesarios tomaron el fusil y corrieron en defensa de la patria ofendida.

Fué aquella una magnífica epopeya de la que muy pocos volvieron.

Pedro Gomez hubiera hecho aquella campaña como hizo tantas otras.

Pero la situacion especial en que se encontraba, le quitó hasta el deseo de pensar en ello.

Quién garantizaría su hogar si el se ausentaba?

Quién miraría por sus hijos y sus intereses, amenazados de tan mala manera por la autaridad del partido?

Quién impediría que se consumáran los atentados de que serian víctimas su mujer y sus hijos, fin y remate de todas las miras del Comandante Militar?

—No hay que pensar en esto, se dijo Pedro Gomez.

Otros mas felices que yo pelearán por la patria y nos contarán á la vuelta las portentosas batallas ganadas por el criollaje.

Los jueces de Paz y comandantes militares empezaron á mover la guardia nacional en virtud de órdenes recibidas, y los de Moron no fueron de los últimos.

Gomez esperaba que tanto él como sus hijos serian citados nuevamente y que tendria que andar en nuevos empeños con su patron el señor Galindez, pero nada de esto sucedió.

La autoridad los dejó en paz aquella vez, lo que le hizo temer algun descalabro.

—O el comandante no se ha acordado de mí, lo que es imposible, pensó, ó me prepara alguna gorda y á la hija, lo que es mas seguro.

No te descuides, Pedrito, añadió que al fin puede romperse el cántaro de tanto ir al agua.

Y recomendando á sus hijos mayor cautela que nunca, siguió haciendo los preparativos para la tan anunciada fiesta que debia efectuarse al dia siguiente.

Veamos de qué manera el comandante militar de Moron se habia olvidado de Gomez y cuál era el presente con que por su parte pensaba contribuir á la fiesta.

UNA TRAGEDIA INFERNAL

El rancho de Gomez ofrecia un aspectoteatral, la noche del sábado.

Por todas partes se veian candiles encendidos, y el rumor de las guitarras no paró un momento desde que cayó la tarde.

Como cada amigo habia traído las suyas, la concurrencia diseminada en las piezas, en la cocina, en el patio y en el campo mismo, era mas numerosa de la que se habian atrevido á esperar.

Juan y Pancho habian traído una verdadera bandada de hermosas muchachas, que atronaban los aires con su algazara, y carcajadas ruidosas.

La luz de los fogones, mezclada á la de los candiles, iluminaba con sus colores rojizos aquellos grupos que parecian grupos de fantasmas en plena Salamanca.

Se habian carneado dos vaquillonas que hacia un año preparaba Gomez para aquella fiesta, una con cuero y otra sin cuero.

Y cada grupo de amigos, rodeando su respectivo cacho de carne, se entregaban á sus sencillas é inocentes manifestaciones de placer.

Quien cantaba una trova amorosa á la muchacha que tenia al lado, quien punteaba una huella con todas sus quebradas, quien soltaba una relacion y quienes, por fin, sepillaban un malambo como nunca se habia visto.

Gomez no solo habia cumplido su palabra de llevar una frascueta de ginebra, sino que se habia ido del otro lado, con unas cuantas damajuanas de vino, que se veian diseminadas aquí y allá.

Los de la casa poca parte en la fiesta tomaban, ocupadísimos en cuidar que nada faltara.

Clara y Sofia se afanaban en hacer un millon de tortas fritas, mientras Juan, Pedro, Pancho y Benjamina recorrían los fogones repartiendo las copas de ginebra y la yerba y azúcar necesaria.

Era aquella una fiesta á lo rico, pues venia á costar á Gomez por lo menos unos dos mil pesos, suma que muchos de los presentes no habian visto junta en toda su vida.

Y la alegria de Gomez crecia, á medida que se desarrollaba la de sus invitados.

El paisanaje estaba ávido por conocer el motivo de aquella fiesta que habia sacado de sus casillas al amigo Gomez, hasta el extremo de traer él mismo á su casa ginebra y vino.

No se amontonen que todavía no es tiempo, esclamaba á cada instante para satisfacer al millon de preguntas que le dirijian.

Mas tarde les contaré esta historia y ustedes me dirán entonces si he tenido ó no razon para hacer saltar el rancho por el mojinete.

Y como no habia mas remedio que tener paciencia, los paisanos se tragaban su curiosidad, humedecida en un poco de ginebra, esperando que llegara el momento de la revelacion.

Por fin Clara y Sofia anunciaron que estaban listas las tortas fritas, en cantidad suficiente para hacer frente á aquella cantidad de estómagos, el mas chico de los cuales se habria engullido un par de libras, por lo ménos.

Un clamoreo descomunal acogió la importante noticia.

Cincuenta pares de manos se alzaron al cielo en señal del mas intimo refocilamiento y se bajaron en seguida á los fogones, retirando cada cual el trozo de carne con cuero que le correspondia, y que la espera de las tortas habia hecho pasar de punto.

Media hora despues no quedaba en los fogones la mas pequena y miserable partícula de carne y los enormes jarros de vino circulaban de boca en boca, para apagar con él una sed que estaba en relacion con el hambre de aquella concurrencia monstruosa.

Y cosa increíble

El mismo Gomez se llevó un jarro á los labios y estuvo mirando al cielo lo menos unos diez segundos.

Y como la admiración de los amigos se reveló en grandes gritos y palmoteos, en cuya manifestacion tomaron parte sus mismos hijos, Gomez apió el jarro de los labios y esclamó despues de haberse limpiado la troya con el revés de la mano.

—Es que yo tambien he sido pierna y amigo de echar una cana al aire!

Qué soldado viejo como yo no ha sido lo mismo?

Lo que hay es que he tenido hacienda de polleras que cuidar y estos dos amigazos que atender, y me seosegué á tiempo.

Sinó yo seria tan aficionado como el que mas.

Todavía las desgracias que he visto en mi vida que son muchas, han tenido por causa el abuso de la bebida, y causa de ella casi me desgracié yo mismo un dia, porque al decir de las gentes tengo yo muy mal trago.

Pero con un poco que yo reflexioné y un par de consejos que me dió la compañera hice la cruz á la limeta y hoy es el primer dia que bebo, despues de una tarja entera de años.

Gomez tenia sus puntos de hombre leído y de conocimientos.

En sus campañas y el roce con la guardia nacional habia aprendido mucho, así es que los amigos lo escuchaban con una atención creciente.

—Pero por fin á que se debe esta festejada? preguntó uno de ellos.

Ya estamos pasados de puras ganas de saberlo y se me hace que si tarda mucho en hablar se nos va á reventar la yel como veji ga malsoplada.

—Es verdad, replicó Gomez.

Habia prometido decirlo antes del baile, para que este sea mas animado y allá destapo el tarro de mi secreto.

Los paisanos rodearon á Gomez, estrechándose para no perder una palabra.

Toda su atención estaba pendiente de lo que el amigo iba á decir.

—Han de saber, compañeros, añadió, que hoy cumplo nada ménos que cuarenta y cinco años!

Y miró á los amigos como esperando el estallido de su admiración.

Pero nadie se miró, pues no era aquel un acontecimiento que mereciera la pena de tanto festejo.

—Y por eso se ha armado esta gorda? preguntó uno?

No es mucho vivir que digamos para festejarlo tanto!

Gomez estuvo mirando un gran rato aquellos semblantes risueños y convencido que nadie habia maliciado el significado de aquella noticia, prosiguió tomando un tono doctoral.

—Hoy cumplo cuarenta y cinco años y esto quiere decir que se me levanta un mundo de sobre los lomos.

La ley, sábia y previsorá, dispóné que el hombre casado que cumple cuarenta y cinco años, no hace mas servicio de las armas, ni tiene que enrolarse, ni tiene Comandante Militar que lo cite, ni quien lo mande á la frontera porque tenga mujer buena moza.

Desde este dia se acaba para mí todo apuro y puedo andar por donde quiera sin que nadie me obligue á marchar á campaña, abandonando hijos, mujer é intereses.

Un clamoreo espantoso se levantó de todas partes, comprendiendo la razon que tenia Gomez para gastar un platal en cohetes.

—Viva la ley! gritaron unos, acompañados de un furioso coro.

—Viva el Gobierno! ahullaron otros, contentándose las mujeres con gritar simplemente:

—Viva la patria!

—Sí, mis amigos, añadió Gomez, dominando aquel vocerío espantoso, la ley me ampara desde este momento feliz.

Mis derechos de ciudadano tiene que respetarlos la autoridad, porque contra la ley, que es cosa sagrada, nadie puede marchar.

Por eso es que hemos peleado tanto por defender las leyes y el Gobierno.

Por eso es que la ley es cosa sagrada, porque cuando uno está bajo su amparo puede prendérsele del ohiripi y gritarle:

—Señora ley, yo estoy bajo su proteccion, soy un buen hijo que ha peleado por usted y que hoy viene á pedirle un servicio.

Me quieren mandar á campaña y obligarme á hacer servicio y yo vengo á que usted me ampare.

Y entonces la ley manda que á uno lo suelten, que no lo obliguen á hacer servicio y que no se metan con uno.

Y como la ley es cosa sagrada que todos tienen que respetar, no hay mas remedio que hacer lo que ella manda, por mas rábia que les dé á los que tienen que cumplir sus órdenes.

—Viva la ley! gritaron todos, deslumbrados por esta explicación.

Y los jarros se vaciaron y se llenaron como si hubieran obedecido á alguna ley del caso.

—Y dígame, hermano, preguntó uno de los paisanos.

Donde diablo ha aprendido usted tanta cosa buena?

Quien lo ha puesto en el secreto de una cosa tan buena y tan ignorada que ninguno de los presentes, ni el mismo Juez de Paz la sabe?

—Esto lo aprendí sin querer, en una de las campañas que hice por defender á esa misma ley, replicó Gomez.

Quando marchamos á Cepeda, habi un compañero que iba con mas ganas de quedarse en su casa que de seguir la marcha.

—No se afija, amigo, le decia, pronto se ha de acabar esta patriada que dicen que es corta y ya volveremos á nuestros pagos mas ganosos que nunca.

—Es que cuando yo vuelva, me replicó, mi muger y mis hijos que viven de mi trabajo diario, se habrán muerto de hambre.

—Tenga paciencia, amigo, que Dios no ha de permitir semejante desgracia.

Ya verá como encuentra todo de la misma manera que lo dejó.

—Es que á mí me traen sin ningun derecho, me dijo conteniendo su coraje.

Yo tengo ya cuarenta y siete años y la ley manda que los casados, desde los cuarenta y cinco no hagamos mas servicio en el ejército.

Yo quedé maravillado y le pregunté como diablos era eso, y me contó entonces como la ley amparaba á los que se hallaban en su caso.

—Y como van contra la ley? le pregunté.

Yo creí que contra la ley nadie podía marchar.

—Abusos de los trompetas de la autoridad, me contestó, pero en cuanto lleguemos á la ciudad yo he de invocar la ley y he de hacer que me suelten aunque se rasquen.

De qué servirían entonces las leyes si cada uno pudiera desobedecerlas?

Yo al principio no quise creer en esa maravilla y esperé que llegáramos á la ciudad, para ver si mi amigo tenía razón.

El era un hombre decente y pueblero, que hacia dos años habia salido con su familia á buscarse la vida afuera.

Dicen que en la ciudad tenia relaciones soberanas y que con él se habian de hamacar fuerte.

Y tanto dijo de la ley y de que no podian hacerlo marchar, que yo llegué á creer que habia perdido el juicio.

—Callese, amigo, le dije una mañana, mire que yo sé lo que es el servicio y si lo siente hablar así el Comandante, lo van á echar de veterano.

—A mí! me dijo, y para que son entonces las leyes?

Ya verá lo que hago yo cuando estemos en la ciudad.

Y el hombre habia tenido razón!

Apenas llegamos al pueblo, de donde teniamos que salir para San Nicolás al día siguiente, mandó llamar á un amigo suyo, que vino poco despues.

Debía ser éste mucha persona, porque vesía á lo rico, con galera y leva.

Apenas lo oyó el amigo se salió á la calle y dió vuelta media ciudad sin duda, pues á la tardecita no mas volvió con un papel en el que se mandaba que lo soltaran, pues por su edad estaba exceptuado del servicio.

Y el hombre le llevó tambien otro papel que dijo ser la fé de bautismo, por el que se probaba tenia cuarenta y siete años.

—Qué tal? me dijo esa noche cuando salió en libertad.

No le dije que contra la ley no se puede ir?

Y se largó asegurándome que iba á embromar al Juez de Paz que lo habia mandado contra toda justicia y todo derecho.

Caracho! pensé yo entonces, cuando yo cumplo los cuarenta y cinco años que dá la ley, ni Cristo me hecha á mí el lazo!

Ese día voy á armar yo una fiesta como no se ha visto ni en el mismo cielo.

Y cuando volvimos de Cepeda y se acabó todo aquel bochincho, gasté un poco de plata y con el mozo que habia sido mi capitán, que era un hombre que, apesar de ser del pueblo, se llamaba don Cupertino del Campo, me hice dar mi fé de bautismo que por mas se-

ñas me la hizo pagar el fraire en veinte man-gangases.

Y Gomez, en prueba de lo que decia, se sacó del seno un papel que tenia acollarado con un escapulario y lo enseñó triunfante.

—Esto es lo que me libra del servicio! gritó—ahora, que me vengan á hacer marchar!

Y los jarros llenados de vino por Juan, volvieron á circular de boca en boca.

—Viva la ley! viva el gobierno que la hizo! volvieron á gritar dos paisanos entusiasmados, porque aquí habemos tambien muchos de los que ampara la ley.

El entusiasmo era formidable.

Aquella revelacion de Gomez habia hecho saltar sobre las tabas á todos aquellos que habian pasado aquella odad venturosa.

La dificultad estaba en poder conseguir la fé de bautismo, pero era tal la alegría que ya se figuraban tenerla en el tirador y ya se veian burlando las mas severas órdenes del comandante militar.

Despues de la revelacion de Gomez, el baile empezó de una manera estupenda, abriéndose con un pericon que fué encabezado por Clara y Gomez.

Pedro mismo, que era el mas apagado de todos, arrastrado por el entusiasmo general, habia echado á vuelo sus piernas y bailaba como un badajo de campana en dia de resurreccion.

Serian apenas las diez de la noche cuando se sintió afuera un tropel de caballos que se detuvieron en el mismo corredor donde estaban amontonados los paisanos, que no cabian en la pieza donde se bailaba.

—Bien venidos sean, gritó Gomez sin dejar de bailar, aunque vienen algo tarde.

Adelante, amigos, y servirse de lo que haya quedado, que algo ha de ser!

Y el tropel de los recién llegados se sintió ya dentro de la pieza.

El pericon se suspendió como por encanto, y una exclamacion de terror salió de todas las bocas, como si los recién llegados hubieran sido una partida de indios malones.

—La partida de plaza! dijeron y cada uno miró su sombrero y la puerta de salida, como deseando huir al contacto de semejante gente.

Gomez, como sus hijos, quedó helado de espanto.

¿A qué podía venir la partida de plaza, á cuya cabeza se veia al mismo Comandante Militar del partido?

La alarma esparcida entre todos los presentes, demostraba de una manera clara que aquello no podia ser presagio de cosa buena.

El Comandante estuvo allí mirando detenidamente á los paisanos allí presentes, despues de lo cual dijo con ademan severo y amenazador:

—Me parece muy lindo todo esto!

Mientras yo cito urgentemente la guardia nacional, ustedes, en vez de concurrir al cuartel, estan de bailo y de borrachera?

Los paisanos mas próximos á la puerta empezaron á desfilir y apretarse el guero con gran cautela, operacion que el Comandante no notaba ó no queria notarsiendo otro su objeto. Juan estaba livido de coraje, pues so sospechaba que aquel hombre no podia venir á su casa sin una mala intencion.

Gomez se hallaba conmovido hasta el estremo de no encontrar que decir.

Porqué venia la autoridad á deshacerle una fiesta de familia?

Porqué entraban á su casa sin pedir permiso, como si fuera pulperia ó guarida de algun criminal?

Con su habitual prudencia esperó que le dirigieran la palabra, ocupándose entre tanto de mandar á Clara, Benjamina y Sofia á la pieza de esta última.

No sabia porqué pero sentia el presentimiento de que alguna desgracia iba á suceder aquella noche.

—Por qué no se han presentado al cuartel cuando yo los he llamado? preguntó el Comandante, dirigiéndose siempre á los invitados que no eran ya ni la mitad de los que habia cuando llegó.

—Señor, dijo humildemente uno de ellos, como no se nos dijo que debiamos ir inmediatamente de recibir el aviso, esperábamos el lunes para hacerlo.

—No hay lunes que valga! interrumpió el Comandante, cada vez mas amenazador.

Nunca tienen tiempo para cumplir con la autoridad, pero les sobra para mamarse.

Ahora mismo van á presentarse al cuartel, en la inteligencia de que el que no esté allí cuando yo llegue, voy á mandar una comision que me los traiga á sablazos.

Los paisanos fueron tomando el sombrero y saliendo uno por uno á dar cumplimiento á la órden, para no esponerse á algo peor.

Conocian perfectamente al Comandante y sabian que era hombre capaz de cometer la mas cruel atrocidad.

Los que habian ido con familia pidieron permiso para dejarlas allí hasta el dia siguiente, pues no podian presentarse en el cuartel con la familia á las ancas.

Solo quedaron en el rancho Gomez, su yerno y sus dos hijos.

El miraba al Comandante sin desplegar los labios, pero en sus ojos dilatados por la rabia, se podia leer un mundo de amenazas á cual mas terrible.

Su cabeza estaba bastante alterada por el vino, que contra su costumbre habia bebido

esa noche, pero no por eso habia perdido un átomo su habitual serenidad.

—Quiera Dios, habia pensado, que este hombre no venga á cometer una tropelia, porque quién sabe si hoy tendré bastante fuerzas para sufrirsela.

—Y ustedes qué hacen ahí como palos de escoba y mirándome como si fueran á comerme? preguntó el Comandante á Gomez y sus hijos.

Se figuran ustedes que tienen corona y que no han de ir al cuartel?

Pues se han equivocado de medio á medio porque ahora mismo van á venir conmigo.

Y le señaló á los seis soldados y al capitán de la partida que lo acompañaban, como quisiera hacerles presente que toda resistencia era inútil.

Gomez miró á todos, pero no se arredró por el número.

Era hombre de entrañas y estaba resuelto á no dejarse atropellar en su casa.

—Moverse, moverse, dijo el comandante, que no estoy dispuesto á perder toda la noche.

Gomez avanzó dos pasos, y replicó de la manera mas tranquila que pudo:

—Con nosotros no tiene nada que hacer la autoridad, porque estamos exceptuados por la ley.

Estos, como usted sabe, han puesto personero; yo he cumplido cuarenta y cinco años, y aquel es único hijo de viuda.

No podemos, pues, ir al cuartel, porque la ley nos ampara y nuestros papeles que así lo prueban están en debida forma.

—Aquí no hay ley que valga, gaucho animal.

Yo soy el que mando la guardia nacional y al que no me obedezca lo haré obedecer yo á fuerza de garrotazos.

En un movimiento de ira provocado por estas palabras, Juan se puso de pié, amenazador y terrible, pero una mirada de su padre lo contuvo, obligándolo á guardar silencio.

Usted no puede hacer lo que dice, insistió Gomez, porque nosotros estamos amparados por la ley y por nuestro derecho, y no hay autoridad que pueda pisar estas cosas porque así le dá la gana.

—Y que ley ni que derecho son esos que invocas como que yo tengo que respetar.

—La ley que me exceptúa del servicio, porque tengo cuarenta y cinco años, y el derecho de mis hijos que han puesto personero.

—Y como pruebas eso para que yo lo respete?

Gomez se abrió la camisa y mostró la fé de bautismo, que momentos antes habia enseñado á sus amigos.

En seguida se fué á su cuarto y trajo los

documentos que hacian constar que sus hijos habian pagado un pezonero.

Tanto el capitán como los soldados, contemplaban aquella exena sin despegar los lábios. Comprendian que se estaba cometiendo una injusticia, pero no querian esponerse à traer tambien sobre ellos las iras del Comandante y del mismo Capitán, que se veia estaba de su parte.

Los hijos de Gomez, pálidos y temblorosos, oian todo aquello y solo esperaban el momento ineludible de echarse encima de semejante bandido.

El Comandante miró los papeles que le habia entregado Gomez, los juntó en una mano y los hizo pedazos antes que nadie pensara en impedirselo.

En seguida y con una risa de condenado, arrojó à la cara de Gomez los pedazos de papel, diciéndole:

—Este es el caso que yo hago de la ley y de tus derechos.

Aquí no hay mas ley que mi voluntad, gaucho bruto, y à marchar al cuartel pronto, antes que haga con ustedes lo que he hecho con estos papeles sucios.

Ya no era posible tener mas prudencia.

El ser mas paciente del mundo habria saltado ante semejante iniquidad.

—Pues si no hay mas ley y mas derecho que la fuerza que cada cual puede tener, yo tambien haré valer la mia.

No quiero ir al cuartel y le ha de costar bien caro lo que acaba de hacer conmigo.

Al oir esto el Comandante sacó un revolver que disparó sobre Gomez, hiriéndolo en el brazo izquierdo.

Al ver esto y convencidos de que se trataba de asesinarlos, Pedro, Juan y Pancho sacaron sus cuchillos y se fueron sobre aquel asesino cobarde, que, al verse acometido, ganó detrás de los soldados.

Tanto estos como el capitán habian sacado sus sables, recibiendo à los tres jóvenes à fuerza de hachazos.

—Si se trata de morir, dijo Gomez, lo haremos, pero en buena ley.

Y disparó à su cuarto de donde volvió armado de su antiguo sable.

Su primer cuidado fué mirar donde estaba el Comandante, y à penas lo vió, guarecido detrás de sus soldados lo acometió gritándole:

—Aunque me maten porque son muchos he de tener el consuelo de quebrarte el alma.

Pero se encontró con que tenia que mantener un rudo combate con los soldados, antes de llegar al maldito comandante.

Viendolo apurado, allí ocurrieron sus hijos ayudados de Pancho, y se trabó un combate encarnizado y sin cuartel.

El Comandante tenia el revolver en la ma-

no, esperando una oportunidad de hacer fuego sin herir à los suyos.

Pero esta oportunidad no se presentaba, pues los combatientes habian formado un grupo compacto.

Pancho fué el primero que cayó, con el cráneo abierto por un feróz hachazo.

—Les recomiendo à Sofia! gritó, yo me muero.

Y rodó empujado por los piés del Capitán.

Gomez sintió la voz de su yerno, é hizo un esfuerzo sobrehumano, logrando llegar à donde estaba el Comandante, despues de haber volteado à su vez al soldado que le cerraba el paso.

El Comandante hizo entonces dos disparos obre Gomez, logrando con uno de ellos herirlo en el pecho.

Gomez hizo un esfuerzo terrible como para contener la muerte que ya lo sofocaba, y descargó sobre el Comandante un sablazo que le dividió la frente.

Y cayó de espaldas como si para morir hubiera esperado solo herir à su enemigo.

Juan y Pedro se batian flojamente.

Poco habituados al combate y agredidos por hombres veteranos en este género de aventuras, para cada herida que inferian, recibian tres ó cuatro.

—Firme con ellos! firme, gritó el Comandante, limpiándose la sangre que corria por su frente, y si no se rinden mátelos.

En aquel momento Juan logró dar al Capitán una puñalada en el vientre, donde entró todo su cuchillo.

Y entonces cargaron todos sobre él, pues Pedro mas impresionado, se batia en retirada pretendiendo ganar la puerta.

En aquel momento se abrió con estrépito la puerta interior y se lanzó Clara seguida de sus hijas y de la madre de Pancho, à la pieza donde tenia lugar la sangrienta tragedia.

Un grito espantoso, desgarrador, horrible, exhalaron aquellas infelices al contemplar à Juan luchando con la desesperacion de la muerte, contra tanto enemigo que lo estrechaba y lo acosaba à golpes.

Cuando pudieron darse cuenta con mas claridad de lo que habia pasado, cuando vieron los cuerpos de Gomez y de Pancho tendidos en el suelo, lívidos é inmóviles, aquellas desventuradas mujeres sintieron una impresion terrible.

La viejita madre de Pancho y Sofia no tuvieron el valor necesario para sufrir aquel golpe recibido de una manera tan inusitada, y cayeron al suelo privadas de sentido.

Clara y Benjamina, mas varoniles, saltaron en defensa de Juan, abrazados à sus asesinos para estorbarles toda accion.

Aquí el pobre jóven tuvo un pequeño ali-

vio, que le sirvió para herir de muerte á otro de los soldados.

Si Pedro no hubiera huido, tal vez con aquel auxilio débil pero inesperado habrían logrado vencer.

Pero Juan estaba ya estenuado, cubierto de heridas y sin la fuerza necesaria aun para sostener el cuchillo.

Así es que aquella última puñalada vino á terminar la lucha fatalmente para él.

No pudo arrancar la daga de la herida y quedó desarmado á la merced entonces de los soldados.

—No lo maten! no lo maten! gritó el Comandante Militar, que seguía enjugando la sangre que brotaba de la herida que le abrió Gomez.

No lo maten que este es una alta que reser vo para él ejército.

Y los soldados entonces, no pudiendo rendir á Juan de otro modo, empezaron á descolgar sobre él una lluvia de garrotaos.

Entonces tuvo lugar una exena verdaderamente nauseabunda.

Como aquellas dos mujeres embarazaban su accion con sus inofensivos puñetazos y mor-

discones que se embotaban en los gruesos ponchos. el Comandante y los soldados comenzaron á golpearlas de una manera terrible.

Nada los conmovió, nada pudo imponerlos, y solo dieron por terminada su obra, cuando aquellas dos infelices, con las cabezas partidas, cayeron tambien al suelo privadas de toda accion.

Entonces, recien entonces, principió la infame obra de la venganza contra aquellos desventurados que no habian cometido otro delito que el defender sus vidas.

Se principió por amarriar bien á Juan, poniéndose en seguida á buscar á Pedro.

Pero no les fué posible encontrarlo.

El pobre jóven, sin fuerzas para luchar y convencido que luchar era morir, habia huido y se habia escondido, pero no por temor á la muerte que probablemente concluiría en aquel momento con toda su familia.

—Así podré vengarlos mejor, habia dicho, y ganó un recodo que semejante á un escondite habia detrás de la cocina.

Allí esperó tranquilamente el momento á propósito para desenvolver el plan que se habia trazado.

EL FINAL DE UNA VENGANZA

El Comandante y los soldados, enfurecidos por no haber encontrado á Pedro, volvieron á la pieza y se entregaron á los mas crueles y bárbaros exesos.

Nada respetaron ni nada los movió á compasion.

Delante de las mujeres, delante del mismo Juan moribundo, empezaron á mutilar los cadáveres de Gomez y de Pancho.

Aquel triunfo les costaba la vida del Capitán de la partida y de uno de los mejores soldados, sin contar el terrible hachazo con que Gomez habia marcado la frente del Comandante.

Y aquello era preciso vengarlo, aunque fuera en los mismos cadáveres de las víctimas.

Un acto verdugo tomó parte en este segundo acto de la tragedia.

El moicito aquel aliado del Comandante, mas cobarde que los demás, se habia quedado afuera á esperar el fin de la lucha, pues tenia un miedo terrible.

Solo entró á tomar parte en el botín, cuando se convenció que no habia mas enemigos que cuatro mujeres estropeadas y desfallecidas.

Los soldados, siempre obedeciendo la orden

de su infame superior, degollaron los cadáveres despues de haber hecho con ellos todo género de iniquidades.

El pobre Juan se debatía entre sus ligaduras de una manera desesperada, reclamando su parte en aquel martirio y pidiendo lo degollaran tambien para librarse de presenciar tanta iniquidad.

—Esto no es nada, esto no es nada, le decia el Comandante.

Todavía te reservamos el postre, que te aseguro te ha de divertir mucho.

Te figuras acaso que yo he perdido la vida de dos hombres para irme en seguida dejándote muy contento?

Tu padre creyó que con echarme de su casa todo estaba concluido y porque Galindez lo protegía nada tendria ya que temer de mí.

Ahora vas á ver si á mí se me echa así no mas y si ustedes, gauchos miserables, van á poder contra la autoridad del pueblo.

Todavía esos arrastrados que se han mostrado tan orgullosos me han de venir á pedir perdon de rodillas y yo se los he de conceder con la lonja del rebenque.

Juan gimió y cerró los ojos para no contemplar tanta infamia, pero un rudo puntapi

aplicado en su cabeza, se los hizo abrir de nuevo arrancándole un grito de dolor.

El Comandante Militar y el mocito se lanzaron sobre Clara y Benjamina para cumplir los designios mas miserables, pero encontraron una resistencia terrible.

Soña, que habia vuelto en sí de su desmayo, corrió en defensa de su madre y de su hermana, trabándose una lucha asquerosa.

Aquellos miserables tuvieron que ocurrir á los golpes, creyendo vencer de esta manera la resistencia tenaz de aquellas mugeres, pero tambien pronto se convencieron que era preciso renunciar á los golpes, pues primero lo grarian matarlas que hacerlas ceder.

Renunciamos á describir la escena que se siguió y que el pobre Juan tuvo que contemplar á la fuerza, porque cada vez que corraba los ojos se los hacia abrir un nuevo golpe de bota ó de sable.

Aquello fué algo de repugnante que no nos atrevemos á narrar y que el lector podrá comprender por la frecuencia con que estas escenas han tenido lugar en nuestra desgraciada campaña.

Terminado el acto salvaje, los bandidos se prepararon á marchar.

El dia empezaba á esparcir sus primeros reeplandores sobre aquel cuadro de sangre y depredacion.

El cadáver del Capitan y del soldado, únicos muertos por parte de la justicia, fueron colocados sobre sus caballos respectivos, mientras los heridos, que eran casi todos, se curaban como mejor podian con trapo quemado y ligaduras, para lo cual despedazaron las ropas de las mugeres.

Juan fué atravesado como una res de carnero en ancas de uno de los soldados y se retiraron despues de haber saqueado el rancho, llevándose lo poco de valor que en él habia.

Las espuelas de plata de Gomez, las riendas y los chapeados pretales que eran el lujo de sus hijos, todo fué saqueado y repartido entre los salteadores.

No se escapó del saqueo ni el resto del dinero con que Gomez habia pagado la pensión de sus hijos, dinero que pasó integro al tirador de aquel Comandante Militar.

—Hasta luego pues, dijo este á las mugeres que apenas podian escucharlo, tal era el estado en que quedaban.

No nos hemos de olvidar de ustedes y hemos de volver con frecuencia á que tengamos un rato de jarana.

Y riendo como quien acaba de decir una gracia, se alejaron comentando con alegres carcajadas lo que habia sucedido.

Juan podia á penas contener los quejidos que el dolor le arrancaba.

En su desesperacion y esfuerzos por socorrer las mugeres, solo habia logrado hacer que las ligaduras penetraran en su carne, haciéndolo sufrir de una manera terrible.

Cuando Pedro sintió que toda esclamacion de dolor habia cesado, cuando no escuchó ya el mas débil lamento, salió de su escondite y agachandose entre los pastos, se puso á esperar la retirada de aquellas fieras.

Y desde allá pudo ver como atravesaban al moribundo Juan en ancas de un soldado, tratándolo de la manera mas cruel é infame.

Los soldados empezaron á marchar adelantado y suavemente, preocupados en la contemplacion de las prendas que habian robado, las que comparaban llenos de codicia, para saber quien se habia llevado la mejor.

El Comandante y su aliado marchaban detrás á alguna distancia, entretenido el primero, en narrar la parte del combate que no habia visto el segundo, y lamentando aquel maldito hazcho que le dividia la frente, donde quedaria una cicatriz endiablada.

—Este es el momento, pensó el vengativo Pedro.

Los soldados no son tan culpables, porque al fin y al cabo no han hecho mas que obedecer lo que les mandan.

Matando al que ha hecho ejecutar todo esto, quedo satisfecho por el momento.

Despues veremos lo que se ha de hacer, porque he de cobrar con usura cada una de las puñaladas que han recibido los mios.

Si Pedro hubiera sido como su padre, un hombre bravo y criado en el combate, hubiera cumplido su venganza con suma facilidad.

Pero débil y herido, sin ninguna habilidad en el manejo del cuchillo y poco calculador, sinó fracasaba su golpe, podia costarle muy caro.

Comprendiendo la dificultad que para él tenia la realizacion de aquel golpe, levantó su corazon hasta su padre muerto y marchó con cuanta cautela pudo, hasta la orilla del camino por donde habian de pasar el Comandante y el mocito.

Y antes que estos pudieran verlo ni sospechar lo que sucedia, saltó á las ancas del primero, cuchillo en mano.

Este, hombre practico y de regulares entrañas, cuando se trataba ya de escapar á la muerte, dió vuelta y tuvo tiempo de evitar el primer golpe que le dirigió Pedro, mientras su compañero gritaba de una manera desesperada, disparando á alcanzar los soldados.

Pedro comprendió que habia errado el golpe y que un momento de tardanza podia perderlo.

Era preciso ponerse en salvo antes que acudieran los soldados y esperar un dia mejor para realizar su venganza.

El Comandante se había prendido de sus brazos para impedirle todo movimiento, mientras llegaba el auxilio de sus soldados.

Pedro llamó en su socorro el auxilio de todas sus fuerzas.

Hizo un movimiento desesperado y cuando los soldados daban vuelta para mirar lo que sucedía, logró darle una puñalada en el pecho y voltearlo del caballo, haciéndose su dueño.

De modo que cuando los soldados volvieron riendas para correr en auxilio de su Comandante, Pedro echó á correr poniéndose fuera de todo alcance.

El caballo del Comandante era el mejor de todos, así es que por grandes que fueran sus esfuerzos no lograrían alcanzarlo.

Así lo comprendieron, dejando de perseguirlo para prestar socorro al Comandante que creían herido de gravedad sinó muerto, y á cuyo lado estaba ya el mocito.

Pedro también, viendo que dejaban de perseguirlo, paró la carrera de su caballo, que riendo gozarse en los efectos de su venganza.

Pero con una desesperación creciente vió al Comandante de pié y hablando con los suyos como si les dijera que aquello no era nada.

Y nada era en efecto.

Pedro, golpeando con mano débil y apurado por escapar al peligro que corría, solo había inferido una herida insignificante.

El cuchillo había penetrado entre cuero y carne y en un trayecto muy corto.

El Comandante sacó su revólver é hizo á Pedro dos tiros, sin lograr herirlo.

Y este, que nada tenía ya que hacer mas que asegurar su venganza, castigó su caballo y poco despues se perdió entre los árboles y pajonales del camino.

Volver á su casa seria morir de pena al ver el estado en que habían quedado la madre y las hermanas.

Así es que se alejaba de allí para siempre, jurando no volver hasta el dia en que creyera segura su venganza.

La comitiva que conducía á Juan, siguió su marcha hasta el Juzgado de Paz y allí fué este bajado y metido en el calabozo, en compañía de los demás desgraciados que estaban allí desde sabe Dios cuando.

La primer preocupacion del Comandante fué la captura de Pedro, á cuyo efecto despachó comisiones por todos lados.

Pero el resultado fué negativo.

Pedro, montado en el magnífico caballo del Comandante habia salido ya del partido de Moron y por consiguiente de las garras de sus enemigos.

Pero le quedaba ya un millon de peligros que vencer.

Como la Guardia Nacional se movilizaba á gran prisa en toda la campaña, á cada parti-

tido que llegara estaria espuesto á ser preso y remitido á la ciudad.

Y sin papeleta, ni siquiera su justificativo de haber pueste prisionero, seria castigado no tan solo como vago sinó como infractor á la ley de enrolamiento.

No le quedaba mas recurso que ganar entre los indios y esa direccion tomó, maldiciendo de los hombres y la infame justicia de la tierra.

Dejemos á Pedro en su peregrinacion á «tierra adentro» y sigamos á nuestro protagonista.

Tal vez lo encontremos nuevamente en el curso de esta historia de lágrimas que es el reflejo de la de algunos infelices, que aún permanen en el presidio del ejército de línea.

Para consumar bien la venganza era preciso que Juan no muriera, y por consiguiente atender sus muchas heridas y contusiones.

El Comandante hizo buscar un curandero y el pobre paisano fué atendido con una solícitud digna de una pasion mas noble.

El desgraciado se negaba á recibir auxilio alguno.

—Dejenme morir en paz, decia.

La vida no puede ofrecerme ya mas que tragos de amargura que yo no quiero apurar.

Porqué quieren darme una vida que no puede ser otra cosa que un continuo tormento?

Pero entonces se le amarraba para que no pudiera moverse y se le curaba por fuerza.

Las heridas recibidas por Juan, eran todas muy leves, por lo menos de ningun peligro de muerte.

Jóven y vigoroso, su naturaleza atlética debia reponerse bien pronto, á pesar de sus ardientes deseos de morir y de este modo aquella feroz justicia vendria á cumplir su infame venganza.

Aquella noche, noche terrible para el pobre jóven, el Comandante y su famoso aliado el mocito, se fueron á la casa de Gomez, á estarciarse en su obra é insultar de nuevo aquellas infelices.

Como Pedro podia estar en su casa y meditar alguna traicion como la de la mañana, el Comandante se llevó consigo una escolta de cuatro hombres.

De este modo, si Pedro habia tenido la audacia de volver á su casa, completaba su venganza llevándolo al Juzgado, al mismo tiempo que se libraba de un enemigo que no pensaria mas que en acechar su espalda.

El cuadro que se ofreció á la vista de esta gente de corazon empedernido, fué mas terrible aun que el de la noche anterior.

Sobre el monton de miembros mutilados que componian los cuerpos de Gomez y Pancho estaban las dos cabezas lividas de estos.

Y las tres mugeres llorosas y desencajadas,

rogaban á Dios por el descanso de aquellos, pidiéndole sin duda el castigo de sus asesinos.

Sofía tenia su hijita en los brazos y con una espresion de dolor indefinible le enseñaba la cabeza del padre, cruzada por dos hachazos terribles.

La vieja madre de Pancho tenia en su regazo los mechizos de Benjamina, que no podia moverse á causa de los golpes que recibió la noche anterior.

Los recién llegados, lejos de conmoverse con una manifestacion de dolor tan íntimo, soltaron una ruidosa carcajada, preguntando el Comandante.

—Qué todavía no han enterrado esa pudricion?

Dejen á los muchachos que ellos cumplirán bien su cometido.

Las mujeres se prendieron de aquellos miembros, negándose á entregarlos á los soldados que sabe Dios que iniquidad nueva tramaban, pero todo fué inútil.

Se los arrebataron por fuerza y los sacaron afuera, arrojándolos al pozo de balde, mientras el Comandante y su aliado detenian á las mujeres, que hacian todo género de esfuerzos por salir.

—Si ustedes me hubieran hecho caso al principio, les decia, y no hubieran ido con el cuento al imbécil de Gomez, todo esto se lo hubieran ahorrado.

Pero prefirieron darse humos de gente, y ahí está lo que ha sucedido, sin contar con que ahora tendrán que hacerme caso á la fuerza.

—En donde estan mis hijos? preguntó Clara en el calor de la desesperacion.

—A tus hijos pienso mandarlos en el contingente que vá al Paraguay.

Pero si ustedes se portan bien y se dejan de pinturas, los pondré en libertad y podrán volver con ustedes.

Sino voy á hacer con ustedes lo que he hecho con Gomez y los demás.

En la mano de ustedes está elegir entre el bien y el mal.

Clara indignada con el lenguaje de aquel bárbaro, se dió vuelta y lo escupió en la cara.

Pobre muger! no sabia hasta donde podia ir en su crueldad la perversidad de un alma depravada.

El Comandante y los suyos empezaron á golpearla de tal manera, que poco despues Clara caia al suelo desfallecida y cubierta de sangre.

Se repitió entonces la exena violenta y repugnante de la noche anterior.

Sofía pretendió esconderse detrás de la tierna criatura que tenia en los brazos, pero esta le fué arrancada de una manera violenta y arrojada al suelo con increíble brutalidad.

El Comandante y los suyos se retiraron á

eso de la madrugada, despues de haber alzado con lo poco que quedaba en el rancho.

Y ese mismo dia envió allí una comision, que hizo tropa de las haciendas de Gomez, despues de haber contramarcado los animales delante de la madre de Pancho, que era la única que quedaba en pie, porque su edad la habia salvado del furor de los bandidos.

Parece increíble que tales iniquidades se cometieran á solo cinco leguas de Buenos Aires y con la mayor impunidad.

Pero esto no debe causar el menor asombro, pues esto que hoy mismo, en la misma ciudad, se cometen atrocidades mucho mas bárbaras.

—Es imposible seguir viviendo aquí, dijo Clara á sus hijas, cuando aquella horda de saiteadores se alejó con el ganado que acababa de robar.

Concluirán con matarnos á golpes, sin dejarnos un momento de descanso ni un animal que comer.

Sin contar con que estas pobres criaturas moririan de hambre y de falta de cuidado, pues en un estado semejante no podemos mirar por ellas.

Y aquellas infelices desfiguradas por los golpes recibidos en la cara y el cuerpo, sin poderse mover de dolor, ensillaron caballos y se pusieron en marcha, arreando una puntita de ovejas y dos ó tres vacas.

Aquel seria el único bien de fortuna con que contarían para llenar sus necesidades en adelante.

Los vecinos que las veian pasar en semejante estado y que conocian la desgracia de que eran víctimas, deseaban ardientemente prestarles ayuda.

Pero quien era el que se atreveria á atraer sobre sí la cólera del Comandante Militar?

Demasiado terrible era el ejemplo que ofrecia la familia de Gomez, para que ninguno se espusiera á correr igual suerte.

Así aquellos infelices, con la sola ayuda de su dolor y su desgracia, salieron del partido de Moron, buscando un amparo que en todas partes se les negaba.

Cuando el Comandante volvió dos noches despues á ver si las mujeres querian ser mas dóciles y supo que habian abandonado la casa, tuvo un acceso de alegria, en vez del furor que todos esperaban.

Esa misma noche mandó buscar peones y guardias nacionales y pasó á su establecimiento todas las haciendas que allí habian quedado, por impuesto, despues de contramarcadas con toda comidad.

De este modo desapareció de Moron la familia de Pedro Gomez.

Es una leyenda que todavía cuentan horroizados los viejos vecinos de aquel partido, leyenda que desde hace tiempo conociamos.

LA CÁRCEL DE LINEA

Juan se había resignado á la vida de martirio que se le hacia pasar, puesto que no habia otro remedio.

Se sometia á las curaciones bárbaras que se le practicaban y pensaba que algun dia Dios lo habia de ayudar y podria vengarse de aquellos miserables.

La idea de la venganza empezó á hacerle tomar cariño á aquella vida tan llena de amarguras y deseó ardentemente estar pronto bueno, para que se le remitiera á Buenos Aires en el contingente, como se lo prometió su verdugo, creyendo hacerle la mas terrible amenaza.

—Yo cumpliré mi tiempo, pensaba, por largo que sea!

Trataré de hacerme querer de todos, nadie podrá quejarse de mi conducta y entónces me soltarán y podré tomar algun desquite, aunque me fusilen luego.

Mi padre decia que hay una ley bajo cuyo amparo puede uno ponerse.

El sabrá tambien porqué ha impedido que me maten y me detiene para algo mejor.

Dos dias despues de sentirse bastante mejorado, el sargento de la partida que le tenia alguna amistad, vino á anunciarle que pronto dejaria de penar.

—Pasado mañana, dijo, marchamos con el contingente y entre él vá usted.

—Y á dónde vamos? preguntó el paisano, que sintió dilatársele el pulmon á la idea de andar al aire libre y verse sobre un caballo.

—Vamos á Buenos Aires, contestó el sargento, donde los entregaremos al gobierno, porque á ustedes los han destinado de veteranos.

Antes de marchar, respondió Juan tristemente, yo quisiera ver á mi madre, mi muger y mis hijos.

Dios le ha de pagar este servicio, amigo, porque es triste cosa marchar así, sin haber podido siquiera dar un abrazo á lo que uno quiere mas en el mundo.

El sargento no se atrevió á decir á Juan lo que habia sucedido en su casa, desde que se hallaba preso.

—Pues yo en la ciudad haré como aquel su amigo, me ampararé de la ley y me harán justicia, pues tambien decia que la justicia de la ciudad no es como la de la campaña.

Y el pobre se consolaba pensando así, sin sospecharse que el que cae una vez bajo la garra de nuestra justicia se puede llamar muy feliz si logra escapar con solo los huesos.

Por la noche Juan pensaba en su mujer y sus dos hijos, privados de todo amparo y se sentia entónces sofocar por la mas honda desesperacion.

Muerto Pancho y su padre ¿quien miraria por aquellos infelices que habia visto estropear á sus ojos de la manera mas cruel?

¿Quién velaria por su mujer, á quien aquella misma noche de muerte habia visto tratar peor que á una cautiva en mano de los indios?

Y al recuerdo de aquella noche horrible y las escenas de la mañana, Juan se sentia enrojecer de vergüenza y morir de angustia.

—Dios sabrá porqué permite todo esto, pensaba, puesto que Dios no está en vano en el cielo.

Comprendió que semejante narracion seria una cosa desesperante, capaz de producirle la muerte, y guardó silencio.

En efecto, qué habria sido de aquel infeliz si le hubieran dicho:

—Tu casa ha sido saqueada de una manera mas completa, que si los indios hubieran dado malon en ella.

Tu mujer, tu madre y tu hermana han sido estropeadas de la manera mas brutal, hasta consumir en ellas el mas salvaje de los atentados.

De tus hijos nada se sabe, porque han huido desesperados para librarse de semejantes tratamientos y de correr diariamente igual peligro.

Quedas, pues, solo en el mundo, sin fortuna, sin hogar, sin mujer, sin padres y sin hijos.

Ante semejante relato, el hombre mas fuerte de espíritu se habria sentido enloquecer.

El pobre sargento guardó silencio y bajó la cabeza.

Tenia miedo que Juan leyera en sus ojos lo que tanto queria ocultarle.

—Por qué no me contesta, amigo? preguntó. Seria acaso usted capaz de negarme este favor?

Mire que se lo pido en nombre de mis hijos y de lo que mas quiero en el mundo.

—No es eso, amigo, contestó algo turbado, es que yo no puedo hacer lo que me pide, porque ya sabe que yo nada mando.

El Comandante es así medio duro de corazon y quien sabe no me quiera castigar por meterme á andar con blanduras.

—Pues ruéguele en mi nombre que me permita ver aunque solo sea á mi mujer y mis hijos, y asegúrele que por este solo servicio

soy capaz de perdonarle todo el mal que me ha hecho.

El sargento salió del calabozo, dejando brillar un raggio de esperanza en las tinieblas de aquella alma dolorida.

—Lo haré, mi amigo, le dijo, aunque sepa perder mi empleo.

Juan esperó en vano.

Aunque el Comandante hubiera sido hombre capaz de dejarse mover por un raggio de piedad, no sabia él mismo donde andarian entonces los restos de aquella familia.

El sargento, fiel á su palabra y suponiendo que tal vez la autoridad supiera el paradero de los fugitivos, le dijo que Juan podía ver á sus hijos antes de marchar.

—Decile que antes de irse, contestó aquel bárbaro, hablará conmigo, que yo le he de dar una buena noticia.

El sargento transmitió la contestacion, dejando así al preso sumido en la mas horrible duda.

—Que yo vea á mis hijos, decia á sus compañeros de infortunio, que yo pueda abrazar á mi muger y recomendarle que los cuide, y estoy contento.

Me parece que entonces tendria fuerza y resignacion para sufrir alegremente todos los tormentos de la vida.

El estado de Juan inspiraba lástima hasta los mas indiferentes de los paisanos que llevaban aquel calabozo.

Aquel era un hombre feliz á quien la vida sonreia de todos lados, y que de la noche á la mañana se habia encontrado despojado hasta de sus hijos.

¿Y qué delito habia cometido para ser tratado de una manera tan cruelmente brutal?

Pues no era nada su delito!

Además de haberse permitido la insolencia de tener una mujer hermosa, esta se habia negado de la manera mas infame á hacer caso de los arcaños del Comandante Militar del partido.

Y como si esto no hubiera sido suficiente delito, aquel bandido se habia atrevido á defender su libertad, su vida y la cabeza de los suyos, amenazadas por la autoridad.

Estos eran delitos inicuos que era preciso pagar de una manera ejemplar, para que los demás no incurrieran en los mismos.

El dia de la salida del contingente llegó por fin, y Juan sintió helársele el corazón ante la mas terrible duda.

¿Le permitirian ver á sus hijos?

¿Podria abrazar á su mujer antes de alejarse de allí, para siempre tal vez?

Juan levantó su corazón á Dios, pidiéndole se apiadara de él en aquella hora suprema.

De su mente se borró todo sentimiento de venganza.

Olvidó á su mismo padre asesinado y mutilado á su vista, olvidó los horrores que siguieron á aquellos inicuos atentados y solo pensó en su mujer y sus hijos.

Cuando entró el sargento á hacerlos aprontar para la marcha, lo llamó aparte y le dijo: —Como último servicio que espero de usted que tan bueno fué conmigo, voy á hacerle una pregunta.

—Hágala no mas, amigo, que en pudiendo se la he de satisfacer.

—Sabe usted lo que ha sido de mi hermano Pedro? preguntó con voz temblorosa.

Yo no me acuerdo de él, porque no lo ví desde que empezó el combate.

Creo que cuando yo caí, él peleaba en retirada, pero no recuerdo mas.

Cuando me ataron y me hicieron mirar lo que pasaba en la pieza, yo lo busqué con ansiedad entre los vivos y los muertos, pero no lo pude hallar.

Si usted sabe lo que ha sido de él, le ruego que me lo diga sin el menor embozo, porque como lo creo muerto, el saberlo no puede hacerme mas daño que el que he sufrido ya.

La fisonomia del sargento se despejó, pues por fin podia dar á aquel infeliz algun consuelo.

—Segun lo que me han dicho, contestó, pues felizmente á mi no me llevaron aquella noche, su hermano pudo pelear en retirada y ganar la puerta cuando entraron las mugeres.

Parece que estuvo escondido en alguna parte, porque el Comandante le hizo buscar sin que pudieran hallarlo.

Cuando la gente se retiraba, sabe Dios de donde salió, el hecho es que se le enancó al Comandante y le dió una puñalada que por poco lo difunta.

La gente acudió á defender al gefe, pero entonces su hermano lo volteó y en su mismo caballo se mandó mudar.

Se le ha perseguido en regla, pero como no se ha vuelto á saber de él, nosotros creemos que no estará en el partido.

Aquella fué una revelacion que llenó de alegría al pobre Juan, cuando lo creia muerto como todos los demás, sabia que su hermano vivia y que se hallaba fuera del alcance de sus enemigos.

—Gracias, amigo, dijo al sargento—al fin Dios ha oido mis ruegos y se ha apiadado.

Ahora no me importa tanto el morir ni lo que á mi me suceda.

Pedro vivo y en libertad, nos ha de vengar á todos y a de mirar por los pobres hijos que quedan sin padre.

Lo que es yo, ya estoy pronto, amigo.

Y ayudado del sargento salió á reunirse á los demás desventurados que formaban aquel contingente.

Juan acarició la esperanza de poder huir, aprovechando el descuido de las custodias, pero bien pronto se convenció de lo inútil que sería toda tentativa.

No había llegado al centro del patio, cuando se apoderaron de él y le remacharon una fuerte barra de grillos.

Era preciso asegurarlo bien, para que de ninguna manera pudiera escaparse.

Juan se sintió desfallecer.

Toda puerta de salvación quedaba cerrada para él.

No le quedaba mas que seguir el camino de lágrimas donde la maldad de los hombres lo había empujado.

Cuando estuvo engrillado y listo para marchar, se presentó en el patio el Comandante como para gozarse en su obra, y le habló así:

—Me han dicho que quieres ver á tu mujer y á tus hijos?

—Así es, contestó Juan, dominando la cólera que ardía en su corazón.

Quisiera despedirme de ellos, y por este favor sería capaz de perdonar todo el mal que se me ha hecho.

—Yo quisiera complacerte, respondió mirando el Comandante, pero me es completamente imposible.

Hace muchos dias que el resto de tu famosa familia se ha mandado mudar, sin que sepamos á donde se ha dirigido.

Han llevado toda la hacienda que han podido arrear, como si pensarán no volver mas.

Sinó, puedes estar seguro que les haria venir á verte.

Juan guardó silencio ante aquella nueva desgracia que le salia al paso.

Quizá sea mejor así, pensó.

Se habrán juntado con Pedro y se han mudado á otro partido.

De esta manera se librarán de los tormentos que les harian sufrir.

Me resigno á la voluntad de Dios.

—Y no dices nada antes de partir? volvió á preguntar el Comandante, en presencia del Juez de Paz que acababa de llegar.

No te arrepientes siquiera del feo crimen que han cometido atentando contra la vida de la autoridad y de tu gefe?

Juan miró asombrado aquel hombre cínico y como no podia sucederle nada peor de la vida que lo que le esperaba, replicó con la mayor arrogancia, mirando en los ojos de aquel bandido:

—No me parece prudente el andar tentando así la cólera del Señor. Yo no tengo nada de que arrepentirme si no es de haber nacido.

Quiero la vida hoy, mas de lo que la he querido en mis tiempos mas felices, porque con ella tengo la esperanza de poder vengarme algun dia.

Todo se acaba en este mundo, mi Comandante y mis prisiones han de acabar tambien.

Ruego entonces al buen Dios que usted se encuentre con vida y sea feliz, si puede, para poder hacer yo con usted aunque sea la mitad de lo que usted ha hecho conmigo.

El Comandante se lanzó sobre Juan y lo cruzo la cara con el rebenque.

El desgraciado con los piés aprisionados por los grillos no pudo resistir el golpe y cayó largando un rugido y una maldición.

Entonces aquel salvaje se le fué encima y lo azotó hasta sentir el brazo fatigado.

—Esto es para que aprendas á hablar con mas respeto á la autoridad, bandido.

Ojalá caigas en mis manos alguna otra vez para tener el gusto de volverte á moler á paños y mandarte de nuevo á la ciudad.

É iba á comenzar de nuevo los golpes, cuando el Juez de Paz, un poco menos bárbaro, lo tomó de un brazo, diciéndole:

—Deje noma*, Comandante, que ya le ajustarán las cuentas á ese bellaco.

Todos estos miserables son así, mas altaneros mientras mas criminales.

Hay que prevenir que el Juez de Paz creía ó aparentaba creer que el Comandante y su escolta habian sido asaltados por la familia de Gomez y que el Capitan y el soldado habian sido muertos á traicion antes de tener siquiera tiempo de desmontar.

Juan fué sentado sobre un mancarrón, donde lo staron con un maneador, para que no fuera á caerse, pues con esos grillos no se hubiera podido sostener sobre el caballo.

Y así se pusieron en marcha para la ciudad, acompañados de un sargento y cuatro soldados.

Yendo los demás individuos tan seguros como Juan, no habia que pensar en evasión alguna ni cosa parecida.

Juan no despegó sus labios durante todo el camino.

De qué le hubiera servido, de todos modos, su palabra mas elocuente?

El sargento llevaba en su poder las diversas notas con que eran acompañados los presos.

Despues de una marcha penosa y llena de torturas para Juan, á consecuencia de los últimos golpes recibidos, llegaron por fin á la ciudad á la caída de la tarde.

Para el jóven empezó una nueva y desconocida via crucis.

El aspecto de bandido que le daban sus ligaduras, sus grillos y su ropa hecha girones, atrajeron á su alrededor una gran cantidad de curiosos que lo miraban con un horror invencible.

Aquel debía ser algun bandido feróz, cuando de tal manera y con tales precauciones lo traian y se apartaban de su lado como temiendo su contacto.

Así, bajo un mundo de miradas curiosas y rencorosas, llegaron á la Policía, punto de su destino momentáneo.

Allí entregó el sargento presos y notas regresando á Moron inmediatamente, por no tener más que hacer en la ciudad y llevando consigo el recibo de los individuos entregados.

Al entrar á la Policía, el corazon de aquellos infelices se sintió mas aliviado y respiraron mas alegremente.

Para los demás, aquello importaba el fin de una mala jornada y el principio de una vida mas aceptable.

En el ejército, donde sabian venian destinados, podrian andar con mas libertad, se divertirían con las peripecias de la vida militar, nueva para ellos, y no tendrian que pensar en las mas imperiosas necesidades de la vida.

Para Juan aquello tenia un significado mas importante, pues para él la llegada á Buenos Aires era la libertad y el goce de todos sus derechos.

En primer lugar, se libraba de las garras del infame Comandante, que nada tenia ya que hacer con él.

Y despues, podria ampararse de la ley de que tanto le habia hablado su padre, pidiendo justicia para él y para los suyos que aún quedasen vivos.

Y el pobre sentia dilatarsele el corazon ante la idea de que bien pronto podria volver al lado de su mujer y de sus hijos, á conocer la tumba donde habia sido sepultado su padre, y á presenciar el duro castigo que aquella santa ley aplicaria á sus verdugos.

Pobre Juan!

Mecido por estas vanas ilusiones, pasó la noche sin acordarse que aún estaba en ayunas y acariciando su rápida venganza.

—Ah! pensaba en su inocencia, debe ser una cosa santa pelear hasta el último estremo por una ley tan justa!

Con razon mi padre contaba orgulloso sus campañas hechas y sus sufrimientos pasados por defender la ley y los derechos.

Y el infeliz ignoraba que la ley era una palabra hueca y sin sentido para el hombre del pueblo y para el gauchó, que no tiene ni siquiera el derecho de pensar en alta voz.

Ignoraba que nuestras leyes solo se han hecho para los poderosos rompiendose para el hombre del pueblo.

Y que con la misma ley que él se amparaba, es mandado á presidio por el mismo que acaba de despojarlo de su libertad, de sus derechos, de su familia y de cuatro vacas que constituian su fortuna.

Si Juan hubiera sabido lo que vale una ley entre nosotros, si él hubiera sospechado que un ladron puede ahoroar á un hombre honrado con la ley en la mano.

Si él hubiera conocido que la ley tiene mas valor que el dinero que tiene ó el temor que puede inspirar el que la invoca al que la aplica, hubiera huido de ella como de su peor enemigo.

Pero él solo conocia la ley por aquel cuento que refirió su padre la noche de aquella fiesta fatal, y pensaba que, para que á uno le hicieran justicia, bastaba, como su padre decia, prenderse al chiripá de la ley é invocar su paro.

Y así pasó la noche con la ley en el pensamiento y el recuerdo de su hogar destruido lacerando su alma.

El dia que siguió amaneció feliz para todos.

Pero fueron pasando las horas sin que apareciera en la cruzija una sola persona á quien poderle pedir la aplicacion de la ley.

Almorzaron con avidez el miserable rancho del presidio y se peraron llenos de resignacion el momento deseado.

A la tarde vinieron los vigilantes que debian conducirlos á sus destinos definitivos.

Juan fué librado de sus grillos y ante este solo acto el misero creyó que todas las penas habian concluido para él.

—Adónde vamos ahora? preguntó alegremente uno de los paisanos, al que parecia hacer cabeza de los vigilantes.

—Ahora vamos al cuartel, dijo el sargento duramente, pues creia tener que habérselas con verdaderos forajidos.

—Cómo al cuartel? preguntó Juan estupefacto?

Que no nos ponen en libertad?

No nos van á llevar donde está la ley para que nos amparemos de ella?

Los vijilantes soltaron una estruendosa carcajada ante lenguaje tan inocente.

—No es mala la ley de ustedes, respondió el cabo.

Ahora los llevamos al cuartel porque á ustedes los han condenado al servicio de las armas, y mañana ó pasado han de marchar los cuerpos á que los destinaron.

—Yo o voy á ningun cuartel, respondió Juan de una manera resuelta, porque yo tengo que ampararme de la ley.

Una nueva carcajada de los vijilantes saludó la salida de Juan, pensando que si no era loco, por lo menos estaba borracho.

—Ahora vamos al cuartel, repitió el cabo, despues podrá ampararse de todas las leyes que quiera.

—He dicho que no voy, insistió Juan, hasta que la ley no lo resuelva.

Y como opusiera serias dificultades al obligarlo á obedecer, el cabo se vió en la necesidad de dar cuenta de lo que sucedia.

Pero allí no habia que aplicar otra ley que la ya aplicada por el Juez de Paz de Moron.

Segun la nota de este, Juan venia condenado al servicio de las armas por infractor á la ley de enrolamiento y por ser autor de un crimen sangriento.

Unido á su padre y un hermano tan bandido como él, habian asaltado una comision mandada por el Comandante Militar de Moron, que con su celo habitual, andaba citando personalmente á los guardias nacionales.

En el primer ataque habian herido al Comandante y muerto al Capitan y un soldado.

La autoridad no podia remitir mas que al referido Juan, porque el padre habia muerto en la refriega que siguió al salteamiento y el hermano habia logrado fugar.

¿Cual era pues la ley que invocaba aquel bandido?

La que lo condenaba á muerte, acaso?

Los empleados de policia, creyendo que el criminal estuviera loco ó finjiera estarlo, se valieron de una supercheria muy usada para hacerlo marchar.

—La ley que te ampara está allá en el cuartel á donde te llevan.

Allí puedes invocar su amparo.

Y Juan se dejó conducir despues de dar las gracias mas expresivas al empleado que lo habló.

—Por fin, exclamó, me verá libre de tanto sufrimiento.

Ya verán lo que dice la ley!

El lector comprenderá que género de ley iba á aplicársle al desgraciado.

El crimen cometido por la justicia de Moron iba á quedar impune, como todos los crímenes que comete la autoridad, empezando para la victima una nueva existencia de tormentos de todo género.

Juan fué conducido con sus compañeros hasta el cuartel del Parque, donde quedaron algunos, y al del Retiro en seguida, donde lo entregaron al Comandante del batallon 9 de línea que al dia siguiente debia marchar al Paraguay.

Cuando Juan se apercebíó que trataban de darlo de alta, protestó nuevamente como lo habia hecho en la Policia.

—A mí no me pueden echar de veterano, dijo, porque yo no he cometido ningun delito.

La ley me ampara y yo me vengo á poner á su disposicion.

—Pues si la ley fuera á amparar á todos los bandidos de tu especie, repuso el gefe, seria cosa de andar con el revólver en la mano.

Es la ley la que te condena á dos años de servicio en este batallon, segun la nota que te acompaña, por autor de dos asesinatos perpetrados en Moron, en las personas del capitan y un soldado de la partida.

—Pero eso es una infame calumnial gritó Juan, sintiendo que la indignacion mas justa lo sofocaba.

Es el Comandante Militar de Moron el que ha asesinado á mi padre y mish ermanos, cometiendo luego en la casa con las pobres mujeres todo género de iniquidades.

Por eso yo quiero que me hagan justicia y por eso me pongo bajo el amparo de la ley, á ver si van á poder hacer con ella lo que han hecho conmigo.

El Comandante rió mucho de la argumentacion de Juan, asegurandole que lo que decia era un embuste, mal tramado, y que la ley misma era la que lo condenaba, por autor de los dos asesinatos ya mencionados.

—Pero esto no puede ser! gritó Juan en el colmo de la desesperacion, porque entonces no habria justicia en la tierra y la ley vendria á ser lo mismo que los jueces de Paz.

Y llorando en pocas palabras la historia de sus desventuras.

—Quiere decir entonces, que para mi no hay justicia?

Quiere decir que mi familia puede morir de hambre y que la autoridad de Moron habrá cumplido su venganza?

Esto no puede ser, señor, porque seria cosa de partirse el corazon de una puñalada!

—Amigo mio, repuso el Comandante, si lo que dices es verdad, es cosa terrible lo que te pasa.

Pero yo no puedo hacer nada por tí, porque no puedo hacer otra cosa que obedecer lo que se me manda, y en esta nota se me manda destinarte á mi batallon por el término de dos años.

Para hacerse justicia es preciso gastar mucho dinero y tener muy buenas agarraderas. Sino, lo mejor es conformarse cada cual con su suerte.

—Pero es que yo gastaré mucho dinero, aunque tenga que vender hasta el último animal, porque quiero que me hagan justicia.

Yo no quiero que me echen de veterano, porque esto seria peor que si me fusilaran.

—Ahora es tarde para eso.

Yo marchó mañana y no tengo tiempo que perder.

La campaña vá á ser muy corta, durará tres meses á lo mas y cuando volvamos te prometo que yo mismo te ayudaré á hacer tu reclamo, se entiendo, si te portas bien y cumples con tus deberes.

—En dos años suceden muchas cosas, señor.

Ya vé lo que me ha sucedido á mí en una noche.

Y si en esos dos años me toca morir, ¿quién va á cuidar de mis pobres hijos? ¿quién va á

impedir que mueran de miseria ó de alguna otra cosa peor?

El Comandante estaba violento con la argumentacion sencilla y poderosa del paisano.

El relato de su historia desgraciada lo habia conmovido momentáneamente, sintiendo una fuerte compasion por aquel desventurado.

—Bueno, concluyó, ahora yo tengo mucho que hacer porque marchamos mañana y no puedo tampoco hacer nada por tí.

Despues veremos en que se te puedo ayudar. Ahora van á tomarte la filiacion y darte de alta como se ha mandado.

Y salió de la mayoría precipitadamente á hacer sus preparativos de marcha.

Juan quedó helado de espanto sin saber que partido tomar.

Se convenció de su impotencia para luchar contra sus enemigos, que eran los mismos que debian ampararlo.

—Está visto que sobre la tierra, pensó, no hay mas ley, ni mas justicia, ni mas nada, sino la que uno mismo pueda hacerse.

Lo mejor es concluir de una vez con esta vida de lagrimas, y así por lo menos no sabré lo que sufren los míos.

Resuelto á resistirse hasta que lo mataran, alzó la soberbia cabeza y miró frente á frente á los oficiales que habian quedado en la mayoría.

Habituaos estos á conocer y presenciar horrores tan terribles como los que habia narrado el paisano, sonrieron simplemente ante su desesperacion angustiosa y empezaron á tomar la filiacion ordenada.

—¿Cómo te llamas? le preguntaron.

—Yo no me llamo nada, respondió Juan.

Desde que todo lo hacen por fuerza, bien pueden ponerme el nombre que quieran.

Yo no tengo nombre, no tengo patria, no tengo familia ni hogar.

—Responde bien, repuso severamente el oficial, sino yo te haré responder como se debe.

—Ya he contestado, insistió Juan con firmeza, y nada me queda que decir.

Toda amonestacion y toda amenaza fué vana.

Juan no quiso contestar de otra manera y el oficial se vió obligado á suspender el interrogatorio hasta que volviera el Comandante, á ver que se hacia con aquel hombre.

Juan fué conducido á la cuadra para pelarlo y ponerle el uniforme que habia de llevar en adelante.

Cuando el paisano vió que se trataba de cortarle su cabello, única cosa que le quedaba, su indignacion no reconoció límites.

—A mí nadie me corta el pelo estando yo vivo, dijo y se preparó á hacer una resistencia terrible.

—No sea terco, compañero, le dijo el cabo encargado de la operacion.

Aquí no se dice no quiero, porque eso no vale nada.

Déjese cortar no mas, si no quiere que lo pelemos á la fuerza.

Pero Juan estaba enfurecido y eran en él inútiles las razones que se empleaban para convencerlo que aquel acto de violencia era una cosa justa.

Así es que el primero que se acercó á él para cortarle el pelo, fué recibido á puñetazos.

—Ustedes pueden matarme, dijo, que es lo que yo quiero, pero no me dejen cortar el pelo.

Toda resistencia fué inútil.

Juan fué amarrado fuertemente y, apesar de sus esfuerzos, le cortaron sus cabellos.

Y como era preciso evitar aquel acto de subordinacion cometido delante de los tres soldados, el oficial á quien se dió cuenta de lo que sucedia, lo mandó poner en cuatro estacas, por pronta maniobra.

Y Juan sin proferir una sola queja, sufrió aquel martirio horrible, esperando que bien pronto viniera la muerte á librarlo de él.

Pero como siempre, todas sus esperanzas quedaron frustradas.

Apenas empezaba á desmayarse, fué sacado de las estacas y cuando el dolor hubo pasado un poco, se le hizo la siguiente notificacion.

—Es inútil que hagas barbaridades, porque no se te ha de matar como pretendes, pero si se te ha de poner en las estacas todos los dias, hasta que te amances un poco.

Juan quedó deshecho por el castigo aquel.

Si aquel era el mas dulce, puesto que era el primero que se le aplicaba, como serian los demás!

Esa misma noche y á pesar de su estado, fué conducido nuevamente á la Mayoría, para repetir el interrogatorio de la filiacion.

El Comandante le hizo presente que no se resistiera á lo que le mandara, por que allí toda resistencia era inútil.

—Aquí se hace lo que se manda, dijo, por que las resistencias traen los castigos.

No hay mas voluntad que la del jefe, ni mas observaciones que las que él pueda hacer.

Cometiendote al régimen del cuartel, puedes pasar una existencia feliz hasta que cumplas tu tiempo y se te dé la baja.

De otro modo solo lograrás hacerte castigar duramente sin el menor provecho.

Juan se convenció que aquel hombre tenia razon de lo que decia, que estaba á merced de él y que era completamente inútil toda resistencia.

Entónces se resignó á sufrir todo el mal que se le hiciera, convencido que este seria el único medio de conseguir su libertad una

vez que se cumplieran los dos años de su injusta condena.

Una vez que se le tomó la filiación, fué conducido nuevamente á la cuadra que ocupaba la compañía á que fué destinado.

Allí estaban los soldados ocupados alegremente en sus preparativos de marcha.

Todos reían estrepitosamente y hacían los mas risueños comentarios sobre la campaña que empezaba.

No parecia un cuerpo que se preparara á marchar á una campaña tan terrible como aquella.

El que los hubiera visto reír y jugar de aquella manera, hubiera pensado que se trataba de asistir á alguna parada en una fiesta popular.

Las mujeres, mas bulliciosas que los hombres mismos, preparaban las *pitchas* de sus respectivos maridos y se aprontaban ellas mismas para seguir la campaña.

El soldado argentino es así un tipo único en su género, lleno de prendas inestimables y dotado de un espíritu esencialmente guerrero.

Forzado siempre á servir en los cuerpos de línea, donde no hay un solo voluntario, sufre todas las contrariedades del servicio y los horrores del cuartel, sin proferir nunca la menor queja.

Vestido de invierno en el verano y de verano cuando el frío es mas intenso, siempre se le encuentra alegre y de buena voluntad, no habiendo penuria capaz de quebrar su espíritu.

De esta manera guarnece nuestras fronteras y se cubre de gloria cada día de combate.

El hambre para él y la falta de tabaco, su vicio mas imperioso, es el estado normal de su vida.

Pero no por esto se queja.

Aguanta el hambre y *pita* pasto seco, limitándose por toda venganza á odiar en secreto aunque de una manera profunda al proveedor y al jefe que hacen su fortuna á costillas de su estómago y de su vida.

Los meses van pasando hasta formar años, y jamás se deja ver un comisario pagador que les lleve el mas ruin centavo.

Allá cada diez ó quince meses cae alguno llevando un sueldo atrasado, que á penas le alcanza para pagar al pulpero un par de libras de yerba que le fió, y á la patria las riendas, el pantalón hecho girones ó el poncho que perdió ó que tiró, porque no podia prestarle el mas remoto servicio.

Y todo esto lo sufre con una resignación tremenda y sin atreverse á hacer el menor reclamo, convencido de que no solo no logrará mejorar su situación, sino que se haria reo de algun brutal castigo.

Y este soldado tan mal tratado, forzado al servicio de las armas, eternamente impago, mal alimentado, aterido de frio en el invierno y sofocado en el verano es el que ha levantado la patria á la altura de gloria en que se encuentra y el que está dispuesto á dar la última gota de su sangre, por aquella bandera que llega á constituirlo todo para él.

El día del combate se bate con un denuedo y un brillo, que en mas de una ocasion ha despertado el asombro del mismo enemigo.

Sabe que despues del triunfo lo espera la eterna fatiga, el hambre y el garrote del superior alzado siempre sobre su cabeza.

Pero qué le importa todo esto!

La cuestion es no arrollar la bandera y verla siempre flameando en lo mas récio del combate.

Y con la misma abnegacion que muere gritando viva la patria! salva la vida al mismo oficial que el día antes le dió de palos.

Si es de caballería, entra al combate en un flaco patrio que á penas puede tenerse en pie.

Pero él está tan contento como si montara un parejero y en último caso pelea á pie despues de haber festejado con una carajada alegre la caída del patrio viejo.

Este es el soldado argentino que, mejor atendido, seria el primer soldado del mundo y que en su estado actual es lo que es, gracias á su constitucion de fierro, y á su abnegacion sublime.

Poseen un soldado que es un héroe y lo convierten en un presidario de los cuarteles de línea.

Pero sigamos nuestra relacion, que es la prueba mas latente de lo que venimos diciendo.

—Es preciso conformarse con la suerte, pensó Juan, ya que no hay otro remedio.

Si el cumplimiento del deber impuesto me puede servir para alcanzar la libertad, cumplámoslo y suframos, ya que solo así puedo alcanzarlo.

A medida que la hora de la marcha se acercaba, la alegría de aquella gente crecia y el bullicio se hacia insoportable.

Las mugeres, ya listas, se habian sentado en el patio sobre los atados de harapos que llamaban ropa pomposamente, esperando el toque de corneta que anunciara la partida.

Porque la muger de nuestro soldado es tambien un tipo excepcional.

Ella parte con su marido ó su amante la mala vida del cuartel y la miseria y el hambre.

Ella tiene su pequeña racion de carne y sal que le dá el Estado ó mejor dicho que le señala el Estado y que embucha el proveedor, porque nunca la recibe.

Ella presta sin embargo sus importantes ser-

vicios en el cuartel, fabricando las velas del consumo y lavando la ropa del hospital.

Cuando el cuerpo marcha, la muger del soldado se echa á la cabeza su atado de ropa y sigue la marcha de la columna sin meterse á averiguar á donde vá.

Hace la jornada á pié, porque los caballos rara vez alcanzan para ella.

Pero la fatiga no la detiene.

Su objeto es no abandonar el cuerpo ni separarse de su marido, llegando al campamento despues de diez ó mas dias de marcha, de hambre y de necesidades.

El dia del combate no se queda atrás nunca, pues su mision es socorrer al compañero que la necesita, ya en un trago de agua, ya en un pedazo de sus ropas, para vendar alguna herida.

Y despues del triunfo toma parte en la alegría general, comentando el valor con que se condujeron este ó aquel.

Nunca falta en sus maletas un poco de yerba ó un poco de harina con qué amasar sobre las caronas unas cuantas tortas fritas, que nunca come ella, porque son siempre pocas para el marido, los amigos y el oficial que nunca falta á este género de banquetes.

Hemos observado que los batallones y las compañías que tienen mas mujeres, son las mejor atendidas y las que presentan mejor efecto.

El soldado que tiene familia anda siempre mas limpio, mas compuesto y mejor servido.

Si es en la vida de guarnicion, recurriendo á sus relaciones, nunca deja carecer á su *hombr*e de las cosas mas necesarias.

En la vida de campaña se maneja de modo que nunca le falte aunque solo sea un poco de azúcar y yerba.

Para eso lava la ropa del gefe y de los oficiales de la compañía, que aunque nunca les pagan, porque nunca reciben sueldo, por lo menos les dan un poco de carne y galleta, que ellos cambian por lo que necesitan y venden en el comercio.

Así es que el Porta, encargado de la carneada, es el mas compuesto de todos los oficiales, porque las mujeres lo cuidan hasta el extremo de prestarle una racion de la ropa que tienen para lavar.

Y cómo no!

El Porta es el dueño y señor de la carneada y puede llevar su magnanimidad hasta el extremo de permitirles que lleven las patas, los sesos, las tripas y otros desperdicios de la res.

Como no cuidar al generoso Porta encargado de la carneada?

Así las mujeres de los soldados, vienen á ser en campaña el buen Dios de oficiales y soldados.

Y no se crea que por esto son mejor tratadas que aquellos.

Ellas tambien sufren sus prisiones y sus garrotazos, por haber llevado de comer á su marido preso ó algun otro delito semejante.

Y sin embargo se consideran felices en su vida ponosa y miserable.

Ahí está entre otras la negra Cármen, sargento del regimiento 2^o de caballería.

La patria le debe la vida de tres maridos y cinco hijos y se siente orgullosa al recordar que murieron como bravos.

Su último hijo, el cabo Ledesma, negro como de unos cincuenta años, murió de una manera que hace todavía el orgullo de su escudron, denominado el *tigreiro*.

El cayó combatiendo contra ocho indios que lograron *cortar*lo, sin mas ayuda que la que podia prestarle su sable, manejado por aquel brazo de Hércules.

El Sargento Cármen peleó á su lado hasta que llegó una protocoin del Regimiento, pero ya demasiado tarde.

Los indios huyeron en número de tres, pues los otros cinco habian quedado allí inmóviles y muertos, rodeando el cadáver del cabo Ledesma, cuyo ancho pecho aparecia acribillado de lanzadas.

El Sargento Cármen limpió las lágrimas que llenaban los ranjones abiertos en su cara por los años y los sables, y enterró ella misma el cadáver de su último hijo el Cabo Ledesma.

Y no se separó ya de aquel Regimiento ni de aquel estandarte, bajo cuya sombra habian caído sus tres maridos y sus cinco hijos.

¡Y cuántos sargentos Cármen tiene nuestro Ejército!

Por lo menos cada cuerpo tiene uno, pues las mugeres de nuestra tropa están dotadas de la misma abnegacion y el mismo valor que la negra Cármen.

Sus hijos se crían y se hacen hombres en los campamentos y entre las cuadras.

Ellos están habituados desde pequeños á seguir el Regimiento ó Batallon donde han nacido y donde mas tarde sientan plaza y bajo cuyo número sufren y mueren como murió el cabo Ledesma.

Las hijas crecen tambien en el cuerpo, donde se casan mas tarde y enviudan y se vuelven á casar, pues los cuerpos de línea no son mas que trampas puestas á la muerte.

El que no muere en los combates gritando viva la patria, muere bajo las estacaos, ó á consecuencia de algun novenario de azotes.

Y así se vé que cada diez ó quince años, los cuerpos cuentan á penas con una docena de soldados de aquel tiempo y unas cuantas mujeres que han visto renovar, por la muerte, todo el personal del cuerpo.

La mujer del soldado es también causa inocente de sus padecimientos más tristes.

Porque así como nuestro soldado no tiene derechos, ni libertad, ni hogar, no tiene tampoco mujer, sino en las condiciones en que se lo permiten.

Así como lo mandan casarse porque esto convenga al Capitán, al Mayor ó al Coronel, lo despojan de su mujer por las mismas razones.

Y si se queja, ahí están las estacas, el palo ó los novenarios para hacerles pasar el mal trago y corregir el acto de insubordinación de haberse quejado.

El soldado y aun la clase misma que tenga mujer bonita, ya se puede encomendar á los Santos del cielo, pues por más intachable que sea su conducta, vivirá preso por lo menos seis días de cada semana.

Y no tiene más remedio que devorar en silencio su desesperación, pues que reclamo podría hacer que no le costara tal vez cuatro tiros.

Así, si se examinan los sumarios militares se verá que casi todas las deserciones y aun las deserciones que han tenido lugar en los cuarteles han tenido su origen en los sentimientos más nobles.

Ningún soldado deserta de hambre, porque está acostumbrado á sufrirlo.

El frío y la falta de paga, no lo hace tampoco abandonar las filas de sus compañeros.

Inquiriendo la causa de las deserciones, se verá que era ó por recuperar la libertad arrojada á viva fuerza, como en Loncagüe, ó para librarse de la vergüenza y el despojo de sus mujeres y sus hijas.

El que pudiera hacer penetrar la mirada hasta el corazón del soldado más feliz, retrocedería lleno de espanto.

Parece imposible que hubiera un espíritu humano tan fuerte para no estallar ante tales torturas morales.

Así el soldado práctico en las iniquidades del cuartel, se oasa con el más espantable fenómeno con que tropiezan sus ojos, y así mismo no tiene la conciencia de ser más feliz que sus compañeros.

Pero sigamos, sigamos la peregrinación de línea de Juan Sin Patria.

En ella encontrará el lector cuadros que le harán volver los ojos horrorizados, dudando que tales monstruosidades puedan cometerse por seres que se titulan humanos.

UNA VIDA DE DOLORES

Los toques de clarín que tanto esperaban las mujeres se dejaron sentir, y el batallón se puso en marcha hacia el muelle, tomando las calles principales de Buenos Aires.

Juan sintió que su corazón se oprimía terriblemente y limpió con el revés de la mano dos lágrimas que quemaron sus mejillas.

Eran aquellas las primeras lágrimas que derramaba en su vida.

Abandonaba bien pronto la provincia madre donde quedaban las desgraciadas prendas de su corazón, tal vez para no volver más en su vida.

Nuevos y fuertes sentimientos vinieron á mitigar su agudo dolor.

Un inmenso pueblo entusiasta y alegre, acompañaba con sus vítores aquel nuevo batallón que marchaba á defender el honor de nuestra bandera asaltada en Corrientes de una manera sangrienta y cobarde por el tirano del Paraguay.

El muelle estaba también cubierto de gente que iba á saludar al bizarro cuerpo que se embarcaba.

Juan sintió comunicarse aquel entusiasmo á toda su sangre y mirando la bandera desplegada al viento, olvidó todas sus amarguras

para gritar también ¡viva la patria! viva Buenos Aires!

Y oprimía la caja de su fusil con movimientos nerviosos y pensaba en las futuras glorias y en la pronta vuelta al hogar, recibido por aquellos mismos que con tanto entusiasmo los despedían en aquel momento.

—Es cosa que dá calor servir á la patria, pensaba mientras estaban formados en el muelle esperando la orden de embarcarse.

Si con la buena conducta se gana la estimación de los gefes y oficiales yo me he de hacer querer de todos ellos.

Muy mal me han tratado en el cuartel, pero tal vez tuvieron razón porque yo me empaqué.

Es imposible que todos estos hombres jóvenes que marchan á dar su sangre por la patria sean malos.

Será preciso obedecer todo lo que manden, sin hacerles observaciones.

De esta manera no tendrán nunca razón para castigarme.

Y cumplidos mis dos años de servicio, si no me matan, podré volver tal vez de sargento ó de oficial y entonces me vengaré á mi vez de los que convirtieron en un infierno el cielo de mi vida.

Mecido per estas ilusiones, el pobre Juan entraba á aquella vida tan maldecida, sinsospechar remotamente los horrores que en ella le esperaban.

Veia la alegría que dominaba en todos sus compañeros y juzgaba por ella que la vida militar era la existencia mas feliz del mundo.

—La patria nos viste, nos paga y nos dá de comer.

Nosotros no tenemos mas obligacion que defenderla con las mismas armas que ella nos dá. Como no se ha de hacer uno matar por ella, cuando con tanto esmero cuida de sus hijos?

Y creyendo así que su única obligacion era defender la patria que cuidaba de todas sus necesidades, Juan no comprendia como habia gente capaz de no querer servirla.

La hora de la marcha llegó por fin, y las compañías empezaron á embarcarse en su orden encantador.

Observó que durante el embarque varios soldados fueron apaleados duramente por sus respectivos oficiales, pero esto no le llamó mucho la atencion.

—Qué bárbaros! pensó.

Por qué darán motivo para que los traten tan mal, cuando es una cosa tan fácil portarse bien y no dar motivo para recibir castigo alguno?

No comprendo cómo haya hombres tan tontos.

Al mismo tiempo se asombraba de la mansedumbre con que aquellos soldados recibian los palos, sin hacer el menor movimiento para esquivarlos ó mostrar el menor signo de dolor.

—Les pegarán despacio, pensó, pues de otro modo como no habian de levantar su fusil para defenderse?

Haciendo estas reflexiones, que importaban su ignorancia de la rijidez salvaje de nuestra ordenanza militar, Juan se embarcó tambien junto con los soldados reclutas, compañeros de infortunio.

El vapor: levó sus anclas y un inmenso cla moreo se levantó de entre los soldados.

Era el último adios que aquellos bravos dirijian á la patria, de donde se alejaban tal vez para siempre, ignorando en que sitio del mundo reposarian sus huesos.

Juan se acurrucó en un rincón del vapor, donde se entregó de nuevo á toda la amargura que respiraba su corazón.

Qué seria de su mujer y de sus hijos durante los dos años que iba á faltar de su lado?

Quién velaria por ellos y los libraria de los nuevos atentados á que siempre estarian expuestos.

Lo único que á este respecto podia traerle un consuelo era el saber que su hermano Pedro estaba vivo y les prestaria su ayuda.

Pero podria el mismo Pedro ampararlas cuando tenia que andar huyendo de la justicia para salvar su propia vida?

Y mientras los soldados, viejos veteranos avezados á todo género de privaciones cantaban y reian sobre cubierta, tal vez para engañar la propia pena, Juan pasó esa noche llorando y pensando en sus hijos.

Así llegaron al Rosario, donde desembarcaron en medio de una alegría febril.

El General Paunero, con la flor de nuestro ejército habia desembarcado en Corrientes, desalojando al enemigo que se hallaba apoderado de aquel heróico pueblo.

Muchas vidas preciosas se perdieron allí.

Los cuerpos quedaron reducidos á la mitad de sus plazas, pero el ejército argentino se cubrió de gloria, obteniendo el primer triunfo de aquella campaña formidable, triunfo que mostraba al Paraguay con que clase de enemigo tenia que combatir.

El 9 de línea recibió en el Rosario esta plausible noticia y esperó allí órdenes para marchar á su vez á participar de la gloria de que se habian cubierto sus compañeros.

Nada enardece y estimula mas á un soldado que marcha á campaña, como la noticia de un triunfo reciente.

Los cuerpos que la escuchan se preparan á lucir en el próximo combate, mas de lo que han lucido los que ya pelearon.

Cada compañía quiere ser mas que la otra, y cada soldado mismo pretende descoliar mas que su compañero.

Esta ambicion y este anhelo hace un leon de cada soldado y así se forman los ejércitos como el que asombró á la América por su valor y abnegacion, frente á las terribles trincheras de Curupaty.

En el Rosario y mientras llegaba la orden de marcha, se racionó el batallon y se ordenó la instruccion de los reclutas, pues no debia estar lejano el dia de un nuevo y sangriento combate.

Juan quedó maravillado de la esplendidez con que se les repartieron sus raciones.

Se les dió carne en abundancia y racion de vicios de entretenimiento para quince dias, figurándosele que tenia para un mes.

En todo se habia pensado para que no les faltara la cosa mas necesaria.

Allí tenian yerba y azúcar, tabaco y papel, arroz y galleta.

Que mas podian desear?

Juan extrañó la avaricia con que sus compañeros guardaban las provisiones y sonrió ante este sabio consejo que le dió un compañero:

—Guarde y no desperdicie, hermano, mire que sabe Dios cuando nos las veremos mas gordes.

—Pero esto es solo para quince dias, con-

testó Juan, segun han dicho: despues nos darán mas.

—Así debia de ser, contestó el compañero, pero en campaña las raciones suelen andar á monte y los quince dias se convierten en quince semanas.

Juan creyó que aquello no era mas que una broma de su compañero.

A los tres dias no habia en el cuerpo quien tuviera la mas escasa cebadura de yerba, y Juan dió vuelta entonces sus maletas y con vidó á los compañeros de su compañía, que en tres dias mas dieron fondo con su provision.

—Dentro de nueve dias tendremos la otra quincena, pensó: no hay pues porque afijirse.

Entre tanto empezó la instruccion del recluta, sintiendo su pellejo propio que la vida militar no era tan famosa y tan divertida como pensó al principio.

Un cabo, armado de su correspondiente varita de membrillo, lo sacó á la instruccion en compañía de otros cuatro reclutas.

—Me fijaré bien en lo que me dicen, pensó, para aprender mas pronto y ganarme por este medio la amistad del cabo instructor.

Un oficial presenciaba la operacion, por lo que Juan se esmeró mas en mostrar su buena voluntad y natural desapejo.

Los cinco iban desarmados, porque solo se trataba de aprender los giros, antes de entrar al manejo del fusil.

No todos tenian la misma voluntad de Juan y además las explicaciones del cabo no eran tan claras como para ser comprendidas sobre tablas.

El primer recluta que se equivocó sacando un pié por otro, esperimentó en sus pantorrillas los terribles efectos de aquella varita de membrillo que creyó el cabo llevaba por simple adorno.

El recluta se puso encendido, miró al oficial y guardó silencio.

Durante aquella instruccion que duró mas de tres horas, el cabo rompió tres varas en las pantorrillas de los reclutas, que no podian estar en pié de dolor.

Regresaron al cuartel á la hora del rancho, volviendo á la instruccion á la lista de tarde.

Juan estaba indignado contra la conducta del cabo.

Aquellos reclutas eran un poco duros de cabeza, es verdad, pero no merecian un trato tan bárbaro.

Y ponía toda su atencion en lo que el instructor decia, para no verse espuesto á iguales tratos.

Muchísima gente curiosa habia concurrido á presenciar la instruccion de aquellos reclutas y Juan pensaba que moriria de vergüenza si mereciera uno de aquellos terribles varazos.

Pero sucedió lo que era extraño no hubiera sucedido ya.

Juan anduvo torpe en la ejecucion de un movimiento, mandado hacer confusamente, y antes que pudiera apercibirse de su falta la vara del cabo le hizo sentir en la pantorrilla una terrible impresion de dolor.

La vergüenza enrojéjico su cara y mirando fijamente al cabo, le dijo lleno de soberbia:

—No sea bárbaro, amigo, que no tiene necesidad del garrote para hacerme obedecer.

Hable claro y no pegue, que puede costarle caro.

Bien pronto tuvo que arrepentirse de haber dejado escapar su indignacion.

El cabo echó un pié atrás y descargó dos nuevos varazos, no ya sobre la pantorrilla sino sobre su cara que quedó marcada con dos líneas cárdenas.

Juan sintió una nube que oscurecia sus ojos, el coraje y la rábia ofuscaron su razon y levantando la mano dió tan terrible golpe en el rostro del cabo, que éste rodó por el suelo bañado en sangre.

Hacia Juan un movimiento natural para repeler el segundo ataque que sin duda le traeria el cabo así que se levantara, cuando sintió en su cabeza un golpe terrible.

Dió vuelta y se encontró con el oficial que presenciaba la instruccion, quien espada en mano le habia obligado á dar vuelta de aquella manera brusca.

Quiso protestar, pero todo fué inútil.

El oficial no escuchaba razones y menudeaba sus golpes de sable como si hubiera deseado concluir con él.

—El me ha pegado primero! grito desesperado - yo no he hecho mas que defenderme.

Pero sin contestar una palabra el oficial seguia golpeando de la manera mas cruel.

Juan sintió que toda su paciencia se concluia.

La gente rodeó aquel cuadro de barbarie y el pobre jóven no fué ya dueño de sí.

Solo pensó que se trataba de defender su vida, porque aquel oficial parecia trataba de arrancársela, y tomándole la espada por la empuñadura trató de arrancársela para golpearlo con olla.

Indudablemente hubiera logrado su objeto, pero en aquel momento acudieron otros oficiales y soldados, los que en un momento lo desarmaron y golpearon de una manera salvaje.

Y herido y cubierto de sangre fué conducido al cuartel y á la presencia del Comandante.

El parte verbal que lo acompañaba no podia ser mas terrible.

Aquel soldado, segun manifestaron al gefe, se habia insubordinado con el cabo instructor á quien dió de trompadas, pretendiendo en

seguida desarmar al oficial que lo fué á con tener.

Juan estaba en tal estado, que no podia darse cuenta de lo que le pasaba y mucho menos responder á las preguntas que le hizo el gefe para que dijera cual era la causa de su insubordinacion.

Varios particulares que habian presenciado la exena desde el principio, quisieron explicar la causa de una manera favorable á la víctima, pero fueron arrojados del cuartel asperamente.

Un soldado no puede tener jamás razon contra un oficial, ni aun para defender su vida amenazada.

Y Juan fué juzgado sobre tablas, sin oír las razones que podia aducir en su defensa, y conducido preso al cuerpo de guardia, adonde se le curaron las heridas que recibió en la cabeza.

Se le aplicaba así la mas terrible parte de la ordenanza militar, de una ordenanza que ni aun de nombre conocia el desventurado.

Segun el con ojo de guerra que se le formó fué condenado á un año mas de recargo en el servicio y á recibir doscientos azotes en cuanto se encontrara mejor de los palos ya recibidos.

Esto es monstruoso, parece increíble, pero no es mas que un pálido reflejo de lo que sucede actualmente.

No hace muchos dias que se ha publicado en nuestro diario la defensa de un oficial del 12 de línea, en cuya defensa se probaba que hoy mismo, contra una ley especial del Congreso, se mandaban aplicar á los soldados de aquel cuerpo, cien y doscientos palos, cuyas condenas figuraban en el mismo libro de órdenes del cuerpo.

Aquella sentencia monstruosa se leyó á los soldados en la órden del dia del cuerpo.

Juan sabia prepararse á recibir los doscientos palos, en cuanto su salud se lo permitiera.

Así se lo comunicó el oficial de guardia.

—Y porqué se me condena á tanto castigo? preguntó horrorizado.

No me han paleado ya? no están todavia curandome las heridas que me han hecho sin ninguna razon?

—Como sin ninguna razon?

—Te has insubordinado contra un cabo y has querido desarmar á un oficial y te quejas todavia del castigo que te imponen.

Puedes estar seguro que esto es porque eres recluta, que si fueras soldado viejo te habrian fusilado.

—Entonces, preguntó Juan en el colmo del asombro, quiere decir que yo no puedo defenderme cuando un cabo me pegue de palos y cuando un oficial me quiera matar.

—Tienes que sufrir la pena á que te hayas,

hecho acreedor, porque otra vez que hagas lo de ayer, me parece que no te escapas de ser fusilado.

—Pues yo prefiero que me fusilen cincuenta veces, decia el pobre, antes de estar á merced del primero que quiera apalearme.

Juan no tenia idea de lo que era la aplicacion de doscientos palos.

Creia que serian doscientos golpes de sable, parecidos á los que ya le habian pegado.

—Me atajaré la mitad, pensó, y les cuerpéaré al resto, de este modo la cosa será mas suave.

Tal vez si tardo mucho en curarme, añadia en su deseo de evitar el castigo, se olviden de darme los palos y pase la cosa así no mas.

Pero un compañero que le habia cobrado alguna amistad, se encargó de sacarlo de su error dándole un par de consejos para sobrellevar el trance amargo.

Quando Juan supo la manera cómo se le habian de aplicar los doscientos palos, creyó morir de desesperacion.

—No permitiré que me los peguen, dijo, aunque para ello tenga que hacermee matar.

—Eso seria lo peor de todo, contestó el milico, porque tal vez en lugar de doscientos le encagen cuatrocientos, lo que seria mucho peor.

Doscientos palos son una bicoca, amigo.

Me los he almorzado yo mas veces, que pelos tengo en la cabeza.

Ya verá como la cosa no es tan fiera.

Hágase el enfermo lo mas que pueda, y cuando llegue el momento, con un buen trago de ginebra, los aguantará en toda regla.

Quando le toque recibir quinientos, ha de ver que esto no vale nada.

—Dios me libre! respondió Juan.

Ahora, aunque los cabos me maten á varazos, no he de decir la menor palabra.

Si cada trompada vá á costarme una paliza, en un año de recargo y doscientos palos, chica me vá á ser la vida para pagar las condenas.

Las conversaciones del compañero fueron haciéndole perder poco á poco el miedo á los doscientos palos, y á medida que pasaban los dias, creia podrian olvidarse de pegárselos.

La primer vez que á mi me castigaron, fué porque me robé un pedazo de carne.

Tenia un hambre de todos los diablos porque ya llevábamos dos dias de no recibir racion, y morir por morir, me robé la carne, corriendo la suerte de que tal vez no me pillaran.

Pero la carne era del mismo Comandante, y tanto hizo este y tanto averiguó, que llegó á saber que el dia anterior me habian visto asando un churrasco gordo.

—Aquí te quiero ver mi vida!

Me hicieron tomar á punta de palos un

balde de salmuera para que volviera el churasco, pero como este desapareció de mi buche, peor que de avestruz, á causa del hambre que tenia, no tuvieron el gusto de hacérmelo desancar.

Entonces me condenaron á comer de postre trescientos palos.

Yo oí que me iba á morir, pero ya vé, amigo, que todavia me encuentro vivo.

El primer día no pudieron darme mas que ciento cincuenta y cinco porque me desmayé, y me llevaron á la enfermeria.

Pero al día siguiente me sacudieron el resto con una yapa de cinco, para que no fuera flojo.

Como me sacudian sobre partes doloridas aqual dia tambien me desmayé, pero con unos remedios que me hicieron á la semana me sentí dispuesto á comer doble racion.

Así somos todos, al principio creemos que nos vamos á morir, pero despues somos capaces de aguantar un novenario sin decir una sola vez ay!

—Y que es un novenario? preguntó Juan.

—Un novenario es una comida que no se vé todos los dias, contestó aquel viejo soldado.

En tiempos en que yo andaba con el coronel Sandes si que se veia todos los dias.

Una vez habia juntos en el hospital diez y ocho compañeros que estabamos de novenario, y de los diez y ocho no murieron mas que quince.

Ya vé que la cosa no es tan terrible como se quiere contar para asustarnos.

Él que tiene corage escapa bien, y yo he conocido un negro tan curtido, que se reia cuando le decian que estaba de novenario.

Se habia chupado tantos, que todos lo hemos visto—no tenia mas que huesos en las asentaderas.

—Pero que es un novenario? volvió á preguntar Juan ávido de saber cual era aquel terrible castigo que de diez y ocho solo salvan tres.

—Un novenario, repuso el veterano, es una racion de azotes que se recibe todas las mañanas al toque de diana.

Como son quinientos ó mil azotes por racion, el que los recibe se desmaya cuando la carne empieza á saltar como picadillo de almondigas.

Pero le sacuden desmayado y todo porque es preciso cumplir la condena.

Concluido el castigo lo llevan á la enfermeria y lo curan y al otro dia vuelve á recibir la racion sobre la llaga atrazada.

Hay quien muere al segundo ó tercer dia, pero es lo mismo porque hay quien no se muere hasta los nueve.

Una vez habia un cabo Gonzalez del 7^o, que estaba de novenario, pero era un paisano

muy flojo, que murió al principiar el tercer dia de castigo.

Esto no le valió nada, pues muerto y todo le siguieron pegando hasta completar el número.

—Y qué gusto tenian en castigar á un cadáver?

—Ahí verá, amigo.

Aquello podia ser treta del hombre que se finjiera muerto para librarse del castigo, y el Coronel Sandes mandó que le sacudiéramos no mas.

—Pero eso no puede ser, amigo, usted me engaña para consolarme, repuso Juan, vencido por el espanto.

—Esto no es nada al lado de lo que yo he visto, repuso el veterano.

Todavia hay muchos gefes y oficiales que han visto lo que yo le cuento.

Pregúntele si quiere á cualquiera de los que han servido con el Coronel Sandes.

—Pero eso es una cosa horrible que no harian ni los mismos indios, contestó Juan.

Aquel Coronel Sandes seria un monstruo!

—Todos son así, amigo, ya lo irá viendo poco á poco.

Y es preciso ser un poco tirano, porque sino no habria disciplina posible.

Nosotros somos hijos del rigor, y si nos afojan un poco, vamos á parar á la loma del Diablo.

Aquel infeliz estaba tan familiarizado con los horrores del cuartel, que los disculpaba creyéndolos la cosa mas natural del mundo.

Y repetia á Juan las mismas razones con que á él mismo le habian mutilado las carnes, encontrándolas muy justas y arregladas á buen derecho.

Estaba acostumbrado á saber que un soldado no es dueño de su vida y que contra el gefe y el oficial no hay quien pueda.

Ellos son los que disponen del soldado, á su antojo, sin permitirles siquiera el derecho de quejarse.

—Entonces lo mejor es no dar motivo y aguantarlo todo hasta que á uno lo larguen.

—El motivo es lo de menos, contestó el veterano, porque cuando el gefe amanece de mal humor no hay quien se escape de una paliza.

Ahora, si uno vá á esperar á que lo larguen, mas cómodo es esperar la muerte, porque seguramente ha de venir mas pronto que la baja.

Y sinó, aquí me tiene á mí.

Hace treinta y dos años que me echaron á las tropas, diciéndome que venia por dos años.

Yo tenia entonces veinte y ocho años y no le hacia asco á nada.

Cuando ví que en el cuartel era chica la vida para sufrir las hambres y malos tratos,

me desertó un día, pero anduve desgraciado.

Apenas había galopado dos leguas me cazó una comisión que volvía al cuartel y me trajeron como un Cristo.

Allí me pegaron quinientos azotes en dos datas y me condenaron á diez años de re-cargo.

Me resigné entonces á sufrir aquellos diez años, por el gusto de verme en libertad al cabo de ellos y ver á mi familia antes de morir.

Pero ya lo vé, los diez años se han con-vertido en treinta, durante los cuales he apu-rado toda clase de horrores.

—Y no tiene esperanza de que lo suelten?

—Y para qué ahora? replicó el viejo solda-do enjugando dos lágrimas.

Yo estoy ya inválido de la mano derecha, á causa de una paliza que me pegó un ca-pitan.

Soy ya muy viejo y no podría ganarme un pedazo de pan con que matar el hambre.

Mi familia habrá desaparecido ya toda, ¿para qué quiero entonces la libertad? para morirme de hambre en la calle?

El año pasado me quisieron dar de baja por inútil para el servicio, pero yo pedí al Coman-dante que me dejara no mas aquí, aunque fuera sin sueldo, que yo le pasaria el mio.

—Siquiera aquí tengo la seguridad de que no me he de morir de hambre.

El Comandante me ha tenido lástima y aquí me he quedado hasta que Dios mande otra cosa.

Ya vé, amigo, si habré sufrido en mi vida!

Doscientos palos no quieren decir nada.

Ruegue no mas á Dios que no se repitan ó aumenten.

—Quiere decir que los tres años que tengo que pasar en el ejército no vencerán nunca? preguntó Juan.

Eso depende de la voluntad del gefe y del cariño que le tenga, contestó el veterano.

Aunque es bueno no hacerse querer mucho, porque entonces la libertad tarda lo mismo en llegar.

Cuando usted pida la baja, se contentan con responderle:

—No seas ingrato, espera un poco mas, y no me dejes tan pronto.

Ya te la sacaré cuando me hallaras pienses.

Y si uno insiste, ya le harán un pretexto para recargarlo con media docena de años.

—Quiere decir que de todos modos uno en tra aquí para no salir nunca?

—Ya vé lo que me ha pasado á mí, vine por dos años y ya llevo treinta y dos.

—Y si uno se deserta.

—Si uno se deserta y Dios lo ayuda, puede salvar bien, aunque no ha de pasar mucho tiempo sin que por un motivo ó por otro vuelva al servicio.

Adonde irá el buey que no are!

Y si á uno lo atrapan puede darse por muy feliz con que la cosa no pase de diez años de recargo y quinientos azotes bien aplicados.

Juan se sintió profundamente conmovido ante la historia de aquel veterano.

Comparó sus desgracias con aquellos treinta años de desventuras.

Comparó sus doscientos palos con aquellos noventa y cinco que le había referido el veterano y casi se consideró feliz al pensar que él no iba á recibir mas que una caricia, sabiendo que estaba espuesto á morir de una manera tan horrible, haciendo el propósito de comportarse en adelante de manera que no tuviera que hacerle la menor observacion.

El veterano que le había cobrado un cariño fraternal, le explicaba las ordenanzas militares explicándole las faltas y castigos marcados para cada una de ellas.

Juan quedó verdaderamente aterrado ante tales monstruosidades, pues no hay una idea capaz de explicar la serie de horrores de que está llena la añeja ordenanza militar española que ri, en nuestro ejército, donde figuran hasta reales órdenes del año 10.

Pero esto mismo no es nada, al lado de las modificaciones que cada gefe se permite hacer en su cuartel.

Tenemos leyes especiales de los Congressos que prohíbe la pena de azotes y el cepo Colombiano, como castigos inuisitoriales.

Y sin embargo, los azotes y el cepo Colombiano, que consiste en matar á un hombre rompiéndole lentamente la espina dorsal, siguieron en los cuarteles con el mismo rigor que el año 20.

Los que han servido y sirven en nuestro ejército, saben que no exajeramos.

Y los soldados que han escapado con vida de esa via cruz, pueden decir si no narramos la estricta verdad.

Hay todavía hechos peores, que narraremos mas adelante, acompañados de todas las odiosas pruebas.

Los dias fueron pasando y aunque Juan no estaba completamente bueno, se ordenó se le aplicara el castigo á que fué condenado.

El desgraciado creyendo que iba á morir en el castigo, mostró las heridas de su cabeza aun no concluidas de curar.

Pero qué importaban sus heridas aún abiertas?

Estas estaban en la cabeza y no era en la cabeza donde iba á recibir los doscientos palos.

—Yo me hago matar, dijo cuando le dieron la noticia, pero no permito que me castiguen. La vergüenza sola me mataria.

El veterano vino en su ayuda en aquel amargo trance.

—La resistencia no sirve de nada, le dijo,

puesto que ella no lo ha de librar del castigo.

Lo que harán será atarlo y doblar el número de los azotes, lo que sería mil veces peor.

Juan se convenció que toda resistencia era inútil y se resignó á sufrir el castigo puesto que con resistirse solo lograría aumentarlo.

Aquella noche no pudo pegar los ojos, pasando en su situación terrible.

—Será posible, pensaba, que un hombre sea impotente para conjurar tanta infamia?

Será posible que, porque tienen la fuerza del número, agarren á un hombre y le atormenten las carnes haciéndolo pasar por la mas terrible vergüenza?

—No le haga caso que peor sería otra cosa, replicaba el veterano, tratando de hacerle pasar aquel mal trago.

Yo le daré un par de copas de ginebra y con esto tendrá mas valor.

No se aflija y verá como pasa el trance.

—Y si me emborrachara para no sentir? preguntó, no sería mejor?

—Dios lo libre—entonces por borracho, en vez de doscientos, le mandarian dar quinientos.

Juan se convenció que no habia medio de conjurar el mal, y se conformó.

—Sufriré esto mas por volver á ver mis hijos y vengarme del causante de todos estos males.

Es una nueva afrenta que agregaré á las ya sufridas.

El veterano lo felicitó por verlo en este camino, y trajo un poco de ginebra que, para las grandes ocasiones, guardaba como una reliquia.

Juan lo apuró de un sorbo, y como le habia dicho el veterano, se sintió más fortalecido.

Entre tanto se dejó sentir el primer toque de diana, que repercutió como un toque de muerte en el corazón del pobre Juan.

En el patio del cuartel se hallaba formado en cuadro el batallón, que debia presenciar el castigo, hallandose colocada en el centro la banda de música y los veinte soldados que debian ejecutar la sentencia.

Cual era la mision de la banda de música en aquella exena horrorosa?

Tocar alguna pieza fúnebre?

Acompañar la retirada de la víctima?

Nada de esto.
En esa clase de tormentos, la mision de la banda de música, es mas importante de lo que se cree, pues ella tiene por objeto el ocultamiento de un delito.

Mientras se aplican los azotes, la banda toca sus dianas mas bulliciosas y sus piezas mas alegres.

De este modo se logra que el vecindario no pueda oír los ayes de la víctima.

—Que tropa alegre! esclamarán los que pasan.

Parece que estuviera festejando una victoria!

Ignorando que todo aquel bullicio es para sofocar los quejidos de un hombre á quien se esta martirizando y ocultar el mas oboarde de los crímenes.

Y los que duden que estas monstruosidades se cometen en la actualidad, pueden leer una denuncia que tomada de *La Capital* del Rosario, transcribimos antiyer.

Juan fué conducido al lugar del suplicio entre cuatro soldados de la guardia.

Los consejos y el trago de ginebra que le dió su compañero el veterano habian levantado su espíritu, disponiéndole á sufrir el castigo con resignación y valor.

Pero el aparato que se hacia y la formación con banda de música en el centro, cuyo objeto conocia, hicieron flaquear sus piernas cubriéndose su semblante de horrible palidez.

Al frente del cuerpo y como quien va á mandar una parada, estaban el Gefé y segundo Gefé, que sonreian como si aquel tormento brutal les proporcionara algun placer.

Los veinte soldados que, relevándose de á dos debian aplicarle los azotes, estaban mandados por el mismo oficial á quien trató de desarmar y vijilados por el cabo á quien dió la trompada, el que debia vijilar á los soldados para que sacudieran firme.

Porque detrás de los soldados que azotan, se coloca siempre un cabo ó un sargento, que da á su vez de garrotazos al que castiga con debilidad ó alguna consideracion.

De este modo se asegura que el castigo será aplicado con todo rigor.

Juan sintió que su valor lo abandonaba, pero hizo un esfuerzo sobre si mismo y logró dominarse.

Con paso resuelto y ademan sereno se dirigió hasta el centro del cuadro donde habia colocado un tambor.

Era allí donde debia aplicársele el tormento. Así que llegó á aquella especie de banquillo, los mismos soldados que lo conducian lo despojaron de su ropa, colocándole en actitud de recibir los azotes.

El pobre Juan se sintió tan avergonzado, que deseó ardientemente empeзара de una vez su suplicio, para concluir mas pronto.

No tuvo que esperar mucho tiempo.

Apenas lo despojaron de la ropa y lo colocaron sobre el tambor, de la fila de veinte se desprendieron dos soldados armados con las baquetas de sus fusiles, y se colocaren uno á cada lado.

La banda rompió en una alegre diana y el castigo empezó con un increíble lujo de crueldad.

Juan sufrió los primeros diez golpes de baqueta, llamando en su auxilio todo su valor para no quejarse.

Los soldados fueron relevados y la segunda data de diez le fué aplicada sin lograr arrancarle una sola queja.

Pero á los cuarenta azotes el dolor fué insoportable.

Juan empezó á gritar y á pedir gracia, pero los acordes de la banda ahogaron sus gritos.

Hizo esfuerzos terribles para escapar á aquel castigo, prefiriendo mil veces la muerte, pero estaba sujeto por cuatro soldados que le impidían hacer el menor movimiento.

A los cincuenta azotes, la sangre saltaba al rostro de los ejecutores, por las tantas heridas que abría la baqueta.

Después, no era ya sangre lo que saltaba, sino pedazos de carne lacerada, que corrían al suelo como una lluvia de municiones.

A los cien azotes Juan se estremeció de una manera poderosa y quedó inmóvil.

Hacia un momento que había dejado de gritar.

Acababa de desmayarse.

El cabo dió cuenta, pero el castigo se siguió aplicando hasta el último azote.

El estado de Juan era horrible.

Parecía un cadáver sobre cuya espalda se hubiera asentado una bandada de buitres.

En muchas partes se veían blanquear los huesos, y todo su cuerpo, en la parte azotada,

no era sino una inmensa llaga sangrienta, y negruzca.

Las baquetas de los soldados estaban empapadas en sangre, y salpicadas de pedazos de carne que habían quedado adheridos por la misma sangre.

En el semblante de aquellos soldados se veía pintado el horror, que acusaba la violencia con que habían castigado á su compañero.

Pero que podían hacer ellos, pobres parias también en beneficio del azotado, si cuando no pegaban fuerte la vara del cabo se encargaba de hacerles notar la falta?

Juan fué conducido á la enfermería del cuerpo donde empezaron á curarlo los mismos soldados.

No era necesaria la presencia del médico, pues demasiado prácticos eran en el batallón para curar esta clase de enfermedades.

Juan permaneció dos días completamente inmóvil y sin dar la menor señal de vida.

Cuando volvió en sí y pudo darse cuenta de lo que le había sucedido, se apoderó de él una tristeza horrible.

—Creí que el Señor se hubiera apiadado de mi sacándome de este mundo, dijo, pero aún me queda mucho que sufrir.

El veterano que tanto lo había ayudado con sus consejos y buenas palabras, estaba allí á su lado mirándolo con un profundo cariño.

Desde que le faltó su padre, eran los primeros ojos cariñosos con que se encontraba la mirada de Juan.

LA JUSTICIA MILITAR

Juan no había asistido á ningún combate, y sin embargo, en los pocos días que llevaba de recluta, parecía un veterano inválido.

Su archa frente estaba cruzada de frescas cicatrices, causadas por el sable del oficial y su posición en la miserable tarima era por demás violenta y mortificante.

Tenia que estar acostado boca abajo, pues su espalda lacerada no podía soportar ni el peso del poncho mas liviano.

Había enflaquecido tanto que sus ojos se hundían en las órbitas, como los de un cadáver, y se podían contar los huesos al través de la piel.

Los sufrimientos físicos y morales unidos, necesitan muy poco tiempo para destruir la naturaleza mas vigorosa.

—Yo quiero morir, dijo Juan, con voz débil. Esta vida es mil veces peor que la muerte

y si he de morir así á pedacitos, prefiero morir una vez para todas.

—Esto no es nada, compañero, esto no es nada, le decía el veterano, porque esto pasa con un poco de ginebra y una semana de no poderse sentar.

Peor sería otra cosa, ruegue á Dios nó le suceda.

—Pero que puede haber peor de lo que á mi me pasa?

Porque defendiendo mi vida, me destinan de veterano después de haber concluido con mi familia.

Y aquí porqué pretendo impedir que me golpeen injustamente, me rompen el alma á golpes de espada, y como si esto no bastara, me dan doscientos azotes que me postran inmóvil en una tarima.

Creo que la ferocidad de los hombres no puede llegar á cometer nada mas cruel.

El veterano sonrió con la amargura de un mártir y dijo á Juan.

—Su pena, amigo, comparada con la de otros es un día de verano comparado á la mas cruda noche del invierno.

Usted no ha visto nada, porque todavia no ha visto á un compañero morir en el cepo colombiano, pidiendo por todos los santos del cielo que lo despenaran.

Usted no ha visto nada, porque todavia sus huesos no han crujido en las estacas, ni ha reventado su cráneo bajo el taco de una bota.

Todavia usted no ha pasado una semana sin comer.

Todavia usted no ha marchado bajo los rayos del sol, hasta caer estenuado por la fatiga y la sed, para ser levantado á sablazos y elegir entre seguir marchando á pesar de su fatiga ó morir bajo la bayoneta del cuerpo de guardia que viene atrás de la columna.

Todavia usted no ha visto fusilar un inocente, ó degollarlo simplemente para no gastar pólvora y balas en un trompeta.

Juan escuchaba todo esto con los ojos dilatados por el espanto.

No podia creer que tales atrocidades fueran ciertas y se figuraba que aquel hombre le contaba todo eso por mitigar su pena.

Y como el veterano, habituado á esa clase de tormentos y sabiendo que para el hombre del pueblo no existe ninguna ley ni derecho, pensaba que los gefes tenian derecho de hacer todo aquello, lo disculpaba encontrándolo muy justo y razonable.

Para él no habia mas ley que la orden del oficial, ni mas razon que la del golpe de sable.

—Si nosotros nos portáramos bien, añadia, nos ahorrariamos muchos tormentos, pero somos así medio calaveras y tenemos que embromarnos.

Es verdad que alguna vez á los gefes se les vá la mano, pero tambien no pueden hacer otra cosa que obedecer la ley y las órdenes del dia.

Hay muchos malos que se van al otro lado pero estos son los menos.

—Todo es permitido en esta vida, contestaba Juan, pero cuando hay un motivo que pueda disculpar la accion.

Pero aplicar un castigo injusto, matar por placer, despedazar á un hombre sin razon, como han hecho conmigo, esto solo puede perdonar Dios, amigo.

—Para que vea lo que á usted le ha sucedido no es nada, replicó el veterano, le voy á contar un caso presenciado por todo el ejército.

Lo recuerdo en sus menores detalles, porque es una de las cosas que mas impresion me ha hecho en la vida.

Testigo de él es toda la guardia nacional de Buenos Aires.

Despues del triunfo de Pavon y cuando volvíamos contentos por la victoria alcanzada, el general dió una orden del dia, por la cual se mandaba que todo individuo que se separara de la columna, fué considerado como desertor y fusilado.

El comandante don Emilio Castro venia á retaguardia de la columna para hacer cumplir aquella orden.

La marcha era larga y fatigosa, así es que el que menos sed tenia se hubiera bebido una tinaja de agua.

Al pasar por un rancho donde habia dos mujeres en la puerta, un mocito de la Guardia Nacional salió de la columna y fué á pedirles un poco de agua.

Era este un mocito de diez y siete años á lo mas, lindo como una niña y guapo como las armas.

Como nosotros formábamos brigada, lo habíamos visto batirse el dia antes con un coraje que daba calor.

Apenas habia concluido el mocito su segundo trago de agua, fué visto y traído preso por haber faltado á la orden del dia, que despues supimos el mocito no la conocia.

Don Emilio Castro dió cuenta y el general mandó que se cumpliera la orden.

El mocito fué juzgado en el acto y condenado á muerte, porque así lo mandaba la orden.

Cuando el pobrecito supo que lo iban á fusilar, no crea que se asustó, tenia mas agallas que el hombre mas enterañado.

Sonrió con una risa muy mansita, pensando tal vez que aquello era una broma, y pidió hablar con el gefe.

Esto lo supimos nosotros por el mismo soldado que le pusieron como centinela de vista.

—Señor, le dijo, me han avisado que me van á fusilar, y como no he dado motivo, quisiera saber si esto es una broma del oficial.

—No es una broma, replicó el gefe medio conmovido, lo van á fusilar por desertor.

—Yo no soy desertor, contestó el mocito sonriendo siempre.

Como voy á ser desertor si vengo de voluntario?

He salido del Colegio para hacer esta campaña, porque todavia no tengo la edad.

Y además, que objeto tendria en desertar despues de la victoria cuando ya volvemos á nuestras casas á recibir el premio de tanta fatiga?

—La orden del dia considera como desertor al que se separe de la columna, y usted se ha separado, replicó el gefe tratádo de disimular la emocion que sentia.

—Señor, contestó el jóven, no conocia la orden del dia y he ido á pedir agua á aquellas mujeres, porque me moria de sed.

—Pues ha incurrido en desercion, terminó el jefe, y es preciso cumplir la órden del dia. El ejército se habia detenido, y en aquel momento formaba cuadro para presenciar la ejecucion.

Cuando el mocito vió que aquella no era broma y que realmente lo iban á fusilar, alzó sus ojos azules preñados de lágrimas, y dijo:

—Señor: yo tengo una madre que vá á morir de desesperacion cuando sepa que me han muerto.

No me haga fusilar que yo soy inocente y usted se vá á manchar con un crimen.

Tenga presente siquiera que yo soy voluntario y que vengo de pelear por la patria.

El jefe dió vuelta y se alejó de allí rápidamente.

Sin duda no tenia valor para seguir escuchando á aquel mocito tan simpático.

—Cúmplase la voluntad de Dios, dijo este, y bajó su hermosa cabeza.

El ejército habia formado ya un gran cuadro y el capellan venia apresuradamente á prestar á aquel ser sus fúnebres auxilios.

Los mismos soldados viejos nos sentiamos caer las lágrimas.

Todos, como yo, hubieran dado su vida por salvar la de aquel jóven.

—Y lo fusilaron? preguntó Juan, enjugándose una lágrima y olvidando su propio dolor.

—Ya lo creo que lo fusilaron, contestó el veterano, acaso se conmutan esta clase de sentencias?

El pobre mocito vino hasta el centro del cuadro acompañado del capellan, se arrodilló delante de los tiradores de su mismo batallon, levantó su lindísima y juvenil cabeza y gritó ¡viva Buenos Aires!

Un instante despues sonó una detonacion y el pobrecito rodó cubierto de sangre y envuelto en el humo de la descarga que le quemó el pecho.

El crimen quedaba consumado.

El ejército todo desfiló delante de aquel cadáver y no hubo un solo soldado que no derramara una lágrima por el desventurado jóven.

Y allí quedó como muestra de la crueldad de los hombres y del rigor del destino.

La muerte que llevó á su lado durante el combate, lo habia respetado para que viniera á caer de una manera tan triste y oscura.

Es duro esto de morir fusilado, amigo Juan, añadió el veterano enjugando las lágrimas que le arrancaba el recuerdo de aquella tragedia.

No hay corazon que resista á la amargura de verso amarrar á un banquillo y que le arranquen la vida sin que uno pueda hacer el menor esfuerzo por defenderla.

Y sin embargo son muchos los hombres que

he visto morir fusilados, gritando viva la patria, en cuyo nombre se les arrancaba una vida que Dios habria destinado para otra cosa.

Esto prueba que apesar de todo, nosotros comprendemos que no es la patria la que nos manda matar.

Ellos invocan su nombre como da el protesto de tener que cumplir la órden del dia el mismo general que la dictó.

—Y ustedes se fueron sin enterrar el cadáver? preguntó Juan.

Lo dejaron para que sirviera de alimento á los caranobos?

—Esa fué la intencion, pero las mismas mujeres que le dieron el agua lo enterraron cuando el ejército se alejó.

Despues supimos en la ciudad, por otros guardias nacionales compañeros del finadito, que la madre, cuyo nombre habia invocado para obtener el perdon de su vida, se habia enloquecido al recibir la noticia.

Ya vé, amigo, que al lado de estas desgracias, las suyas son como tortas fritas.

Y aquí no mas, entre nosotros, tiene un ejemplo vivo de lo que le vengo contando.

El veterano llamó á un soldado que estaba sentado en una tarima, muy cerca de ellos, cuyo modo de andar llamaba la atencion desde el primer momento, muy parecia paralítico de las piernas ó que tuviera cortadas las articulaciones del tobillo.

—Contale al amigo lo que te ha pasado con los piés.

El está desesperado porque le han dado á probar doscientos azotes y es bueno que sepa que eso no vale nada.

El milico miró á Juan con estraña manse-dumbre y se sentó en la tarima como si el estar en pié lo ocasionara alguna molestia.

Comprendió que se trataba de consolar á aquel jóven y con voz quejumbrosa le hizo el siguiente relato.

—Yo soy puntano, por mi desgracia, y digo por mi desgracia, porque allí por un motivo ó por otro, siempre vivimos con el fusil al hombro.

Acababa de merendar con mi mujer y mis hijos, cuando se presentó en casa una partida de montoneras de D. Juan Súa que andaba reclutando gente.

Ahí no mas me agarraron, me dieron una paliza y me llevaron al campamento donde fui agregado á un regimiento de caballeria.

Andando el tiempo, y sin saber yo á qué diablos ibamos, nos encontramos con otro ejército, que oí decir á mis compañeros era el ejército de la nacion.

Y así debia ser, porque aquellos soldados venian con lindos uniformes y buenas armas.

Los que estaban allí, forzados como yo,

sintieron levantar su corazón á impulsos de la alegría.

Podíamos morir en el combate, pero en cambio podíamos también caer prisioneros en aquel hermoso ejército, donde recuperaríamos la libertad y seríamos amparados.

El ejército se aproximó hasta que pudimos oír distintamente sus bandos de música.

Venia tendido en una gran línea de batalla en cuyo centro se veían salir tres piezas de cañon brillantes como tres soles.

Don Juan Sáa, que era conocido por Lanza Seca, á causa de sus crueldades, tendió también su línea y esperó el choque de aquel ejército.

Poco despues el ruido del cañon y el estruendo de la fusilería dominó por completo el campo de batalla.

Los estragos del cañon eran terribles.

A cada momento veíamos volar por todas partes, cabezas, brazos y piernas de los compañeros.

La mayor parte de la gente veníamos armados con garrotes atados por un tiento á la muñeca, y otros con lanzas sin mas moharra que la que habíamos podido hacerle nosotros mismos.

Qué íbamos á hacer contra gente bien armada como el Ejército Nacional?

Peleamos duro, sin embargo, y caimos como moscas, hasta que el enemigo empezó á echarnos por delante y la mayor parte de la caballería empezó á huir en el mas terrible desorden.

Yo hubiera hecho lo mismo, pero la pobre mula que montaba no habia podido andar una cuadra.

—Yo me voy á pasar á los nacionales, dije á un compañero, y así dejaremos de penar.

De todos modos si disparamos nos vá á cazar de nuevo Lanza Seca y vamos á volver á nuestra vida de penurias y andar huyendo y sufriendo sus crueldades.

—No haga tal cosa! me replicó mi compañero, que habia sido prisionero del Ejército Nacional en tiempo del Chacho y que habia desertado en cuanto pudo.

Mire que allá son todavia mas bárbaros que aquí. Allí degüellan un hombre por no gastar cuatro tiros, ó lo estiran en las estacas como un cuero de potro.

—No puede ser! amigo, contesté creyendo que me decia aquello porque no me pasara.

Allí voy á encontrar mi libertad y el amparo que aquí no tengo.

No vé que ese es el Ejército libertador del Gobierno, ejército regular, segun dicen, que jamás sale de montonera?

—Esos son. puros cuentos, volvió á decir mi compañero.

Allí matan por el placer de matar y puede

contarse entre los resucitados el que escapa con u a estaqueadura.

Yo no quice creer por mi mal lo que mi compañero me decia y decidí pasarme.

—De todos modos, le dije, montados como estamos no vamos á poder ir muy lejos, y al fin y al postre hemos de caer en su poder.

—Pues si usted se vá, concluyó, haga de cuenta que vá al otro mundo.

Y se alejó enterrando sus espuelas en los flancos del macho que montaba.

Ya el ala derecha nuestra habia sido envuelta completamente y por todas partes no se sentia mas que el tropel de la gente que disparaba buscando su salvacion.

El campo estaba sembrado de cadáveres y miembros humanos confundidos con despojos de caballos y mulas.

Lanza Seca habia disparado con una division en cuanto vió la cosa mal parada, abandonando el resto de su ejército á la horrible carnicería que siguió á la batalla.

Yo pegué espuelas á mi macho y me dirjé, sin poder ver bien donde iba á causa del humo, donde me pareció que habia visto al enemigo.

Poco trecho habia andado cuando caí entre un grupo de caballería enemiga, que conducía unos doscientos prisioneros de los nuestros.

—A dónde vas vos? me preguntó el oficial que mandaba el peloton.

—Voy pasado al Ejército Nacional, repliqué. Si me hace el favor de decirme donde está, se lo agradeceré.

—Ahora que se ven vencidos todos son pasados, contestó el oficial, dándome un garrotazo como quien hace un cariño.

Desármelo y échenlo con los demás, dijo á los suyos, y si se resiste mátenlo.

Yo pensé entonces en lo que me habia dicho mi compañero, pero ya era tarde para mudar de resolusion.

Me quitaron el garrote que constituía todo mi armamento y me echaron entre mis compañeros de angustia, no sin haber recibido antes una buena dosis de trompadas y palos.

Y seguimos la marcha hasta donde habia campado el ejército nacional, donde seríamos entregados al gefe que debia disponer de nosotros.

Durante el camino, los heridos que iba encontrando el oficial que nos llevaba, los hacia degollar como la cosa mas natural del mundo, hasta el extremo de que sus pocos soldados se habian cansado de matar.

Entonces aquel oficial á quien el infierno hará purgar sus crímenes, hizo una cosa horrible.

Para que sus soldados descansaran de aquella horrible matanza, dispuso que nosotros mismos degollásemos á los compañeros que encontramos heridos.

Aquella era cosa que clamaba al cielo!
Nuestros compañeros, con voz ruidosa,
nos decían.

—Pero es posible, hermanitos, que ustedes mismos nos degüellen, estando rendidos y moribundos?

A nosotros se nos caía el cuchillo de la mano, pero eran tales los garrotazos que nos pegaban entónces, que teníamos que concluir la obra infernal ó morir nosotros mismos.

Yo habia encomendado ya mi alma á Dios, porque estaba dispuesto á morir cincuenta veces antes que degollar á uno de aquellos infelices.

Aunque hubiera querido hacerlo, para salvar mi vida, comprendia que no habria tenido el coraje necesario porque no tendria fuerza ni aun para tomar el cuchillo.

Venia entre nosotros un mendocino Gomez, hombre muy bueno y valiente como las armas. Era el sargento de confianza de Lanza Seca.

Como era hombre morrudo y de buenos puños, el oficial le mandó que degollara dos heridos con que tropezamos en aquel momento.

Para que hiciera mejor la operacion, el oficial le hizo entregar una enorme daga que llevaba un cabo, daga feñida ya de su sangre hasta la empuñadura.

Gomez suplicó que no lo obligaran á hacer aquello.

—Si no los degüella pronto, gritó el oficial, te hago degollar junto con ellos.

Y, cosa horrible!

Aquel oficial era jóven y hermoso, hasta inspirar simpatías.

Gomez tomó la daga con mano temblorosa y se acercó á los heridos.

Pero al ir á degollarlos su semblante se cubrió de mortal palidez, sus miembros temblaron todos, y arrojó la daga léjos de sí, cruzándose de brazos.

—Mi oficial, dijo, yo no puedo hacer esto, perdóneme.

Hágane degollar, si quiere, pero no tengo valor para ser un asesino.

El oficial, entonces, léjos de conmoverse, atropelló á Gomez, pegándole de palos con la espada.

—Degollalos, bandido, dijo, degollalos, antes que te degüelle yo mismo por trompeta.

—No puedo, mi oficial, contestó al mendocino, máteme, pero no puedo.

El oficial, furioso, y sin dejar de apalear á Gomez, mandó que degollaran á los tres.

Y el cabo dueño de la daga que arrojó Gomez recojió su arma ensangrentada y cumplió aquella orden feroz.

Degolló primero á los heridos y despues al mendocino Gomez, que estiró el pescuezo como un cordero y murió sin decir una palabra.

Y como Juan se estremeciera de horror, el puntano le dijo:

—Esto no es nada, compañero, esto no es nada—todavía vá á escuchar cosas peores.

Con la muerte de Gomez ya no habia quien se resistiera á ejecutar las órdenes del oficial y aquel degüello bárbaro duró todo el tiempo que duró nuestra marcha.

Dios me ayúd y quiso que no me tocara á mi tambien degollar un compañero.

Cuando llegamos al campamento, fuimos entregados al General, que nos distribuyó en varios cuerpos de infanteria.

Nadie se atrevió á quejarse de lo que habia hecho el oficial en el camino.

Creíamos que una queja habria bastado para que nos degollaran á todos.

—Y vos? me preguntaron.

¿Porque andabas con los montoneros?

—Y como no quiere que anduviera, señor? respondí.

Si no hubiera ido con ellos á estas horas estaria veinte veces lanceado.

Y conté de que manera me habian sacado de mi casa.

—Todos dicen lo mismo, y buenos bandidos son entretanto.

—Pero que va á hacer uno? contesté, si no nos ponen á elegir?

O marchamos ó nos lancean—no sabe usted que clase de hombre es don Juan Súa.

Iba á decir que era tan malo como el oficial que nos trajo, pero me conture á tiempo y me callé para no caer en una mala tentacion.

—Bueno, dijo aquel gefe—dos años destinado á mi batallon, por haber andado con las montoneras.

Y esta fué la mejor loteria que pudo tocarnos, pues todos creíamos que todos íbamos á ser degollados.

Ni siquiera quisieron creerme que venia pasado.

Al otro dia el ejército siguió la marcha segun dijeron, en persecucion de Juan Súa y el resto de su ejército.

Con la fatiga del dia anterior y los palos recibidos, no podíamos tenernos en pié.

Pero era preciso marchar ó sucumbir á los golpes de palo.

Á las dos leguas de marcha todo esfuerzo fué inútil.

Empezamos á desgranarnos y quedar rendidos no solo ya nosotros que nunca habiamos andado á pié, sinó los mismos soldados viejos del cuerpo.

Á los primeros que fueron quedando, le dejaron un centinela de vista, de los mismos soldados que iban cansándose, pero esto hacia disminuir mucho las plazas del batallon.

Entonces sucedió una cosa horrible, cuyo recuerdo me hace estremecer todavia.

Yo y otro compañero, que hacia tiempo veníamos haciendo esfuerzos terribles por caminar, caímos rendidos.

Ni á bayonetazos nos hubieran hecho dar un paso mas.

El gefe, á quien dieron parte de lo sucedido, mandó que como á los demás se nos dejara con un centinela de vista.

—No hay ya soldados que dejar, dijo el oficial de guardia, y si esos individuos quedan solos, se ván á ir.

—Pues hagalos despaltar, dijo entonces el Gefe, como quien podia haber dicho hagales dar de comer.

De ese modo podrán recojerlos, porque vienen á retaguardia.

Y aquella monstruosidad se llevó á cabo con la mayor sangre fria.

Usted no sabe lo que es despaltar, amigo, por eso es que no se le endereza el pelo sobre la cabeza.

Tampoco lo sabia yo, asi es que cuando me avisaron lo que me iban á hacer, me quedé muy fresco, pensando que seria alguna cosa como pelarlo ó afeitarlo á uno.

Nada malo habia hecho y no podia temer castigo alguno.

Me habia cansado, si, pero tambien se habian cansado muchos otros prisioneros y soldados del mismo batallon á quienes nada se habia hecho, segun creia yo, y digo segun creia, porque despues supe lo que habia pasado.

Cuando supe lo que se trataba de hacer con nosotros, creí morir de espanto.

Me resistí con todas mis fuerzas, pero me ataron y me dieron de palos hasta que caí desmayado.

Entonces me despaltaron y me dejaron allí tirado con mi compañero.

Aquí el puntano sollozó y se limpió con el revés de la mano las lágrimas que zurcaban su semblante.

—Y qué es despaltar? preguntó Juan, con la mirada dilatada por el espanto.

—Despaltar, dijo el veterano, pues la emocion apenas dejaba hablar al compañero.

Despaltar es una cosa que estoy seguro no se usa en el infierno mismo.

Agarran á un cristiano y le rebanan la planta de los piés desde el talon hasta los dedos, para que no pueda caminar ni montar á caballo, puesto que no puede pararse.

De esta manera lo sueltan á uno por el campo, sin centinela ni nada que se le parezca, seguros que, muerto ó vivo, lo han de hallar á uno en el mismo paraje que lo dejaron.

Este suplicio lo inventó el coronel Sandes, el hombre mas malo que haya salido de vientre de muger.

—Y con usted hicieron eso? preguntó Juan, sin creer que aquello pudiera ser cierto.

Conmigo y con mi pobre compañero, repuso el puntano.

Y para que no dude, aquí tiene usted la prueba.

El milico sacó las alpagatas y enseñó á Juan la planta de los piés.

Aquello era una cosa horrible.

Eran dos costurones enormes y supurantes en los talones.

En muchas partes se veian los huesos desnudos y los dedos de menor tamaño habian desaparecido completamente.

Parecian dos piés que hubieran caminado sobre alguna plancha de hierro enrojecida.

Juan quedó espantado en la contemplacion de aquellos piés.

Le parecia increible que fuera del infierno pudieran aplicarse tormentos semejantes.

—Mi compañero, siguió diciendo el puntano, mas poquito que yo, amaneció muerto al otro dia.

O no habia podido resistir la operacion, ó esta le fué hecha por uno menos baqueano que el que me despalmó á mi.

Vencido por el dolor y el espanto y debilitado por la mucha sangre que me salia, me puse á llorar como una criatura, pensando que la muerte que me esperaba seria una cosa horrible.

Llegué á envidiar la felicidad de aquel cadáver que tenia al lado.

Siquiera él no sufria mas.

Yo no podia mirar mis piés, porque el menor movimiento me producía dolores insupportables.

Pero por los de mi compañero muerto, me imaginaba como estarian los míos.

Si hubiese tenido un cuchillo conmigo, hubiera dado fin á mis padecimientos.

Mil veces peor hubiera sido morir de hambre ó comido de los animales del campo.

Pero no tenia cerca de mí nada que pudiera servir para lograr mi intento.

Me encomendé á Dios entonces y esperé resignado la llegada de mi último instante.

A eso de la tarde sentí un tropel que venia en la misma direccion que habiamos traído.

Era un peloton de soldados que venian recojiendo los resagados del dia anterior.

Pocos eran los prisioneros que con ollos venian.

Y sin haberme visto, ó creyéndome uno de tantos cadáveres, se bajaron á pocos pasos de nosotros é hicieron una gran fogata, donde se pusieron á tomar mate y asar un pedazo de carne de burro que llevaban.

Yo dije que Dios habia escuchado mis ruegos y se apiadaba de mí.

Pediria á aquellos hombres que me despe-

maran, estando seguro que consentirían á mi pedido, puesto que se proporcionaban el placer de degollar un hombre mas.

Me puse á gritarles con toda la fuerza de mi aliento, pero débil debía ser mi voz, pues ninguno de ellos hacia movimiento que indicara haberme oído.

Reuní todas las fuerzas que me quedaban y lancé un gran grito.

Yo oía distintamente las voces de los soldados y me parecia increíble que ellos no escucharan la mía.

Aquel grito debieron escucharlo, pues ví que se ponían á mirar en todas direcciones.

—Allí hay dos que parece nos llaman, oí que decía un negro picado de viruelas, con cara de condenado.

—Son dos muertos, contestó otro soldado, como para llamar están aquellos.

—Yo oía haber escuchado un grito, insistió el negro mirándonos siempre.

—Le habrá parecido—seria curioso que un muerto nos llamara!

Temiendo no poder gritar otra voz, porque las fuerzas me abandonaban cada vez mas, le vanté la mano y les hice señas que vinieran.

—No te dije que llamaban? insistió el negro. Vamos á ver que quiere ese resucitado.

Y se vino saltando hasta donde yo estaba, seguido de sus compañeros.

Aquel negro debía tener el corazón mas encallecido que el diablo, pues, á pesar del estado infeliz en que yo me encontraba, me preguntó riendo:

—En que puedo servirlo, amigo resucitado?

Comprendí que aquel hombre no tenia ningun sentimiento humano y me llené de alegría.

—No tendrá inconveniente en hacerme el servicio que le pido, pensé, y le rogué que me despenara.

Pero el negro, de puro cruel se habia ido del otro lado del caballo.

—No embrome, amigo, me dijo, ¿quién piensa en morir cuando está lleno de vida?

—Lo que usted tiene es que le han pelado los pies, pero eso lo curo yo en menos que canta un gallo.

Ya verá como todavía puede casarse y tener hijos y hasta bailar un gato que no se le vean los pies!

—Si no quiere matarme présteme su cuchillo me mataré yo.

Lo que quiero es librarme de estos dolores que me vuelven loco y morir de una vez en lugar de estar me muriendo de á pouitos.

—Y porqué no lo matás, le preguntó otro soldado.

Si quieres lo mataré yo, desde que se le hace en ello un favor.

Yo miré á aquel hombre con verdadero reconocimiento.

—Dios lo bendiga, amigo, le dijo, porque va á hacer una obra de caridad.

—No sean locos canejos! gritó el negro agarrando de la mano al soldado que ya venia á degollarme.

—No te he dicho que yo lo voy á curar? ó se figura que el mal de los pies se cura cortando la cabeza?

Sin duda aquel hombre debía ser cabo ó sargento, pues ninguno se animaba á contradecirlo y el soldado se sintió muy sumiso guardando su cuchillo.

En vano pedí por todos los santos del cielo que me mataran, no hubo remedio.

Al negro se le habia puesto curarme y no habia mas que hacer.

Sin poderme sospechar lo que me esperaba, me resigné á mi suerte.

—Pero, amigo! el tal remedio habia sido peor que la enfermedad.

Yo creo que el negro quiso curarme de puro malo, por darse el placer de someterme á un nuevo tormento.

El negro se acercó al fogon donde se asaba la carne, puso á calentar uno de los muchos sables que llevaban, recogidos en el campo de batalla.

Entonces, comprendiendo recién la cura que trataban de hacerme, me puse á gritar que me matasen, que no queria me quemaran las heridas.

—Es para que no le salga mas sangre, me dijo el negro, y no se le heche á perder la herida.

—No quiero! no quiero! grité en mi desesperacion mas angustiosa.

Yo quiero que me maten, no quiero vivir mas.

Pero mis suplicas y mis gritos solo sirvieron para hacer reir al negro, que se vino á mi con el sable enrojecido y me lo aplicó en los pies, haciéndome tener bien amarrado para que no pudiera moverme.

Yo no sé si aquel hombre infernal hacia todo aquello por gozarse en mi tormento ó creyendo hacerme un bien.

Lo que si sé es que me quemó los pies hasta convertirlos en un chicharron.

El que no haya sentido su carne despedazada chirrear bajo la presión de un fierro caldeado, no puede tener la mas remota idea de lo que son dolores, porque hay dolores que no se pueden describir, ni tener una idea de ellos sin haberlos experimentado.

Yo me desmayé, antes que empezaran á quemarme el segundo pié lo que fué una degradacion porque sino talvez hubiera muerto de dolor.

Cuando recuperé los sentidos me hallé que un soldado me llevaba en ancas atravesado como un atado de alfalfa.

Los piés me dolían de una manera terrible.

—No le dije que lo iba à curar? gritó el negro en cuanto me vió abrir los ojos.

Yo volví à pedir que me mataran, pero todo fué en vano.

Me bajaron del caballo y me dieron en los piés una untura de grasa.

Después me dieron à comer unos bocados de carne de la que habían asado junto con mis piés y me montaron en ancas.

Era una rara piedad la que aquel negro había tenido conmigo y una suerte tenaz la que me protejía contra la muerte.

Después supe que los soldados que habían quedado cuidando los prisioneros cansados, los habían muerto à casi todos para evitarse responsabilidades.

Junto conmigo apenas vendrían unos veinte.

Al día siguiente llegamos al campamento, donde el negro volvió à darme otra untada de sebo.

En comparacion de lo que ya había sufrido me sentía muy aliviado, pero los piés me dolían mucho.

Yo creo que ya me iba acostumbrando al dolor.

Como el ejército tenía que marchar, los que no podíamos seguirlo quedamos allí al cargo de una comision que debía traernos hasta el Rosario, donde se estaba formando un cuerpo con los prisioneros que agarraban y gente que arrancaban de sus casas como me habían arrancado à mi mismo.

Entre los soldados que componían la comision, quedaba también aquel negro que se había propuesto hacerme vivir à toda costa.

Durante el camino él no mas me llevaba en ancas y tanta grasa me untó en los piés, que al fin salió con la suya y me fué curando un poco.

Cuando llegamos al Rosario, yo no podía caminar todavía, pero me paraba ya, lo que era mucho, en relacion à como había estado.

Aquí fuimos arribando hasta el estado en que usted me vé.

Los piés me hacen sufrir siempre, pero ya

me he acostumbrado al dolor y camino à la par de cualquiera.

Así formamos este dichoso batallón, donde murió el pobre negro que me había curado, sin que yo pudiera prestarle el menor auxilio.

—Murió en algun combate? preguntó Juan olvidado completamente de su dolor con la narracion del puntano.

—Dios lo hubiera querido, replicó éste.

El pobre murió en las estacas donde lo pusieron porque se robó unas galletas un día que no habíamos comido.

Juan creía estar soñando.

Tanta crueldad le parecía imposible que pudiera llevarse à cabo, y à no haber sido por lo que acababan de hacer con él mismo, hubiera jurado que aquellos hombres se habían hablado de antemano para divertirse à sus espaldas.

Y dígame, amigo, preguntó, ese coronel Sandes que usted dice que inventó el despalmo habrá muerto de mala manera?

—Eso no se paga en esta vida sinó en la otra, contestó el veterano.

Eso de despalar no es nada al lado de lo que hacia aquel maldito.

Mire, amigo, le voy à contar un cuento que he visto yo con estos ojos que se han decolorado la tierra.

Por él va à sacar usted en limpio la clase de entrañas que tenía aquel hombre.

Y usted mismo en su vida militar ha de pasar por tales cosas y ha de ver otras que lo que yo le cuento le va à parecer juguete.

El veterano salió à la puerta de la enfermería, temeroso de que algun oficial pudiera oír lo que iba à contar.

Y seguro de que nadie podía escucharlo, regresó à la tarima de Juan.

Este estaba todavía impresionado con la narracion del puntano.

No era posible que pudieran existir ferocidades mayores.

El veterano reflexionó un momento como para reunir sus recuerdos, é hizo la narracion siguiente.

UNA HEREJIA TERRIBLE

Acabábamos de pelear con el Chacho y pasábamos por la provincia de la Rioja, en un paraje llamado Chumbiche, pobre poblacion que podía tener unos cien habitantes y unos cuarenta ranchos miserables.

Aquel es un paraje que parece bendecido por el cielo.

Todo está rodeado de acequias y vertientes de agua, que corren à la sombra de algarrobos gigantescos.

Allí descansan el viajero las fatigas de una travesía penosa, donde los piés se entierran en la arena y la boca se seca por la falta absoluta de agua.

Son unos parajes aquellos tan espléndidos, que si no es porque dicen que el paraíso está en el cielo, yo hubiera jurado que el paraíso era Chumbiche.

Después de dos días de penosa marcha, llegamos allí, donde el Coronel mandó que camparamos a la división.

Aquella risueña y buena gente salía a las puertas de los ranchos, asombradas del espectáculo que tenían a la vista.

Jamás habían contemplado tanta gente junta. El Coronel campó bajo el algarrobo más frondoso y mandó que se carnearan unos cuantos burros, único alimento de que se podía disponer, para el mantenimiento de la división.

Los soldados, alegres porque teníamos agua a discreción y un poco de carne, nos tendimos por todas partes a descansar las fatigas de la pelea, que había sido dura, y del viaje, mucho más duro todavía.

Aquel día se pasó alegremente—todos nos bañamos y comimos descansados, cosa que no nos sucedía hacia mucho tiempo.

A la noche todo fue alegría y entretenimientos de todo género.

Nos habían prestado un par de guitarras que pasaban de mano en mano y de fogón en fogón.

Así pasamos la más alegre noche de aquella cruda campaña.

A la madrugada siguiente se dispuso que la división se aprontara para marchar cuanto bajara el sol.

Fué una noticia que recibimos todos con profunda pena.

Aquellos parajes eran como para no abandonarlos nunca.

Hacia poco rato que había amanecido y los soldados estábamos al rededor de los fogones, cuando llegaron al campamento dos mocitos que preguntaban por el coronel.

Cada uno de aquellos mozos traía atravesado sobre su mulo un cabrito que de puro gordo se podía rasgar con la uña.

—El coronel está hoy de banquete—si quieren nos tirara con un pedazo, dijo el oficial de guardia.

Y enseñó a los paisanitos el algarrobo donde descansaba el coronel Sandes.

Daba gusto ver aquellos mocitos tan ganchitos y bien hablados y tan generosos también.

Uno de ellos, aunque muy alto y bien desarrollado, apenas tenía quince años.

El otro, más bajito aunque más grueso, tendría un par de años más.

Conforme llegaron a donde estaba el Coronel, echaron sus cabritos al suelo y se dejaron caer en seguida sombrero en mano.

Todos habíamos quedado prendados de aquellos jóvenes tan raros y risueños.

El mismo coronel sonrió, cosa que no hacen sino allá por muerte de un obispo.

—Qué los trae por acá? preguntó el Coronel,—síntense no más.

—Señor, dijo el más jovencito: venimos a traerle estos dos cabritos en nombre de mi madre, que ha sabido que usted ha llegado, y como aquí no hay mucho que comer...

—Gracias, amigos, contestó el coronel. Y quién es la madre de ustedes?

—Es la dueña de aquella majadita de cabras, viuda del teniente Gondra que murió en Buenos Aires.

—Llévenle estos cabritos en mi nombre al Coronel, nos dijo.

Yo sé por mi pobre Pedro las miserias que se pasan en la vida militar, y tal vez el pobrecito no haya comido ayer.

Y nosotros hemos venido a cumplir su voluntad.

—Debe ser muy buena esa señora, repuso el Coronel.

Y con quien vive ella? con ustedes no más?

—No señor, vive con nosotros una hermana de nuestro padre, muy pobre.

Ella la ayuda y le acompaña en los cuidados de la casa, porque nuestra madre está muy vieja a causa de lo que ha sufrido.

Nosotros estábamos asombrados de tanta amabilidad por parte del Coronel, que no sabía hablarnos, sin echar por lo menos un par de ternos.

—Quien sabe si no está pensando alguna herejía, me dijo un trompa riojano que estaba mirando, hombre alegre y de alma atravezada.

—Qué herejía ha de hacer con gente que viven tan por lo fino y trayéndole un regalo?

—No sabes quien es el Coronel, me dijo.

Consiento que me corten la cabeza, sino hace con ellos una de las que acostumbra.

El Coronel no puede vivir sino mortificando a los demás.

Ya veremos si tengo ó no tengo razón.

Los mocitos miraban al Coronel como esperando que los despachara y éste los contemplaba como complacido en su despejo y buen porte.

—Y ustedes, le preguntó, en que pasan la vida? no se aburren de vivir eternamente en estas soledades?

—No señor, respondió el más joven, que parecía el más conversador.

Como no conocemos otros parajes mejores, no extrañamos y vivimos felices aquí.

Pasamos el día cuidando esa majadita de cabras que es lo único que poseemos en el mundo.

Es con su escaso producto con lo que vivimos nosotros, mi madre y mi tía.

Ya podíamos habernos colocado en alguna tropa ó hacienda.

Pero quien vá á cuidar de las pobres viejas si llegamos á faltarles?

El Coronel sonreía siempre, segun parecia, del candor de aquellos mocitos.

A aquella sonrisa seguía dando mala espina al trompa que me golpeaba con el codo, diciéndome:

—Cuanto apostamos á que esto termina por lo menos en una paliza?

—No seas bárbaro, respondía yo.

Y por qué se las habian de dar?

—Y por qué nos revientan á palos á nosotros mismos? me observaba el trompa, sinó porque les dá la gana?

Yo callé ante esta observacion justísima y ya no me pareció extraño que el Coronel les hiciera dar una paliza.

—Y á ustedes no les gusta la vida militar? les preguntó.

Es una vida donde no se conocen penas, añadió, donde todos los dias son diferentes, donde nunca se está en el mismo parage mas de veinte y cuatro horas.

Y luego uno vá de guarnicion á Buenos Aires ó á cualquier otra ciudad, y allí uno pasea y se divierte á su antojo.

—A mí me gusta mucho la vida militar, dijo el mayor, hablando por primera vez.

Pero como dejamos á mama? la pobre vieja es capaz de volverse loca pensando que ya no nos vá á ver mas.

—Pero ustedes son dos, insistió el Coronel, y aunque uno falte siempre queda el otro para atender á la vieja.

Nosotros no nos separamos, dijo el menor, y los dos hermanos se miraron mostrando todo el cariño que los unia.

Tal vez muriendo mi madre, entraríamos á servir juntos, pero por ahora no hay que pensar en ello.

Con su permiso, mi Coronel, nos vamos porque todavia no hemos soltado las cabras.

—No se vayan todavia, no se vayan todavia, dijo el Coronel.

Yo voy á almorzar ahora y en seguida me pongo en marcha.

Antes de irme quiero decirles algo y darles tambien una cosa para que le lleven á la vieja.

Esperenme en algun fogon de esos, que yo los haré llamar.

Los dos mocitos se vinieron á nuestro fogon, que era el mas próximo á la carpa del Coronel.

Apenas se alejaron, este entró á su carpa y mandó llamar con un ayudante al oficial de guardia.

—Se prepara la fiesta, me dijo el trompa disimuladamente.

Conozco yo á mi hombre mas que si lo hubiera parido.

El Coronel habló con el oficial y este se retiró despues de haber mirado bien á los mocitos.

Yo creí ver algo de infernal en aquella mirada y me estremecí pensando en los dos jóvenes.

Qué travesura infernal irian á hacer con ellos?

Los pobres reian de nuestras ocurrencias, sin poder sospechar lo que les esperaba.

Tal vez estaban mas cerca de la muerte que de su misma casa.

Qué alegres estaban los pobres!

—Si alguna vez llegan á volver por aquí, nos decian, mostrándonos un ranchito que se veia á la distancia, lleguen no mas á casa que no ha de faltar un par de cabras con que hacer boca.

Por eso no hemos de venir á ser ni mas pobres ni mas ricos.

Asi tuvimos charlando un gran rato, hasta que empezaron á afijirse por no poder regresar.

—Si el Coronel nos despachara, dijo el menor, nos haria un favor, porque la majadita no ha comido todavia.

—Porqué no lo va á ver? le observó entonces el trompa.

Como el Coronel es así, se ha de haber olvidado de ustedes.

Los dos mocitos volvieron á la carpa del Coronel y rogaron al ayudante le pidiera en su nombre permiso para retirarse.

El Coronel salió tan sonriente como al principio y les preguntó si realmente querian irse ya.

—Nos quedaríamos aquí hasta que ustedes marcharan, respondieron, si no fuera por el que hacer que tenemos.

Todo está aun abandonado, esperando nuestra vuelta.

—Es una lástima, dijo el Coronel, porque tienen ustedes una soberbia planta para soldados.

El uniforme debe quedarles superior.

—Apuesto mi cabeza contra un mate, me dijo el trompa, á que el Coronel los hace quedar en la division.

Estos requiebros y alagos no oran á humo de paja.

—Seria una iniquidad, repuso entristecido, porque me convencí que aquello no podia acabar bien.

Ese hombre no tendrá perdon de Dios.

Si así paga á los que vienen á regalarlo, ¿cómo será con los demás?

—Quédense conmigo, les dijo.

Cuidando cabras y metidos aquí, nunca van á salir de pobres.

Sentando plaza conmigo, pueden llegar á tenientes, como su padre, ó capitanes, y de esa manera hacer feliz á la vieja madre.

—De mil amores, contestó el mayor, pero nuestra madre se moriría de dolor y de necesidad, pues no tendría entonces ni quien le diera de comer.

Es muy viejita la pobre.

La sonrisa de benevolencia iba borrándose poco á poco de los labios del Coronel, cuyo semblante adquiría la dureza habitual.

—Ustedes no se han enrolado? les preguntó.

—Qué es enrolarse? preguntaron los dos, mirándose con extrañeza.

Nunca nadie nos ha preguntado eso.

—Enrolarse es cumplir con la ley que manda á los ciudadanos ser guardia nacionales.

De esta manera están prontos para cuando el Gobierno los llama.

—No sabemos eso, porque nadie nos lo ha bía dicho.

Y que se hace para enrolarse?

—Ahora nada, porque los que no se enrolan tienen que servir por castigo en los cuerpos de línea.

El trompa me dió un golpe con el codo.

—Ahora ustedes tienen que quedar conmigo, porque yo tengo orden de agarrar á todos los que no se hayan enrolado.

Los muchachos creyeron que todo aquello era broma y pidieron permiso para retirarse, porque hacían falta en su casa.

—Ya les he dicho que ustedes quedan aquí, repuso el Coronel con alguna aspereza.

Voy á mandar que los arreglen.

Los muchachos empezaron á ponerse serios, temiendo algo, pero como no eran reos de ningún delito ni sospechaban en la crueldad de ciertos hombres, siguieron pensando que aquella era una broma.

El Coronel Sandes mandó llamar al oficial de guardia y le dijo:

—Cumpla lo que le he mandado.

É hizo tocar atención, con lo cual los milicos empezamos á hacer nuestros preparativos.

Los mozos siguieron al oficial de guardia, sonriendo siempre, pero ya con una sonrisa idiotizada por el espanto.

—Ahora, dijo el trompa, que se contenten con su suerte, porque sinó el coronel es capaz de hacerles dar mil azotes á cada uno.

Yo levanté mi recado y me puse á ensillar como los demás.

No quería presenciar la manifestación de aquella pena, porque Dios me ha hecho tan blando de corazón, que siento las agenas desgracias á la par de las mías.

Media hora habria pasado y ya la division

estaba lista para marchar, cuando se apareció el oficial de guardia conduciendo á los dos mozos, completamente desfigurados.

Les habian cortado el pelo y encasquetado un kopi y una blusa toda hecha girones.

Los dos estaban pálidos como la muerte y conmovidos hasta perder el habla.

—No les dije que el uniforme les iba á sentar bien? exclamó el coronel.

Ahora son dos buenos mozos que me van á volver locas á las mujeres de la division.

—Siento mucho, habucé el mas jóven, pero no podemos quedarnos, mi coronel, porque seria matar á nuestra madre—ya nos vamos ya.

Y se conocia en su semblante angustiado los esfuerzos que tenia que hacer para contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

Creía el pobre que bastaba no querer para que los dejaran ir.

El Coronel hizo entonces tocar á caballo y mandó al oficial que se llevara los reclutas.

—Hágalos marchar á retaguardia, le dijo, en el cuerpo de guardia y tenga entendido que usted me responde de ellos con su persona.

Quando el Coronel decia una cosa así, habia que ajustarse el uniforme, porque era muy capaz de limpiarse á un oficial como á un soldado.

Los mocitos vieron la cosa seria y empezaron á suplicar por todos los santos del cielo que los dejaran ir, que no los llevaran.

El Coronel miró al oficial de una manera que equivalia á decir ¿todavía no ha cumplido? y este intimó entonces á los mozos que lo siguieran.

Quisieron resistir estos empleando la fuerza y negándose á obedecer, pero un nar de trompadas que les pegó el oficial les advirtió que allí toda resistencia era inútil.

El menor bajó la cabeza y dejó correr silenciosamente las lágrimas que hacia tanto tiempo contenia.

El mayor miró al Coronel de una manera terrible y en seguida al oficial.

Felizmente para él el Coronel no vió esa mirada que si nó, sabe Dios lo que le pasa.

Un segundo puñetazo mas fuerte que el primero les previno que ya era tiempo de obedecer, y sin replicar una palabra, siguieron al oficial de guardia.

Estoy seguro que no hubo un solo soldado que no se conmoviera ante aquel hecho de maldad suprema.

Como la division estaba lista, se tocó marcha y los cuerpos empezaron á moverse con su habitual bullicio.

Como habiamos campado encima de la población, no quedó un solo habitante de aquel hermoso parage, que no supiera lo que habia pasado á los dos mocitos.

Cuando el cuerpo de guardia se movió, á la cola de la columna, la desesperacion de los hermanos no reconoció límites.

Sus gritos y sus lamentos se escuchaban de todas partes.

—Dígale al oficial de guardia, gritó el Coronel á uno de sus ayudantes, que si esos animales no se callan, les rompa el alma á palos.

Y los gritos cesaron como por encanto.

Sin duda les habian aplicado el remedio y éste habia dado el resultado que el Coronel esperaba.

Toda aquella tarde y aquella noche marchamos sin descanso, yendo á campar á la madrugada siguiente á mas de dos leguas del paraje conocido por la Punta del Negro.

Haria próximamente cuatro horas que estábamos allí, cuando el coronel hizo llamar á los reclutas y les preguntó que tal les iba.

E. mayor no contestó una palabra.

El menor, siempre mas espedito, dijo que le iba bien.

—Desde que si nos va mal y nos quejamos nos muelen á palos, tiene que irnos bien á la fuerza.

Pero háganos el favor de dejarnos ir, señor.

Mire que nuestra madre se estará muriendo de pena.

—Si me vuelven á hablar una palabra de irse, gritó el coronel de una manera amenazadora, los hago fusilar.

Ya les he dicho que no quiero oírlos hablar así.

Los jóvenes volvieron á su mutismo y regresaron al cuerpo de guardia.

Al rato no mas tocaron atencion y marcha y la columna levantó su campamento.

Dios habrá castigado á ese hombre, interrumpió Juan.

El no está devalde en el cielo y no dejará impunes todos esos crímenes.

Si no fuera por lo que ya me han contado, yo no creeria que esto fuera verdad.

—Y usted cree que aquí no mas concluyó la cosa?

Ahora va á ver, amigo, hasta donde llega un corazon malo!

—Que todavia hizo algo peor? preguntó Juan en el colmo del asombro.

—Usted no puedo tener idea de lo que era aquel hombre.

El trompa sí lo conocia á fondo!

No en vano nos decia él que aquellos pobres mozos estaban mas cerca de la muerte que de su casa.

—Los matarian á palos ó los pondrian en las estacas?

—Peor que eso, mucho peor que eso.

Ya le he dicho que lo que á usted le pasa no es mas que una fiesta.

Escuche, escuche si tiene coraje.

Y el veterano siguió así el curso de su triste narracion:

Habriamos andado á penas u a media legua, cuando vimos venir sobre dos mulas de largo paso dos mujeres que venian con tamaná lengua.

En cuanto divisaron donde iba el Coronel, se tiraron al suelo y echaron á correr de á pié creyendo sin duda que así debian de andar mas ligero.

La angustia pintada en la cara de aquellas dos mujeres, indicaba que venian dando fuertes gritos, en la intencion, porque el cansancio habia apagado la voz en sus gargantas.

No es posible gritar cuando se trae media lengua de fuera.

Pobres mujeres! mucho debian haber corrido, cuando se habian cansado hasta perder el resuello.

Una de ellas era una viejita en la que los años habian hecho un estrago, feróz estrago que sin duda habia completado la miseria.

La otra vieja un poco ménos que la primera parecia un mono en tiempo de invierno.

Mas fea que un susto á media noche era un tanto chueca, un poco visca y algo humana, segun la manera como corria.

Tropezando y cayendo como Cristo, las dos viejas llegaron hasta donde iba el Coronel cuyo caballo detuvieron con sus ademanes y manotones.

—Qué quieren esas brujas? preguntó el Coronel y porqué se me ponen delante como si yo fuera alma condenada?

Las dos viejas se echaron al sue' de rodillas y empezaron á mover los brazos como si las estuvieran ahorcando.

Se veia que hacian grandes esfuerzos para hablar, pero que no eran dueñas de su voz.

Como el Coronel hizo alto, la division tambien se detuvo y los milicos nos volvimos puros ojos y oidos para no perder nada de lo que iba á pasar.

—Digan pronto á lo que vienen, gritó el Coronel con su voz mas áspera, ó mandéense mudar al infierno que yo no tengo tiempo que perder.

Esta órden hecha en tono que no admitia réplica devolvió el uso de la palabra á la viejita simpática que esclamó con una angustia suprema:

—Señor, señorito de mi alma! mis hijos que me los llevan, déjennos por Dios mis hijos.

—Qué hijos ni que diablitos! gritó el Coronel.

Estas brujas estan locas y no saben lo que dicen.

Fuera de aquí antes que las haga sacar á palos.

Y golpeó con su rebenque la espalda de la

veja que soltó un grito mas fuerte que un
.oque de atencion.

—No estoy loca, no estoy loca, señorito de
mi alma! siguió diciendo la vieja, no me lle
ve mis hijos que es lo único que tengo en el
mundo.

—Pero quienes son tus hijos y tu misma,
preguntó el coronel ya con la mirada torcida.

Habla pues de una vez, bruja maldecida.

El coronel sabia tambien quien era la vieja
puesto que nosotros mismos lo comprendiamos.
Y despues de haberla oido quien podia du
dar que fuera la madre de los dos mocitos?

—Yo soy la viuda del teniente Concha, dijo
esta creyendo que hacia una revelacion.

La misma que le mandé ayer con mis hijos
dos cabritos y le vengo á pedir que no me los
lleve, que son mi único amparo en esta vida
desventurada.

—A tus hijos los despaché ayer mandandote
dar las gracias, repuso el coronel ¿que culpa
tengo que no hayan ido?

Se habrán ido que se yo donde.

Ea, largo de aquí que yo no puedo perder
tiempo en tonterías.

Largo de aquí antes que las haga echar á
empujones.

Y quiso hacer marchar su caballo que no
pudo dar un paso.

Las viejas se le habian prendido de las
riendas con dientes y uñas.

—Usted sabe, amigo, que una madre no
pierde la esperanza de rescatar á su hijo por
mas que la hagan picadillo.

Usted la estará cortando á pancitos y ella le
estará pidiendo su hijo.

Cuando las viejas vieron que el Coronel se
preparaba á marchar, su desesperacion no cono
ció límites y empezaron á soltar cada grito y
cada lloro que partía el alma.

—Mis hijos! mis hijos! gimió la viejita.

Yo quiero mis pobres hijitos aunque me
maten en seguida.

No creo, señor, que por haberle mandado dos
cabritos seria castigada de esta manera.

Deje me mis hijos, por los santos del cielo!
yo le daré mi majadita de cabras que es lo úni
co que tengo, mi rancho y hasta mis ojos si
los necesita.

Teniendo mis hijos conmigo me parecerá una
felicidad cualquier otra desgracia que me
venga encima.

El coronel habia concluido por ponerse trans
parente de puro pálido, la peor señal que po
dia dar de sus intenciones.

El trompa me tocó el hombro y me dijo muy
bajito:

—Apuesto á que si las viejas se quedan y
siguen pidiendo sus hijos, les vá á suceder lo
que le sucedería á una laucha que pidiera á

mi gato perdon para el hijo que despedaza des
pues de haber jugado con él.

Es muy capaz de hacor que las fusilen, si
es que no se lo ocurre hacerles poner un uni
forme y hacor que sigan la marcha en calidad
de soldados.

—No sea bárbaro, contesté.

Seria preciso que este hombre fuera mesti
zo de tigre!

—Pues ya vá á ver lo que le digo, sin que
tenga mucho que esperar.

—Bueno, fuera de aquí y de una vez, dijo el
Coronel, qui riendo terminar la entrevista.

Ya estoy cansado de oír estupideces de este
género. Largo y andando.

Aquí fué la de todos los diablos!

Las viejas se prendieron una de las riendas
del caballo y otra de una pierna del Coronel.

—Mis hijos, mis hijos, dijo la madre con
un tono ya imperioso.

No quiero que se los lleve y devuélvamelos
usted.

Yo soy la madre, ellos no me han de que
rer abandonar y solo Dios que me los dió tie
ne derecho de arrancármelos á la fuerza.

Con el semblante descompuesto por la ira,
el Coronel miró á la vieja con ojos terribles
y dijo:

—Tus hijos son un par de bandidos, vieja
maldita, que no se han enrolado á su tiempo.

Por esa falta tienen que servir dos años en
el ejército de línea y para eso me los llevo,
porque necesito gente, dentro de dos años
volverán y podrás quedarte con ellos.

Antes, ni Dios me los saca de aquí.

Conténtese con esto, no sea que me tiente
el diablo y les salga mas cara la cuenta.

—Mis hijos, mis hijos y me voy! dijo la
vieja, con una cara de loca y sin soltar la
pierna del Coronel.

Vuélvanme mis hijos ó háganme matar
aquí mismo.

Yo no me voy sin los hijos de mi corazon.

Los soldados mas duros y mas veteranos,
estábamos lagrimeando de puro conmovidos,
y aquel hombre, en vez de ablandarse, se irri
taba cada vez mas.

—Sacame de aquí á esa vieja, dijo entonces
á su asistente, y hacela marchar á garrota
zos.

El soldado se acercó á la vieja y la tomó
de los hombros, dándole unos cuantos tirones.
Pero no solo no logró desprenderla, sino
que casi hizo caer al coronel.

Este le arrimó unos cuantos rebencazos,
pro la desesperacion y el dolor habian dado
á la vieja fuerzas sobrehumanas.

No habia medio de desprenderla.

—Mis hijos! mis hijos! gritaba.

Dame mis hijos y yo me voy!
Sinó, mátenme aquí mismo.

Aquello era una cosa conmovedora y repugnante.

En cualquier otra ocasion de la vida, la vieja hubiera sucumbido con la mitad de los golpes recibidos.

Solo su desesperacion de madre podia darle tanto valor y tanta fuerza.

Los pobres jóvenes contemplaban desde el cuerpo de guardia, como toda la division, aquella exena terrible.

El menor lloraba vencido por el dolor.

El mayor habia intentado dos ó tres veces correr en auxilio de la madre, pero el sable del oficial le habia hecho volver á las filas, la última vez con la cabeza partida.

El coronel vió aquello y decidió terminar la cosa.

Cuanto les hubiera valido á las pobres, haberse retirado dejando á los muchachos, que al fin algun dia podian haberlos visto otra vez.

—Está bien, les dijo el coronel, de una manera que heló la sangre en mis venas.

Yo te voy á dejar tus hijos para que me des un descanso y te vayas de aqui.

Pero te juro que te va á pasar lo que has hecho.

—Con que me van á volver mis hijos? exclamó la pobre madre, mas loca de felicidad que lo que habia estado de pena.

—Con que es verdad? dijo, es verdad que me van á devolver mis hijos?

Dios lo bendiga, señorito de mi alma.

Dios lo bendiga y le haga probar todas las felicidades de la vida!

Dios les bendiga sus hijos y su mujer y todo lo que usted ame en la tierra!

Y la pobre mujer saltaba y bailaba como si hubiera perdido el juicio.

Yo por mi parte aflojé las correderas de las lágrimas, porque aquello era de lo mas conmovedor que habia visto en mi vida!

—A ver! el oficial de guardia! gritó el coronel cada vez mas sombrío.

El tiempo se habia descompuesto, como si quisiera tomar parte en el horror que iba á tener lugar.

Habia empezado á caer una llovizna que penetraba hasta los huesos.

Cuando el oficial de guardia acudió al llamado, el coronel le dijo:

—Traiga usted aqui, escoltados con ocho hombres, los soldados que le entregué ayer.

Al oír esto, las dos viejas empezaron á llenar de bendiciones al coronel y á ofrecérselo de esclavas para lo que quisiera mandar, asegurándole que habian de rogar á Dios diariamente, para que premiara su hermosa accion.

Un momento despues llegaban escoltados por los ocho soldados pedidos y el oficial de guardia.

Conforme llegaron, los dos jóvenes, sin que

los soldados pudieran evitarlo, se lanzaron sobre la madre y la tia, abrazándose á ellas estrechamente.

—Todavia no, gritó el Coronel Sandes.

Yo les he ofrecido dejárselos, pero antes tengo que llenar una formalidad.

Cuando los jóvenes supieron que iban á dejarlos, creyeron volverse locos de alegria.

Se avalanzaron sobre el Coronel y le besaron los pies.

Entre tanto el Coronel hizo una seña al oficial y le habló al oído.

Estaba llenando la formalidad que habia dicho, pues su fisonomia se despejó por completo.

—Te gano la apuesta, dije al trompa.

El Coronel se ablandó al fin y no podia ser de otro modo.

Seria necesario haber tenido en vez de coronar una lanza.

—Ya verá lo que son las blanduras del Coronel Sandes, me contestó el trompa.

Ahora me afirmo mas en que la heregia vá á ser gefe.

—Ya sabe usted, señor oficial, dijo en alta voz el Coronel.

Esos dos jóvenes quedan con usted hasta que la columna se ponga en marcha.

En seguida los entregó usted á esas mujeres y se me incorpora sin perder tiempo.

Se tocó atencion y marcha y la division se puso en movimiento bajo un silencio de muerte.

Parecia que todos presagiaban lo que iba á suceder.

Los dos mocitos quedaron allí custodiados por ocho soldados, ocho lanceros del tamaño de un rancho.

Las mugeres estarian á unos diez pasos de ellos, esperando concluyese de pasar la larga columna para recibir sus hijos y ponerse en marcha tambien.

Cuando la columna hubo pasado, sentimos unos gritos horribles que no se pueden pintar.

Dimos vuelta como movidos por un resorte, y vimos la cosa mas espantosa que puede contemplar una criatura humana.

Los soldados habian hechado al medio á los jóvenes y se ocupaban en lancearlos de la manera mas feroz.

El mas joven habia rodado ya cadáver, abrazado por una de las mugeres, mientras el otro se debatía en las últimas convulsiones de la muerte, muerte horrible y dolorosa.

La otra mujer, la madre de los paisanitos, corría en direccion donde iba el coronel como impulsada por el viento.

—Señor, señor de mi alma! gritó en cuanto llegó.

Están lanceando, están asesinando á mis li-

jos, cuando usted me dijo que me los iba á dejar.

—Y me los llevo yo acaso? preguntó aquel tigre sin detenerse.

Ahí te los dejo, vieja imbécil, para que te entretengas en enterrarlos, si acaso valen la pena.

Al oír esto, la vieja rodó por el suelo desvanecida, y el coronel pasó á su lado pisándola con el caballo.

Allí quedaron los dos cadáveres, acompañados por dos mujeres que mas tenían de muertas que de vivas.

Segun nos contaron despues los soldados que habian lanceado á los jóvenes, aquello fué horrible.

Cuando pasó la division, el oficial les dijo que ya podian retirarse, segun la órden del Coronel, y cuando fueron a hacerlo, ellos en rizaron la lanza y les clavaron la espalda.

Cuatro gritos tremendos sonaron casi al mismo tiempo y otras ocho lanzadas, mas terribles que las primeras, dieron fin á aquella hazaña.

Así pagó el coronel Sandes los dos cabritos que le mandó de regalo la viuda del teniente Gondra.

Es una cosa que no podré olvidar aunque pasen cien años, porque me parece estar oyen do todavía la voz quejumbrosa de la pobre vieja.

Mas tarde y andando el tiempo, llegamos á pasar por el mismo paraje.

Qué diferencia de la primer vez que pasamos!

La gente huía despavorida á nuestra aproximación, como si se hubiera tratado de una invasion de indios.

Las mugeres se encerraban en sus ranchos, mientras los hombres se escondian en los montes.

Tenian muy presente los pobres lo que habia sucedido á los hermanos Gondra.

De los viejos y gente que no disparaba por que no podian andar y que no se encerraba porque su rancho no tenia puerta, tuvimos el final de aquel drama de sangre que acabo de referir.

La madre de los muchachos lanceados, pobre vieja que ápenas podia con su alma, quedó desmayada en el mismo paraje donde la dejaron y de donde la levantaron, tres dias despues, algunos paisanos que habian salido en su busca.

La lluvia de la noche completó la obra de la desesperación y de los golpes de látigo.

La otra vieja, para quien el dolor moral no podia ser tan intenso y que habia sido menos estropeada, vivia aún, pero completamente idiota.

Fué ella quien narró en Chumbiche lo que acabo de referir.

En el camino, dos leguas á la derecha de la Punta del Negro hallamos tres crucesitas de ramas, clavadas sobre un monton de tierra.

Eran las cruces que indicaban la miserable tumba de aquellos tres seres muertos de una manera tan bárbara.

El Coronel vió estas cruces y preguntó que significado tonian.

Y habiendo sabido la leyenda que recordaban, las hizo arrancar y echar á su fagon.

Así quedaba borrado hasta el último rastro de aquel hecho feróz.

Juan escuchó hasta el fin, sin decir una palabra.

Estaba atontado bajo el horror de aquel relato.

—Cruze usted por los llanos de la Rioja, siguió diciendo el veterano, y por todos aquellos campos de Mendoza y demas provincias donde hemos andado en persecucion de montoneras, y aquello no le parecerá mas que un inmenso campo santo.

Por todas partes verá montones de tierra y cruces de ramitas que le indica que aquel paraje ha sido el teatro de una matanza mas ó menos numerosa.

Toda esa es gente que ha muerto fusilada, lanceada ó bajo el horror de las estacas y el cepto colombiano!

En muchos parajes no hallará mas que los huesos que han desparramado los zorros y los tigres que comieron su carne.

Que es ante todo esto lo que á usted le ha pasado?

Que son sus doscientos pobres palos que se curan en una semana comparados con lo que puede sufrir todavía.

Eso no es nada amigo! usted ni siquiera ha probado la pena de estacas.

Juan se estremeció hasta la médula de los huesos y, mirando á su compañero lleno de espanto, preguntó:

—Pero todos los gefes no serán como el Coronel Sandes! habrá buenos y malos, como son todas las cosas de la vida.

—Tiene razon, repuso el veterano.

Todos no son como el Coronel Sandes, porque hay todavía hombres mas crueles y mas brutales.

Yo creia lo mismo que usted, que todos no serian como él, pero despues me he convencido que aquel tenia algunas buenas condiciones.

Parecia que estimaba á los soldados que lo servian bien.

Pero, amigo, hay gefes que despues de haberles servido usted hasta de salvavidas, son capaces de hacerlo cortar á uno en tajadas por una falta á la lista, cosa que á cualquiera le sucede.

Juan estaba espantado.

Su espíritu inocente y caballeresco lo hacía dudar de que todo aquello no fuese más que una pesadilla.

¿Sería posible que existiesen hombres dotados de corazones tan feroces?

Comprendía la crueldad de los que aplicaban castigos horribles para corregir las faltas cometidas, por leves que ellas fuesen.

Pero matar de aquella manera impía á seres de quienes se acababa de recibir un beneficio, por el placer de matar, no estaba al alcance de sus medios de comprensión.

Comparó el mal que lo afligía con lo que habían sufrido otros y estimó en una bicoaca sus doscientos azotes, pensando en lo que aun tendría que sufrir.

—¿Y no hay medio de librarse de ser soldado? preguntó.

—Hay uno, que es desertar, contestó el veterano, pero se juega en él el pescuezo.

Si á uno lo llegan á agarrar, menos tardan en fusilarlo que usted en encomendar su alma á Dios.

Yo no le aconsejo que se deserte, porque caería de nuevo en poder de su jefe, y habría perdido todo.

Con el cuento de la guerra, las comisiones cruzan toda la República en busca de contingentes.

Lo sacan á uno de las entrañas de la tierra para incorporarlo al Ejército.

No hay más guardia que ganar entre los indios, como lo han hecho ya muchos compañeros, pero ahora estamos muy lejos de la frontera y sabe Dios cuando les volveremos á ver la cara.

—Tendré paciencia y con una buena conducta tal vez pueda librarme de los malos tratos.

—No le digo que esto sea imposible, contestó el veterano, pero eso pende únicamente en el jefe que á uno le toque.

Hay muchos, como le he contado ya, que hacen el mal por placer y que son capaces de enfermarse cuando no han cometido una herejía.

Parece que esto fuera parte de su vida y de la tranquilidad de su espíritu.

Un buen jefe se conoce en el pelo de la ropa, tiene otra facha distinta á los demás.

El nuestro no es malo, vea lo que son las cosas, pero tiene la debilidad de dejarse gobernar por el mayor que es un tigre, y de ahí todas las iniquidades que se cometen en el cuerpo.

Así pasaron toda la noche aquellos infelices, charlando sobre las aventuras de la vida militar.

De cuando en cuando el veterano curaba á Juan, con un poco de grasa de potro, santo

remedio según el veterano, y volvían otra vez á su charla y comentarios.

A la madrugada siguiente, al toque de diana, Juan vió que de la enfermería sacaban uno de los soldados azotados el día anterior.

Al soldado lo sacaban entre cuatro porque no podía dar un paso.

—Y á ese adonde lo llevan? preguntó Juan, condolido de los quejidos que lanzaba el soldado.

—Ese, respondió el veterano, vá á cumplir su pena.

Tiene que recibir mil azotes más.

—Pero no lo castigaron ayer y se estaba curando?

—Sí, pero el castigo no fué completo, porque no lo pudo resistir.

Estaba condenado á recibir tres mil palos.

Lo han castigado ya dos dianas á mil palos cada una y hoy debe recibir su última ración.

—Pero ese pobre se vá á morir, porque según su estado hoy lo van á apalear sobre los huesos.

—No se ha de morir, replicó el veterano. El hombre hasta del dolor hace costumbre.

Ahí donde usted lo vé, ese ha recibido ya mas palos que días tiene la vida.

—Esto es horrible, pensó Juan—y que falta ha cometido para que lo mutilen así?

—Reclamó que le habían dado poca carne y como no le hicieran caso y le mandaran recibir lo que le daban, murmuró en la cuadra de que los gefes eran unos ladrones.

Supo el Mayor esto y por pronta maniobra le mandó sacudir los tres mil palos de que hoy recibe el pucho.

—Quiere decir que si á uno lo roban, no puede reclamar ni decirlo?

—Reclamar es lo mismo que pedir palos, dijo el veterano—decirlo es la muerte.

El soldado no tiene derecho á reclamar ni á quejarse, porque todo para él importa un castigo, que nunca es suave.

—Lo que es por mi parte, dijo Juan, aunque me maten á hambres, no diré esta boca es mía.

Poco después volvieron á traer al soldado que habían llevado á castigar.

El pobre parecía un cadáver.

Sin duda estaba muerto, porque no se le sentía el mas leve suspiro.

—Estará muerto! exclamó Juan—Dios lo tenga en su gloria.

—Silencio, silencio, desventurado! dijo el veterano, poniéndole una mano sobre la boca para que callase.

Sus lástimas pueden costarle caras, porque un soldado ni siquiera puede tener lástima de un compañero que el jefe ha hecho castigar.

Juan cerró los ojos y se entregó al horror de sus pensamientos.

TORTURA SOBRE TORTURA

Los combates en el Paraguay se sucedían unos á otros y la bandera argentina tremolaba triunfante en todas partes.

Y Buenos Aires seguía enviando contingentes tras contingentes, para llenar los claros terribles de nuestras filas.

El 9, como los demás cuerpos, recibió su órden de marchar que cumplió inmediatamente.

Juan, como otros infelices castigados, se hallaron sin poder dar un paso hasta el «embarcadero.»

Pero como dejar fuera del batallón y á merced del primer curioso, aquellas pruebas vivas de la ferocidad militar.

—Hagánlos andar á palos, dijo el jefe y los que queden, que los lleven á bordo en una manta ó de la manera que puedan.

—Haga de tripas corazón, amigo, y marche, dijo á Juan el veterano.

—Es que no puedo dar un paso! el mismo roce de la ropa sobre esta gran llaga me vá á hacer ver las estrellas.

No me han de obligar á seguir marchando, cuando demasiado ven el estado en que me encuentro.

—No diga nada y marche no mas, insistió el veterano.

El embarcadero está muy próximo y aguantando aguantando ha de poder llegar allí.

—Pero es una crueldad! dijo Juan costernado.

Cómo quieren hacer caminar á un hombre que ni siquiera puede sufrir el peso de la camisa!

—Como á ellos no les duele, creen que el dolor en nosotros no es mas que maña y pretexto para no hacer servicio.

Haga lo posible por andar, compañero, no sea el diablo que se le duerman sobre el pucho y lo dejen entonces en verdadero estado de no poder moverse por mucho tiempo.

No habia concluido de hablar el veterano, cuando entró á la enfermería un oficial que dijo:

—Todo el mundo listo para marchar en el momento.

El cabo que cuidaba de los enfermos se acercó al oficial y le habló unas cuantas palabras que Juan no pudo oír, indicándole al soldado de los tres mil azotes que estaba boca abajo en su tarima tan inmóvil como un cadáver.

—Echenlo en una manta, dijo el oficial de una manera terminante, y si ni aun así puede marchar, mátenlo no más.

No se puede interrumpir la marcha porque á un pilla se le antoje fugir un dolor mas ó menos agudo.

Y se alejó de la enfermería, lanzando una mirada amenazadora sobre los demás soldados mutilados y enfermos.

Juan tuvo entonces una vislumbre de esperanza que iluminó las tinieblas de su espíritu.

—Hé aquí un modo seguro de concluir de una vez con mi existencia miserable, pensó.

Resistiendo á marchar con el pretexto del dolor, me echarán en una manta como aquel infeliz.

Y como ni así podrán llevarme, porque dominado por el dolor haré esfuerzos terribles, tendrán que matarme para verse libres de mí.

Y Juan vió como un soldado ponía al de los tres mil azotes en una manta que tomó por las cuatro puntas y se la echó al hombro como quien echa un cuarto de carne.

La fuerza del dolor hizo soltar un grito desgarrador á aquel infeliz, grito que fué contestado con sonoras carcajadas.

La frecuencia con que el soldado mira su propia y la agena tortura concluye por endurecerle el corazón, al extremo de reír de aquella manera, cuando un compañero se queja.

Otros se idiotizan de tal manera, que no hay tormento que pueda borrar de sus labios una sonrisa de cretino que en ellos se estereotipa.

El veterano entró á la enfermería un momento despues á ver si Juan estaba pronto para la marcha.

Habia cobrado un gran cariño al jóven recluta, sin poderse explicar él mismo la causa.

—¿Que todavía no se ha levantado? le preguntó.

Mire que vamos á marchar y si usted no obedece la órden, van á hacer con usted alguna atrocidad.

—Estoy resuelto á morir, le contestó Juan tristemente.

Segun he oído decir al oficial, hace un momento, el que no puedan llevar lo matan.

Yo me insistiré pues á ir, de todos modos para que cumplan la órden y verme así libre de penas.

—No sea loco, amigo! exclamó el veterano. Esa órden puede servir para el soldado que acaban de llevar, porque de todos modos se vá á morir, pero no para usted que solo ha recibido doscientos palos.

Vístase, vístase, porque sinó puede ser que

lo maten, pero no de un tiro como usted cree tal vez, sino en las estacas ó al cepo colombianoo.

Piense en sus hijos y su mujer, añadió, que algun dia y á pesar de todo podrá volver á abrazar.

Esta reflexion pudo mas en Juan que el mismo presajio de una muerte terrible. Se resignó á su suerte y se preparó á marchar.

—Sufiré todo, dijo, hasta donde me alcancen las fuerzas, por volver á ver aquellos seres queridos.

Tal vez Dios me ayude, y como dice usted algun dia recobre la libertad, de un modo ó de otro.

El veterano, viendo á su protegido en tan buena disposicion, se retiró á formar, pues los toques de corneta indicaban que ya todo estaba listo para ponerse en marcha.

Venciendo dolores terribles y parado en el suelo, porque sentarse le hubiera sido imposible, Juan empezó á vestirse apresuradamente.

Resuelto á seguir su suerte hasta el fin, no quiso dar el menor motivo para ser maltratado de nuevo.

Habia allí otros muchos en su mismo caso, que por temor á un mayor castigo, se vestian tan apresuradamente como su estado se los permitia, lanzando de cuando en cuando tristes gemidos que les arrancaba el sufrimiento.

Juan terminó de vestirse y esperó tranquilamente que lo vinieran á buscar, observando lo que á su alrededor pasaba.

No tardó mucho en llegar un sargento acompañado de un cabo y cuatro soldados que venian á conducirlos hasta el batallon, á cuya cola debian marchar en el cuerpo de guardia.

A las puertas del cuartel se agolpaba entusiasta el pueblo del Rosario, á ver desfilar aquel nuevo cuerpo que iba á reforzar al bravo ejército que con tanto denuedo se habia batido en terribles combates.

Juan sintió aquel bullicio y aquella inmensa algazara.

Su corazon participó del mismo entusiasmo, y por un momento volvió á olvidar el dolor que lo postraba.

Pero al primer paso que dió obedeciendo la voz del sargento, sintió que el dolor lo abandonaba.

Sus dolores se renovaron mas sensibles que nunca y quedó parado livido y tembloroso.

No era él solo el que sufría así.

Tres ó cuatro compañeros quedaron tambien como clavados en el suelo, sin poder dar un paso y quejándose de una manera contenida y lastimera.

—Siga la marcha! gritó el sargento, mirando de una manera torva á los que se habian parado.

Tal vez su mas ardiente deseo hubiera sido dejar en paz á aquellos infelices, comprendiendo lo que sufrían.

Pero además de tener que cumplir una orden recibida, bajo severas responsabilidades, acababa de ver la silueta del Mayor del cuerpo, que observaba como se cumplian aquellas órdenes.

—Siga la marcha! siga la marcha! repitió el sargento, dominado por la mirada del Mayor. Juan hizo un esfuerzo supremo y dió dos pasos mas, dos pasos vacilantes que le obligaron á hacer horribles visajes y se paró de nuevo.

—No puedo mas, dijo, y tendió las manos hácia adelante como si buscara un punto de apoyo para no caer.

Dos soldados mas, que no tenian su fuerza de voluntad ó que estaban mas mutilados, cayeron al suelo, pero se levantaron despues de esfuerzos terribles.

—Haga marchar de una vez á esos trompetas! gritó el mayor, antes que vaya yo y los haga marchar á todos!

Dele palo! no mas sargento! dele palo y ande pronto, que no hay tiempo que perder.

Al oír esto Juan, reunió todas las fuerzas que le quedaban y tentó de nuevo caminar, dando un largo paso.

Pero todo fué inútil.

El dolor habia endurecido sus articulaciones y el roce de la ropa sobre la llaga, abrió de nuevo las heridas que habian emezado á curarse.

Por debajo de sus pantalones se veia correr la sangre y su rostro livido parecia el de un cadáver.

—Que siga la marcha, he dicho! repitió el sargento, dominado siempre por la mirada del mayor.

Que siga la marcha, y esta última vez la acompañó con dos ó tres golpes de culata.

Pero todo era inútil.

Lo que no podia hacer la firme voluntad de Juan, no lo podrían los mas terribles golpes de culata, que solo lograron postrarlo al suelo, lanzando un alarido de muerte.

Dos ó tres soldados mas quedaron tambien inmóviles.

Entonces el mayor, indignado con lo que él llamaba maña de aquellos trompetas, sacó la espada y se vino sobre ellos como un huracan.

Aquel hombre cobarde, pues cobarde es el que estropea á un ser inerte, apaleó á aquellos infelices hasta que se le cansó el brazo.

Y trémulo de ira, viendo que á pesar de todo no podia hacerlos caminar, deseansó y los golpeó nuevamente hasta romper la espada.

Si antes aquellos desgraciados no podían

dar un paso, despues de las dos palizas recibidas no pudieron siquiera incorporarse.

El mayor los hizo poner de pié por los soldados, pero apenas los dejaron estos, volvieron á caer pesadamente, como si hubieran sido otros tantos cadáveres.

— Mantas! mantas! gritó el mayor.

Traigan unas mantas para llevarlos, que ya me pagarán las hechas y por hacer.

Los soldados, aturdidos por el miedo que les inspiraba el segundo gefe, armado aún con la mitad de la espada, trajeron las mantas pedidas, pusieron en ellas á los soldados inermes y así los llevaron á bordo.

Poco despues el vapor que los llevaba le vaba anclas, y se alejaba en direccion á Corrientes.

Aquel viaje de cuatro dias, fué completamente insensible para Juan, que los pasó entre la vida y la muerte.

Estaba molido por el dolor que le causaban las heridas abiertas de nuevo en la marcha, y la lluvia de palos recibida de manos del mayor.

El veterano no lo habia abandonado un momento durante el viaje, pero Juan no habia podido darse cuenta de los cuidados que le prodigaba.

Solo hacia oír su voz de cuando en cuando para quejarse de una manera débil y como vedera.

—Pobre muchacho! murmuraba el veterano.

A este paso no lo van á dejar durar mucho, porque parece de naturaleza débil y poco resistente para el sufrimiento.

Juan fué desembarcado en Corrientes, con sus compañeros de infortunios, de la misma manera que fué embarcado: en una manta.

Era tal su estado que esta vez no tentaron hacerlo caminar.

Juan, con el espíritu turbado por el dolor, pudo ver entonces una cosa que lo llenó de espanto.

El de los tres mil azotes, como dos compañeros mas de los apaleados el dia del embarque, habian muerto sobre la cubierta del buque.

Siendo pequeño el buque que los llevaba, los enfermos fueron colocados sobre cubierta, donde la helada concluyó con el pucho de vida que aún conservaban.

Juan vió como aquellos pobres mártires fueron arrojados al agua, con la misma indiferencia con que esa madrugada habia visto volcar el cajon de basura.

Y el pobre llegó á envidiar la triste suerte de aquellos cadáveres, rogando á Dios le enviara la muerte, para huir al horror de su vida espantosa.

Si hubiera tenido la fuerza suficiente para incorporarse, se habria arrojado él mismo al agua.

En Corrientes se habian establecido hospitales de sangre, llenos entonces de heridos y enfermos.

Como Juan era un estorbo en el cuerpo, que iba á seguir inmediatamente la marcha, por no tomarse el trabajo de matarlo tal vez, lo remitieron á un de aquellos hospitales en calidad de preso, con la cristiana intencion de hacerlo recoger en cuanto estuviera en estado de marchar.

Pobre Juan! todavia no habia prestado sus servicios á la patria, todavia no habia tomado parte en combate alguno, no habia tenido el tiempo necesario para cometer una falta y parecia un inválido.

Su cabeza se hallaba rota en varias partes y su hermoso semblant en otro tiempo, era ahora una fisonomia repugnante cruzada á tajos y hachazos.

Juan cayó á aquel hospital, como quien cae al cielo, siendo el tiempo que en él pasó el mas feliz de su existencia militar.

Los hospitales de Corrientes estaban servidos por médicos de la ciudad y practicantes de nuestros hospitales, á quienes aquellas torturas repugnaban de una manera invencible, no comprendiendo como los gobiernos podian consentir aquellos hechos de barbarie y de inaudita cobardía.

Cuando examinaron el cuerpo de Juan y conocieron su historia, tomaron á aquel infeliz bajo su amparo, atendiéndolo con un cariño que arrancaba lágrimas de agradecimiento á aquella misma víctima de nuestra famosa justicia.

El doctor Caupolican Molina, alma noble y abnegada, fué á ver al General Gelly, refiriéndole lo que pasaba, pero el General Gelly nada podia hacer en obsequio á su pedido.

Todo empeño fué inútil y cuando mas, el doctor Molina pudo obtener esta respuesta terrible.

—Si usted vá á oír á cada soldado, todos le van á contar la misma historia con pequeñas variantes, pidiendo que les hagan justicia y les den la baja.

Entonces mas valdria disolver el ejército y retirarse á su casa.

Necesitamos soldados, amigo mio, y la cuestion es tenerlos.

Despues llegará el tiempo de hacer justicia.

—Á los que queden, terminó el noble Dr. Molina, pues al paso que vamos los soldados que no destruya el enemigo, los destruirán sus propios gefes.

Y volvió á su hospital, tratando de consolar á Juan con un lenguaje que estuviera á su alcance.

—Ahora, le dijo, es preciso que tengas paciencia, porque no se puede remediar tu situacion.

Yo te prometo que en cuanto termine la guerra, he de trabajar hasta conseguir te es tiendan la baja.

La patria necesita hoy el sacrificio de sus hijos que deben darle su sangre sin mirar atrás.

—Yo o tengo patria, como no tengo familia, ni hijos, ni libertad, ni carne, puesto que esta misma me la mutila à palos el primer mocito que lleva espada y se titula oficial.

Todo lo he perdido.

Lo único que me queda es la obligacion de sufrir cuanta tortura se me imponga, y esto mismo, sin el derecho de quejarme.

Con un perro, señor, tiene uno mas consideraciones que las que aquí se tienen con un hombre.

Tendré paciencia é iré hasta el fin de mis sufrimientos, porque quiero volver à ver à mi mujer y mis hijos, y ver si puedo hacer algo por mi venganza.

Cuando pierda toda esperanza, entonces haré tales cosas que obligaré à mis gefes que me fusilen, y así habrá concluido todo dolor y toda pena.

Siquiera entonces no oír mas en mi corazon esta voz que me pregunta qué habrá sido de mi mujer y de mis hijos, arrojados à rodar por el mundo sin tener un pedazo de pan con que matar el hambre.

Asistido con cuidado y con una benevolencia extrema, Juan sintió bien pronto disiparse sus dolores y empezó à recobrar la salud que creía perdida.

Los practicantes atendian à sus vicios con tanta bondad, que nunca le dejaban faltar el tabaco y la yerba, se entiende, mientras ellos lo tenían, pues se sabe que estas dos cosas llegaron à ser en el Paraguay artículos de gran lujo.

Cada quince dias venia del cuartel general una comision en busca de los soldados enfermos y heridos, que hubieran sido dados de baja de los hospitales.

Estas comisiones los llevaban al campamento y allí los distribuian à sus respectivos cuerpos.

Juan, protegido siempre por Molina y sus practicantes, aunque se hallaba perfectamente bueno, siempre estaba convalciente.

Varias de las comisiones habian llevado órden espresa de recibirse de aquel soldado, pero nunca podian cumplirla, porque el médico aseguraba que aun no estaba en estado de moverse.

Así Juan pasaba una existencia que nunca se soñó.

El era el asistente del doctor Molina y sus practicantes con esa voluntad y cariño peculiar en nuestro hombre de pueblo, cuando trata de pagar por este medio un beneficio recibido.

Durante su estadia en aquel hospital, pudo apreciar por sus propios ojos el trato terrible que se daba à los soldados de línea y aún à los guardias nacionales, para quienes esa campaña fué un aprendizaje que hizo nacer en ellos el terror invencible que tienen al servicio militar en los cuerpos de línea.

Allí iban soldados mutilados de una manera espantosa por el cepo colombiano.

De estos, los que no llegaban muertos morian al dia siguiente, pues todos llevaban rota la columna vertebral.

Oh! el cepo colombiano es un tormento que no se les ocurrió à los mismos monstruos que en nombre de Dios y llamándose sus ministros formaban la "Santa inquisición, y que se aplica de la siguiente manera.

Se hace sentar en el suelo al soldado que ha de recibirlo, de manera que sus rodillas quedan à la altura del pecho.

En seguida se pasa debajo de ellas un fusil, ostendiéndole los brazos de manera que las sangraderas quedan debajo del fusil.

En esta situacion las manos se le atan por las muñecas sobre las dos canillas.

Las rodillas y los codos, à medio doblar, vienen à formar el caballete, diremos, donde descansa el fusil.

Esta es la parte inofensiva del cepo colombiano, que podemos llamar el preludio de la agonía mas espantosa.

Cuando el soldado está colocado así, se le hace bajar la cabeza y se le pone sobre la nuca otro fusil que queda paralelo al anterior.

Entonces se pasan dos nudos corredizos que ligan los fusiles por los cañones y las culatas, haciéndolos aproximar uno al otro.

Aquí empieza el tormento.

Los encargados de aplicarlos tiran de los nudos corredizos, primero suavemente y despues con todas sus fuerzas.

Los fusiles empiezan à juntarse y la espina dorsal à doblarse de la manera mas violenta.

Llega un momento en que la columna vertebral es un arco que no puede dobiarse mas.

Pero los fusiles están à cuatro dedos de distancia uno de otro y es necesario juntarlos.

Un nuevo tiron de los maneadores junta por fin los fusiles, la víctima lanza un grito terrible y la columna vertebral cruje como un hueso que se quiebra.

Los compañeros que aplican el tormento quisieran librar à la víctima de la muerte inevitable que empieza à estenderse sobre la fisionomía de la víctima.

—¿Peró quien se atreve à quitámo de las estacas sin órden del oficial?

Los miembros empiezan à estirarse y la punta formada por la columna vertebral rota, se muestra como una horrible joroba.

La víctima es sacada por fin de aquella tortura, y rueda por el suelo como un gran reptil informe.

Por mera fórmula es conducido al hospital donde llega muerto ó muere pocos momentos después.

Juan miraba á estos infelices horrorizado, rogando á Dios lo protegiera para no hallarse en situación semejante.

Otros infelices eran conducidos todos descomulgados, semejantes á una bolsa de huesos.

Las manos y piés colgaban de los brazos y de las piernas, sujetos solo por el pellejo y unos cuantos tendones que habian resistido á la tension de los maneadores.

—Acaso el ejército, pensaba Juan, se compondrá de bandidos que es preciso reducirlos á este estado miserable, inutilizando sus miembros.

—Pero poco se necesita para esto, le respondia algun soldado á quien preguntaba que delito habia cometido para que lo hubieran tratado así.

—Basta faltar á una lista para ir á las escacas y sentirse arrancar los miembros, como basta tener el fusil sucio ó haber perdido un cartucho para que le quiebren el espinazo con el sepo colombiano.

¿Cuáles serian los tormentos á que entonces estaba sujeto nuestro soldado, cuando hoy mismo en nuestras plazas públicas se vé enseñar reclutas á golpes de vara y de culata?

No hace muchos dias que en las calles mas centrales de Buenos Aires, un Sargento del 8 de línea se hacia volar los sesos por no marchar al cuartel.

Preferia la muerte dada por su mano y de un solo golpe, á los castigos terribles que le impondrian sus superiores.

Y cual era la falta grave cometida por aquel sargento que le hacia temer un castigo imposible, puesto que se daba la muerte para escaparlo?

Los mismos diarios de la Capital lo han dicho, sin que nadie se atreva á desmentirlo.

Aquel sargento habia faltado á tres listas sin permiso y el Gefe habia pedido á la Policía su captura.

Así Juan, cada vez que veia entrar al hospital algun soldado víctima de estos castigos, buscaba al doctor Molina con una ansiedad febril, y le rogaba por lo que mas amara en el mundo que no lo dejara salir del hospital, reteniéndolo allí como asistente suyo, si no podia seguir haciéndolo pasar por enfermo.

—Yo te he de proteger cuanto pueda, le decia Molina, tratando de combatir cariñosamente la fiebre que engendraba en Juan el terror de que se hallaba poseido.

No tengas cuidado que no te han de llevar

al Ejército sinó cuando yo vaya y entonces te pediré de asistente.

Y el pobre no satisfecho con aquella promesa consoladora, se empeñaba con los practicantes y con las mismas hermanas de caridad, para que no lo abandonaran si acaso lo querian llevar.

Todos trataban de convencer al infeliz de que allí permaneceria siempre, pues temian que el terror concluyera por turbarle la razon.

Cada comision que venia del ejército en busca de altas, costaba á Juan ocho dias de fiebre intensísima.

Le parecia que ya lo llevaban y que lo descuartizaban en las estacas.

En medio de sus alucinaciones, creia que se hallaba sufriendo uno de estos tormentos y gritaba de una manera desesperada que lo sacaran, que ya no iba á faltar mas á ninguna lista.

Estas fiebres y estos delirios, que se repetian con la misma frecuencia con que llegaban las comisiones, empezaron á destruir su fisico de tal manera, que mas que un hombre parecia un cadáver.

Y cada nueva tragedia que oia narrar, se poria en tal estado que parecia un loco.

Sin embargo, poco á poco se fué habituando á que las comisiones no lo llevaran y á la eficacia de la proteccion que le dispensaba el doctor Molina.

Y los accesos de fiebre fueron perdiendo su intensidad y el pobre Juan llegó á convenecerse de que aquella vida apasible podria durar todo el tiempo de su condena.

—Paciencia y no afijirse, le decia Molina.

Yo te prometo que en cuanto cumplas los tres años de tu condena, todos nos hemos de empeñar para que te den la baja y puedas volver al lado de tu familia, á ser feliz todavia.

Por ahora ya ves que no tienes nada que temer.

Quien sabe si antes de los tres años no te encuentras libre de toda pena y tan libre como antes!

Es preciso que tengas paciencia y esperes el mejor tiempo.

Nada es durable en esta vida, Juan, y así como se acaba lo bueno, se acaba tambien lo malo.

Nada es eterno, así tus penurias y temores tienen que obedecer al sempiterno cambio de las cosas.

Juan se habia consolado y vuelto á reposarse.

So habia familiarizado con la idea de que pronto se veria libre y tenia completa fé en las promesas del doctor Molina y de sus buenos practicantes.

Solo una órden maldecida venia de cuando

en cuando á amargar sus esperanzas de poder gozar una vida mejor.

Encontraría vivos á sus hijos y su mujer?

Sería esta digna de que le tendiera aun los brazos ó la miseria habria consumalo la obra del maldito Comandante Militar de Moron.

—Mi existencia es ya maldita, pensaba entonces.

Yo estoy condenado ya á no gustar un solo momento de felicidad sobre la tierra, sembrada para mi de espinas.

Un acontecimiento imprevisto vino á cambiar la faz de su vida feliz.

La nacionalidad argentina corria entonces un peligro de muerte y necesitaba para salvarse todo el esfuerzo y el sacrificio de sus hijos.

Mientras el Ejército se hacia pedazos en

los campos del Paraguay, por el honor de la bandera jamás vencida, cuatro traidores se levantaban en el interior, cubriendo nuestro nombre de vergüenza y amenazando ensangrentar el suelo de la patria con una lucha fratricida.

El célebre Lanza Seca y Carlos Juan Rodriguez, actual Senador al Congreso Nacional, habian alzado el poncho de los montoneros y nos enviaban su grito de guerra.

Fué necesario distraer fuerzas del Ejército que se batia en el Paraguay y correr en auxilio de las provincias de Cuyo.

Veamos el origen de aquella célebre revuelta que terminó en San Ignacio, escarmentada por el General Arredondo.

EL MOTIN DE MENDOZA Y LA BATALLA DEL PORTEZUELO

En el mes de Noviembre de 1866 tuvo lugar en Mendoza el motin de presos y custodias encabezado por Carlos Juan Rodriguez, actual Senador al Congreso, á cuyo motin se plegaron mas tarde los hermanos Saa, que llenaron á la Nacion de luto y de vergüenza.

Cómo estalló aquel motin que tomó mas tarde proporciones colosales?

Qué iban buscando en él sus autores?

Dediquemos unos cuantos párrafos á este movimiento vergonzante.

Se hallaba preso entonces en la cárcel de Mendoza, siendo Gefe de Policia el Sr. Villanueva, Diputado Nacional hoy, el individuo por Carlos Juan Rodriguez, persona peligrosa por varios motivos.

El resto de los presos eran unos veinte criminales mas ó menos famosos, que estaban detenidos allí por varios motivos mas ó menos honestos.

Carlos Juan Rodriguez, persona viva y audaz, segun dicen, concibió el proyecto de ponerse en libertad, prefiriendo á la escasa tumba de la cárcel, el púchero de hóbeja con feccionado por la familia.

La dificultad era que la cárcel estaba custodiada por un piquete de treinta hombres armados á fusil, mientras los presos no contaban con mas armas que sus uñas, buena arma para atacar agenos bolsillos, pero inservibles para defender el pellejo contra gente armada á fusil.

Rodriguez no desmayó por esto y puso en uso todos los recursos de su imaginacion,

resolviendo, para su coto, que lo mejor era tantear al sargento de guardia y ver si lo podia seducir y hacerlo amigo.

Una noche lluviosa y fria en que el hambre se hacia sentir de una manera formidable, porque ese dia el púchero de hóbeja habia sido escaso, Rodriguez llamó al sargento que volvia de relevar los centinelas y entabló con él el diálogo siguiente:

—¿Qué tal dice que lo vá, amigo, con una noche tan fria?

—Cómo me ha de ir? mal no mas.

Cada dia el invierno se hace mas pesado y el trato vá empeorando cada vez mas.

—Pero estando bien comidos, el servicio se hace mas liviano, repuso el astuto Rodriguez, y teniendo en el buche un par de copas de aguardiente, no hay frio ni lluvia que los pueda hacer mal.

Ustedes se quejan de puro regalones.

—No diga eso por Dios, señor!

La comida merma de tal suerte, que agatas si nos alcanza para un bocado por barba.

Hoy no mas yo me quedé sin comer por darle mi parte al cabo que estaba enfermo.

En cuanto al aguardiente hace mucho tiempo que no le tomamos ni siquiera el olor.

Yo me he olvidado ya hasta del gusto que tiene.

¡Ah! si yo tuviera un poco de aguardiente!

Y el sargento miró al techo de la prision con una expresion de supremas ganas.

—Es que ustedes son medio tacaños, contestó Rodriguez sintiendo que ganaba terreno.

Porqué no compran, cuando les pagan, unas cuantas botellas y las hacen durar todo el mes?

Pero ustedes se lo gastan todo en una noche de parranda y despues se quedan mirándose á la cara.

—¿Y cuando nos pagan? repuso el sargento, con una espresion de profundo desconsuelo.

Hace como seis meses que no vemos un real porque dicen que no hay plata.

Yo creo que el dia que nos paguen no vamos á conocer la moneda.

Yo me he olvidado hasta de la forma que tiene un real.

—Que iniquidad! exclamó Rodriguez, fingiende una gran compasion.

Y como quiere esta gente infame tener así quien le sirva?

Así se desertan las tropas y todo es un desquicio infernal!

Y por qué no reclaman ustedes sus sueldos y les dicen que si no les pagan les ván á tirar el fusil y se ván á ir á sus casas?

—Dios nos libre, señor!

Si hiciéramos tal cosa nos romperian el alma y tendríamos para rascarnos un año!

—Y con quien los ván á prender si todos ustedes se van? dijo Rodriguez.

Y con quien los van á hacer castigar si ustedes son la única fuerza que hay aqui?

Los verdaderos dueños son ustedes, que pueden prender al mismo Gefe de Policia y meterlo á un calabozo.

El sargento abrió desmesuradamente los ojos, y miró deslumbrado á aquel hombre que le pareció un ser sobrenatural.

Encontró que lo que le acababa de decir era una gran verdad que nunca hubiera cruzado por su pobre majin.

Reflexionó un momento y añadió en seguida medio desalentado:

—Usted tiene razon en lo que me ha dicho, pero nosotros somos medio infelices y no teniendo quien nos dirigiera, haríamos una barbaridad.

—Yo pensaré en la cosa, dijo Rodriguez, por que siempre me han interesado los soldados.

Consultemos no mas cualquier cosa que quieran hacer, que yo los he de ayudar en lo que pueda.

Por ahora, tomen para que comprendan con que calentar el cuerpo, mañana hablaremos sobre esto.

Y dió al sargento un cóndor, suma fabulosa que el pobre no habia visto junta en su vida.

El sargento tomó el cóndor, y lo oprimió en su mano, creyendo que soñaba.

Un cóndor de oro en aquella época de horrible pobreza, le parecia una fortuna tan formidable, que no la hubiera él sospechado en poder del mismo gefe de Policia.

Así es que sin atinar siquiera á dar las gracias, se retiró al cuerpo de guardia donde narró lo que le habia sucedido, prévia exhibicion del cóndor para que ringuno fuera á dudar de lo que decia.

—Y eso es para todos nosotros? preguntaron clavando todos los ojos en la moneda.

Para todos, contestó el sargento.

Ese preso que por lo menos debe ser sobrino de Dios ó tal cosa, quiere que nos tratemos bien, como se trata al Gobernador, y que en cualquier apuro vamos á consultarlo que él nos ha de ayudar.

Si los soldados hubieran estado menos hambrientos, hubieran prorrumpido en vivas estruendosos armando una gran algazara.

Peró se trataba de emplear el cóndor, de una manera provechosa para sus escuálidos estomagos, y esto ahogó toda otra manifestacion.

Cárlos Juan Rodriguez esperaba entre tanto las consecuencias de su hábil trabajo y de su cóndor, que no debian haberse esperar mucho.

Los soldados debian pertenecerle por completo y va acariciaba en su ambicion las buenas conse uencias de su motin bien dirigido.

El Gobierno Nacional á quien eran pocos todos los elementos del pais para atender á la guerra del Paraguay no podia mezclarse en un motin de Provincia, porque no podia distraer un solo soldado del centro de operaciones.

Así el éxito debia ser indudable y asombroso.

Dos cabos y dos soldados salieron de la cárcel y fueron á emplear el cóndor en las provisiones mas imperiosas, volviendo poco despues cargados de vino, pan, aguardiente, carne y demás víveres fácil de conseguir.

Aquel banquete fué tan suntuoso como el mejor á que hubiera asistido el Gobierno de Mendoza.

Los soldados se echaban al estómago cada bocado que daba miedo, rociándolo en seguida con abundantes tragos de vino y aguardiente.

El líquido empezó á hacer su efecto y las mas descabelladas ideas de motin se abrigaron en aquellos cerebros exaltados por el aguardiente y la posesion del cóndor.

—Es necesario sublevarnos, dijo entonces el sargento, pero sublevarnos en toda regla, poniendo preso al Gobernador y al Gefe de Policia que nos hacen servir á palos, sin pagarnos jamás un medio.

Nadie puede con nosotros, agregó, repitiendo las palabras de Rodriguez, porque yendonos nosotros no hay quien salga á perseguirnos, ni quien nos pueda, ni quien nos castigue.

—Y quien nos guia? preguntó entonces un cabo de cabeza mas serena que el resto de sus compañeros.

Nosotros solos no vamos á hacer sino barbaridades, y al fin y al postre nos van á amolar.

Es preciso buscar una persona capaz que nos encabece y dirija todo el fandango, sino, es mejor no hacer nada.

Y qué mejor cabeza que el hombre del condor? replicó el Sargento.

Ese es hombre lindo y que sabe hacer las cosas.

Se me ha ofertado para todo y no tengo mas que ocuparlo.

Vamos á avisarle que estamos amotinados y que necesitamos que nos encabece y verán ustedes quien es mi hombre!

—Ante todo cómo se llama? preguntó el receloso cabo.

Para empresas como la nuestra no hay que fiarse de cualquiera.

Siempre es bueno conocer la persona con quien se trata.

—Garanto que es persona de fé, dijo el Sargento, porque es don Carlos Rodriguez, medio enemigo del gobierno de quien siempre andan desconfiando.

Por eso es que está preso.

Rodriguez era bastante conocido en Mendoza y tenia cierto prestigio entre el pueblo, amigo de aliarse siempre para ir en contra de la autoridad, autoridad siempre despótica é inguatable, como son las de Provincia, pequeños reyezuelos impuestos por el poder oficial, que preñenden disponer de la vida y hacienda de sus gobernados.

El nombre de Rodriguez sonó, pues, simpáticamente en el oido de los soldados, que lo saludaron con un inmenso viva.

En seguida cada cual tomó su arma y guiados por el sargento, se dirijieron á donde estaba Rodriguez, que habia sentido ya el bullicio y esperaba la llegada de los soldados.

—Pues, señor, estamos amotinados, dijo el sargento.

Ya no queremos sufrir mas malos tratos ni tolerar que no se nos pague, ni aguantar el genio del Gefe de Policia, que es mas malo que un aji.

Queremos que usted nos encabece, para poner preso al Gobernador, á Villanueva y á todo Mendoza.

—Bien hecho, contestó Rodriguez, porque á ustedes los van á mandar de contingente al Paraguay, y el que vá allí no vuelve.

—Muera Civit!

—Muera el Gobernador!

—Muera el Gefe de Policia!

—Muera el Paraguay!

—Abajo el contingente! gritaron todos levantando sus fusiles.

—Viva Rodriguez el protector del pueblo.

—Hay armas en la Policia? preguntó éste, que no esperaba un resultado tan completo.

—Si hay contestó el sargento; tenemos fusiles y tenemos muchos paquetes de cartuchos.

—Pues es preciso dar libertad á los presos y armarlos para que nos ayuden.

El pueblo cuando sepa que los quieren mandar al Paraguay se vendrá con nosotros y es preciso darle armas tambien.

Los presos fueron puestos en libertad á los gritos de:

—Se nos quiere mandar de contingente al Paraguay! Se nos quiere mandar de contingente al Paraguay y el que vá no vuelve!

—Abajo el Gobernador!

—Abajo Civit y muera el contingente.

Rodriguez armó á los presos y los proclamó incitándolos al motin, despues de munieionarlos.

En seguida llamó al sargento, y delante de todos, le dijo:

—Es necesario salir á la plaza y no dejar entrar aquí á nadie.

Al que pida armas se le dan y que forme con nosotros.

Entre tanto yo voy á ver si asusto al Gobernador y junto otros elementos poderosos para que nos ayuden.

Y salió á la calle dejando la Policia y la plaza en poder de los amotinados.

Entre tanto, el Gobernador de Mendoza, sin poder sospechar lo que pasaba, se hallaba esa noche de baile, entregado á todo género de placeres, en compañía de las autoridades mas importantes de la Provincia.

Allí se dirigió Rodriguez para huzmear los elementos con que contaba el Gobierno.

Su presencia en el baile produjo una gran sorpresa.

¿Cómo se hallaba en libertad aquel personaje á quien todos creian en la cárcel?

La sorpresa se convirtió en un terror imponderable cuando sintieron en la calle algunos disparos de fusil y voces de muerte dados en contra del Gobernador y del Gefe de Policia.

—Señor, dijo entonces Rodriguez, acercándose al Gobernador y fingiendo mayor espanto que el que dominaba á los concurrentes al baile.

Se acaban de sublevar los presos de la cárcel apoyados por el piquete de custodia y han salido á la calle proclamando la revolucion.

Yo me he escapado como he podido y vengo á traer la noticia á ver que se hace.

—Y que se ha de hacer! repuso el Gobernador consternado.

El depósito de armas está en la policia y los amotinados lo habrán saucado ya!

Pronto, Villanueva, vamos á tomar algunas medidas para sofocar!

Felizmente entre presos y custodios no lle-

garán á cincuenta, y por lo ménos será fácil dispersarlos.

Pero quien se atrevia á salir á la calle!

Los gritos de revuelta se multiplicaban y los disparos de fusil se repetian con una frecuencia alarmante.

—Si salimos á la calle nos ván á fusilar, dijo Villanueva—es preciso andar con algunas precaucion.

—Pero es preciso tomar alguna medida, repuso el Gobernador.

No se los puede abandonar así la situacion!

—Iré yo á llevar algunas órdenes, dijo Rodriguez, mientras ustedes preparan algo.

Sinó el motin puede tomar cuerpo y apoderarse de la ciudad, entregándose á exenas de sangre.

El Gobernador fiado en la buena fé de Rodriguez, mandó llamar con él algunas personas que necesitaba.

Y este, convencido de que el Gobierno no disponia de elemento alguno volvió á la plaza donde quedó pasmado del éxito maravilloso que habia obtenido el motin, éxito que el mismo no se figuró tan completo.

A los gritos de "se nos quiere mandar al Paraguay á que nos maten" se habia juntado el pueblo y tomado armas á favor del motin. que contaba ya con unos trescientos hombres.

No se necesitaba tanto para apoderarse de la ciudad.

Rodriguez fué acogido con aclamaciones frenéticas y se puso entonces francamente á la cabeza del motin que, al amanecer, era dueño absoluto de la ciudad.

Rodriguez era el poder supremo de la Provincia.

Sacó armas de todas partes, pues á cada momento acudian nuevos amotinados que se iban armando como mejor podian.

Quien desarmaba entonces una revolucion apoyada ya en mas de cuatrocientos infantes.

Rodriguez envió inmediatamente chasques á San Juan y San Luis para que los hermanos Súa se pronunciaran secundando el movimiento de Mendoza, y levantarán un ejército con que poder hacer frente á cualquier tentativa del Gobierno Nacional.

Los que creen que Juan Súa es una persona inteligente y capaz de hacer cualquier cosa por sí mismo, padecen un error lamentable.

Juan Súa es un gaucha ignorante, sin esa viveza característica de nuestro paisano, ni esa malicia fondo de su carácter.

Es un hombre rudo con algun roce social hoy, pero sin ningun conocimiento de las cosas mas vulgares, é incapaz de sostener la conversacion mas vulgar y pobre.

Inferior á su hermano Felipe, como montonero mismo, debe su prestigio á aquella campaña que dirigió Rodriguez y á los combates

de Portezuelo y San Ignacio, donde se mostró lo miserable que era, hasta para batirse uno contra cuatro.

Juan Súa, á quien desde entonces llamaban Lanza Seca, no tenia ni las condiciones de carácter que distinguieron al Chacho, ni siquiera el valor frio y severo de su hermano Felipe, ó de Felipe Varola, que se pronunció tambien entonces en las provincias del Norte, con un ejército de tres mil hombres.

Sin el concurso de Rodriguez, la celebridad de Juan Súa no hubiera pasado jamás del alero de su rancho.

Pero sigamos el desenvolvimiento de los sucesos que narramos, desconocidos aún en Buenos Aires.

Los hermanos Súa se pronunciaron en San Juan y San Luis y salieron á buscar la incorporacion de Rodriguez con un fuerte ejército.

—Los quieren mandar á morir al Paraguay, decian á los paisanos, y nosotros vamos á pelear en defensa de sus derechos.

Y las masas, ignorantes y ciegas, acudian á engrosar las filas del ejército que levantaba una bandera de vergüenza contra la madre patria, amenazada de muerte por el tirano del Paraguay.

Los Súa se pusieron al habla con Rodriguez y este los mandó en un ejército de cinco mil hombres á tomar á Córdoba y mover las provincias del tránsito, que sufrieron como Dios las ayudó aquel terrible azote.

Lanza Seca se creia ya una potencia incombustible y se daba todas las ínfulas de un cacique de importancia.

Entre tanto el Gobierno Nacional tuvo conocimiento de lo que sucedia y mandó al general Paunero, Ministro entonces interino de Guerra, como comisionado nacional para pacificar las provincias, creyendo que aquello seria cosa de poca monta.

Al efecto se le mandó al Rosario un pequeño contingente, reclutado entre lo ménos necesario del Paraguay, no como fuerza, se puede decir, sinó como una simple escolta del general Paunero, pues eran por todo unos cien hombres entresacados de los contingentes mas reclutas y los enfermos ya curados de los hospitales de Corrientes.

Esta vez fueron inútiles los esfuerzos del Dr. Molina y de sus practicantes por hacer quedar á Juan, que marchó al Rosario entre los cien infantes.

Juan, á quien ya empezaban á llamar Juan Sin Patria porsu eterna respuesta:

«Yo no tengo patria, ni familia, ni nombre»— Juan, decimos, escapaba á los horrores del Paraguay para caer en otros mas terribles todavia.

Su vida feliz del hospital terminata para no volver jamas.

Ah! cuanto habria dado el pobre por hallarse moribundo!

Con lágrimas de agradecimiento y fortalecido por los consejos del doctor Molina, Juan se despidió hasta de su miserable tarima y siguió resignado á sus compañeros.

El Norte de Buenos Aires, es decir la Guardia Nacional de Junin y Pergamino á las órdenes del coronel Plácido Lopez, se movia tambien para el Rosario, buscando la incorporacion del General Paunero.

El General Paunero llegó pues al Rosario, donde se recibió de esa fuerza del 7º de linea al mando del comandante Casanova y del 4º Regimiento de caballeria de linea al mando del terrible coronel Iseas.

Al mando del pequeño contingente del Paraguay iba el teniente coronel Hilario Lagos, entonces sargento mayor y ayudante del general Mitre en el Paraguay.

El general Paunero marchó hácia Córdoba, pero ya sabiendo que el célebre motin Rodriguez habia tomado proporciones alarmantes.

En Rio IV se le incorporaron algunos pequeños contingentes de guardia nacional, con lo que completó un total de mil hombres mas ó menos.

De allí hizo chasques avisando que los montoneros tenian como unos seis mil hombres y que no estaban dispuestos á someterse porque se creian bastante fuertes para hacer la guerra al gobierno nacional.

El general Mitre mandó entonces al coronel Arredondo con una division de dos mil quinientos hombres, para que fuera á incorporarse al general Paunero, á quien se comunicó por chasque que se le mandaba ese refuerzo.

El general Paunero que habia llegado á San Luis, volvió á Rio IV á esperar la incorporacion del coronel Arredondo, que traia tropas elejidas entre las que venia el 6 de linea, el mas bizarro cuerpo del ejército.

Antes de llegar á Rio 4º, empezó Paunero á ser hostilizado por el ejército de Súa, fuerte de seis mil hombres, que venia á marchas forzadas con la cristiana intencion de irsele encima y hacerlo pedazos.

Al aproximarse Juan Súa, el general Paunero tuvo un desencanto terrible.

La mayor parte de los contingentes de las Provincias, que traia, se destacaron pasándose al enemigo, golpe terrible que en aquella situacion lo dejaba reducido á ochocientos hombres.

La misma noche que llegaba á Rio 4º, el regimiento 4º que mandaba el funesto coronel Iseas, se pasaba tambien al enemigo, con un oficial á la cabeza.

Paunero empezó entonces á marchar precipitadamente, evitando de tener que dar un

combate con un enemigo diez veces mas fuerte que él.

Así llegó al Portezuelo, buscando la incorporacion de Arredondo, que era su salvacion.

El 31 de Enero del 67, llegó al Portezuelo con su retaguardia pisada por la vanguardia del Ejército de Lanza Seca, que se componia de unos dos mil hombres al mando de Felipe Súa.

No fué posible huir mas, y contra toda su voluntad, Paunero se vió obligado á presentar batalla.

Jan an Súa no debia estar lejos, con el grueso del Ejército, así es que el desastre parecia inevitable.

Pero como Felipe ya les escopeteaba la retaguardia, no habia mas remedio que presentar la batalla y disputar la victoria ó huir entonces y entregar la espada de la division á la lanza de los montoneros.

El General Paunero hizo dar media vuelta y tendió su línea.

El enemigo creyó que aquel triunfo era lo mas seguro de este mundo y se le vino encima con toda su gran masa de caballeria.

Pero se estrelló contra la infanteria de Paunero, que aunque poca, era buena y lo recibió con un fuego terrible de fusileria.

Paunero comprendia que todo esfuerzo era inútil.

Podia sostenerse contra aquella vanguardia, pero pronto llegaria Juan Súa con el grueso del ejército y concluiria la accion de una manera fatal para aquel puñado de bravos.

La caballeria remolineó un momento y no pudiendo resistir, dió en seguida una media vuelta y se replegó á la reserva.

Paunero mandó entonces al coronel Lopez que diera una carga con su fuerza, movimiento que debia seguir el coronel Iseas con los pocos hombres que le quedaban de lo que fué Regimiento 4º.

Hubo un momento en que Paunero quedó sin ayudantes, pues todos, comprendiendo que todo esfuerzo era indispensable, se embutieron entre las filas de los que cargaban, convirtiéndose en otras tantas plazas.

El choque fué terrible y tan bien dirigido que algunos de los cuerpos de Súa dieron la espada y empezaron á desgranarse.

Paunero hizo marchar entonces de frente y en columna su pequeña infanteria y le empezó á hacer un fuego irrealizable.

La batalla cambió entonces de aspecto y la derrota empezó á pronunciarse en la vanguardia de Súa, que por lo visto estaba muy lejos, puesto que no se divisaba en el campo el mas ligero polvo que indicara la aproximacion de alguna fuerza.

A que se dé abate aquel tiempo tan fácil donde se habia operado una derrota?

La explicacion es muy sensillo

La tal vanguardia de Juan Saa, mandada por su hermano Felipe, no era mas que una masa de dos mil hombres, infelices que acababan de dejar sus casas, sin mas armas que las que cada uno habia podido proporcionarse. Unos tenian viejas carabinas de fulminante, pero no tenian ni idea de lo que era un cartucho, por cuya razon la manejaban como simples garrotes.

Otros traian lanzas hechas con cañas y puntas de tijera ó de cuchillos viejos y la mayor parte de ellos venian con palos mas ó ménos largos, añalados en la punta como si fueran otras tantas lanzas.

Los demás venian quien con un rebenque, quien con un pedazo de sogá, quien con una carona y quien con las manos limpias, creyendo tal vez que á simple trampada podia pelearse con el ejército nacional.

Que podia hacer esta pobre gente contra tropas regulares, mandadas por gefes buenos?

Demasiado habian hecho con llevar una carga contra la infanteria y dar la espalda cuando se veian apurados.

Al ver que empezaban á desbandarse, el general Paunero mandó darles dos nuevas cargas y que avanzara la infanteria siempre haciendo fuego.

Las últimas fuerzas que permanecian aún firmes y decididas al combate, huyeron bien pronto abandonando el campo.

Felipe Saa no esperó mucho y á las primeras sospechas de derrota, hizo dar media vuelta á un par de regimientos y se apretó el bonete, buscando la incorporacion de su her-

mano Lanza Seca, que no se habia apurado á protegerlo, sabiendo que Paunero no traia fuerza como para resistir á su vanguardia.

Lanza Seca sabia tambien por los pasados, que Paunero esperaba la incorporacion del Coronel Arredondo, y por indicacion de Rodriguez, habia resuelto batir á Paunero antes que la incorporacion tuviera lugar.

Pero, como se ha visto, los cálculos salieron fallidos.

El General Paunero, contra toda esperanza tambien y gracias al esfuerzo de sus ayudantes, quedaba victorioso en el Portezuelo.

Pero no solamente era imprudente sino hasta descabellado quedar allí.

Juan Saa no debia estar lejos, y de un momento á otro caerle encima haciendo imposible toda salvacion.

Lanza Seca traia como dos mil infantes bien armados y ocho piezas de artilleria perfectamente dotadas.

Las caballerias no estaban tan mal armadas y formaban una masa de dos mil hombres.

Era entonces preciso ponerse en marcha y seguir buscando la incorporacion de Arredondo, lo mas precipitadamente que fuera posible.

El general hizo cesar la persecucion que habian iniciado los coroneles Iseas y Plácido Lopez, quienes habian hecho ya muchos prisioneros y ordenó la retirada á paso de trote.

El ejército, si es que aquel peloton de setecientos hombres podia llamarse ejército, se puso en retirada forzando la marcha, sin haber podido recojer sus heridos mas graves que hubieran embarazado su movimiento.

FEROCIDADES Y ASESINATOS

Juan se habia batido como un héroe, buscando la muerte que pusiera término á su sufrimiento.

El habia estado en lo mas récio de los dos choques, y solo habia sacado un pinchazo de lanza, que no le ocasionó el menorsufrimiento.

Gaicho porteño y de á caballo, fué incorporado al peloton del 4^o que aun quedaba á Iseas, y bajo sus órdenes combatió con una bravura tal, que su conducta llegó hasta oídos del mismo general.

—Era un fantasma en la pelea, pero un fantasma imponente, decia al general su ayudante mas jóven, el teniente Lauro Lagos.

Habia abandonado el sable á la mitad del combate y armado de un terrible cuchillo heria sin piedad y sin descanso.

Parecia acometido por un vértigo de muerte.

Aquellos eran méritos que hacia Juan, siguiendo los consejos del doctor Molina, para obtener su libertad en cuanto venciera el tiempo de su condena.

Pobre Juan!

No sabia que en el servicio de las armas los extremos se tocan y que lo mismo que sucede al peor soldado, acontece á aquel que no ha dado nunca motivos á que le hagan la menor observacion.

El primero, á consecuencia de los recargos que le ocasionan sus faltas, le espanta la vida para cumplir los años de sus condenas.

El segundo, vegetará en el cuartel hasta el fin de sus dias, porque ascenderá hasta sar-

gento, y ¿qué jefe se desprende de un buen bargo?

El que cae una vez al presidio del cuartel, puede estar seguro que si no deserta, no recobrará su libertad hasta que la muerte no se la devuelva.

De poco podían servir entonces á Juan los sacrificios que voluntariamente se imponía.

El jefe que acababa de depararle la suerte, era el hombre mas terrible que se haya conocido en nuestro ejército.

La misma ferocidad del Coronel Sandes, de todos conocida, quedaba muchas veces pálida al lado de aquel ser monstruoso.

El Coronel Iseas, vivo aún, gozaba en el mal de sus semejantes, como puede gozar una alma noble en los efectos del bien que hace.

Los sufrimientos del 4 de caballería entonces, son solo comparables á las torturas porque pasó el regimiento 9, en época mas reciente, sucesos que están aún frescos en nuestra memoria.

El espíritu de Juan se recogió sollozante á la vista de ciertos castigos impuestos por el Coronel Iseas y encomendó su alma á Dios, pues no creyó escapar con vida de aquel cuerpo.

Allí no habia escapatoria posible, pues en el 4 como en el 9, no se aplicaban los mas terribles castigos por las faltas mas graves.

Allí bastaba no formar á tiempo ó tener una cara poco simpática al jefe, para ir á las estacas ó recibir cuatro tiros.

Y esto que parece una exajeracion criminal, es una verdad que apoyarian hoy quinientos castigos.

No inventamos, narramos hechos sucedidos ante un ejército entero y muchos cuyas víctimas andan hoy implorando la caridad pública, idiotas, o mutilados de una manera terrible.

Hay individuos de estos, que en su corta vida militar, no asistieron á ningun combate y que por las cicatrices de sus rostros marchitos por el sufrimiento y sus miembros ausentes, parecen veteranos que hubieran asistido á todas las batallas que ha librado la República.

Vamos á narrar algo espantoso que sucedia entonces en la frontera de San Luis, que conoce casi todo el ejército de aquella época y que tenia por teatro al desgraciado cuartel del 4.

Era entonces jefe de la frontera y del 4 el coronel Iseas, quien creia sin duda que los mejores soldados se hacian por medio del mas cruel rigor.

Era él un hombre brusco, de ningun alcance intelectual.

Puntano, poco se habia rosado con gente de mediana ilustracion y los pocos instintos humanos que podia tener, se hallaban envueltos y embotados por la ferocidad mas brutal.

Segun la expresion de sus soldados, Iseas no tenia de humano mas que la forma.

El Regimiento 4^o temblaba á su sola presencia y al sonido de su voz los soldados y aun los mismos oficiales no sabian donde esconder la cara, temiendo que un mal gesto los hiciera caer en desgracia.

A este terror bien fundado se debe que el 4 de caballería, antes del Portezuelo, se pasase al enemigo con sus oficiales á la cabeza. Temian mas á su jefe que á la muerte misma.

Una mañana el coronel se levantó de la mesa con un humor de todos los diablos.

Sin duda el almuerzo no le habia sentado muy bien, y prendiéndose la blusa, se dirigió al cuerpo de guardia.

—Entre nosotros debe estar la víctima, pensaron los pobres soldados, sobrecojidos de espanto y se preparaban á sufrir el mal humor del coronel.

El mismo oficial de guardia se puso de pie, pálido como un cadáver.

Que falta se podia haber cometido en el cuerpo de guardia, que el coronel se presentaba sombrío y mostrando claramente el mal humor que lo dominaba.

Maver el oficial de guardia! gritó al aproximarse.

—Presente mi Coronel, respondió el joven sin saber ya lo que le sucedia y con la frente bañada de helado sudor.

—Haga formar los presos de anoche y ayer. Quiero mirarles la cara.

Y empezó á pasearse á lo largo del cuerpo de guardia, mientras se ejecutaba su orden.

El oficial entró, y sacó afuera los presos, haciendolos formar en ala contra la pared.

Eran unos diez ó doce soldados del 4 y Guardias Nacionales de la frontera, que estaban presos por pequeñas faltas del servicio.

El que habia cometido mayor delito entre ellos, era un soldado que se embriagó la tarde anterior.

Los demás estaban presos por haber faltado á la lista de diana, ó porque no habian andado muy bien en la instruccion del dia anterior.

No habia pues una sola falta que mereciera ser castigada con mas de veinte y cuatro horas de arresto.

Quando el oficial dió cuenta que los presos estaban formados, Iseas se cruzó á pasearse delante de ellos con las manos á la espalda y mirándoles la cara con una insistencia infernal.

Los milicos empezaron á bajar la cabeza y á esconder la cara, llenos de terror.

Sabian por experiencia que Iseas necesitaba una víctima aquel dia y cada cual temia ser el elegido.

—Alza la cara de condenado! dijo de repente, dando con el pié á un jóven soldado que trataba de ocultarla lo mas que le era posible.

El soldado levantó la cara y miró á su Coronel sobrecojido de espanto.

Iseas estuvo mirando aquel hermoso y juvenil semblante, y despues de compararlo un momento al de sus vecinos, le dijo:

—Sáli vos y párate álli—y le señalaba la pared, del otro lado de la puerta del cuerpo de guardia.

El soldado salió tristemente y fué á pararse donde se le indicaba, mientras Iseas seguia pasando su revista.

—Vós también, dijo á otro de los soldados —sáli y anda párate al lau dése otro.

El soldado salió á su vez y fué á ocupar su indudable puesto de suplicio al lado del compañero que habia salido antes.

Un silencio de muerte reinaba en las filas de los presos y de los soldados de guardia que esperaban su turno de formar.

Iseas siguió su paseo y eligió otro soldado que mandó pasar al lado de los dos que habia hecho salir anteriormente.

Y dándose por satisfecho, sin duda, comparó de nuevo las caras de los sacados con las de los que quedaban.

Quería certificar si aquellas eran realmente las mas antipáticas de todas.

Así debió encontrarlas, porque acercándose al oficial le dijo:

—Puede hacer rétirar nó mas.

A esos tres hégamelos fúsilar.

Un estremecimiento horrible recorrió los miembros de cuantos oyeron esta monstruosidad.

El oficial de guardia vaciló un momento, pero como la menor observacion podia costarle la vida, se dispuso á cumplir con la órden que se le daba.

—Pero, mi Coronel, dijo entonces el soldado que habia sacado primero, que era el mas jóven de todos—porqué nos vá á fusilar?

Perdonenos, señor, mire que no hemos cometido ninguna falta que merezca ese castigo!

—Hégalos fusilar prontito, dijo Iseas al oficial, sin dignarse siquiera mirar las victimas.

Ya debia usted haber cumplido la órden.

El oficial aturdido, y temiendo alguna herejia contra él, se apresuró á sacar los tiradores y empezó la infame ejecucion.

Iseas miraba el triple asesinato, como si se gozara en la angustia que se iba pintando en el semblante de las victimas.

El último que se ejecutó, que era el mas jóven, cuando vió que los tiradores cargaban para él las armas, se dió vuelta á Iseas y le dijo:

—Asesino cobarde! asesino cobarde! permítame Dices que te parta un rayo!

Fuera de si de ira, el coronel corrió hácia el jóven en momentos que sonaba la descarga y este rodaba al lado de sus compañeros.

El coronel no se conformó con esto final, pues las últimas palabras del jóven no podian quedar sin castigo.

Así es que no pudiendo hacer otra cosa, se fué sobre el cadáver y lo golpeó de una manera terrible.

Concluida aquella hazaña, se retiró á su alojamiento prendiéndose la blusa que se le habia desabotonado, en el furor de golpear al cadáver.

Los que presenciaron esto quedaron aterrados, sin saber que hacer ni que pensar.

Aquel hombre se acotó á dormir la siesta, en seguida, con la mayor tranquilidad.

Para él aquello era la cosa mas natural de este mundo.

Y debia ser así, pues aquella no fué la última vez que lo hizo.

Esa escena se repitió varias veces en el cuartel.

Y los soldados no se atrevian á tomar una resolucion extrema, temiendo se les fuera á conocer en la cara y pagar con la vida su pensamiento mas recóndito.

Por eso es que en cuanto el \mathcal{C} salió á campaña y pudo hacerlo, se pasó al enemigo con su estandarte y oficiales á la cabeza.

Iseas no hacia distincion para aplicar sus castigos, lo mismo era para él que se tratara de un oficial ó de un soldado.

El estandarte fué tomado por los ayudantes del general Paunero en Portezuelo.

Este es el jefe que habia tocado en suerte á Juan Sin Patria, quien quedó aterrado con los episodios de que fué mas tarde testigo, episodios que llenaron de indignacion profunda á aquella bizarra division.

Veamos como pasaron aquellas crueldades inauditas, que conservamos fuertemente grabadas en nuestro espíritu.

La persecucion fué, pues, suspendida, y los prisioneros que se habian hecho fueron distribuidos á los cuerpos del ejército, para que en ellos siguieran prestando sus servicios.

Por razones que no son de este momento exponer, fué destituido el comandante Casanova del mando del 7º, nombrando el general Paunero para mandarlo al mayor Hilario Lagos, cuyos servicios valiosos se caterilizaban en el Estado Mayor.

Paunero siguió su retirada siempre precipitadamente, tratando de que los cuerpos siguieran la marcha en el mejor órden posible.

Iseas quedó á retaguardia, con los restos del 4, como el coronel Plácido Lopez, haciendo el mayor número de prisioneros que les fuera

posible, para tener otras tantas víctimas que someter á martirios insoportables.

Poco mas tarde, el teniente Lauro Lagos, volviendo de traer una orden, pasaba cerca del regimiento de Iseas y detenía su caballo trémulo de horror ante la exena que se ofrecía á sus ojos.

Que sucedía que el jóven oficial permanecía estático sin atinar á moverse de allí?

Era algo de monstruoso realmente, que su blevaba la sangre en la persona mas indifere nte.

Iseas habia hecho alto con su regimiento, y se ocupaba en interrogar y castigar los prisioneros que habian tenido la desventura de caer en su poder.

—Véni páca, bándido, habia dicho al primero con quien tropezó su mirada.

Qué ándais haciendo con los móntoneros pús?

Provenimos que el coronel Iseas hablaba exactamente igual á lo que escribimos.

—Señor, respondía tembloroso el prisionero. pobre gaucho, cuyas únicas armas ofensivas eran un rebenque de lonja.

Me sacaron de mi casa como á todos y me obligaron á marchar.

—Yo ti hé dar me óbligaron—buen bándido has di ser!

—No señor, yo nunca he hécho mal á nadie. —Bueno, jincant: te digo.

El desgraciado se arrodilló, é Iseas dirijiéndose á su asistente le dijo: —

—Y vos, pégale ún tiso átras de la óreja. Uno nómas páque no gásteis tanta múnicion.

El asistente temiendo hicieran lo mismo con él si no obedecía, se acercó al prisionero que no hizo el menor ademan, y le descargó la carabina detrás de la oreja.

—Véni vos también bándido, dijo Iseas á otro de los prisioneros.

Y vos pórque ándais éntre los móntonerc.

—Y qué quiere que hiciera yo señor? respondió el infeliz, presagiando ya su fin.

Me sacaron de mi casa y me hicieron marchar.

Si no hubiera obedecido me hubieran lancedo y hubi ra sido peor.

—Sí, buen bándido has de ser vos.

Máver, jincante al lao de óstro.

—Y vos, dijo al mismo asistente, pégale ótro tiro átras de la óreja.

El prisionero se resistió á arrodillarse, pero entónces Iseas lo hizo arrodillar dándole un gran garrotazo.

Los demas prisioneros no se atrevían á moverse.

Estaban completamente dominados por el espanto, pues veían que la muerte era para ellos cosa inevitable.

El Teniente Lagos no pudo presenciar por mes tiempo aquella cobarde matanza de prisioneros.

Y enterrando las espuelas en los flancos de su caballo, disparó en busca de un gefe influyente con el General, á quien comunicar lo que hacia el Coronel Iseas.

Felizmente para los que quedaban con vida, el teniente Lagos tropezó con su hermano el mayor, cuya palabra recta era siempre bien escuchada por el general.

El teniente avisó al mayor lo que sucedía, y este no creyendo que aquello pudiera ser cierto, quiso presenciar el hecho con sus propios ojos.

Cuando llegó á donde estaba Iseas, este habia hecho matar ya cinco bandidos, y se preparaba á completar la media docena.

A pesar de su grado inferior, Lagos increpó á Iseas su proceder, haciéndole presente que aquellos eran prisioneros de guerra.

Pero aquel se encojió de hombros, diciendo á su asistente:

—Pégale también á este otro otro tiro átras de la óreja!

Lagos entonces, dominando su indignacion, fué apresuradamente en busca del general Paunero, á quien dijo:

—Señor, en el cuerpo del coronel Iseas están asesinando los prisioneros!

Esto es una iniquidad y una deshonra para el Ejército Nacional!

El general Paunero se puso al galope inmediatamente, acompañado de Lagos, al teatro de la matanza.

Paunero, aunque algo débil de carácter, era uno de los gefes mas rectos y humanos del ejército.

La narracion de Lagos lo habia impresionado profundamente y apuraba su caballo con el ardor de un jóven, para llegar á tiempo de salvar á los que aún quedaran con vida.

Cuando llegó á donde estaba Iseas, pudo persuadirse que no le habian exagerado un átomo.

Delante de Iseas habia nueve cadáveres con el cráneo despedazado.

Quince prisioneros mas se hallaban formados, esperando su turno en aquella matanza.

—Véni vos, decía Iseas al último prisionero. Pórque ándais entre los móntoneros.

—Coronel! Coronel! gritó Paunero indignado!

Que es lo que usted está haciendo? Deténgase usted inmediatamente.

—Déjeme señor, repuso Iseas sin inmutarse y como si aquello fuera lo mas natural del mundo.

Son unos bándidos, señor, y yo los voy á arreglar.

—No son bandidos, son prisioneros de guer-

ra y sus vidas son sagradas para nosotros, repuso indignado el general Paunero.

- Son bandidos, señor, son bandidos, insistió Iseas, y si éste nó me los deja arreglar, nunca seban á concluir los montoneros.

Paunero se convenció que no habia razon bastante clara que convenciera á aquel salvaje, y le quitó los prisioneros entregandolos al mayor Lagos.

Iseas quedó resongando como un perro á quien comen el hueso, y jurando que montó nero que cáyera en sus manos, lo hábia de fusilar.

Los prisioneros se arrojaron á los piés de Paunero y le dieron las gracias por haberlos salvado de una muerte tan horrible.

Juan Sin Patria horrorizado con lo que habia visto, se acercó al mayor Lagos y le pidió lo librara de semejante gefe, pues el terror lo iba á volver loco.

Lagos, comprendiendo la razon que asistia á aquel infeliz, intercedió con el general Paunero y este lo mandó que formara parte del regimiento del coronel Lopez.

Juan hubiera deseado ir con aquel gefe que se habia mostrado tan humano y bueno, pero no se atrevió á pedirlo.

Demasiado feliz se consideraba con haber escapado de las garras de Iseas.

Pero estaba de Dios que el terror habia de perseguirlo á cualquier parte que fuera.

En la division del nuevo coronel presenció una nueva exena tan terrible como las anteriores.

Frente á su regimiento y acompañado de un ayudante, que era un mozo de largas barbas y mirar sombrío, estaba el coronel interrogando un prisionero.

Era este un soldado de línea que habia caido prisionero en los últimos momentos del combate.

Era este un magnífico soldado, jóven y con talla de granadero.

-Con que también has caido vos? le preguntó el coronel.

Celebro verte de nuevo entre nosotros.

Sos de línea, no?

-Sí, mi coronel, respondió sencillamente el soldado.

El principio y el fin del combate han sido parecidos para mí.

Envuelto entre el enemigo en la primera carga que pegamos, fui hecho prisionero, y me llevaron con otros dos compañeros mas.

Pero al fin de la persecucion fui rescatado por los compañeros que al principio me creyeron enemigo, y me acomodaron un par de lonjizos de los buenos.

-Vos has de ser desertor, hijo de la maula, interrumpió el coronel, que te querés salvar con esa fábula, pero á mí no me la pegás.

-Libreme Dios, mi coronel, de desertar mi bandera, con ocho años de servicio que tengo á la cola.

Fui hecho prisionero y eso es todo.

-No, señor, te digo que sos desertor y agora vas á ver lo que te pasa.

-Le juro, mi coronel, que no he desertado—he sido hecho prisionero, insistió el soldado, mirando á su gefe con esa mirada franca y serena del que no miente.

-No te creo, repitió el coronel, sos desertor.

Y dándose vuelta donde estaba su ayudante le dijo:

-A ver ché, amigo, si te bajás y me degollás á este hijo de la maula!

El soldado que oyó esto, se echó á temblar. Conocia bastante á su coronel para calcular que aquello no era una locura.

-Pero, mi coronel, le dijo ¿es posible que usted me haga matar sin que yo le haya dado motivo?

Será posible que así me paguen mis ocho años de servicios?

Yo soy inocente, señor, se lo juro por la memoria de mi madre.

Al oír esto Juan, sentia que las lágrimas se le agolpaban á los ojos.

El coronel, sin hacer caso de lo que el soldado le decia, volvió á hablar al ayudante que no se habia movido de su sitio, talvez privado del valor necesario para cometer aquel crimen.

-Pero no te he dicho trompeta que lo degollés?

A ver si te bajás de una vez y degollás á este picaro.

El ayudante desmontó y se dirigió al prisionero, con paso inseguro.

Este, desesperado ya, volvió á prenderse á la pierna del Coronel, rogándole nuevamente que no lo hiciera matar.

-No me haga degollar, mi Coronel, se lo pido por sus hijos, por lo que mas quiera en el mundo!

Yo tambien tengo mujer y tengo hijos que van á quedar en la miseria, no me haga matar, señor!

-Pero te he dicho que lo degollés! gritó el Coronel á su ayudante, al mismo tiempo que daba al soldado un empujon hácia donde estaba el oficial, que ya habia sacado su cuchillo.

Juan no pudo contenerse por mas tiempo.

Llorando como un chiquillo pidió á su vez al coronel que no hiciera degollar al prisionero, pero un rebencazo aplicado en la cabeza le hizo comprender que el insistir solo serviria para hacer enojar mas al coronel, y tal vez hacerle correr igual suerte.

Convencido el soldado de que no habia remedio y que lo iban á degollar, sacó de su

ointura un pequeño cuchillo de cabo blanco, y alargándolo al coronel por el cabo le dijo:

— Está bien, mi coronel, si usted quiere ver correr sangre, hágase el gusto.

Aquí tiene mi cuchillo para que me haga degollar.

El pobre creía conmover al coronel con aquel arranque de sumisión.

Pero no sabía qué hay naturalezas tan pervertidas, que no hay palabra ni acción capaz de conmovérlas.

El coronel tomó el cuchillo que le alargaba el soldado y pasándolo al ayudante le dijo:

— A ver, degollalo con este mismo y pronto, que te estás haciendo rogar mucho, vos.

El soldado se arrodilló con una resignación pasmosa, el ayudante lo tomó de los cabellos y después de dos minutos de serio trabajo, porque el cuchillo no cortaba muy bien, consumó aquel hecho infame.

Cuando soltó los cabellos del soldado, este rodó á los pies del coronel, en el último estertor de la agonía.

Y el coronel, sonriendo, dió orden de seguir la marcha para alcanzar la cabeza de la columna que se había alejado bastante.

Los que presenciaron este hecho de refinadísima crueldad, quedaron horrorizados.

Juan Sin Patria, enjugando la sangre que caía de su cabeza, encomendó su alma á Dios.

Entre semejantes piezas, el pobre pensaba que su vida no había de ser muy larga.

Solo la muerte, pensó, puede librarme de suerte tan horrible.

Y guardó como reliquia su puñal, dispuesto á sepultárselo en el corazón, á la primer amenaza de muerte, por supuesto, después de tratar de sepultárselo en las entrañas al primer bandido que lo condenara á muerte.

Paunero entre tanto, seguía á marchas forzadas buscando la incorporación del Coronel Arredondo y del General Conesa, que según el chasque que había recibido, marchaba con toda la Division Buenos Aires en su protección.

LA BATALLA DE SAN IGNACIO

He aquí un brillante hecho de armas que concluyó de levantar la figura descolante del General Arredondo, importante acontecimiento que dió por tierra con la montonera de Rodríguez y los hermanos Sáa.

Distraída la atención de Buenos Aires con los sangrientos sucesos del Paraguay, la campaña del Interior pasó casi desapercibida sin darsele la importancia que en realidad tenía.

Buenos Aires que mandaba sus mejores hijos á sostener el honor nacional en los Esteros del Paraguay, tenía que hacer un esfuerzo gigantesco para combatir en el Interior con el ejército que levantaban los traidores á la patria.

La gloria de aquella notable jornada pertenece exclusivamente al entonces coronel Arredondo y al bizarro batallón 6 de línea, mandado entonces por el comandante Luis María Campos.

Sigamos el orden natural de los acontecimientos.

Del ejército del Paraguay se desprendió entonces un cuerpo de ejército de tres mil hombres, compuesto de la heroica division Buenos Aires mandada por el General Conesa y algunos cuerpos de línea, entre los que venia el bizarro 6, á órdenes del Coronel Arredondo. Con ellos mandó tambien una batería de seis piezas con su completa dotación.

Las proporciones que había tomado la montonera eran alarmantes, y había que hacer un esfuerzo supremo para dominarla, porque era materialmente imposible atender una guerra nacional y otra civil al mismo tiempo.

Esta division se incorporó al General Paunero, á mediados de Mayo, cuando este se hallaba en serios apuros.

Felipe Varela, campando tambien con sus reclutas, se había levantado en el Norte, poniendo en jaque al General Taboada, que lo venció mas tarde.

Córdoba por su parte estaba tambien amenazante y el poder de Juan Sáa crecia por momentos.

El general Paunero dejó al general Conesa que cubriera su retaguardia por el lado de Córdoba con la division Buenos Aires, y marchó con el resto del ejército en demanda de Lanza Seca que debía estar cerca, pues hacia grandes jornadas para alcanzarlo y vencerlo, tal confianza tenia en su poder.

Sáa llevaba buenas infantas, bien armadas, seis piezas de artillería y una columna de caballería de mas de dos mil quinientos hombres.

Su ejército formaba un total de mas de seis mil hombres, próximamente.

— Por su parte, las tropas de Paunero, eran de primer orden, pues la mayor parte de sus

batallones venian del Paraguay, fogueados y engreidos con los triunfos obtenidos recientemente.

Para ellos una batalla con Juan Sáa era un juguete que deseaban se presentara cuanto antes.

Apenas se habia movido Paunero unas leguas, tuvo aviso que la poblacion de Villa Mercedes se hallaba entregada al saqueo.

Habian entrado los indios y en union de unos cien montoneros que se levantaron allí, se entregaron tranquilamente al saqueo y á la matanza, convencidos que nadie habia de ir allí á molestarlos.

Paunero decidió enviar allí una pequeña division que correteara á indios y montoneros y se le incorporara para seguir al encuentro de Sáa.

El coronel Arredondo fué el elgido para tan delicada comision.

Sus intenciones se limitaban á batir los indios y montoneros de Villa Mercedes, é incorporarse en seguida al general Paunero.

Como era posible que fuera visto por el ejército de Sáa ó su vanguardia, se le dió orden de evitar todo combate, replegándose precipitadamente sobre el ejército.

De todos modos, al dia siguiente debia incorporarse al general Paunero, en el paso de San Ignacio, á donde él marchaba.

En prevision de cualquier contratiempo, Arredondo llevó mil doscientos hombres, elegidos entre los que habia traído del Paraguay y dos piezas de artilleria de montaña.

Cuando los indios y montoneros supieron que Arredondo se les iba al humo, se dispersaron como por encanto, encontrando mas prudente esta medida, y yéndose la mayor parte de ellos á buscar la incorporacion del ejército de Sáa.

No teniendo nada que hacer allí, Arredondo se puso en marcha hácia San Ignacio, donde llegó casi á la madrugada.

Era el 1º de Abril del 67.

Allí se detuvo con el objeto de descansar su tropa y esperar al general Paunero, que no debia venir muy lejos.

Sáa entretanto supo por sus bomberos que Arredondo se habia movido con solo mil doscientos hombres y decidió batirlo antes que pudiera incorporarse al general.

—Deshaciendo primero á Arredondo, pensó, debilito á Paunero, á quien puedo batir mas tarde con grandes ventajas, pues tendré las piezas que trae Arredondo y gran parte de su municion.

La idea en verdad no era mala, pues con los seis mil hombres que tenia Sáa, Arredondo seria derrotado prontamente.

Las fuerzas de este se componian del 6 de línea, el batallon San Juan y Mendoza man-

dato por Iwanowski, el 1º de caballeria mandado por Segovia y un piquete como de ciento cincuenta hombres que formaban el 5º de caballeria.

Lo demas eran milicias poco aguerridas, pero con cuya lealtad se podia contar.

A penas amanecia y Arredondo se envolvió en su poncho para dormir un momento, pues la jornada habia sido nada, cuando vinieron á avisarle de las avanzadas que el ejército de Juan Sáa se venia encima, tendido en batalla.

Sáa lo habia visto realmente, y en el deseo de batirlo, habia tendido su línea y se le venia encima precedido de una gran masa de caballeria.

—Pues señor, pensó Arredondo, á pesar de las instrucciones de Paunero, voy á tener que dar una batalla con este pillo.

Lo siento por el General, que no vá á poder tomar parte, pues antes que el llegue se habrán evaporado estos seis mil fantasmas.

A penas tuvo tiempo para poner en columna sus batallones, para poder sufrir de este modo cualquier carga fuerte de caballeria, que se venia á gran galope.

Su posicion era magnífica.

Apoiada su espalda en el rio, nada podia temer por ese lado, teniendo seguro el cómodo paso de San Ignacio, para el caso en que recibiera un contraste.

Sus dos piecitas venian á quedar al poderoso abrigo del 6º de línea y el batallon de Iwanowski.

No habia concluido de tomar sus disposiciones, cuando la caballeria tocó á la carga y se vino encima con una confianza ciega.

No parecia sino que con aquella carga iban á decidir el éxito de la batalla.

Un terrible fuego de batallon hecho por el 6º y continuado por el San Juan y Mendoza de Iwanowski, contuvo un poco aquella carga, haciendo remolinear los regimientos, que eran lanceros todos ellos.

El fuego arreció de una manera irresistible, y la caballeria, con grandes pérdidas, dió la espalda en precipitada fuga.

En aquel momento Sáa, que habia llegado, formaba frente á Arredondo, rompiendo sobre él un terrible fuego de infanteria y artilleria, fuego que por desgracia era bastante certero.

Arredondo mandó entonces á Segovia que escalonara sus escuadrones y sableara un poco á la caballeria que huia y replegándose en seguida.

Segovia ejecutó la operacion con su habitual denuedo, lo que vino á comprometer un momento el éxito de la batalla.

Entusiasmado con el terror que iba sembrando en el enemigo, avanzó en su carga hasta las infanterias de Sáa, que lo recibieron con un fuego espantoso, causándole muchas bajas.

Afijido Arredondo con aquella imprudencia, hizo proteger la retirada de Segovia, que felizmente efectuó sin ser perseguido.

La batalla se hallaba empeñada por ambas partes, con gran encarnizamiento.

Las dos piecitas de Arredondo, mandadas por un capitán Sosa, hacían unos tiros de primer órden, habiendo logrado desmontar, desde el principio del combate, dos piezas del enemigo.

Sin embargo las infanterías se mantenían firmes, haciendo un fuego fatal para las tropas de Arredondo, cuyas bajas eran muy numerosas.

La tropa empezaba á fatigarse y el peligro se hacia sério.

El triunfo se inclinaba mas bien hacia las armas de Saa, cuatro veces mas numerosas, haciéndose necesario uno de aquellos golpes de audacia que deciden de un combate.

Así lo comprendió Arredondo, con su rápida inteligencia.

Y corrió al 6 de línea, apoyándolo con el batallón de Ivanowski, á que dió una fuerte carga, tratando de quitar la artillería enemiga.

Aquel bizarrísimo cuerpo con Luis Maria Campos á la cabeza y su marcialidad habitual, se puso en marcha con el arma á discrecion.

Así, según las instrucciones de Arredondo, debía marchar hasta ponerse á veinte pasos del enemigo, á cuya distancia debía romper el fuego y cargar á la bayoneta si el enemigo flaqueaba.

Soportando todo el fuego del enemigo, que era mortífero, el 6 siguió marchando con una indiferencia suprema, hasta ponerse á la distancia indicada desde donde rompió un fuego tremendo.

Y era magnífico el espectáculo que ofrecía aquel cuerpo, batiéndose á veinte varas de distancia con un enemigo diez veces superior.

Aunque las descargas fueron compactas y sembraron la muerte entre el enemigo, este no se conmovió, irritado sin duda con que aquel peloton de bravos lo pusiera en serios apuros.

El choque á la bayoneta no podia tardar, porque las municiones del 6 se agotaban de una manera sensible.

Luis Maria Campos saludó con su kepí, é hizo tocar á la carga.

Un inmenso viva partió de las filas del 6, y sus soldados, bajando la cabeza y calando la bayoneta, se lanzaron llenos de entusiasmo arrollando cuanto hallaron adelante.

El choque fué terrible.

La infantería de Saa, en su desesperacion de defender los cañones, caló tambien la bayoneta, recibiendo al 6 de una manera inesperada.

La lucha se hizo entonces esclusivamente al arma blanca.

El 6, rodeado ya de cadáveres, se afanaba por llegar á las piezas que defendía el enemigo con una desesperacion febril.

En este momento desapareció Luis Maria Campos de la vista de los soldados, herido de dos bayonetazos.

—Han muerto al comandante! gritó el trompa que iba á su lado.

Y el teniente Inocencio Arias y el cadete Manuel Campos, seguidos de casi toda la oficialidad, corrieron en su auxilio.

En aquel momento el comandante Campos se hallaba tendido de espaldas, tratando de evitar como podia, la lluvia de bayonetazos con que pretendían ultimarlo.

Al rededor de su cuerpo se trabó la lucha mas terrible y desesperada.

El teniente Arias y el cadete Manuel Campos, rivalizaban en bravura defendiendo la cabeza del caido, mientras el resto de la oficialidad protegía el cuerpo de su valiente comandante.

Manuel Campos fué el primero que rodó sobre su hermano, con la cabeza abierta de un fusilazo.

La herida era bastante dolorosa, pues la llave del fusil le habia penetrado en el cráneo.

En seguida el teniente Arias recibió un bayonetazo que lo puso fuera de combate.

Todos los demás oficiales del 6, con raras excepciones, habian sido heridos de bayoneta ó de golpes de fusil.

Los sargentos cargaron á las piezas con dos compañías, obediendo la voz de su gefe que así se lo mandaba.

El empuje de estos bravos fué esta vez irresistible.

Las piezas fueron tomadas y sacadas de entre los cadáveres que las rodeaban.

El 6 quedó horriblemente deshecho y privado de sus mejores oficiales y de su gefe, pero habia tomado la artillería del enemigo, que tan deshecho como el 6, empezó á retirarse, dejando cientos de prisioneros.

El triunfo era de Arredondo entonces, que bien lo merecía.

El San Juan y Mendoza, con Ivanowski á la cabeza, trajó una carga á la bayoneta, que vino á decidir completamente la batalla, poniendo al enemigo en precipitada fuga.

Y Arredondo le soltó al 1º y al 5º de caballería, á órdenes de Segovia, que les llevó uno formidable carga escalonada, concluyendo de desbaudar.

Arredondo quedó triunfante así en San Ignacio, habiendo obtenido un triunfo espléndido, y conservando mas de mil prisioneros.

Habia sufrido muchas bajas, pero se habia batido con mil doscientos hombres contra seis

mil, arrollando una infantería bravísima, que se había batido con tanto denuedo como el mismo 6 de línea, héroe de aquella jornada.

Imposibilitado de hacer la menor persecución, por que sus tropas estaban postradas y sus caballerías eran escasísimas, Arredondo juntó su ejército y empezó á recoger sus heridos, principiando por los del 6 que eran los mas dignos de ser atendidos.

Luis María Campos, además del bayonetazo varios golpes de fusil y no pocos culatazos.

Porque como no toda la infantería de Saa tenía bayonetas, habían peleado sirviéndose del fusil como de una maza.

El entonces teniente Arias había recibido tambien dos heridas mas y Manuel Campos todavia no había recobrado el sentido.

El resto de los oficiales se hallaban heridos de mas ó menos gravedad.

Una vez que recogieron todos los heridos, el coronel Arredondo hizo formar las banderas y recién entonces se puso á festejar su triunfo con alegres dianas.

Juan Saa, viendo que no se le perseguía, hizo alto á unas treinta cuerdas de Arredondo y empezó á reorganizar los restos de su ejército.

No podia convencerse que aquel peloton de tropas lo hubiera derrotado, llevando él una línea de seis mil hombres.

Tal vez pensaba darle un nuevo golpe, creyendo que las cargas á la bayoneta las había hecho dar Arredondo por haber agotado su munición.

Pero que golpe podia dar habiendo perdido toda su artillería y teniendo su infantería completamente desorganizada.

Y Arredondo que lo veía campado á tan corta distancia, lamentaba profundamente no tener siquiera quinientos hombres de refresco para concluir la jornada.

—Pero qué se iba á hacer!

Era preciso contentarse con aquella primera hazaña, que no era poca, pues reducía al gran ejército de Saa á unos tres mil quinientos hombres, sin artillería y acobardados completamente.

Entre tanto, el general Paunero se hallaba presa de la mas cruel ansiedad.

Como la distancia que lo separaba de Arredondo no era mucha, había sentido el fuerte cañoneo y el nutrido fuego de fusilería.

—Maldición! había exclamado el viejo veterano.

Saa ha caído sobre Arredondo con todo un ejército, y este loco, en vez de huir hacia mí como se lo había recomendado, habrá cometido una batalla que le va á ser funesta.

—Qué va á hacer este desgraciado con la poca fuerza que llevó!

Y sintiendo que el fuego arreciaba, su desesperación era inmensa.

Abandonó su pesado convoy y tendiendo cuidadosamente la línea de batalla, tomó la dirección de San Ignacio forzando la marcha todo cuanto le era posible.

De pronto sintió que la artillería apagaba sus fuegos y que los de fusilería disminuían de una manera sensible.

Sin duda era el momento en que el 6 cargaba á la bayoneta.

—Arredondo ha sido vencido!

Arredondo ha sido vencido! gritó Paunero desesperadamente, y puso su línea á paso de carga.

—Tal vez, añadió! lleguemos á tiempo de salvarle los restos de la división.

En aquel momento se sintieron las dianas con que Arredondo festejaba su triunfo y Paunero, creyendo que serian dianas de Saa, se tomó la cabeza con ambas manos, murmurando: —Ya no hay tiempo! ya no hay tiempo!

Un ayudante de la vanguardia vino á avisarle que el ejército de Saa estaba campado á unas veinte cuerdas á su izquierda, y que le parecia que las dianas sonaban del lado de San Ignacio.

—Esto es que Arredondo ha triunfado, mi general, dijo á Paunero el mayor Lagos, y que Saa ha campado para reorganizar los restos de su ejército.

—Esto es imposible, contestaba Paunero, haciendo siempre apurar la marcha.

Que ha de haber podido hacer Arredondo contra un ejército tan numeroso?

Si Arredondo estuviera victorioso Saa no hubiera campado porque sus caballerías lo hostilizarían.

—Y sabe usted, mi general, lo que puede haber costado á Arredondo su triunfo?

Animado por una viziumbre de esperanza el general Paunero envió una descubierta á San Ignacio, mientras hacia variar su línea hacia el campamento de Saa, que se distinguía perfectamente.

Al vereste, que se le venían encima, se puso en marcha precipitadamente, tratando de guardar en su columna el mayor orden posible.

Arredondo, que á su vez había visto la línea de Paunero, le mandó inmediatamente un chasque dándole cuenta de su triunfo y avisándole que el enemigo iba en derrota y estenuado.

Paunero recibió aquel chasque con un placer infinito.

Mandó felicitar ardientemente á Arredondo y decirle que permaneciera en su glorioso campamento.

Y mientras las bandas rompían en alegres dianas, Paunero enviaba las caballerías, á órdenes de los coroneles Iseas y Plácido Lopez, que siguieran una persecución tenaz.

Sás tomó entonces la dirección de San Juan huyendo como un condenado.

En esta persecución dejó como dos mil prisioneros, que cayeron en manos de Iseas y Lopez.

Mas les hubiera valido caer en las del mismo demonio!

Pues de los tales dos mil prisioneros, apenas llegaron á poder del general Paunero unos mil quinientos.

Iseas no podia hacer matar bandidos montoneros, haciéndoles pegar un tiro atrás de la oreja, pero en cambio hacian lancear prisioneros hasta cansarse.

Si no hubiera sido este furor de lancear, se hubiera podido tomar muchos mas.

Cuando las fuerzas se incorporaron á Paunero, el viejo veterano se hallaba lleno de alegría.

Donde habia creído encontrar una derrota lamentable, habia hallado un triunfo lucidísimo.

Así el digno coronel Arredondo ganó sus entorchados de general, en aquellos buenos tiempos en que no se nombraban generales á dedo, ni era suficiente título para serlo, haber

arrojado unas cuantas balas sobre Buenos Aires.

Un general de nuestro ejército era una cosa muy diversa de lo que es hoy en día.

Contaba muchos sacrificios y muchos malos tragos!

La montonera de Juan Sás y Rodriguez quedaba completamente terminada.

Arredondo pidió á Paunero mil hombres de refresco, para seguir la persecución y tomar al mismo Juan Sás, lo que prometió el general.

Pero por razones que ignoramos y consejos de otros gefes, Paunero no quiso consentir en ello, y á esto se debió el que Sás no fuera tomado.

Paunero repartió los prisioneros en los diversos cuerpos del ejército, y mandó á Villa de Mercedes los heridos, donde fueron atendidos con sumo cuidado y esmero, hasta que se restablecieron por completo.

Poco despues la mayor parte de aquel ejército regresaba al Paraguay á conquistar nuevas glorias.

La revolución de Rodriguez quedaba aplastada y salvada la nacionalidad argentina.

LA VENGANZA DE UN MÁRTIR

No pudiendo matar bandidos á su gusto, Iseas inventó un nuevo sistema para mortificar un prisionero, cuya fisonomía no le era del todo simpática.

Si no hubiera estado bajo la vista del general Paunero, es seguro que el prisionero no hubiera vivido diez horas.

Pero con el antecedente de la matanza hecha despues del Portezuelo, Paunero fiscalizaba todos sus actos, impidiendo se cometiera la menor crueldad.

Iseas, á pesar de esto, se manejaba de modo de mortificar al prisionero sin que el general tuviera conocimiento de ello.

Fingiéndose por este una conmiseración que nunca habia sentido por nadie, logró sacarlo de asistente y lo trataba de tal manera ante todos, que los demás gefes se preguntaban que demonio de ángel bueno habia tocado aquel corazón tan endurecido.

Aquel asistente era un joven cordobés como de veinte años, sacado violentamente del hogar y obligado á servir con las hordas de Lanza Seca.

Parecía hijo de una familia acomodada, pues su explicación era bastante fina.

Sabiendo que esto lo mortificaba de una

manera extrema, Iseas se hacia limpiar con él las botas diariamente y lo tenia cebándole mate hasta una hora muy avanzada de la noche.

El asistente, á quien llamaba Perico, sufría con resignación todas aquellas maldades, pero se veía en su rostro lucir una inequívoca expresión de venganza, que apenas trataba de disimular.

Cuando el mate no estaba á gusto de Iseas, lo hacia volar por la cabeza de Perico, que sufría todas estas humillaciones sin hacer la menor protesta, pues ya lo habian avisado qué clase de pieza era su coronel.

Una vez que á Iseas le pareció que las botas no estaban bien lustradas, dió con una de ellas tan terrible golpe en la cabeza de Perico, que le enteró la rodaja de un espolín, haciéndole una herida dolorosa.

Compadecido de los sufrimientos del joven cordobés, un oficial le aconsejó que viera al general Paunero y le refiriera lo que le sucedia.

Para que no tenga ningun pretexto de castigarlo, añadió, pídale permiso á el mismo, con el pretexto de que tiene que verlo porque

quiere hacer saber á su familia que está vivo ó cualquier cosa así.

Entonces le pide al general que lo pase á otro cuerpo porque aquí no se puede vivir.

No le vaya á dar á traslucir al coronel sus intenciones porque no solo no lo vá á dejar ir, sino que lo vá á tratar mas cruelmente.

El pobre Perico, sin saber á lo que se espone, pidió permiso al coronel para hablar con el general Paunero.

Pobre diablo! mas le hubiera valido irse sin decir nada, esponiéndose al débil castigo que le hubiera impuesto el General.

—Y páque querís jablar con el Général? preguntó Iseas que, por desgracia para Perico, en aquel momento concluía de almorzar.

—Lo quiero ver, respondió el asistente para hacer saber á mi familia que aun me encouen tro con vida.

Y mi pobre madre, cuando vea que no vuelvo despues de la batalla, creerá que me han muerto.

—No quéro que vas nada, respondió Iseas, cada vez con mas acritud.

Los bándidos como vos no pueden pèdir nada, y yo no quéro quévas.

—Señor, replicó el asistente, con el ademan mas humilde de que pudo hacer uso, le ruego que me permita hablar con el general y despues hará de mí lo que quiera.

Yo estoy contento con que mi familia sepa que no me han muerto.

—Ti hi dicho que no quéro, replicó Iseas, Y si no te vas prònto de áca, te voy á hàcer júrsilar.

—Digame, mi coronel, preguntó Perico, tratando de conmovier aquel corazon de granito, con su acento entristecido.

Por qué usted no me quiere?

Por qué me trata de una manera tan dura, sin que yo le haya dado un motivo para ello?

—Pórque sos un bándido móntonero.

Y si ya no ti hecho pègar un tiro átras de la óreja, es pórque Paunero es un brúto qué no sabe como se trata á los bándidos.

—Pero, señor, insistió Perico, si ya te he dicho á usted que me sacaron de mi casa y me hicieron marchar á la fuerza.

Qué quiere usted que hiciera?

Buena es esa gente para decirles «yo o marche».

—Buenos pillos son ústedes, concluyó Iseas. Sáli de áca, sáli de acá bándido antes que te rompa el alma.

Y como Perico no se retirara tan pronto como él lo habia mandado, le tiró con una silla por la cabeza.

Perico salió despavorido, temiendo que detrás del silletazo le pegara un tiro ó algo peor.

A la noche refirió á su oficial el resultado de su empeño, preguntándole que hacia.

Lo mejor hubiera sido disparar hasta donde estaba Paunero y ponerse bajo su amparo refiriéndole lo que sucedia.

Pero aquella gente, habituada á una sumision servil, creia que con semejante accion se esponian á un castigo terrible y no se atrevian á pensarlo siquiera.

—Si te presentas sin la venia del coronel, le dijo el oficial, el General te vá á devolver para que te castiguen, y entonces no te digo nada.

—Entonces, preguntó Perico lleno de asombro, uno no tiene aquí ni el derecho de quejarse.

—Sin permiso del gefe no, contestó el oficial, porque así lo manda la ordenanza.

Es preciso andar aquí con mucho cuidado para que no lo sequen á uno en cuatro estacas.

Perico se resignó á su suerte, pero al mismo tiempo juró sobre su propia vida vengarse de una manera terrible en la primera ocasion que se le presentara.

—Si yo agarro á este á puñaladas en cualquier momento, pensó, me espongo á que me tomen y me fusilen sin haber logrado mi objeto.

Tendré entonces paciencia hasta que se presente el buen momento.

Desde aquel dia lo sufrió todo, pensando en el mejor modo de asegurar su venganza, á cuyo efecto empezó á fingir hácia el coronel los mejores modos, y un cariño sin límites.

—Eatos bándidos son hijos del rigor, decia Iseas.

Es preciso trátarlos á palos, páque le tómen ámor al sérvicio.

Y el pobre *puchero de hubeja* se hallaba muy persuadido del profundo cariño de Perico, á quien trataba cada vez peor para que lo quisiera mas.

Una noche en que Perico cebaba mate á su coronel, asegurándole que estaba muy contento con el buen trato que le daba, este le dijo que el mate estaba amargo, que era preciso que le echara mas azúcar.

Asustado Perico, graduó el azúcar en el mate, de manera que no quedara ni muy dulce ni muy amargo.

El sabia como tomaba el mate Iseas, y se esmeró en dárselo á su gusto, para que no tuviera pretexto de castigarlo.

Iseas encontró el mate muy dulce esta vez, y para que Perico le entendiera mejor el gusto aquella noche, le estrelló el mate contra la frente.

Algunos otros gefes que estaban en aquel momento con el coronel, se retiraron para no presenciar alguna otra brutalidad por el estileo.

Perico, devorando su vergüenza y su dolor, se retiró á meditar en su venganza, de tal modo, que se olvidó de volver con el mate.

Esto bastó para que Iseas saliera á buscarlo

sable en mano y le diera una paliza como si hubiera querido matarlo.

Tal vez en aquel momento Perico hubiera dado al diablo con todos sus propósitos, defendiéndose á mano armada, pero estaban presentes un sargento y tres asistentes mas que le hubieran quitado toda accion al primer movimiento y el coronel lo hubiera hecho fusilar sobre tablas.

Sufrió aquellos garrotazos como habia sufrido los acemás, pero juró terminar cuanto antes aquella vida de interminables martirios.

Tal habia sido la paliza que le pegó Iseas, que estuvo dos dias sin poder hacer el menor movimiento.

Se hallaba completamente postrado.

En cuanto Perico pudo ponerse de pié, no pensó ya mas que en su venganza.

Con tal de lograrla, aunque lo tomaran en seguida y lo pasaran por las armas.

Iseas, como la mayor parte de los gefes de caballeria, tenia buenos parejeros y buena tropilla de caballos de marcha.

Perico le habia echado el ojo á un tordillo muy ponderado como caballo de resistencia.

Teniendo preparado el tordillo, y á mano siempre, era seguro que podria escaparse sin dificultad una vez lograda su venganza.

Perico llegó á hacerse tan de la confianza de su coronel, que era él quien le arreglabu sus mejores caballos.

Iseas tenia el hábito de usar su espada afilada como una navaja de barba, hasta la empuñadura, á cuyo efecto la hacia afilar con su asistente todas las mañanas.

Una mañana que Perico volvia de galopar el tordillo, lo llamó su gefe y le mandó le afilara bien su espada.

Perico escondió el caballo allí cerca, como para volver á montarlo una vez que concluyera de afilar la espada y así hizo, despues de haberla limpiado prolijamente, tarea que tuvo que interrumpir para hacer el almuerzo de su coronel.

Aunque Iseas, tenia tantos asistentes como se le antojaba, se hacia servir esclusivamente con Perico para mortificarlo.

Perico era su sirviente, su cocinero, su compositador de caballos y hasta su costurera.

Y tenia que darse maña para hacerlo todo bien, porque Iseas hacia sus observaciones con el lomo de la espada sobre el de Perico.

La medida estaba pues colmada y el sentimiento de vergüenza habia aumentado minuto por minuto en el espíritu del asistente vicium, cuyo único delito habia sido no tener una cara simpática para aquel gefe infernal.

En cuanto concluyó de almorzar Iseas, se fué á dormir la siesta, despues de prevenir á su asistente que cuando se levantara queria

que su espada estuviese afilada y perfectamente limpia.

Iseas tenia el capricho de usar siempre la espada bien luciente, aunque nadie lo pilló nunca cometiendo el delito de lavarse la cara.

Lo que esto solo importaba una mortificacion para su asistente, que era el único objetivo en todos sus actos.

Perico, sin preocuparse en almorzar, se puso á afilar la espada de manera que no tuvieran que hacerle la menor observacion.

Una vez que concluyó con la espada, sacó de su cintura un cuchillo que debia á la generosidad de un compañero, y se puso á afilarlo cuidadosamente.

Y á medida que el filo aparecia en el cuchillo, cualquiera hubiera podido observar la expresion de sinistra alegria que se dibujaba en el semblante de Perico.

En esto apareció Iseas, que generalmente se despertaba de mal humor, y al ver que Perico no afilaba su espada, se fué sobre él preguntándole:

—Y pórque no éstas afilando mi espada.

—Ya está, mi coronel, respondió Perico sonriendo y mostrándosela.

Estaba afilando mi cuchillo para cortar unos tientos finos con que arreglar sus riendas, que he visto les falta un boton.

Si Iseas hubiera sido un poco ménos bárbaro, habria desconfiado de aquella sonrisa de Perico y de su voz temblorosa.

Perico nada de esto le llamó la atencion.

—Acabando de afilar mi cuchillo, agregó el asistente, voy á darle otro golpe al tordillo y vengo á echar el boton á las riendas.

Sin responder una palabra, Iseas tomó su espada y se fué á su cuarto, pensando que todos aquellos cuidados eran hijos del rigor con que trataba á Perico y prometiéndole apretarle la mano en lo sucesivo.

Perico habia acariciado muchas veces la idea de sifeitar á su gefe, como los demás asistentes sifeitan el suyo, á cuyo efecto hacia correr la voz de que era un gran barbero. De este modo en un minuto habria llevado á cabo su venganza.

Pero ya hemos dicho que Iseas ni siquiera por broma se lavaba la cara, así es que Perico tuvo que renunciar á esa esperanza.

Convencido así de que no habia otro remedio que el que ya habia pensado, concluyó de afilar su cuchillo y lo guardó cuidadosamente en su cintura.

En seguida fué á traer al tordillo y lo puso en la misma puerta del cuarto de Iseas.

Sabiendo este que iba á montarlo, no tenia porque ocultarse.

Colocó allí el caballo y despues de lanzar una mirada investigadora hácia los alrededores

res para ver si habia algun cerca, entré resueltamente en la habitacion.

Los soldados estaban diseminados por los fogones, almorzando la escasa y miserable racion de aquel dia.

No habia que temer la presencia de ninguno de ellos.

—Que quisieras? le preguntó Iseas, que estaba tendido de espaldas en el catre, echando la yapa de la siesta.

—Vengo á avisarle que me voy á dar un galope al tordillo, y que tal vez no vuelva mas.

—Cómo es eso? preguntó Iseas, lanzándose fuera del catre como una furia.

—Sí, mi coronel, respondió tranquilamente Perico.

Ahora voy á dar un galope al overo y tal vez no volvamos mas, porque antes de irme voy á coserlo á usted á puñaladas.

Y sacó de su cintura el cuchillo que habia afilado aquel dia.

Iseas quedó espantado ante una amenaza pronunciada de aquella manera y cuchillo en mano.

Fué á tomar la espada del rincon donde poco antes la habia puesto, pero Perico se le interpuso, diciéndole:

—Es inútil la resistencia, mi Coronel, pues yo he venido á matarlo.

Estoy cansado de sufrir sus infamias y quiero librar á mis compañeros del suplicio de aguantarle mas.

Pongase pues bien con Dios, porque vá á morir.

El Corone. Iseas, creyendo que su asistente estuviera borracho, quiso intimidarlo con un par de gritos.

—Mándate múdar de aquí, le dijo, ántes que te haga fúsil!

—Ni á mí ni á nadie, replicó Perico—ya usted no comete mas iniquidades.

Pongase bien con Dios y no pierda tiempo porque estoy muy apurado.

Viendo que la cosa iba de veras, el Coronel hizo un esfuerzo por llegar á donde estaba su espada, pero Perico le cerró el paso esta vez tirándole una puñalada terrible.

Iseas era hombre fuerte y musculoso, por lo que Perico tenia que evitar fuera á pegarle algun manoton.

En el deseo de terminar pronto, se descolgó sobre el coronel con una verdadera lluvia de puñaladas, que aquel evitaba con angustiosa desesperacion.

Habian pasado dos minutos y Perico no habia logrado inferir ninguna herida mortal.

Iseas tenia los brazos cortados horriblemente.

El cuchillo de Perico cortaba, como se dice, un pelo en el aire, así es que cada puñalada

que evitaba Iseas con los brazos, le costaba un tajo hasta el hueso.

Manco y sin poder ya hacer el menor movimiento de defensa, Iseas disparó á la puerta dando angustiosas voces de auxilio.

Veia venir sobre si la muerte de una manera inevitable, y cobarde para arrostrarla, como todo espíritu perverso, llamaba desesperadamente quo vinieran á salvarlo de aquel bándido.

Los gritos de Iseas fueron sentidos por oficiales y soldados, que acudieron precipitadamente en momentos que este caia al suelo.

Perico sintió el tropel, y temiendo ser preso y que el coronel se diera el placer de descuartizarlo antes de morir, ganó la puerta, no sin haberle dado antes de salir y sin que aquel pudiera evitarlo, una última puñalada, que fué la que revistió un carácter de mayor gravedad.

Cuando Perico llegaba á la puerta, ya venian á unos cinco pasos de distancia, espada en mano, el segundo jefe del cuerpo tan feroz como el primero y dos oficiales mas.

Así es que á penas tuvo tiempo de saltar sobre el tordillo y echar á correr, mientras gritaba:

—Ahí queda ese asesino ¿á quien acabo de dar de puñaladas, para que pague la mitad de lo que ha hecho en su vida.

Me deben una convidada por haberlos librado de él.

Y se perdió de vista en medio de una carrera frenética, sin que le hubieran hecho mal alguno los diez ó doce tiros que le dispararon.

—Agarrenlo! agarrenlo! gritó Iseas con voz sofocada por el dolor y la rabia.

Miren que si lo dejan escapar fúsil á todo el Regimiento.

Pero el joven desapareció en direccion á las Sierras, sin que hasta hoy se haya vuelto á saber nada de él.

Iseas fué inmediatamente atendido por el segundo jefe, que mandó traer al cirujano de la division y todo lo necesario para atender al herido.

Su estado era lastimoso. Tenia los brazos tajeados de una manera terrible.

En el costado izquierdo y en el pecho, del lado derecho, tenia dos puñaladas que aunque no eran mortales porque el cuchillo era muy corto, no por eso dejaban de ofrecer alguna gravedad.

No hubo un solo soldado y oficial, que no se alegrara del suceso.

Todos odiaban á Iseas con un ódio profundo y reconcentrado.

Y aunque todos ellos manifestaban con palabras gran sentimiento, otra cosa espresaban sus fisonomias.

Los soldados se miraban complacidos y aun que murmuraban un «pobre Coronel!», en cada mirada se podía leer el vehemente deseo de que se lo llevara el diablo cuanto antes.

Iseas mejoraba de una manera rapidísima. Tenía una salud de hierro y una encarnadura de primer orden.

—Yo lo he de ágarar, decía, tarde ó temprano, y me ha de pagar todas las heridas!

Y los que lo han dejado escapar también me la han de pagar.

Los he de matar en las éstacas.

Los soldados, que oían esto y que sabían lo haría como lo decía, rogaban á Dios no le permitiera levantarse jamás de la cama.

Pero contra todas las esperanzas y todos los deseos, Iseas empezó á mejorar de una manera notable, hasta que pronto estuvo curado de sus heridas.

Pero quedó en un estado lastimoso.

Como la mayor parte de los tendones habian sido cortados, casi todos los dedos quedaron torcidos y sin movimiento.

El brazo izquierdo habia quedado completamente inutilizado, al extremo que tenian que cortarle la comida y aún llevársela á la boca.

Lo primero que hizo, al dejar la cama, fué castigar de una manera brutal á media docena de soldados, porque, segun decía, habian dejado escapar intencionalmente al asesino.

Los asistentes fueron estaqueados todos, porque, segun él, debian haber acudido á tiempo de evitar el crimen.

Y contemplando los horrores á que sujetaba su tropa, parecia aliviarse del dolor que aún le causaban sus heridas, y olvidar la inutilidad de sus miembros mas importantes.

Ya no podria ni siquiera gobernar su caballo, lo que venia á ser un inconveniente para el mismo ejercicio de su carrera.

De este modo Perico vengó las torturas á que habia sido sujeto y castigó aquella fiera de una manera mas terrible de lo que él mismo habia creído.

Habrá muchos que, al ver á Iseas hoy mismo, creerán que es un inválido de la patria, inutilizado en alguna accion de guerra.

Hablen con cualquiera de los viejos soldados del 4 de caballeria, que ellos narrarán mejor la vida que apenas hemos diseñado de paso no mas.

SIEMPRE MATANZAS!

Juan Sin Patria, como la mayor parte de sus compañeros, volvió á ocupar nuevamente su puesto de carne de cañon en los esteros del Paraguay.

Horrorizado con las escenas de refinada barbarie que habia visto, pensaba que el Paraguay seria un paraiso, comparado al interior.

—Aquí siquiera, pensaba, todos los gefes son porteños, y si alguna vez lo matan á uno, espero en Dios que no será con un tiro atrás de la oreja ni degollándolo por mano de un ayudante.

Herido de muerte en uno de aquellos gloriosos combates, Juan fué llevado nuevamente al hospital de sangre en Corrientes.

Allí estaba el mismo Dr. Molina y muchos de los practicantes que tan buenos habian sido con él, antes de su marcha al interior.

¡Cómo se dilató el espíritu del buen paisano, al encontrarse con aquellos rostros amigos y con aquellos hombres á quienes jamás habia escuchado una palabra destemplada!

Al pobre le parecia volver entre su familia y desaparecer para él todos aquellos dias de espanto y de miseria.

Juan Sin Patria volvió á ser feliz relativa-

mente, en aquel hospital donde no escuchaba sino palabras de consuelo. Le recibia otra cosa que bendicion.

Gracias á su naturaleza magnífica y á los cuidados que se le prodigaron, pronto se vió curado de sus heridas.

Juan Sin Patria, protegido siempre por el Dr. Molina, volvió nuevamente á emprender la lucha de sustraerse á los horrores del cuartel, quedando en el hospital en calidad de asistente.

Allí tuvo ocasion de ver que cada cuerpo del ejército tenia un Iseas, mas ó ménos brutal, y que un gefe bueno y humano era tan raro como estrella en noche lluviosa.

Un dia el doctor Molina amputaba las dos manos á un soldado de las avanzadas.

Aquellas manos arrancadas de su encaje, pendian de los brazos por la piel y las venas, como pedazos de trapo.

Eran dos manos completamente muertas. Qué herida tan rara era aquella?

El soldado, jóven y robusto, en cuya frente activa se veian dos cicatrices, estaba al parecer tan muerto como sus manos.

Solo un médico podia distinguir si aquel hombre estaba vivo ó muerto.

De modo que era imposible conocer la causa de aquel estado espantoso.

Para Molina, hombre ya práctico en estas enfermedades, no habia duda que aquel destroz era producido por las estacas, aplicado de una manera tan salvaje que le habian arrancado las manos, siendo necesaria su amputacion, y se habian dislocado los pies.

Grande debia ser el delito cometido para que sirviera de disculpa á aquella accion inquisitorial.

Así al ménos lo creyeron en el hospital.

Pero cuando el soldado pudo hablar y explicarse, se vió que aquello no era sino uno de los tantos actos brutales y cobardes que se cometian al cabo del dia.

Durante la marcha el soldado habia tropezado y habia caido recibiendo un golpe terrible.

Al caer el fusil se le enredó en las piernas, rompiéndose en el encaje.

El sargento dió cuenta con sus menores detalles al oficial inmediato, y este que no vió en el accidente motivo alguno de castigo, hizo dejar al soldado entre los rezagados de la marcha, porque no podia moverse y pasó el parte del Capitan.

Pero el parte del oficial no fué tan minucioso como el del Sargento.

—El soldado tal, se limitó á decir, ha caido y se le ha roto su fusil.

Viene á la cola del cuerpo porque se ha las timado un poco, añadió, pero no es cosa grave.

El parte fué pasando de boca en boca, hasta que llegó el gefe de la brigada, pero, como cada uno habia ido suprimiendo un detalle, al gefe fué pasado en estos términos raros:

—El soldado tal ha roto su fusil y se pide el reemplazo, porqu no tiene compostura.

Y el gefe aquel, sin tomarse la pena de averiguar como habia sucedido el accidente, se limitó á contestar:

—Póngalo en cuatro estacas.

Y el pobre soldado, dolorido aún por el golpe que recibiera, fué puesto en las estacas de la manera terrible que hemos visto.

—Pero porqué me estaquean? habia preguntado, irritado por la injusticia que se cometia.

—No sé, le contestó el oficial.

El coronel manda que te estaqueen y yo supongo que será porque has roto el fusil.

—Pero si me he caido, mi alfez, pero si tambien me he roto la carne!

—No sé, á mí me dan la órden y la tengo que cumplir.

Despues podrás reclamar.

Y así se ejecuta lo que se llama ley militar.

El oficial y el soldado tienen derecho de reclamar y hasta el de preguntar la causa,

cuando la ignoran, pero siempre despues de haber sufrido el castigo impuesto.

El soldado pues tenia el derecho de reclamar, pero esto en el caso que salvara con vida, y despues que le amputaran las manos.

Entonces y recién entonces podria reclamar del castigo sufrido, explicando al gefe que se lo impuso de que manera habia roto el fusil.

Cuando aquel infeliz se vió privado de las manos, pidió al doctor Molina que le diera un poco de veneno para concluir con su miserable existencia.

—Qué va á ser de mí? dijo.

Como voy á ganar en lo sucesivo un pedazo de pan con qué alimentar mi cuerpo?

Como voy á escapar ahora á la miseria y á la muerte horrible que me espera, de hambre ó de frio?

Aquel infeliz, como tantos otros, fué echado á la calle, una vez que estuvo bueno, concediéndole el derecho de implorar la caridad pública.

Este ha sido el fin de muchos soldados que han regado con su sangre nuestros mas gloriosos campos de batalla.

En los hospitales de sangre se necesitaban las camas para atender á los heridos que llegaban á cada momento y era imposible atender á los que ya estaban restablecidos.

Juan Sin Patria se convenció que la ferocidad militar no tenia límites y rogó á Dios lo protejiera de cualquier accidente casual como el del soldado manco.

A pesar de todos los empeños, Juan fué sacado del hospital é incorporado á su cuerpo.

Sus angustias y sus torturas no tuvieron reposo.

Allí pasó hambres terribles y sufrió crueles injusticias, sin que jamás pronunciara la menor palabra de queja, convencido que esto solo serviria para atraerle mayores tormentos y dificultades.

En los dias de combate se batia á la par del mas bravo, y en los de marcha y fatiga, conservaba siempre su fisonomía serena y alegre, aunque para ello tuviera que echarse, como se dice, el corazon á la espalda.

El recuerdo de su familia no lo abandonaba un solo momento, y siempre pensando en sus hijos, no perdía la esperanza de volverlos á ver algun dia.

Por la noche, y cuando nadie lo veia, concentrándose en sus recuerdos, lloraba amargamente lamentando no haber muerto la noche aquella en que mataron á su padre y á su cuñado.

El tiempo iba pasando, entre tanto, y el ansiado momento de su libertad se aproximaba, pues ya habia cumplido con un año de exeso el término de su condena.

La campaña del Paraguay iba tocando á su

término, y si es verdad que entonces por nada de este mundo se otorgaba la baja de un soldado, pues demasiadas bajas hacia el enemigo, pronto llegaría el día en que no habría pretexto para negársela.

La cuestión era conservarse con vida hasta entonces, y ahí converjeron todos los esfuerzos del pobre Juan.

Conservar la vida y los miembros sanos, para poder ganar el sustento de sus hijos.

Y así siguió el pobre en una vida que era peor que la muerte, esperando siempre el día de la libertad.

—Terminada la campaña, oyó Juan, decir un día, se va á dar la baja á todos los contingentes y una escepcion por toda la vida.

Y dió con sus compañeros, saludando la noticia, ¡y viva la patria! con toda la efusión de su alma.

Y terminó aquella cruda campaña y el gobierno dió de baja á los pocos Guardias Nacionales que á esta sobrevivieron, pero esa felicidad no llegó hasta Juan Sin Patria.

El era soldado de línea, galeote del uniforme militar, y aunque había cumplido con gran exceso el tiempo de su condena, no se podía deshacer el ejército dando de baja á los soldados cumplidos, que eran su mayor parte.

Entonces empezó para él una nueva vía crucis, mil veces mas espantosa que la campaña al Paraguay y la misma campaña al interior.

La vía crucis de la frontera, sumum de todo sufrimiento y de todo martirio moral y material.

El soldado de línea es allí un ente cuya vida y hacienda pertenece exclusivamente al jefe de la frontera, señor de horca y cuchillo en todo su apogeo.

Juan Sin Patria, formando parte del 5.º de caballería, vino á guarnecer la frontera Oeste de Buenos Aires de que era jefe el coronel Lopez Ovario, siendo jefe del regimiento el coronel Solano.

Juan pasó por Moron y sintió que el corazón se le saltaba del pecho.

Tal vez allí estaban sus hijos, su mujer y su madre, pero iba en el tren y le era imposible hacer el menor movimiento.

El 5.º había sido remontado con cuarenta gauchos de Entre Ríos que mandó destinados por sí y ante sí el general Urquiza y la vigilancia que se observaba en todo el regimiento era extrema.

Juan había sentido deseos de arrojarse del tren abajo, pero las ventanillas de los wagones estaban cerradas y los centinelas se paseaban de un extremo á otro.

En vez de un regimiento que marchaba á su destino, aquello parecía un presidio que mudaba de local.

Juan se contentó con mirar tristemente al

campo y aspirar con pasión la brisa que entraba por las rondijas, pareciéndole que ella traía á sus pulmones, algo del perfume de su hogar.

Cada pastito parecía tenderles sus tiernas hojas, y en cada flor creía ver la fisonomía de un hijo que le sonreía al pasar.

Y el pobre se estremecía de placer á la vista de cada rancho y de cada terrenito de tierra!

Y Moron desapareció por fin á su vista, como había desaparecido su hogar, su libertad, sus esperanzas y su derecho.

No le quedaba mas que el llanto de su corazón, pues el de los ojos se había secado hacia mucho tiempo.

Así llegaron á Lancagüe, bajo un frío consolador, y con unos girones de ropa de brin por todo uniforme.

Sabido es que en la frontera, donde el soldado no tiene mas carpa que la bóveda del cielo, los soldados reciben el uniforme de invierno en el mes de Enero, y el de verano en el de Junio.

La vida en aquellas condiciones era verdaderamente inaguantable.

Los soldados viejos del Regimiento, estaban destinados á cuidar los condenados Entre-Rianos, á quienes aun no se daban armas por temor de que fueran á sublevarse.

Juan Sin Patria tuvo que sufrir un año de aquella mortal agonía, dándose por muy feliz de que no lo hubieran hecho morir en el tormento.

El proveedor se pasaba dos ó tres días sin carnear, encontrando mil pretextos para escatimar la ración.

Y el día que carneaba lo hacia tan escasamente, que los soldados quedaban hambreado.

Los proveedores saben arreglar sus intereses de tal manera, que el día en que por milagro llegan á cumplir su contrato, hay que agradecerlos como si hubieran hecho una obra de caridad.

Es que con el proveedor hay diez ó doce bolsillos miserables, que especulan con el hambre y las necesidades mas agridientes del soldado.

Y como una caída del proveedor traería la de todos ellos, no hay quien los delate ni oficial que se atreva á quejarse, pues ya saben de antemano que el proveedor está consentido y apadrinado.

El soldado vive en las fronteras cazando perdices y mulitas, con las que se alimentan y cambian en las pulperías por un poco de yerba y tabaco.

El 5.º estaba entonces en una situación excepcional!

Como tenían muchos presos que cuidar no todos los soldados de confianza obtenían permiso para salir á bolear y cazar perdices, por lo que

tenían que sostener la vida con la escasa limosna que le hacía el proveedor.

Los prisioneros morían de hambre y los soldados de confianza parecían ánima en pena, tal estaban de marchitos y enflaquecidos por la necesidad.

Los entre rianos tenían un vehemente deseo de desertar y regresar á su provincia madre.

Pero como realizar este propósito bajo el ojo vigilante de los centinelas?

Resolvieron finjir para captarse la confianza de sus oficiales y aprovechar el primer momento que les brindara la suerte.

Al cabo de un año de servicios, y creyendo que ya «habían tomado amor al cuerpo», les dieron armas y les retiraron parte de la vigilancia.

Recien aquellos pobres párias empezaron á gozar de una vida mas desahogada y los pobres soldados viejos hallaban mas alivio al servicio, libres de montar aquella eterna y pesada centinela.

El día de libertad empezó á brillar cercano para las víctimas del feroz Urquiza, que habían convenido en fugarse juntos, aprovechando la primer noche oscura.

Ya los gefes tenían tal confianza en los reclutas enterrianos, que solían enviarlos entre mezclados con soldados viejos, á diversas comisiones.

Muchos de estos pudieron desertarse facilmente, aprovechando descuidos que se ofrecían á cada paso.

Pero habían convenido en darse la libertad todos juntos, y por nada del mundo hubieran faltado á este convenio.

Una noche por fin, llegó el momento tan deseado.

El día había sido lluvioso y frío, la noche se presentaba tan oscura, que á diez pasos era imposible distinguir un ginete.

Los enterrianos se pasaron la palabra y con vinieron en desertarse cuando los gefes y oficiales se hubieran entregado al sueño.

A eso de las 12 de la noche todo era silencio en aquel triste campamento.

Los gefes y oficiales se habían entregado al reposo, y solo se escuchaba cada dos minutos, las palmadas pausadas con que los centinelas se «pasaban la palabra».

La noche se había seguido toldando y la oscuridad se hacía cada vez mas densa.

Los desertores tenían que atravesar el cuadro que constituía el campamento y llegar á un corral donde se hallaba encerrada la caballada.

Una vez que cada cual hubiera tomado un caballo, podían considerarse salvados.

La dificultad estaba en burlar á la guardia que vigilaba la caballada, ó apoderarse de ella haciendo inútil la resistencia.

Los reclutas, con su carabina y un freno, salieron silenciosamente de las cuadras, y fueron deslizándose hacia el corral.

Los sables hacían demasiado ruido y eran un estorbo para sus planes.

En caso de apuro tenían bastante con la carabina y unos diez tiros que llevaría cada uno.

Llegados al corral y arrastrándose en el suelo como culebras, con las riendas en los dientes y las carabinas en la mano, dieron vuelta buscando los centinelas.

Estos se hallaban envueltos en sus ponchos, y durmiendo como unos bienaventurados.

Que mas vigilancia que la misma oscuridad de la noche?

Nada mas fácil que haber muerto á aquellos centinelas inermes y dormidos.

Pero era otro el propósito de los desertores.

Ellos pretendían recuperar su libertad arrebatada por el tirano de Entre Ríos, sin matar á nadie, mucho menos á inocentes compañeros de armas que tal vez estaban allí por la misma causa que ellos.

Con esa práctica y astucia que distingue al paisano de Entre Ríos, los desertores empezaron á tomar caballo.

A penas habían logrado hacerlo unos diez, fueron sentidos por uno de los soldados, que estaba despierto, quien se puso de pié dando un salto ahí! tan formidable, que fué sentido en el cuerpo de guardia.

En el acto la alarma se difundió por todo el campamento, creyendo que fuera un avance traído por los indios á las caballadas.

Los soldados de guardia en el corral habían hecho fuego al acaso, y un reñido combate se había trabado entre estos y los desertores.

—Salvese quien pueda! gritaron los de á pié á los que ya habían tomado caballo.

Nosotros haremos lo posible.

Los desertores que pudieron montar, á penas en número de ocho, atropellaron donde mejor pudieron, mientras el resto de los compañeros luchaba por hacer lo mismo.

Los soldados formaron en el acto, á la voz de los oficiales y se dirijieron al corral, donde el fuego era récio y continuado.

Recien allí supieron de lo que se trataba, marchando una compañía en persecucion de los que habían huido.

Los desertores habían gastado unos diez tiros sin causar el menor daño, pues con la oscuridad de la noche no habían podido hacer puntería y peleaban á simple golpe de carabina, pudiendo así inutilizar cuatro ó cinco soldados.

Pero que podían hacer aquellos cuantos infelices contra un regimiento bien armado?

Se hicieron matar unos cuatro ó cinco, rindiéndose á discrecion los demás.

Los prisioneros fueron puestos en el cepo, despues de recibir cada uno de ellos una regu lar paliza.

Poco despues de la diana, regresaba la com pañia que habia salido en persecucion de los fugitivos, trayendo cinco prisioneros mas, cubiertos de heridas que recibieron en la tenaz resistencia que hicieron antes de entregarse.

Solo tres de aquellos desventurados habian logrado rescatar la tan deseada libertad, que con los cinco muertos en el corral, hacia un total de ocho victimas menos.

Quedaban pues treinta y dos prisioneros, penando en el cepo de campaña, donde recibian una garroteadura de cada oficial que se acercaba.

El gefe de la frontera mandó instruir un minucioso sumario de aquel motin y desercion ó tentativa de desercion, que elevó á la superior resolucion del Gobierno Nacional.

Algunos de los proyectiles disparados en el corral al principio de la lucha, habian caido en el alojamiento del gefe, de modo que en el sumario iba incluida la tentativa de asesinato de que fué victima aquel.

El gobierno que tenia en sus manos todas las leyes y á su disposicion todos los tribunales del país, fué tan bárbaro como Iseas y como el mismo Lopez.

El no entraba á juzgar los hechos; ni tenia presente que aquellos hombres habian sido violentamente arrancados de sus hogares.

Así es que su contestacion órdén, fué lo mas horrible que pueda imaginarse.

—Hágalos usted fusilar, dijo al Gefe previo consejo de guerra.

Es decir, fusílelos usted y fórmeles en seguida consejo de guerra.

O fórmeles consejo de guerra y fusílelos cualquiera que sea la resolucion de este.

El Gefe de la frontera fué menos salvaje que el Gobierno, y se limitó á fusilar á la suerte de cada tres uno.

La matanza fué horrible, pues en ella cayeron hasta los infelices que, sin espíritu ni aun para sublevarse, no habian hecho mas que seguir la indicacion de sus compañeros, sin saber ninguno de ellos que se esponian á ser muertos á la suerte.

Aquella matanza sembró el mas vivo terror en las filas del Regimiento, ó hizo perder á Juan hasta la última vizlumbre de esperanza.

De entre semejantes fieras era muy difícil sinó imposible de escapar con vida.

Se resignó á seguir su suerte hasta que Dios se apiadara de él y dispusiera otra cosa mejor.

Y siguió sufriendo todo género de desventuras, durante un año mas.

Juan sin embargo hasta entónces, podia considerarse feliz.

Hasta entónces habia logrado escapar á la pena de estacas, lo que era una verdadera loteria.

Entonces se produjeron los movimientos en Entre Rios que terminaron en la batalla de don Gonzalo y el 5º marchó á aquel nuevo campo de batalla.

EL HOGAR DEL SOLDADO

Juan Sin Patria marchó á Entre Rios á cuya pacificacion contribuyó derramando su sangre.

El pueblo entreriano cansado de sufrir las crueldades y bárbaries del general Urquiza se habia levantado amenazador, á recuperar la libertad perdida, siendo su primer acto de justicia la muerte de aquel sombrío tirano.

—No es el pueblo el que se ha levantado, decian, sinó unos cuantos traidores!

Pero el pueblo respondia á este malvado acertijo, levantándose en número de catorce mil hombres á sostener sus derechos, hollados durante tantos años.

El general Ricardo Lopez Jordan era el hombre elegido por el mismo pueblo para que lo guiara al combate, si era preciso.

Todo el poder de la Nacion cayó entónces sobre Entre Rios vencido en una batalla.

Se habia librado de Urquiza, pero no habia podido recuperar sus derechos y libertades.

—Vuelve la noche del martirio para mi pobre provincia, pensó Lopez Jordan, y se retiró al extranjero, alimentando en su pecho varonil un resto de esperanza.

Juan regresó de aquella campaña con dos nuevas heridas, res. cito á solicitar su baja, aunque ello le costara un novenario de estacas.

No queria morir sin haber averiguado antes por lo menos si su mujer y sus hijos vivian ó habian muerto.

Las dos últimas heridas lo habian hecho ver la cara á la muerte, y un cruel presentimiento habia empezado á agitarlo dia y noche.

Juan, en medio de su martirio y de su vida apesreada, se habia desarrollado nota-

blemente y la hermosura de su fisonomía había concluido de acentuarse por completo.

Era uno de los mas lindos soldados, no solo de su cuerpo sino de todo el ejército.

La palidez cadavérica que los sufrimientos habían esparcido en su semblante, contribuía á aquella hermosura, dulcificando su mirada inteligente y pensativa siempre triste, como si mirara la tumba de los suyos.

Marta era entonces la joya del regimiento.

Gentil y traviesa, hermosa y siempre retozando en su semblante la mas franca alegría, Marta era la desesperación de los soldados y el tormento de muchos oficiales.

Ella les *jugaba risa* á todas las declaraciones de amor y arrastradas de ala, viviendo feliz con su juventud y su alegría.

Juan se había fijado muchas veces por casualidad en la linda Marta, pero siempre con la mas glacial indiferencia.

Su corazón lleno con el recuerdo de los suyos, no daba cabida á otro sentimiento que no fuera la religión de sus recuerdos.

Era el único soldado que no hubiera pagado á Marta, con el mas débil requiebro, un tributo á su hermosura, tan festejada de todos.

Marta contempló esta indiferencia, con fastidio primero y con el amor propio herido después.

Por qué aquel joven tan bueno y de proceder tan recto ni siquiera se detenía á fijar en ella su atención?

Había notado en ella alguna acción fea ó la juzgaba tal vez comprometida?

Juan solía agarrar una guitarra que le prestaba el sargento, y cantando entonces, daba escape á sus mas tiernos sentimientos.

Las mujeres lo llenaban de elogios, elogios que él recibía con la misma indiferencia que había mirado á Marta.

Una lucha ruda pero tenaz entró entonces en las mujeres por conmovier el corazón de Juan.

Quién sería el que triunfara en la lucha?

Marta, segura de su triunfo, empezó á acercarse y á obsequiarlo de cuando en cuando.

Pero el corazón de Juan se mostraba siempre indiferente, aunque la miraba con un sentimiento mas amistoso.

—Deseo ardientemente que usted llegase á ser feliz, le dijo un día, porque usted bien lo merece.

Es la única persona buena con quien he tropezado en mi carrera de infortunios, desde que dejé mi casa.

Marta se sintió profundamente conmovida ante el sonido de aquella voz tristemente timbrada.

Sin haber logrado interesar el corazón de Juan, como ella quería, poco á poco había concluido por enamorarse de él con toda la

fuerza de su alma juvenil y ardiente, al extremo que solo vivía pensando en él solamente.

Los demás mujeres, derrotadas en su empresa, —pues no habían podido arrancar á Juan ni una palabra amistosa,—principiaron á hacer burla á Marta, diciéndole que estaba enamorada de un idiota, ó de un hombre que la despreciaba.

Estas burlas precipitaron á Marta de tal manera, que una mañana, después de la lista de diana, informó á Juan, con toda ingenuidad é inocencia, el amor que por él sentía.

—Usted vive aislado de todo el mundo, le dijo, no toma parte en las fiestas de sus compañeros, y concluido el servicio, se mete en un rincón, de donde no sale sino para volver á él.

Parece que tuviera odio á la vida y á lo que lo rodea.

—Es que mi vida son mis recuerdos, repuso Juan.

De ellos vivo yo y alimento mi mísera existencia.

Yo no tengo amigos ni vínculos ningunos fuera de mis recuerdos.

El día que estos me faltan, me faltará todo, porque mi pobre corazón habrá dejado de latir.

Va á hacer ya diez años que vivo así y solo vine destinado por tres.

—Yo endulzaré esa existencia y los años que sobrevengan, repuso Marta.

Mi amor lo hará feliz y disipará de su corazón toda sombra de tristeza.

Juan podía haber engañado á Marta.

El podía haberse aprovechado de aquel amor ofrecido sin límites, de aquel candor excepcional en un cuerpo de línea, pero aquello hubiera sido una villanía que Juan Sin Patria era incapaz de cometer.

Hizo sentar á Marta en sus rodillas, como podía haberlo hecho un padre con su hija y volcó en su corazón toda la amargura que rebotaba en el suyo.

Aquella historia de lágrimas, fuente de sus desventuras, fué narrada con un sentimiento profundo.

Marta contó también su historia sencilla y triste.

Hija del sargento Perez, se había criado en el Regimiento, pasando por todo género de necesidades y sinsabores.

Muerto el sargento Perez en los campos del Paraguay, Marta había quedado en el Regimiento, pues no se le ocurría que podría haber ido á otra parte.

Así su alma se había templado al azote de la suerte, y había sabido sobrellevar las miserias de la vida con resignación y paciencia.

—Juntaremos nuestras desgracias, concluyó, que talvez con ellas podremos hacer una felicidad pasable.

—Es inútil, replicó Juan, dejando brillar ne sus ojos las lágrimas que partían de su corazón.

Yo no puedo querer ya, porque mi corazón no me pertenece.

Usted llegaría á amarme y consintiéndolo yo, labraría su desgracia.

Si mañana recobro mi libertad y encuentro mi mujer y mis hijos, ¿qué sería de usted, abandonada por mí?

¿Qué sería de mí mismo con mi corazón dividido por dos cariños?

Olvidese de mí, niña, olvídense de mí y déjeme saborear mi desgracia.

Tal vez así podremos ser felices.

Marta lloró, pero con un llanto íntimo y tranquilo.

La honradez de aquel corazón desvalido la había cautivado por completo, y sentía que entonces amaba á Juan verdaderamente, con toda la efusión de su alma.

—Pues nos amaremos dijo, hasta que usted recobre su libertad y averigüe que ha sido de los suyos.

Si ellos han muerto, como usted lo teme, juntaremos nuestras suertes, sinó, usted se irá con ellos y Dios dispondrá lo que ha de ser de mí.

De todos modos, concluyó, aunque yo tratara de evitarlo, siento que ya no podría dejar de quererlo.

Amémonos, dijo Juan á su vez, y sea lo que Dios quiera.

Y rozó sus lábios que el lamento había marchitado ya, en aquella frente fresca y juvenil.

Marta sintió que el rubor encendía su frente y sus mejillas.

Era el primer beso de hombre que recibía en su vida.

Juan comprendía que con aquel amor se echaba encima un nuevo tormento y una serie de desventuras desconocidas aun para él, y aceptó aquel amor puro con una especie de religioso recojimiento.

Desde aquel momento fué todo lo feliz que podía serlo en su cárcel de línea.

Marta cuidaba de su ropa y tenía con él todos aquellos cuidados y atenciones que estaban al alcance de su mano.

Tuvo entonces quien le alcanzara un mate al cuerpo de guardia y quien le prodigara una palabra de consuelo cuando volvía al cuartel estenuado por la fatiga.

En cambio, Juan Sin Patria, observó que, los oficiales eran mas rígidos con él, que se le nombraba continuamente de servicio y que cuando le daban alguna orden, lo hacían acompañándola de uno ó dos garrotazos.

Sin embargo jamás se le oyó pronunciar la menor palabra que importara una queja.

Las escasas noches que no se hallaba de servicio, venía á conversar con Marta y á comunicarle sus penas.

—Estas son desgracias que te ocasiona mi cariño, decía esta.

Aléjate de mí lo posible.

Juan comprendió la razón que asistía á Marta para hablar así.

Por mucho menos, ó por lo menos por igual causa se hallaba en situación tan miserable.

Pero él á su vez se había ido enamorando de la jóven y dejándose arrastrar por la pasión.

Había llegado á amar á Marta de una manera imperiosa, al estremo de que ya no había tormento que le hubiese hecho renunciar á su amor.

Y aquel amor fué creciendo por ambas partes y arrastrando á los jóvenes de tal manera, que ya no fué un misterio para nadie.

Marta, era segun todos, la mujer de Juan Sin Patria.

Las persecuciones á este se hicieron intolerales, pero solo lograban con esto que aquella pasión, que no podía aumentar ya, no disminuyera una sola línea.

Cada vez que se enviaba una comision, que había de demorar varios dias, Juan formaba indudablemente parte de ella, y á penas estaba de regreso era para marchar en una nueva.

Los oficiales y aún los gefes que querían cortejar á Marta se valían de este medio para alejar á Juan, cuya presencia les estorbaba para sus fines.

Pero ya hemos dicho que el espíritu de Marta era de un temple varonil, así es que aquellas tentativas se habían estrellado siempre contra una voluntad de acero.

Esto irritaba en estremo á los pretendientes desairados, que buscaban su desquite mortificando á Juan de todas maneras.

Marta sufría aquellos vejámenes limitándose á hacer una resistencia pasiva.

Si se quejaba al gefe de la persecucion que le hacían los oficiales, este fuera de toda duda no los castigaria porque era parte interesada.

Pero á quién se quejaria de las persecuciones del mismo gefe, que eran las mas tenaces?

Ademas, Marta sabia que rompiendo del todo con ellos y quejándose, lo único que sacaría sería agravar la situacion de Juan que sufría tanto mal trato á causa de su amor.

Y esto hacia que el amor de Marta creciera hasta convertirse en una especie de veneracion.

La pobre muchacha no sabia ya que partido tomar, pues empezaba á comprender que á las persecuciones no tardaria en mudar la violencia.

A los halagos de los oficiales, respondia siempre con una bondadosa sonrisa, lo que ani-

maba á éstos, que hacian mas bravos sus avances.

Entónces Marta tenia que ponerse seria y hasta recurrir á las amenazas para contenerlos.

Como los oficiales se irritaban mas á causa de esta resistencia, su irritacion caia siempre sobre Juan, que hacia ya cerca de un mes que no podia cambiar con éste una sola palabra.

Una tarde que Marta rechazó indignada los tiernos avances del capitán, éste llegó á decirle que si se resistia por mas tiempo, mataria á Juan en las estacas á la primer falta que cometiera.

Marta sabia que el capitán cumpliria su promesa tal cual la habia hecho, por lo que resolvió comunicar á Juan lo que sucedia, para que tuviera cuidado de no cometer la menor falta.

Pero en seguida reflexionó que esto seria inútil, pues diera ó no motivo, lo habian de castigar de la misma manera, si este era el propósito del capitán.

—A qué lo voy á mortificar, pensó Marta, si con esto no adelanto nada?

Y decidió callarse, pues en último caso le quedaba el recurso de acusar al capitán y librar á Juan del castigo, aunque así tal vez lo espusiera á otro mayor.

Pero no faltó quien contara á Juan lo que sucedia, que era público en el campamento, y que solo Juan ignoraba, porque siempre estaba de servicio en comision fuera del campamento, y de chasque, ya cuidando las cabaladas.

—Es preciso que repare mas su cariño, compañero, le dijo un dia un soldado, mire que cuando usted no está no falta quien monte la guardia.

Y como la mujer es débil y el diablo no duerme, puede que le suceda un chasco.

Juan sintió por primera vez de su vida, el coraz n mordido por los celos.

Y él que habia sufrido con silencio todo género de torturas, comprendió que no tendria fuerzas suficientes para tolerar que le arrebataran el cariño de Marta.

Tenia en ella una fé ciega, sabia que en el corazon de Marta habia la fuerza suficiente para arrastrar hasta el martirio por su amor.

Pero los celos, una vez que penetran en el corazon, destruyen en él la creencia mas arraigada.

Un hombre celoso es capaz de dudar hasta de sí mismo.

El menor rumor basta para que su corazon se hiele de espanto.

Y la palabra mas indiferente cree que es una revelacion de su vergüenza.

Juan contuvo el primer arranque de sus celos, y respondió tranquilamente.

—Mi cariño está bien guardado donde está. No hay fuerza humana capaz de arrancarlo de allí.

—Mire compañero que los oficiales son muy corparios, contestó el soldado, y capaces de pegársela al mismo jefe si se descuida. No o van lo tienen siempre de servicio fuera del cuartel!

Ay amigo! muy mulita debe ser usted cuando no ha comprendido la cosa.

Ya verá como no lo dejan un momento en la cuadra!

Esto, si no le hacen cosa que le duela mas. Mire que al pobre cabo Rivero lo mataron por causa de la mujer.

—Es que el cabo Rivero daria motivos que yo no he de dar.

—Y acaso necesitan motivos para matar un cristiano?

Al cabo Rivero lo mataron porque sí, y para darlo de baja dijeron que se habia desertado y que fué preciso matarlo porque se resistió á la comision que lo fué á prender.

Usted no sabe lo que es esta gente cuando quiere hacer una cosa!

Un oficial le pega un tiro, donde nadie lo vé.

En seguida, le pone el sable en la mano y dá cuenta de que lo fué á matar en venganza de un castigo que le habia impuesto.

Juan quedó aterrado con las revelaciones que acababa de escuchar.

Poco le importaba morir quinientas veces en defensa de su amor.

Lo que sabia no tendria fuerzas para sufrir, era el ver á Marta en brazos de otro hombre.

La historia de su familia se agolpó entonces á su memoria.

Cuál era la causa de tantas desgracias, sinó el amor de su mujer y su cuñada, que los miserables que las causaron creyeron obtener por la miseria y la muerte?

Juan sintió que la sangre se le subia á la cabeza y dió el primer paso en direccion al cuartel.

—Miserable de mi, pensó, deteniéndose.

Apenas llegaria, me tomarian y me mandarian preso, despues de hacer alguna heresia, por haber desertado mi puesto.

Pero por mas que pensaba, el pobre, aguijoneado por los celos, iba poco á poco perdiendo la cabeza.

Por momentos su espíritu se serenaba pensando en el carácter de Marta y en su espíritu varonil.

—Es imposible que ella me venda, decia, como es imposible que sucumba ante la mas terrible amenaza.

Pero bien pronto estos pensamientos se disipaban, dando cabida á estos otros.

—Cómo es que Marta no me ha prevenido de lo que sucedía?

—Habrá cedido á alguna amenaza terrible ó al temor de ocasionarme alguna desgracia?

—Aquella noche Juan no pudo pegar los ojos, pensando en mil planes de venganza si su desgracia era cierta.

Y que podría hacer él, Juan Sin Patria, cuando sus enemigos eran nada menos que el jefe y los oficiales del cuerpo?

Por todos lados lo acechaba la muerte, y fuera de toda duda sería él quien saldría perdiendo.

Durante la noche lo asaltó una fiebre tan terrible, que al otro día el oficial de la caballería pidió su relevo y lo remitió al cuartel.

Juan pudo al fin hablar con Marta y aliviar su corazón de los tormentos de la duda.

A las caricias de esta y preguntas sobre el mal que sentía, Juan respondió con la noble franqueza de su corazón, refiriendo lo que el día antes le había contado su compañero.

—Yo tengo fé en tu amor, concluyó, una fé ciega, pero necesito oír tu palabra que sé no ha de mentir, para salir de esta duda que me mata.

Ah! los celos, los celos, no hay tormento comparado á este!

Marta rompió á llorar de una manera amarga y desesperante.

Era la primera vez que lloraba de aquella manera.

Juan creyó ver una confesion en aquellas lágrimas y enjugando las que el sentimiento hacia asomar á sus ojos, repuso de una manera solemne y tranquila.

—Yo no te hago cargos, Marta, porque no tengo derecho á hacértelos.

Solo si te reprocho tu falta de lealtad.

¿Porqué me buecaste en mi aislamiento y me obligaste á quererte?

Yo entonces era feliz é indiferente á todo.

Hoy te amo y conozco que tu falta de lealtad me hará mas desgraciado que el último miserable.

Yo no he de sobrevivir á tu pérdida, porque me haré quitar la vida—esto es bien fácil aquí.

Però te juro por Dios que no esperaba de ti esto.

A medida que Juan hablaba el llanto de Marta se hacia mas íntimo, mas desesperante y no podía pronunciar una palabra.

Por fin pudo reprimirlo, y mirando á Juan con un ademan magnífico, le dijo:

—Basta, basta, no me hagas mas reproches no hables mas así, que no tienes ni razon ni derecho para hacerlo.

Te pertenezco en cuerpo y alma hoy, como el primer día que te hablé.

Tu imágen no se ha empañado un momento

sobre mis ojos y cualquier tentativa para arrancarme tu amor hubiera sido inútil.

Sin embargo, agradezco á Dios estos momentos de inmensa amargura, que ha venido á probarme cuanto me quieres.

Y abrazada de Juan y acariciándole la noble frente, le refirió cuanto le habia sucedido hasta la bárbara amenaza hecha por el capitán, y sus dudas para referirle lo que pasaba.

La alegría de Juan no tuvo límites.

En el momento en que todo lo creia perdido, cuando se encontraba mas desgraciado que nunca, se halló en el colmo de la felicidad suprema.

Su corazón latió con fuerza y Juan Sin Patria oprimió sobre él el seno de la noble Marta.

Quedaba sin embargo en la misma situación de antes, amenazado en su vida y en su amor.

—Puedes estar tranquilo, concluyó Marta.

Por tu amor yo arrostraré no ya hasta mi vida que poco vale, sino hasta la tuya misma que es la que me amo en el mundo y lo único que en él puede proporcionarme alguna felicidad.

—Dios te bendiga, concluyó Juan á su vez y cerró con un beso aquella boca juvenil y sonriente.

Juan estaba curado de su fiebre.

Le habian aplicado el remedio que necesitaba.

Pero en cuanto lo vieron de pié volvieron á mandarlo á la caballería y fué el mismo capitán quien le trajo la orden.

Al ver aquel hombre, Juan sintió que la sangre volvía á subirsele á la cabeza y no pudo reprimir una mirada de desprecio y de rencor.

El capitán sintió aquella mirada y sacando la espada la castigó en el acto, cruzando el rostro de Juan Sin Patria.

Ante el ultraje, el soldado se puso lívido, sus labios temblaron é iba á hacer tal vez uso de su sable, cuando entre él y el capitán se cruzó Marta gritando.

—No le pegue capitán! no le pegue!

Era aquella una voz á la que no se hubiera resistido el oficial, pero en momentos en que Marta se cruzaba por delante, el sable de este se levantaba para seguir golpeando á Juan. Y Marta recibió en la frente aquel golpe brutal y cayó bañada en sangre.

Juan se lanzó sobre Marta, la levantó en sus robustos brazos y disparó con ella á las cadras á prestarle los auxilios mas al alcance de su mano.

Limpio la sangre de la frente, haciendo girones su ropa y le aplicó en seguida paños mojados en agua.

Todos los soldados de la compañía ayudaban á Juan en su piadosa tarea, pues todos querían á Marta con idolatría.

¿Cuál de ellos no le debía un servicio, por pequeño que fuera?

En su desesperacion, Juan creia que Marta iba á morir y le prodigaba mil caricias á cual mas tierna y sentida.

Aunque sentia estallar en su alma la indignacion mas profunda, no se atrevia á lanzar la menor palabra contra el capitán autor de aquella triste hazaña.

Estaba rodeado de sargentos y temia que alguno de estos lo pusiera preso impidiéndole prestar á Marta sus cuidados.

—No te aflijas, le decia esta, que esto no es nada.

Parece mucho porque sale sangre, pero no me duele, á penas me ha lastimado el pellejo.

Dios bendiga este palo, pues él ha impedido que te golpearan mas.

Para que habré nacido! gritaba Juan acariando siempre á Marta, si cuanto toco lo enveneno y contamina con la maldicion que me sigue á todas partes?

Miserable de mí! hubieras dejado que me mataran, que no vale mi vida una sola gota de tu sangre!

—Y qué hubiera sido entonces de mí? con testó Marta, devolviendo á Juan sus caricias.

Hubiera muerto á mi vez lentamente y poco á poco, sin siquiera tener quien me cerrara los ojos!

—Esto no es nada, no ves?

Y se puso de pié para probar que se hallaba fuerte y que no sentia la menor incomodidad.

Los soldados estaban conmovidos ante tanto cariño é indignados con el proceder del capitán.

Ninguno decia la menor palabra, pero en todos los rostros se podia leer la reprobacion de aquel acto cobarde.

Para ellos, el golpe dado á Marta era intencional, y como castigo de haber querido impedir que siguieran apaleando á Juan.

—¿Quién ha herido á Marta? preguntó el primero que la vio llegar bañada en sangre.

—E, capitán, porque le pidió que no me apalearan mas, dijo. Juan lanzando una maldicion.

Y aquella respuesta corrió entre los soldados, que se esplicaban la cosa á su modo.

—Es claro, decian, él ha apaleado á Juan porque Marta no le hace caso.

Ella se ha puesto por medio y el capitán ha tomado este pretexto para vengar sus desprecios.

Y como todos conocian las pretensiones y amenazas del capitán, el hecho era indudable.

—No, dijo uno de los soldados, pues si lo sabe el comandante, se va á lucir el capitán.

Ya lo va á perdonar que haya herido á la Marta.

Es que no se sabrá repuso éste, como queriendo imponer su voluntad.

No lo sabrá porque si el Comandante castiga al capitán, éste se vengará despues con Juan y nos saldria peor la cuenta.

Demasiado le pesará á él lo que ha hecho! El capitán, entre tanto, estaba dado á todos los diablos.

Temia un castigo del Gefo, pues demasiado sabia como queria éste á Marta y al mismo tiempo estaba disgustado con lo que habia hecho.

En el primer momento quedó asombrado, sin darse cuenta de lo que le pasaba y á esto debió Juan el no haber sido perseguido y tal vez muerto.

Pasados algunos instantes envainó su espada y se retiró á su alojamiento, jurando á Juan una venganza terrible.

Por momentos esperaba una órden del Gefo, ordenándole permaneciera preso en su alojamiento.

Pero como la órden no llegaba, poco á poco se fué tranquilizando, hasta que salió á imponerse por sí mismo del estado de Marta.

Esta estaba al lado de Juan cuando el capitán llegó lo que le hizo una impresion diabólica.

Sin embargo, dominó su rabia y preguntó á aquella.

—Qué tal, como te sientes?

Si no te hubieras puesto de por medio, nada te hubiera sucedido.

Esto te servirá de leccion para otra vez.

La presencia de aquel hombre fué para los dos amantes como la picadura de un reptil.

Juan se puso de pié, pálido como un cadáver.

Marta sonrió como mejor pudo y replicó.

—No ha sido nada, ya pasó—por eso no nos hemos de morir.

—Yo estaba aflijido porque creí que te habia lastimado mucho.

—Mas vale así!

—Y tú por qué estás aquí? preguntó á Juan que lo miraba de arriba abajo con un rencor á la muerte.

No te dije que fueras á la caballada?

—Me quedé á asistir á Marta, respondió Juan, porque aunque ella dice que no ha sido nada, tiene partida la frente y ha perdido mucha sangre.

—Eso no es cuenta tuya—camina á donde te he mandado antes que te rompa el alma.

—Déjelo, mi capitán, agregó Marta, aunque sea por hoy.

—No quiero porque me ha desobedecido.

A la caballada, canalla.

Marta se levantó para interponerse, creyendo que el oficial iba á pegar á Juan, pero él la tomó de un brazo y la obligó á sentarse

con tal violencia, que la pobre muchacha lanzó una exclamacion de dolor.

Juan se puso trémulo, la sangre se le subió á la cabeza y sin pensar lo que hacia lo miró á la cara y le gritó ¡cobarde!

El capitán se fué sobre Juan espada en mano y principió á golpearlo de una manera feroz.

Si Juan hubiera tenido armas encima, arras trado por la ira y la desesperacion, hubiera labrado su última desgracia matando ai capitán.

Pero estaba desarmado y no podia hacer otra cosa que poner sus brazos para evitar los golpes, defensa que le duró muy poco, pues bien pronto los brazos caian á lo largo del cuerpo postrados por el dolor.

El capitán dejó de golpear solo cuando se cansó y vió la cabeza de Juan partida en varias partes.

Marta, convencida que no podia evitar aquel acto terrible, no se sintió con fuerzas suficientes para presenciarlo y se fué llorando á guarecerse entre las demás mujeres.

El capitán envió á Juan al cuerpo de guardia. Y se retiró en seguida como quien acaba de hacer una gran hazaña.

Aquello era el colmo de la maldad y de la cobardía.

Pero era y es la práctica de los cuerpos de línea.

Ya se sabe que el soldado que, por mal de sus pecados llega á tener una mujer bonita, paga esta bien con la vida ó con una cadena de sufrimientos, cuyo último eslabon es la tumba.

Por mas que Marta quiso ocultar ocultar su herida al gefe del cuerpo, este lo supo, y aunque ella pidió no se molestara por ello al capitán, él lo mandó preso al mismo cuerpo de guardia donde se hallaba Juan.

No era aquel un acto de justicia nacido en el recto proceder de aquel gefe.

Al hacerlo así este tuvo presente solo ser agradable á Marta y obtener por el reconocimiento lo que no habia podido obtener por la amenaza y la violencia.

Sin embargo, como Marta lo temia, conaquel solo logró empeorar la situacion de Juan. El capitán apenas entro al cuerpo de guardia en cuanto vió á Juan le dijo:

—Por tu causa vengo preso, hijo de mula macho.

Yo te juro que te he de crucificar como un Cristo.

Juan se contentó con mirar aquel cobarde y guardar silencio.

Sentia si que hubiera sido preso por su causa, pues seguramente la venganza de aquella alma mesquina se estenderia hasta Marta.

El capitán salió en libertad al dia siguiente

pero Juan permaneció preso quince dias, que fueron quince siglos para él, pues durante ellos no pudo hablar con su María.

Esta pasaba de cuando en cuando frente al cuerpo de guardia, logrando de esta manera ver á su amante, único consuelo que le quedaba.

El gefe, viendo que sus mismas violencias eran inútiles para obtener el favor de Marta, habia concluido por abandonarla despues de darle de puñetazos; puñetazos que ella sufrió en silencio y ocultó hasta al mismo Juan.

Esto mismo era un triunfo para ella, pues conocia mujeres del mismo cuerpo que habian sido amarradas y castigadas hasta hacerlas ceder al menor capricho.

Juan habia sido puesto en libertad, pero del mismo cuerpo de guardia se le mandó á la caballada, con orden de no moverse de allí.

Marta no podia ir á verlo como lo habia hecho otras veces, porque habiéndole retirado el gefe su calculada proteccion, no tendria quien le diera permiso.

Desesperado Juan por ver á su Marta y hablar con ella aunque fuera un minuto, decidió escaparse una noche y venirse hasta el cuartel, por mas cara que pudiera costarle aquella escapada.

Una noche abandonó su puesto, y se vino al cuartel.

Marta vivia en una especie de carpá ó rancho que el mismo Juan le habia construido con paja y viejos pedazos de cuero.

Allí vino el pobre á buscar á su leal compañera.

Marta no dormia.

Sentada en una cabeza de vaca, pensaba sin dudar en él.

Despues que pasó el primer momento de alegría causado por el placer de verse en momento tan inesperado, Marta pidió á Juan que se fuera.

—Mira que si te pillan pueden cometer alguna nueva brutalidad.

Mejor es que te vayas cuanto antes, agregó. Tal vez así tengas oportunidad de repetir la escapada.

—Como es posible que me vaya tan pronto? exclamó Juan.

Ya que vine quiero tener el gusto de contemplarte á mi placer.

—No seas loco, insistió Marta, que si te pillan, este momento mas puede costarnos caro.

—Pero quien puede pillarme? preguntó Juan. Todos duermen y he venido sin pasar por la guardia.

—Y si te echan de ménos allá?

Tengo tiempo, tengo tiempo—déjame un poco mas.

Marta tuvo al fin que confesar lo que tanto queria ocultar.

—Mira le dije, que ese endiablado capitán viene siempre á dar vuelta por acá, no se si por perseguirme ó porque temiera que tu pudieras venir.

Por eso no me acuesto nunca antes del día.

Juan se estremeció todo al pensar el peligro que corría Marta.

Tenia muy presente lo que habia sucedido á su familia para dudar que á Marta le sucediese un descalabro.

—Yo me voy, dijo, pero es preciso tomar una medida para evitar que nos suceda una desgracia.

—Lo mejor es que yo me vaya á Buenos Aires en la primera oportunidad.

Alli nadie se muera de hambre y trabajando como mejor pueda, esperaré el día en que te veas libre del servicio militar.

—En lo que queda de noche y el día de mañana, concluyó Juan, pensaré lo que mejor nos conviene hacer, porque así no se puede vivir.

A la noche hablaremos.

Adios, mi Marta.

Y salió, despues de dar á su compañera un apasionado beso.

—Con quién vas á hablar es con el diablo! gritó á la puerta una voz jescomunal, mientras una mano de fierro lo tomaba por un brazo.

Marta dió un grito de espanto y el pobre Juan lanzó una maldicion.

Ambos habian conocido la voz del capitán, el que venia acompañado de un cabo y dos soldados.

Rondando la carpa ó rancho de Marta, habia visto entrar á Juan, y en el acto combinó su famoso plan de venganza.

Se fué al cuerpo de guardia, donde tomó los dos soldados y el cabo, y volvió en el acto, despues de decir al oficial de guardia que iba á prender un soldado que desertaba esa noche.

Y oyó toda la conversacion de Juan, á quien tomó, segun hemos visto, en momentos que salia.

—Con qué despues de desertar de la caballería desertamos del campamento?

No estaba malo el plan, pero felizmente te hemos pescado.

De este modo hacia que los soldados y el cabo creyeran en la calumnia que acababa de inventar.

—Yo no he pensado en desertarme, mi capitán.

Si lo hubiera querido hacer, no estaria acá en este momento, pues nadie me hubiera sentido salir.

—¿Y cómo es que si no te has querido desertar estás aqui? preguntó el capitán, dando á Juan un puñetazo.

Cómo es que no estás en tu puesto, en la caballería?

—Esa es mi falta, que no niego, repuso Juan con firmeza.

Tenia necesidad de hablar con Marta y como no estaba de guardia vine un momento y ya me volvía otra vez.

—Viniste á prevenir á esa perdida que te desertabas y el punto donde te podria encontrar.

Toda tu conversacion la he oido y es inútil negar.

—Yo no he querido desertarme, ni he dicho una sola palabra al respecto.

—Quiere decir que yo miento?añadió el capitán.

Y desnudando su espada, segun práctica, aplicó á Juan media docena de palos.

—Llévenlo á la guardia! llévenlo á la guardia! gritó.

Mañana al toque de diana yo le preguntaré si he mentido ó nó.

Juan estaba perdido aparentemente.

Habia desertado de su puesto en la caballería abandonando sus armas, y el mismo capitán de la compañía lo habia aprehendido en momentos que abandonaba el campamento.

Habia ademas un cabo y dos soldados, que, aunque no creyeran la cosa, apoyarian la esposicion del capitán por miedo de sufrir algun castigo terrible, pues este era cruel por inclinacion y por hábito.

Y mientras Juan era conducido al cuerpo de guardia el capitán se quedó á hablar con Marta.

—Se puede salvar si quieres, le dijo.

Una palabra tuya y lo hago poner en libertad en cuanto suene el primer golpe de la diana.

—Ya le he dicho capitán que todo es en vano, contestó Marta llora do.

Qué culpa tiene Juan de lo que yo haga?

Usted sabe muy bien que el no ha querido desertarse.

No lo castigue mi capitán, no lo castigue y usted obligará mi agradecimiento.

Yo le serviré de esclava.

—Yo no quiero tu esclavitud sinó tu amor, replicó el capitán endulzando la voz, tu amor que das á un soldado perdido y que me niegas á mí.

Y se acercó á Marta con la intencion de enjugar sus lágrimas y vencerla por el cariño.

—Por qué no me quieras á mí, que te haria feliz y hasta te haria dar la baja de Juan?

No seas terca y caprichosa, que siendo feliz puedes hacer la felicidad del mismo Juan.

Yo no te pido ningun sacrificio, ya ves que un poco de cariño se le dá á cualquiera.

Marta se levantó indignada al sentir la proximidad de aquel hombre odioso.

La vergüenza y la ira le embargaban la voz, hasta el punto de no poder pronunciar una palabra.

El capitán interpretó aquel silencio como un paso dado en el terreno de las concesiones y cargó la mano en su lenguaje grosero y almidonado.

—Es mejor que hagas lo que yo te digo y te juro que no tendrás porque arrepentirte.

Si lo hubieras hecho así desde el principio, te habrías ahorrado muchos disgustos.

La misma indignación hizo recobrar a Marta el uso de la palabra.

Miró al capitán reflejando en sus ojos todo el desprecio que por él sentía y le dijo con un ademán que hacía inútil toda resistencia:

—Es en vano capitán, todo lo que usted pueda decirme.

Yo no puedo darle cariño porque todo el mio lo he dado ya.

Y aunque esto no fuera así no lo haría, porque si algo siento por usted es odio y deseos de verlo muerto.

El oficial quedó helado ante tal respuesta que en su ciega vanidad no esperaba.

—Está visto que eres una estúpida, dijo, y que no quieres convencerte de la conveniencia que tiene para tí lo que te propongo.

Pues lo que no has querido hacer por buenas, lo harás al rigor, eso te lo juro yo por quien soy.

Por lo pronto, mañana a la diana voy a hacer poner a Juan en las estacas, hasta que revienta.

Yo te he de preguntar si por un soldadote me has de despreciar.

Y si así mismo no cedés, ni tu has de escapar a los castigos mas fuertes.

—No haga estaquear a Juan, replicó Marta llorando al pensar en el tormento que esperaba a su amante.

Y arrodillándose delante del capitán le pidió con su voz mas melodiosa y por lo que mas amase en el mundo, que no cometiera tan cruel injusticia.

—No lo haré si cedés a mis ruegos.

—No puedo capitán, eso es una vergüenza.

—Pues lo haré matar en las estacas.

—No, por Dios, no cometa esa crueldad!

—Tu amor!

—No, respondió Marta con una energía imponderable.

—Pues lo mataré.

—Prefiero verlo muerto, respondió la joven poniéndose de pie, que serle desleal y ver a tu frente hermosa agoviada bajo el peso de la vergüenza.

—Bueno, terminó el capitán, no te quejes despues.

Sin embargo de lo que dices, te dejo desde

ahora hasta la diana para pensar, tal vez reflexionando cambios de parecer.

—Es inútil contestó Marta, pues aunque lo viera hecho pedazos, siempre diria que no.

El capitán salió de aquella especie de rancho, creyendo que cuando se acercara la hora del suplicio, Marta cambiaria de modo de pensar.

Las estacas son una cosa terrible y son muy pocos los que las arrostran pudiendo evitarlas.

Aquel bandido, pues no merece otro calificativo semejante monstruo, estuvo meditando friamente su plan de venganza, seguro de salir triunfante en el último momento.

Poco antes de sonar la primer llamada, volvió a donde estaba Marta para saber lo que había resuelto.

—Y? le dijo, vas a dejar descuartizar a tu amante pudiendo impedirlo?

Marta gimió de una manera capaz de conmover una fiera.

Pero aquel gemido no encontró en el corazón del capitán el eco mas miserable.

—Si ó no? volvió a preguntar con creciente grosería.

—No, no, gritó Marta de una manera desesperada, aunque me maten mil veces!

—Pues al infierno! concluyó este y se retiró a cumplir su programa.

—Cobarde! cobarde! gritó Marta dejando estallar su indignación, contenida tanto tiempo creyendo ganar algo por medio de la súplica. Usted no es mas que un cobarde!

Y el capitán, queriendo probar sin duda que no era cobarde, tomó a Marta de los cabellos y la golpeó con el puño en la cara por repetidas veces.

—Así, así, decía Marta a cada nuevo golpe que recibía, mas fuerte, cobarde, con eso me matas y dejo de sufrir.

El capitán, cansado de golpear con las manos, la arrojó al suelo y la siguió golpeando con los tacos de las botas en la cabeza.

Tal vez embriagado por la ira iba a seguir golpeando hasta matarla, pero fue interrumpido en su noble tarea por el primer golpe de la diana.

Entonces soltó a Marta y corrió en direccion al cuerpo de guardia, donde estaba Juan mal herido de los golpes recibidos la noche antes.

Marta sintió como entre sueños el toque de las cornetas que anunciaban la hora del suplicio y quiso incorporarse para pedir gracia nuevamente, pero no se pudo mover.

No pudo siquiera entreabrir sus ojos hinchados por los golpes de puño y los golpes de taco.

El capitán entre tanto daba orden de estaquear a Juan en el mismo cuerpo de guardia.

—Cuánto tiempo, mi oficial? preguntó el sar-

—Hasta que se desmaye ó reviente, contentó éste.

Y cuidado que está bien tirante, agregó, porque sinó estaqueo yo á todo el cuerpo de guardia.

Juan recibió la noticia de que iban á estarlo en cuatro estacas sin decir una palabra.

El, que conocia perfectamente las consecuencias de aquel castigo terrible, sonrió, limitándose á contestar:

—Estoy pronto, —ya que no tiene remedio. Y se puso á mirar como clavaban las estacas, con tal indiferencia, que nadie hubiera creído le estaban destinadas.

Y de cuando en cuando sonreía, como si esto le produjera alguna alegría.

Cuál era la causa de tales sonrisas en momentos de ser sujeto al tormento?

¿Quería Juan hacer alarde de un valor que no tenía?

¿Quería mostrar al capitán que aquel castigo no lo imponía?

¿Quería librarse del castigo por este medio?

¿O sonreía porque creía encontrar la muerte en aquel castigo, muerte que hubiera sido para él un beneficio?

Nada de esto.

La sonrisa de Juan obedecía á una causa mas íntima y que estaba mas en armonia con la nobleza de su carácter.

Para él aquel castigo representaba la firmeza de Marta y Juan lo recibía con la sonrisa en los labios.

Aquellas estacas significaban para él que Marta no le habia cedido ni á ruegos ni á amenazas y los arrostraba con el corazón sereno y lleno de amor por su tierna y leal compañera.

De cuando en cuando volvía la mirada creyendo ver la suya para fortalecer su espíritu.

—Dios quiera que no venga, pensaba entonces, porque podría faltarme todo el valor que necesito para que no me vean vencido por el dolor.

Pobre Juan! si hubiera sabido lo sucedido á Marta, si hubiera podido sospechar la causa de su ausencia, probablemente se habria lanzado sobre el capitán y despedazado entre sus manos antes que nadie hubiera podido impedirlo.

Clavadas las estacas, Juan fué sacado afuera y estirado entre ellas, con diez mochilas bajo la espalda.

El tormento empezaba.

Sus piés y manos fueron envueltas por cuatro maneadores, que los soldados empezaron á tirar contra las estacas, como si se tratara de estirar un cuero.

El cuerpo de Juan reposaba sobre las mochilas, de modo que el dolor, aunque agudísimo, no doblegaba su valor estupendo.

Los soldados dejaron de tirar, solo cuando

ya fué imposible dar mayor tension á los músculos.

Las manos y los piés de Juan empezaban á ponerse cárdenos, y su rostro á tomar una espresion cadavérica.

Los soldados aseguraron por fin los maneadores en las estacas y quitaron las mochilas de golpe, dejando el cuerpo completamente en el aire y estirado en las estacas á media vara del suelo.

Juan se puso lívido, sus ojos se empañaron por una espresion de suprema agonía pero no lanzó la menor queja, lo que exasperó al capitán, que presenciaba el tormento.

—Uno arriba! uno arriba! gritó, que me parece que este pilla no está bien estaqueado.

Y un soldado trepó arriba de Juan impulsando el cuerpo hacía abajo, para mostrar que estaba bien tirante.

Aquello ya era mas de lo que un cuerpo humano puede resistir.

Sus huesos crujieron de una manera especial y sus músculos sonaron con una cuerda de guitarra que se revienta.

El soldado bajó y Juan aliviado de aquel peso pudo respirar un momento.

Pero á poco fué inclinándose hacia atrás, la cabeza que hasta entonces, mantuviera derecha hasta que esta quedó coigando del cuello como cosa muerta.

Las manos y los piés, empezaron á desprenderse lentamente de las articulaciones, mientras la cabeza se ponía negra á causa de la sangre en ella agolpada.

De repente los músculos sonaron al separarse, y se escuchó un grito terrible de dolor y de agonía.

La materia era por fin vencida por el dolor y el hombre lanzaba aquel grito antes de rendir su alma.

Sus piés, manos y cabeza, hinchados por la sangre en ellos detenida, parecían masas negruzcas y muertas.

Juan se habia desmayado ó habia muerto.

En la duda, el capitán mandó sacarlo de las estacas sin pérdida de tiempo, operación que los soldados se apresuraron á practicar para dar un pronto alivio al cuerpo de su desgraciado compañero, si es que este alivio podia detener la muerte marcada ya en todos sus facciones.

Juan no murió sin embargo.

Su naturaleza vigorosa resistió aquel tormento como habia resistido todos los demás.

Fué llevado por los mismos soldados, que lo habian estaqueado, á la enfermería, donde fué atendido por el médico de la frontera, médico sin diploma como la mayor parte de ellos, muchos de los cuales conocen tanto el cuerpo humano como la luna.

Allí fué mejorando poco á poco hasta que fué dado de alta.

Cuando Marta mejoró á su vez, fué á visitar á Juan á la enfermería, sabiendo ya de la manera brutal que lo habian estaqueado.

Juan quedó sorprendido tristemente al contemplar el estado de su Marta.

Su cara llena de moretones y heridas y el estado enfermiso de su cuerpo, eran una suficiente revelacion de la cobardia en ella cometeida.

—En tí tambien se han cebado! exclamó sollozando aquella pobre víctima.

Ya adivino la razon; cobardes! añadió y atrajo sobre su pecho la cabeza de su amante.

—No es nada, no es nada, contestó esta, porque nada han logrado ni lograrán.

Lo que hay es que yo no puedo quedaraquí por mas tiempo, añadió.

Concluirán por matarte y matarme.

Juan se conformó con separarse de Marta.

La vida en el regimiento era insostenible de aquella manera, pues seria para ambos una vida de martirio sin limites.

—Yo me voy á Buenos Aires, como habia mos convenido antes y allí te esperaré.

Si sales de baja y no encuentras á tu familia, nos juntaremos y seremos felices, puesto que nuestro cariño no habra disminuido un átomo.

Si la encuentras y puedes ser feliz con ella, no te acuerdes mas de mí, que Dios me ha de ayudar.

Juan sintió su corazon oprimido de una manera aguda.

Solo su propia desgracia podria librar de la suya á aquel noble corazon.

Sin embargo fué preciso conformarse á una separacion que bien podia ser eterna.

Juan, aunque bueno aparentemente, quedó con la pierna derecha endurecida al extremo de no poder hacer con ella el menor movimiento.

—Si no fuera por lo que has sufrido, alma mia, dijo á Marta, yo bendeciria las estacas que me han privado de una pierna.

Viéndome invalido, tal vez consiga mi baja y mi retiro.

Para qué sirvo yo con una pierna de ménos? ni siquiera podré sujetarme sobre un caballo medianamente arisco.

Marta, esperanzada en que á causa de la pierna obtendria Juan la baja del servicio resolvió ponerse en viaje en primera oportunidad.

Era preciso esperar á que viniera el comisarío pagador á pagar por lo ménos uno de los veinte meses de sueldo que se debian al regimiento y tener este pequeño recurso para hacer el viaje ménos penoso.

Y era además preciso ocultarse del capitán, que no la permitria ausentarse de allí.

El capitán parecia pesaroso de lo sucedido ó completamente olvidado de sus planes infames y cobardes.

Huia de Marta como de un enemigo, ó como si las cicatrices que cruzaban aquel hermoso rostro, despertaran en él algun remordimiento.

Habia que aprovechar cuanto antes el estado de aquel espíritu miserable, antes que despertara de aquella especie de letargo.

—Has sido una imbécil, le dijo una mañana que se encontró con ella de manos á boca.

Has podido evitar que estaquearan á Juan y no lo has hecho.

Por el contrario, me has insultado obligándome á que te castigue, haciéndome mucha violencia.

—Es lo mismo, mi capitán, contestó la jóven, porque no me arrepiento de lo que he hecho.

Estoy dispuesta á sufrir mil veces mas y á conservarme como hasta ahora.

El mal será para usted que tendrá ese remordimiento mas.

El capitán palideció, sintiendo despertarse en él sus instintos feroces.

—Andá no mas, le dijo dominándose, andá no más que hasta los tigres concluyen por amansarse ante el garrote y lamer la mano que los azota.

—Puede ser, mi capitán, respondió la jóven alejándose, pero Dios no lo ha de ayudar.

—Verenos si Dios te libra de mí y á Juan de las estacas, replicó aquel oficial de una manera que llenó de espanto á Marta.

—El capitán ha vuelto á la carga, dijo á Juan á la noche, cuando pudieron hablar con cierta libertad.

Es necesario que nos separemos, porque se prepara á rendirnos por el rigor.

—Sea lo que Dios disponga, repuso este, sintiendo que le abandonaba todo su valor.

Qué seria de él solo y miserable, teniendo que cargar con el odio de gefes y oficiales, que seguramente castigarían en él, la ausencia de Marta!

Pero, qué le importaba?—Marta quedaba á salvo de toda violencia y su corazon perfectamente traquilo.

Un acontecimiento inesperado vino á proteger los planes de Marta.

Para llegar á Buenos Aires y librarse del azote de sus perseguidores, no necesitaria ya fugarse y pasar las peripecias de un mal camino, sola y sin amparo.

Lopez Jordan acababa de levantar un fuerte ejército, y venia á batallar de nuevo por la libertad de su provincia madre, oprimida por los foragidos que la escarnecen hasta el presente.

El Gobierno Nacional mandó al encuentro

del general entreriano, lo mas escogido de sus tropas, la flamante artilleria Krupp y las ametralladoras que por primera vez iban a dejar oír su estampido en suelo argentino. Orden regimiento de Juan Sin Patria recibió el de ponerse en marcha sin pérdida de tiempo, orden que fué rigurosamente cumplida.

El regimiento vino á Buenos Aires, de donde siguió precipitadamente para Entre Rios. Lopez Jordan tenia reunidos ya mas de cuatro mil hombres, mal armados y peor organizados.

El Gobierno General no le habia dado tiempo à organizar su ejército.

Pero todo el Entre-Rios lo acompañaba con su simpatía, tenia fé en su causa y esperaba tranquilo el día de la batalla, sabiendo lo caprichosa que es la suerte de las armae.

- Sabe Dios si volveré con vida de ésta, dijo Juan á Marta al dejarla en Buenos Aires con las demás mujeres del regimiento.

De todos modos, hasta la vista.

Y ella llorando, oprimió entre las suyas la noble mano de aquel hombre desgraciado.

La marcha se apuró en lo posible, de modo que pocos días despues marchaban sobre territorio entreriano, mezclados al resto del ejército.

LA SANGRE DE D. GONZALO

D. Gonzalo fué como la mayor parte de los combates que ha mantenido una provincia mal armada contra todo el poder de la Nación.

Lopez Jordan tenia un fuerte ejército, como hemos dicho antes, mal armado y peor organizado.

La artilleria era escasa, mala y antigua.

Su infanteria armada con fusiles de fulminante, iba á tener que combatir contra el remington, cuyos estragos terribles no se habian experimentado aún entre nosotros.

Su caballeria mal montada y armada de una manera pobrísima, tendria tambien que combatir contra caballerias de primer orden.

Cuchillos inservibles atados al extremo de pequeños palos y añejas chuzas triangulares, era lo único con que aquella caballeria contaba para contrarrestar al poder del remington y el saber de la nuestra.

Pero qué importaba todo esto?

Entre Rios peleaba por su libertad y sus derechos desconocidos, y tenia fé profunda en el resultado de la lucha.

El ejército nacional puede decirse que iba á un paseo militar por una de las provincias mas fértiles de la República.

Con sus ametralladoras, sus cañones Krupp á su flamante armamento Remington, qué temor podia abrigar de un enemigo tan pobremente armado?

Empezó pues la caza al ejército entreriano, que marchaba fiado en la experiencia y buena inspiracion de su general.

Las tropas que lo perseguian eran tan numerosas como las suyas.

Además del ejército de línea iban tropas de Guardia Nacional, recojidas en varios departa-

tamentos, y un pequeño regimiento de entrerianos que habian arrancado á palos de sus hogares y que junto con otros pelotones habian dado á mandar al famoso coronel Antelo, cacique hoy de aquel pueblo viril y aguerrido.

Antelo era el Iseas de aquella nueva campaña, donde dejó rastros terribles de su crueldad cobarde y feroz.

Juan Sin Patria seguia las peripecias de aquella nueva campaña ensimismado en sus recuerdos y asombrado de las crueldades que día á día veia cometer.

Los oficiales seguian tratándolo con dureza y el capitán no le dirijia una palabra que no fuera acompañada de un palo ¿pero qué podia hacer él para mejorar de suerte? sufrir, sufrir y callar siempre hasta que Dios se apiadara de él.

Como Marta habia quedado en Buenos Aires con las demás mujeres no podian hacerle por est el menor cargo.

Pero las demas mujeres habian ido cayendo al Regimiento sabe Dios como, y Marta no parecia, el mal humor del capitán aumentaba y era sobre Juan que se descargaba esto mal humor.

Las mujeres de los soldados son una especialidad para juntarse con sus cuerpos, cuando menos se las espera.

Ellas quedan en Buenos Aires, generalmente porque no hay lugar en el vapor ó en el tren que marcha el batallon ó regimiento.

Pero no por esto quedan separadas mucho tiempo del cuerpo donde han marchado sus maridos, ó sus *hombres* como generalmente llaman á estos.

Con una facilidad increíble se proporcionan el modo de ser conducidas hasta el punto

donde desembarcó el batallón que siguen, y de allí emprenden alegremente la marcha á pié ó á caballo, hasta dar con ellos.

El soldado por su parte no se preocupa nunca de su familia, como llama él á su muger.

Sabe que su muger se le ha de juntar, aunque sea en el mismo campo de batalla bajo una lluvia de balas, y no se preocupa por ella.

Y muchas veces llega efectivamente un grupo de mugeres, cuando los cuerpos están empeñados en un fuego sério bien sostenido.

Sin que la muerte las preocupe un solo momento, llegan á donde combate el batallón, y esperan á su retaguardia que termine el fuego, para saludar á su hijo ó á su marido.

Muchas veces no llegan á tiempo para saludarlos vivos, y se contentan entonces con abrazar el cadáver.

De todos modos han llegado á tiempo para cerrarle los ojos y ayudar á enterrarlo.

La muger del soldado, es una muestra toca de la mayor abnegación á que puede llegar una muger.

Cuántas veces el mismo oficial encuentra en su seno cariñoso un lugar de descanso para su cabeza partida!

Ellas son así la muger del soldado, la madre del oficial, y muchas veces el angel bueno del gefe que restaña la primera con su mano ordinaria pero cariñosa, la sangre que cae de la herida.

Por eso el gefe ó el oficial que maltrata una muger de soldado es preciso que tenga un espíritu mas que pervertido.

Así, las mugeres del regimiento de Juan, habian ido llegando una á una, hasta que fué Marta la única que faltó.

—Y Marta? les preguntó el capitán, por qué no ha venido y en donde ha quedado?

—No sabemos, dijo una de ellas.

Yo la convidé á venir conmigo pero no quiso.

Me parece que ya no vuelve mas al regimiento.

—Tal vez le haya salido en Buenos Aires alguna suerte mejor que Juan!

Cómo para suertes estaba la infeliz!

Los golpes que le diera últimamente el capitán, habian desfigurado mucho su rostro, haciéndole perder una buena parte de su hermosura.

Ya no era ni sombra de la hermosa jóven que hemos descrito en el capítulo anterior.

Tenia hasta un labio medio partido, lo que le daba una expresión hasta cierto punto desagradable.

El capitán llamó á Juan, y le hizo cargos por la ausencia de Marta.

—Marta no viene, le dijo, porque tú le has

dicho que se quede, y esto lo vas á pagar con tu cuero que te lo voy á saar á lonjas.

—Yo no he dicho á Marta ni una palabra, contestó Juan, si ella no viene será porque no ha querido, pero todavía ha de venir, no hay por qué temer que se quede.

—Tu le has dicho que se quede, creyendo que de este modo se van á librar de mí.

Pero te prevengo que si no viene Marta, vas á pasar una vida de mártir.

Y el martirio de Juan empezó desde aquel mismo día.

Se le recargó en el servicio, hasta el punto en que cuando no estaba de facción, estaba preso en el cuerpo de guardia ó en el cepo.

Juan soportaba todas aquellas penurias, alegremente, porque al fin y al cabo Marta estaba libre de todo tormento y en seguridad.

Las marchas se apuraban cada vez, pues era necesario terminar ya aquella campaña que empezaba á hacerse penosa.

El coronel Gainza, entonces Ministro de la Guerra, habia marchado á ponerse al frente del ejército, reforzado con todos los elementos de que pudo disponer el Gobierno.

Lopez Jordan, deseando tambien terminar cuanto antes aquella contienda, resolvió esperar al ejército y dar una batalla definitiva.

Por fin aquellos dos grandes ejércitos se encontraron y tendieron su larga línea de batalla.

Para Juan la muerte era inevitable en aquel combate.

Con su pierna inválida apenas podia tenerse á caballo.

Cómo haria para defenderse en un choque de caballeria, que generalmente son terribles?

Los cañones empezaron á atronar el aire y el fuego del Remington empezó á hacer sus formidables estragos en las filas enemigas.

Los batallones que nunca habian sentido un fuego tan mortífero, remolinearon empezando á perder la formación.

La batalla se hizo entonces general.

Cada cuerpo empezó á pelear por su cuenta, pues el triunfo de don Gonzalo lo dió solo la inmensa superioridad de las armas.

Allí nadie mandó, no hubo ningun plan premeditado.

Los gefes hicieron combatir los cuerpos por su cuenta, y el triunfo se inclinó por fin hácia el lado del fusil Remington y del cañon Krupp, que sembraban la muerte en el campo enemigo.

El ejército de Lopez no desmayaba por esto.

Sufría el fuego con una resistencia incalculable, y cerraba sus claros, haciendo esfuerzos terribles por traer la victoria de su lado.

Pero esto era mas que imposible.

El cañon Krupp y las ametralladeras hacian bárbaros estragos.

A pesar de los esfuerzos del General entorriano, el ejército empezó á desbandarse y á pronunciarse en sus filas la derrota mas espantosa.

Cuando el Coronel Gainza recibió la noticia de que habian triunfado y que el enemigo iba en dispersion quedó sorprendido.

No esperaba tan rápido resultado.

Entonces se lanzaron en persecucion del enemigo, todas las masas de caballeria, empezando así una matanza terrible y sin cuartel.

Al principio no se hacian prisioneros.

Se lanceaba y degollaba á todo aquel que caia en las manos de los vencedores.

No habia ruego ni plegaria que detuviera á aquellos hombres, embriagados con su fácil triunfo.

Y cosa rara!

Los que mas se distinguian en la matanza de pobres prisioneros eran los soldados de Antelo, que habian recibido órden de matar cuanto prisionero les cayera á las manos.

Los regimientos disparaban en la direccion que debia haber llevado el general vencido, ávidos de tomarlo prisionero, tal vez para hacerle correr la suerte de los demás.

Pero todo fué inútil.

Lopez Jordan estuvo bien pronto fuera del alcance de sus perseguidores.

El cansancio por una parte y la proximidad de la noche por otra, pusieron término á aquella primer matanza.

Los cuerpos dispersos en la persecucion empezaron á reunirse y á llegar las caballerias conduciendo gran número de prisioneros.

La batalla habia terminado tarde y era todavia imposible darse cuenta de los destrozos causados al enemigo.

Los muertos eran muchísimos, tal vez mas que los heridos, pues la persecucion habia sido una verdadera matanza.

En Don Gonzalo no habia ningun Iseas ni ningun Lopez, pero habia un Antelo tal vez peor que estos dos juntos.

Porque Antelo habia dado la órden de no perdonar y no se perdonaba.

—Soy un prisionero de guerra rendido, deicia algun oficial y tengo el derecho de exigir que se me respete por lo menos y que no se me mate, y si lo han de hacer así, de una manera arreglada á las leyes de la guerra.

—Muera el blanco! muera el traidor! respondia la soldadesca embriagada con el olor de la sangre, y los cuchillos y las lanzas se encargaban de hacer callar para siempre la herida.

A pesar de todo esto, en el campo de batalla quedaron muchísimos prisioneros, que fueron repartidos entre los diversos cuerpos

de línea para que los custodiaran y eligieran de entre ellos, los gefes, algunas buenas plazas.

Desde el fin de la batalla y cuando comenzó la persecucion, no se vió mas á Juan Sin Patria que, como siempre, se habia distinguido entre sus compañeros.

—Lo han de haber muerto, dijo un teniente. Yo lo ví de los primeros en la última carga y despues, aunque lo he buscado no lo he vuelto á ver.

—Se ha de haber desertado ó hecho tomar prisionero, interrumpió el capitán.

Ese soldado es un bandido, pero juro que si lo llevo á agarrar he de fusilarlo para que se le quiten las compadras.

Habia un soldado que sabia lo que habia sido de Juan, pero que en vista de lo que dijo el capitán no quiso descubrirlo.

Cuando empezó la persecucion y vió que se trataba de matar, asesinando de una manera cobarde al enemigo rendido, Juan dijo á su compañero:

—Yo no sirvo para esto.

En el combate está bueno matar lo que mas se pueda, puesto que uno defiende su vida, pero matar así al herido y al que se rinde, no está en mi índole y no lo podré hacer.

Sé que el primer oficial que me pille perdonando una vida me romperá el alma, pero no lo puedo remediar.

El toque á degüello sonaba en toda la línea, y la caballeria avanzaba matando sin tréguas.

Juan tuvo una idea que se apresuró á poner en práctica cuanto antes.

—Haga un favor, amigo, dijo á su compañero.

Pégume un tiro acá en el brazo.

De este modo me quedo aquí como herido, regreso al campamento y me libro de andar matando á cuchillo y á sangre fria.

—Con mucho gusto lo haria, dijo el compañero, pero es el caso que si me vén, creerán que lo he querido matar, y me van á tratar peor que á enemigo.

Lastímese usted mismo con el cuchillo, que es lo mismo.

Juan no se hizo repetir la indicacion.

Se bandedó el brazo izquierdo con su propio cuchillo y volvió riendas al campamento, deteniénd se en el de Antelo, que con un placer infinito miraba algunos prisioneros que acababan de traerle.

—Qué soldado es este? preguntó así que vió llegar á Juan, conociendo por su uniforme que pertenecia al ejército de línea.

—Un herido, mi coronel, contestó sonriendo el soldado.

Este dia he andado con muy poca suerte, pues me han sacudido un mal chussaco cuando menos lo esperaba.

Y mostró su brazo bañado en la sangre que perdía.

No había lugar á la menor duda despues de haber visto la herida.

—Como si me quedo en el campo puede agarrarme la noche y caer en manos de algunos dispersos, me he venido aqui, donde por lo ménos estaré mas seguro.

—A ver, dijo Antelo á los soldados que estaban con él, atiéndanme á este soldado que tal vez lo que tiene no sea gran cosa.

Juan fué desnudado y curado con un poco de trapo quemado, que siquiera sirvió para estancarle la sangre.

Se envolvió en un poncho que le prestaron y se acurrucó al lado de un fogoncito que encendieron para dar mate al coronel.

Juan, pues, quedaba libre de toda sospecha de desercion.

Se habia presentado herido á un gefé nacional y no se le podia hacer ningun cargo justificable.

A la oracion, el campo de Antelo, como el de todos los gefes, estaba lleno de prisioneros en cuyo triste ademán se podia leer el convencimiento de un fin dramático.

Cuando la noche hubo cerrado, un movimiento de horror se produjo en todo el campamento.

Por todas partes se sentían descargas de fusileria que, aisladas al principio, fueron nutriendose poco á poco, hasta parecer un combate en toda la línea.

Qué podia ser aquello?

Habria sido sorprendido el ejército por algun refuerzo del enemigo?

Habrian equivocado el campo algunas partidas enemigas y se batian desesperadamente por evitar la muerte?

Nada de esto.

El campamento estaba tranquilo y no se veia allí mas enemigo que los prisioneros agrupados en todas partes como hacienda de carneada.

Aquellas detonaciones tenían un origen mas fúebre y aterrador.

Alarmado con ellas, el gefe del ejército habia salido de su carpa y gritaba á uno de sus ayudantes:

—Averigüe usted que fuego es ese y con que fuerzas se baten!

Mucho me temo que algunos cuerpos se hayan desconocido y se estén matando sin saberlo.

Pronto, señor ayudante, pronto que parece que el fuego se estiende en toda la línea, sobre todo del lado donde está el 7º de línea.

—No se alarme S. E. replicó tristemente el ayudante.

Ese fuego es que en los cuerpos están fusilando prisioneros.

En el 7º parece mas nutrido el fuego por que allí fusilan mas.

El gefe del ejército pareció mas tranquilo, y despues de sonreir un momento exclamó: que locos! y dijo á su ayudante.

—Vaya diga usted que está bueno, que no fusilen mas.

Dígale á Freiro que ya ha fusilado bastante y que si siguen asi no van á tener altas para los cuerpos.

El ayudante partió á llevar la órden sabiendo de antemano que no seria respetada, pues aquello mas que órden parecia una observacion.

Las descargas siguieron sonando hasta las nueve ó diez de la noche, hora en que empezaron á ralear, porque habia que dar á la tropa un poco de descanso y tiempo para comer.

A eso de las diez y media el campamento estaba entregado al mayor silencio, salvo algun tiro que sonaba de cuando en cuando que anunciaba alguna nueva victima.

Juan por su parte maldecia la suerte que lo habia llevado al campamento de Antelo, en vez de llevarlo al mismo infierno.

Habia presenciado todo género de torturas, haciéndose el muy grave y muy dolorido para que no le obligaran á tomar parte en ellas.

Y cuando ya se creia libre de ver nuevas, siquiera por aquel dia, tuvo que presenciar una de las mas crueles de aquella noche de muerte.

Tomaba Antelo su vijésimo mate, cuando entró precipitadamente un ayudante y le dijo:

—Señor, señor, entre los prisioneros que traemos viene Robles que á juzgar por su uniforme era capitán del enemigo.

La fisonomia de Antelo se iluminó como por encanto.

Soltó el mate que tenia en la mano y con una inmensa alegría gritó:

—Traigánmelo, traigánmelo para acá.

Quién era aquel prisionero que tanta alegría despertaba en el corazón de aquel Gefé tan cruel?

Hermano no podia ser, puesto que lo habian nombrado con el apellido de Robles.

Seria entonces un amigo querido ó alguna persona á quien debia servicios que se encontraba ahora en situacion de devolver.

Pero la alegría de Antelo era muy diversa á la que podia inspirar un pensamiento noble. Aquella alegría era la del verdugo que vé caer á la victima bajo sus garras.

Era la alegría del hombre miserable que vé llegado el momento de mortificar al ser superior.

Quién era, pues, este tal Robles que tanta alegría despertaba en el ruin espíritu de Antelo?

Robles era un jóven escribano de la Victoria

Jóven de las primeras familias de aquel pueblo y de un espíritu elevado y puro, no estaba de acuerdo con ciertas atrocidades que cometía la justicia de Entre-Ríos, representa da muchas veces por el mismo Antelo.

Con talento y con energía, había atacado duramente por la prensa los desmanes de aquel Gefé, haciendo caer sobre su cabeza el desprecio público.

Antelo entonces no juzgó prudente tomar cuenta á Robles de aquellos ataques y esperó que el tiempo le proporcionara la ocasion de tomar una venganza segura y sin riesgo.

Afliado al partido que seguía á Lopez Jordan, Robles, como toda la juventud entriana siguió su bandera y su credo político hasta el desastre de don Gonzalo.

Capitan de un escuadron, cayó prisionero y herido, por su desgracia, en manos de las fuerzas que mandaba Antelo.

Y amarrado como un ladrón fué traído á su presencia, en medio de los mas soeces insultos de la soldadesca que lo conocia como enemigo de su gefé.

Juan quedó encantado de la presencia y semblante de aquel jóven capitan, que representaba á penas unos treinta años.

Alto y gentil, soberbio y firme, lo desespe rante de su situacion no habia podido abatir la magestad de su frente y su mirada llena de altivez y de inteligencia.

—Pobre mozo, murmuró Juan, completamente ignorante de estos antecedentes, que conoció despues.

Vale mas que haya caido en las manos de un amigo, segun parece, aunque el tal amigo no tiene mucho de humano que digamos!

Cuando Antelo y Robles se encontraron frente á frente, se midieron de arriba abajo con una mirada llena de rencor y ódio por parte del primero y de supremo desprecio por el segundo.

—Por fin caiste en mis manos, compadrito insolente, dijo Antelo, mohino y amenazador, veremos quien te libra ahora de mis manos.

—La suerte de las armas no nos ha sido favorable, contestó Robles con un ademán magnífico—fuimos vencidos por la superioridad de las armas.

Soy un prisionero de guerra, vencido y herido, y no me parece que esto sea motivo para insultarme.

—Te he de insultar y te he de dar una paliza, replicó Antelo irritado por la tranquilidad del jóven.

Aquí no valen las compadradas ni los artículos de diario.

—No hablaba usted así en la Victoria, repuso sonriendo Robles, cuando yo no estaba amarrado y rodeado de soldados.

¿Por qué entónces no me manifestó su ódio y sus deseos de venganza?

Antelo tomó su rebuque y cruzó con varios golpes aquel noble y juvenil semblante.

Juan cerró los ojos fuertemente para no seguir contemplando aquella exena repugnante.

—Cobarde! cobarde! gritó Robles, haciendo un esfuerzo por librarse de sus ligaduras, mientras por su semblante lívido corria la sangre de las heridas abiertas por el látigo.

Miserable! cobarde! añadió.

Desátame tan solo, desátame, á ver si eres capaz de cruzarme el rostro.

—Tomá cobarde, tomá desátame, exclamaba Antelo, golpeando siempre á Robles con su látigo.

Yo te he de hacer desatar, compadrito, pero para hacerte pegar cuatro tiros.

—Venga mil veces la muerte, respondió Robles sonriendo, si ella me ha de librar de un ser tan cobarde y miserable!

Antelo levantó su látigo y dió un último golpe mas terrible que los anteriores en el rostro de Robles.

No pudiendo hacer otra cosa en su defensa y para mostrarle el desprecio que por él sentia, Robles avanzó sobre Antelo todo lo que pudo y le escupió en la cara.

Ante aquella última injuria, mas terrible que las que él habia inferido, Antelo soltó su látigo y gritó á los soldados, mientras se limpiaba la cara.

—Llévenlo, llévenlo y mátenme pronto á ese compadrito.

Cuidado como le vuelva á oír la voz. Escribano Robles fué sacado de allí, muerto.

Uno le daba una puñalada, otro un hachazo, otro un tajo, y otro por fin, á penas habia caido le cortaba la cabeza.

De este modo se vengó Antelo de un mocito cuyo único crimen habia sido echarle en cara, por la prensa de la Victoria, sus avances injustificables, como *justicia* entriana y las crueldades sin límites que habia cometido.

Recien cuando vió la cabeza de Robles separada del cuerpo, se tranquilizó aquel bárbaro, cuya soldadesca, con aquel ejemplo, se entregó á cometer por su cuenta todo género de exesos y de atentados.

Y desgraciadamente no fueron solo estos los hechos que mancharon la victoria de don Gonzalo.

En cada cuartel, en cada cuerpo de guardia, se cometió un hecho análogo.

Ménos cobarde, menos feroz si se quiere, pero igualmente alevoso y sangriento.

La noche y la mañana que siguió á don Gonzalo, fueron de muerte para los prisioneros y sobre todo para los heridos que habian quedado diseminados en el campo de batalla.

Y para que no se diga que exajeramos, vamos á relatar uno de los tantos hechos salvajes que tuvieron lugar:

Recorriendo el campo de batalla, al día siguiente, dos coroneles de los mas caracterizados del ejército, encontraron un armon del enemigo, que con sumo cuidado traian tirando seis ú ocho soldados del ejército nacional.

Sobre aquel armon venia un cuerpo que no podia distinguirse si era el de algun gefe ó algun oficial.

Qué significaba aquella fúnebre comitiva?

Eran unos soldados y un cabo que habian salido de madrugada á recorrer la costa del rio, donde el enemigo habia dejado la mayor parte de su artilleria.

Buscando objetos abandonados, los soldados hallaron un capitan de la artilleria enemiga, que estaba allí recostado en un cañon y quejándose de una manera dolorosa.

Dos de los soldados conocieron en aquel capitan al comandante de dos piezas que habian vomitado un fuego terrible durante la batalla, y que habian sido las últimas en callar.

Lo que probaba que aquel jóven capitan se habia batido como un leon.

Nuestros soldados siempre nobles y respetuosos ante el valor caido, se acercaron al capitan preguntándole con solicitud que tenia.

—Estoy herido en una pierna, contestó el jóven con increíble entereza.

Creo que me la ha deshecho un metrallazo. Efectivamente, fijando en ella la mirada se podia ver la pierna derecha del capitan rota en varias partes.

El frio de la noche y la humedad del rio, habian hinchado aquella pierna de una manera terrible.

—Vamos á llevarlo á nuestro campo, amigo, allí hay médicos y hospital donde podrá usted ser curado.

Si lo dejamos aquí, el sol le vá á podrir la herida y se vá á morir.

—Morir por morir es lo mismo, repuso tristemente el capitan.

Si ustedes me llevan allí, me ván á fusilar ó hacerme algo peor.

Déjenme aquí no mas, que por lo menos moriré tranquilamente.

—Y quién lo vá á fusilar, señor? preguntó el cabo.

En el primer momento no digo que nó, pero pasada la calentura de la pelea nada puede hacerle.

—El hospital está lleno de heridos de usted que nuestros médicos están curando.

—Hagan lo que quieran, respondió el jóven resignándose á su suerte.

De todos modos morir por morir, me es indiferente.

Los soldados pusieron al capitan sobre un

armon, despues de haber hecho en él con sus ponchos y capotes una especie de cama.

Allí colocaron al capitan y despues de haber envuelto la pierna herida con otros ponchos para que no pudiese moverse y hacerlo sufrir, emprendieron la marcha hácia nuestro campo.

Era tal el cuidado y delicadeza con que hacian rodar el armon, que al verlos cualquiera hubiera pensado que aquellos soldados traian herido á su propio gefe ú oficial.

Así y llegando ya al campamento, fueron encontrados por los gefes del ejército que hemos mencionado arriba.

—Haga alto ese convoy! dijo el coronel superior, tratando de mirar la cara del oficial que venia en el armon, creyendo sin duda fuese un oficial del ejército.

—Qué herido llevan ahí con tanto cuidado?

—Es un oficial del enemigo, repuso el cabo, que hemos encontrado en la costa del rio con una pierna rota y lo traemos al hospital porque donde estaba se iba á morir.

El oficial hizo un esfuerzo doloroso para incorporarse.

Y con su semblante pálido por el dolor, pero sonriente, saludó al coronel que habia hablado.

—Y quién les ha mandado á ustedes recoger heridos? preguntó el coronel con enojo.

Siempre se han de meter á lo que no deben! —Yo les dije que me dejaran, contestó tristemente el oficial, que para morir todas las partes son buenas.

Pero se han empeñado en traerme cediendo á su buen corazon y esto es todo.

Perdónelos mi coronel, que con abandonar me nuevamente se habrá remediado el mal,

—Y usted quién es? preguntó el coronel, mirando con encono á aquel pobre herido, cuyo aspecto habia llegado á conmovier á los soldados que lo traian.

—Soy un capitan de la artilleria enemiga, repuso el jóven dolorosamente, pues apenas podia hablar.

Un metrallazo me ha destrozado una pierna y ha quedado allá, al lado de las piezas que tuve el honor de mandar.

—Usted tal vez mandaba las piezas de la derecha, que hicieron fuego hasta el último momento de la batalla?

—Si, mi coronel.

Esas piezas callaron cuando yo caí despues de hacer el último tiro, porque mis artilleros habian huido abandonándome, cuando el fuego de ustedes arreció tanto que empezó á hacernos extraordinarias bajas.

Este sencilló relato habria conmovido á cualquiera.

El valor militar, respetado en todas partes del mundo al estremo de hacer exclamar:

honor al vencido, no sirvió en este caso sino para irritar mas al Coronel.

—Bájlenlo, bájlenlo del cañon, y mátenlo, exclamó dirijiéndose á los soldados.

Tanto éstos como los ayudantes que acompañaban al Gefe, quedaron helados con aquella orden inesperada; al extremo que no se atrevieron á moverse.

Creyeron en el primer momento que el Coronel trataba de experimentar mas el valor del jóven y no se movieron.

—Mi Coronel, dijo el capitán firmemente; soy un oficial herido y rendido; soy prisionero de un ejército regular y no de una tribu de indios.

Tengo delante al gefe del ejército victorioso, del ejército Nacional y no á un cacique de la Pampa.

Creo, pues, que debo ser respetado segun las

leyes de la guerra y no muerto como un perro, por el delito de haber sido vencido.

— No he dicho que lo maten? gritó el coronel, atropellando á los soldados con el caballo.

Mátenlo, mátenlo pronto.

Los soldados miraron aterrados al coronel, y sacaron sus cuchillos, única arma que llevaban, unos, y la bayoneta los demás.

Y apesar de todas sus razones y súplicas, el capitán fué muerto de una manera terrible, á tajos y puñaladas.

Y aquellos gefes, despues de esta hazaña, siguieron recorriendo el campo de batalla, con la mayor indiferencia de este mundo.

No hubo un solo individuo del ejército que no condenara esta muerte, despues que los mismos soldados que la ejecutaron y los ayudantes del coronel la hicieron conocer.

EL COMANDANTE CAMEJO

La mancha mas saltante de la victoria de Don Gonzalo, fué indudablemente el fusilamiento del comandante Camejo, que era uno de los gefes mas dignos del general Lopez Jordan.

El delito de Camejo era formar parte de un ejército que se levantaba contra el Gobierno Nacional.

Harto castigado estaba con sus heridas y con haber sido vencido y prisionero de guerra.

No es esto un delito suficiente para ser pasado por las armas, puesto que no lo fueron ni Sáa ni Rodriguez, rebeldes á la Nacion y á la patria.

Si esto fuera así, en cada combate hubiéramos tenido un Quiñteros, y los habitantes de las Provincias hubieran sido esterminados con Sáa, con el Chacho, en San Ignacio, Naembé y D. Gonzalo.

Lopez Jordan y sus gefes, no eran precisamente rebeldes al Gobierno Nacional.

Ellos se habian levantado con el pueblo entreriano, en Entre Rios mismo, para recuperar sus libertades violadas y sus derechos escarnecidos.

Estos tomaron las armas para combatir al caudillaje entronzado y librar á su provincia de la esclavitud y el servilismo en que habia estado postrada tantos años.

El Gobierno Nacional, porque no convenia á su política y queriendo sostener aquel estado de cosas, intimaba á aquel ejército su rendicion, enviando á su frente otro ejército

superior, bajo pena de declararlos rebeldes, batidos y esterminados.

Lopez Jordan, fiado demasiado en sus fuerzas y sin tener presente su inferioridad en armas, desobedeció al Gobierno Nacional, juzgó su intimacion violenta é injusta y resolvió sostener los derechos de Entre-Rios, con una batalla sangrienta, donde tan pocas esperanzas de triunfo tenia.

Y vino la batalla de don Gonzalo donde triunfó el mas fuerte y el que de mas elementos disponia.

Camejo, como otros muchos que se habian batido desesperadamente hasta el último momento de la batalla, cayó cubierto de heridas entre las tropas nacionales.

Si él hubiera sospechado el fin que le esperaba habria tenido aun tiempo y la suficiente resolucion para hacerse vengar los sesos.

Pero prisionero de un ejército regular, mandado por gefes dignos y bravos, no podia esperar de ellos menos de lo que un prisionero de guerra tiene derecho de esperar.

Respeto y consideracion.

El fusilamiento de Camejo fué un error lamentable del General Gaiña, que obraba en virtud de ordenes recibidas, por lo que precisamente no se le puede culpar de este hecho sin precedente, que fué la mancha negra de aquella victoria.

En el hecho mismo, dadas las condiciones del comandante Camejo, el error que se sufrió al ejecutarlo y las circunstancias en que se llevó á cabo, le dan un carácter de mon-

truoso y fuertemente trájico que subleva la sangre en el corazon mas manso é indiferente.

Narramos el hecho desnudo tal cual sucedió y lo presenciaron gefes y oficiales del ejército. Tomémoslo en los antecedentes que lo motivaron.

En la primer campaña de Entre-Rios, el 71. se habia estraviado del ejército un grupo de quince soldados que á las órdenes de un oficial habia salido en comision de descubierta para bombar al enemigo.

En vano se buscaron por todas partes, en vano se enviaron comisiones de todos lados, ni siquiera se pudo descubrir el rastro de los quince soldados y el oficial.

No habia ya lugar á duda.

O habian caido en poder del enemigo y este lo habia pasado por las armas, ó habian desertado incorporándose á Lopez Jordan.

Y esta última presuncion no era muy desaminada, pues se supo que el oficial perdido era un jóven entre riano, muy práctico en aquellos campos.

Perdida así toda esperanza, no volvieron á ocuparse mas en el ejército del oficial y los quince soldados.

Si estaban en poder del enemigo ya lo sabrian el dia de la batalla, que no debia tardar.

Tres ó cuatro dias despues, marchando el ejército, y al pasar por una pequeña poblacion, supieron lo que habia sido de los quince soldados.

La poblacion abandonada, ofrecia el aspecto mas terrible y desconsolador que pueda imaginarse.

En una casa antigua y derruida, se veian diez ó doce cadáveres mutilados de una manera bárbara, y por cuyas cabezas, desfiguradas por la muerte y algunas piezas de uniformes, fueron reconocidos como pertenecientes á los quince soldados que se estraviaron.

En una ventana y amarrados á la reja, habia dos cuerpos mas, sin la cabeza, que se veian arrojadas á pocas varas de distancia.

Aquellos infelices debian haber sido sometidos á un martirio espantoso.

Los cuerpos habian perdido casi su forma humana, tal era la cantidad y el tamaño de las heridas que habian recibido.

Por sus pechos, se conocia que habian sido lanceados, pues e podia contar en ellos, por lo ménos unas cien heridas de lanza.

Las piernas y los brazos tenian un tajo ó un hachazo cada dos puñgadas, y las mismas cabezas que estaban en el suelo, estaban hechas pedazos á hachazos y golpes dados al parecer con los cabos de los rebenques.

La vista de aquellos cadáveres llenó de indignacion al ejército.

Aquel era un asesinato cobarde y alevoso, perpetrado en quince soldados que habian

caido en poder del enemigo, sin combatir tal vez y cayendo en una emboscada.

Que derecho tenian entónces á ser bien tratados los que hacian la guerra de una manera tan feroz y tan salvaje?

Es verdad que aquello no era mas que una represalia, pero una represalia bárbara y brutal.

Si los gefes nacionales mataban á los prisioneros que caian en su poder, no se podia culpar de ello á los soldados y tomar con ellos tan sangrientas represalias.

Se comprende que el enemigo hiciera pagar las muertes de prisioneros al gefe que las mandó hacer, pero jamás á pobres soldados que tal vez no tenian de ellas el menor conocimiento.

Aquellos quince cadáveres fueron enterrados piadosamente y el ejército siguió su marcha, fuertemente impresionado con aquel espectáculo conmovedor.

El dia de la batalla llegó por fin y el ejército nacional obtuvo su primer victoria sobre Lopez Jordan, victoria que puso término á aquella campaña sangrienta y desastrosa, concluyendo segun se creyó, con la llamada insurreccion de Entre-Rios, sujeto nuevamente al látigo de los caudillos.

Como el oficial que mandaba á los quince soldados mártires no fué hallado entre los cadáveres de estos, se le buscó entre los prisioneros, para averiguar los detalles del suceso.

Tal vez él habria entregado sus soldados pasándose al enemigo, ó tal vez este los habria llevado prefiriendo su muerte á aprov char sus servicios. Pero toda pesquisa fué inutil.

O habria salvado entre los que huyeron, ó habia sido sacrificado en otro paraje de donde se hallaron los cadáveres de los soldados.

Indagando entre los prisioneros que escaparon á la matanza de la batalla, se tuvieron detalles de aquella carniceria.

El oficial y los soldados de que se trataba, habian caido en una emboscada armada en la misma casa donde se encontraron los cadáveres, emboscada formada por dos escuadrones de caballeria lijera.

Por órden del gefe de aquella emboscada, todos los soldados, dos á dos, habian sido amarrados á las rejas de las ventanas y allí los habian lanceado degollándolos despues de muertos, porque los gefes nacionales hacian lo mismo con los prisioneros que tomaban, para escarmiento de los cuales habian dejado los cadáveres insepultos.

El teniente que mandaba aquellos quince soldados, habia sido obligado á presenciar la matanza, para que pudiera darse exacta cuenta del fin que le esperaba.

Sabiendo que el ejército venia cerca, la emboscada tuvo que retirarse, llevando al oficial

prisionero, para sacrificarlo mas tarde y con mayor comodidad.

Y efectivamente, dos dias despues habia sido muerto y degollado á unas cuantas leguas del paraje donde quodaron los cadáveres de sus soldados.

Lo que no podia averiguarse, á pesar de todo género de amenazas, era el nombre del gefe que habia mandado cometer esa atrocidad.

—Nosotros sabemos el hecho con sus detalles, decian los prisioneros, porque lo hemos oido referir, pero ignoramos no solo el nombre del gefe, sino el del cuerpo á que pertenecia la tropa emboscada.

En vano fusilaron algunos prisioneros, no se pudo averiguar nada.

Al siguiente dia, un oficial dijo que él podia decir quien habia mandado fusilar los soldados y el oficial, si le prometian ponerlo en libertad.

Prometer no cuesta y el oficial obtuvo la promesa de que se le dejaria en completa libertad, siempre que revelara el nombre de aquel gefe.

El oficial vendió por su libertad á su compañero de armas.

—El que mandaba esa fuerza, dijo, y orde nó la ejecucion de los soldados primero y del oficial despues, fué el comandante Camejo, en quien el general tenia toda su confianza.

—Y cómo sabe usted que es Camejo? le preguntaron, creyendo que aquel nombre fuera un pretexto bien tomado para ser puesto en libertad.

—Se que fué Camejo porque yo formaba parte de la emboscada, así como tres oficiales mas, uno de los cuales murió á mi lado en la batalla.

—Y por qué hicieron aquella iniquidad, con los soldados rendidos y prisioneros de guerra.

El comandante dijo que era una represalia, porque lo mismo habian hecho ustedes con otros prisioneros nuestros, cosa que debe ser cierta segun lo que yo mismo he visto des pues que caí prisionero.

—Y acaso usted mismo mandó esa ejecucion? le preguntaron.

—No, por cierto, porque la mandó el comandante Camejo en persona.

Si me hubiera ordenado mandarla, no hubiera tenido mas remedio que obedecer.

El oficial no puede discutir las órdenes que recibe.

Aquella delacion, valió su libertad al oficial que la hacia.

Pero sabiéndose en el campamento que entre los prisioneros existia un oficial de los que tomaron parte en aquellas quince ejecuciones infames, le dieron muerte aquella misma noche, sin que se pudiera averiguar quienes

fueron los matadores, en lo que tampoco se puso mucho empeño.

Algunos de los oficiales prisioneros, al ser interrogados, aseguraron que aquello era una infamia ineficible.

—Cuando tuvo lugar aquel triste suceso, añadieron, el comandante Camejo se hallaba á unas cuarenta leguas de alli, organizando el regimiento con que ha peleado ayer.

—No puede ser, puesto que aquel oficial que tomó parte en la matanza, dijo que esa fué ordenada por Camejo en persona.

Los oficiales pidieron ver al delator, y reconocido, dijeron que era un calumniador miserable.

—Es este un mocito que detestaba al comandante Camejo, por una prision que aquel le impusoly que se habrá querido vengar con esta calumnia espantosa.

—Yo he sido oficial del comandante Camejo durante toda la campaña, dijo otro de los prisioneros, y juro por mi honor que lo que ha declarado este oficial es una ruin calumnia.

El comandante Camejo es un caballero y un hombre de honor, que jamás ha cometido un hecho cobarde como él que se le atribuye.

Todas estas protestas eran inútiles, pues ya la calumnia habia echado sus raices en el corazon de los que la escucharon.

Podia ser realmente aquella relacion una calumnia del oficial que la hizo y que tan cara la habia pagado.

Pero tambien los otros oficiales podian ser amigos personales de Camejo, que querian ocultar su delito para no esponerlo al justo castigo de su crimen.

El oficial delator, muerto, no podia probar sus cargos, ni justificarse de lo que contra él decian sus compañeros de armas.

Sin embargo de que ninguna otra vez se alzó para acusar á Camejo, quedó sancionado que éste habia sido el autor de aquellas matanzas.

Se le buscó cuidadosamente entre muertos y prisioneros, pero no se le pudo hallar.

Debía haber salvado con los restos del ejército de Lopez Jordan.

En una lomita del campo de batalla, se encontraron numerosos cadáveres bastante mutilados, de tropa y oficiales, que segun manifestaron los prisioneros, eran aquellos pertenecientes á la tropa que mandaba Camejo.

Debía haber combatido con mucha bravura, cuando sus muertos habian sido tantos.

Concluida la campaña se buscó á Camejo por todo Entre Rios, con el ánimo de entregarlo á la justicia ordinaria, pero inútilmente.

Sin duda habia pasado á territorio oriental con los demás gefes jordanistas que escaparon con vida.

De esta manera quedó sancionado que Ca-

mejo habia sido el autor de aquel crimen verdaderamente salvaje.

Era realmente Camejo el que lo habia cometido?

Despues se ha sabido que no.

Cuando aquel suceso tuvo lugar, Camejo se encontraba muy lejos de alli, como lo habia dicho el oficial que lo defendió, organizando un regimiento, que fué el mas bravo de todos el dia de la batalla.

Conocidos estos antecedentes, volvamos á Don Gonzalo y al incidente que motiva esta capitulo.

El comandante Camejo se habia conducido durante la batalla con una bizarría notable.

Su tropa habia peleado, guiada por él, con increíble bravura, al extremo de ser el cuerpo enemigo que mas bajas tuvo.

Herido desde el principio de la batalla, no desmayó un momento, hasta que al fin cayó, entre sus soldados, con la noble frente partida por una inmensa herida que le tomaba desde el medio del cráneo hasta el entrecejo.

Además, tenia una dolorosa herida que habia recibido en una pierna al principio de la batalla y otras muchas, mas ó menos graves, en la caja del cuerpo y en los brazos.

Bastaba verlo en aquel estado, para comprender como debia haberse batido aquel jóven.

Pronunciada de golpe la Herrota entre las tropas de Lopez Jordan, éstos se pusieron en fuga precipitadamente, sin tener tiempo de le vantarse sus heridos graves.

Ellos caerian entre un ejército regular, y no podia esperarse que fueran mal tratados.

Cuál es el vencedor que no respeta al enemigo herido y prisionero?

La persecucion se hizo tan rápida y tenaz, que sus mismos soldados que se habian detenido para alzarlo, lo tuvieron que abandonar y ponerse en fuga como los demás, aunque ya esta se hacia casi imposible, tal era la tonacidad de la persecucion.

Al ver un gefe tendido en el suelo y rodeado de tantos cadáveres, un grupo de soldados, con un oficial á la cabeza, se acercó á él, y viendo que solo estaba herido, trataron de llevarlo á nuestro campo.

Y con ese respetuoso recogimiento que inspira un gefe herido y caido entre los suyos, el oficial hizo improvisar una camilla de ponchos y fusiles, donde fué colocado.

La herida de la cabeza era superficial.

No habia roto mas que el cuero cabelludo, lo que hacia que el herido conservase su perfecto conocimiento.

Con una entereza asombrosa y dando las gracias á los soldados vencedores, se dejó colocar en la camilla.

A pesar de los dolores que debian producirle

los movimientos que hicieron para levantarlo y colocarlo en la camilla, no se lo oyó profirir la menor queja.

Dos ó tres veces se contrajo su semblante, pero esto fué todo.

Una vez solamente, que los soldados tropezaron y movieron mucho la camilla, dijo.

—Carama que me molestan estos diablos de heridas!

Fueron las únicas palabras que pronunció durante el largo trayecto comprendido entre el campo de batalla y el improvisado hospital de sangre.

El comandante Camejo era un cumplido caballero y una persona educadísima.

Su semblante austero y fuertemente simpático, acusaban un espíritu fuerte, templado en las desgracias de la vida.

Su barba sedosa descansaba elegantemente sobre un pecho varonil y elevado.

Era en su conjunto una hermosa y simpática figura militar.

Su traje, destrozado en la batalla, era compuesto de un pantalón negro con franja de oro, y una blusa sin insignias.

El kepi lo habria llevado alguna bala ó el arma misma que destruyó su frente.

Los médicos y practicantes prendados de su aspecto y de sus modos, le prestaron desde el primer momento una atencion preferente, viendo con pena que entre sus heridas habia algunas que dejaban poca esperanza de salvarlo, sobre todo una bala que habia penetrado bajo la tetilla derecha.

—Mi estado es malo? preguntó sonriendo.

Desearia la franqueza, porque si he de morir me gustaria tomar algunas disposiciones.

Los médicos no quisieron hacerle conocer de pronto la gravedad de su situacion y resolvieron ocultársela hasta no haber perdido las pocas esperanzas que tenian.

—Su estado es grave, le dijeron, pero no desesperante.

Abrigamos buenas esperanzas.

Y despues de la primer cura, bastante dolorosa, se entregó al reposo que harto necesitaba, cayendo en un sopor profundo.

Esa misma noche se supo en el cuartel general, por el parte que pasó el oficial que lo recogió, que un gefe del enemigo habia sido hallado muy herido en el campo de batalla y traído al hospital de sangre.

Como se hicieran tantas ponderaciones del valor y figura de este gefe, el general Gainza, que ya habia recibido por telegrama la noticia de su ascenso, mandó averiguar quién era aquel gefe y el estado de sus heridas.

El ayudante que fué á hacer la averiguacion, vino con una noticia que importaba para el herido un momento mas auguro.

—Es el comandante Camejo, dijo.

En cuanto á sus heridas, dicen los médicos que son terribles y que solamente un gran cuidado y un delicado tratamiento pueden salvarlo de la muerte.

—El comandante Camejo! exclamaron los gefes presentes en el cuartel general.

El comandante Camejo, autor de la horrible matanza de los quince soldados!

Al fin cayó en nuestras manos ese bandido! Y querian muchos de ellos ir á apostrofarlo en su lecho de muerte, lo que impidió Gainza para tratar sobre tablas lo que debía hacerse.

—Es preciso fusilar á ese bandido! dijo uno, aunque mas no sea que para escarmiento de los demás.

Lopez Jordan se nos ha escapado y no tardará en volver á las andadas.

Si no hacemos un ejemplo terrible, podemos irnos ya echando á muertos.

—Es necesario hacerlo lancear inmediatamente, opinó otro.

Que pague de una manera análoga la vida de aquellos quince soldados y aquel oficial que arrancó de una manera tan cobarde.

—El aspecto de ese hombre, se atrevió á observar el ayudante impide creer que sea un bandido.

Tal vez no fuera él, como han dicho otros el autor de aquellas matanzas.

—Silencio señor oficial, dijeron todos los gefes.

Ninguno ha consultado su opinion, para que venga usted á hacer la defensa de semejante bandido.

El oficial guardó silencio y los gefes siguieron tratando la cuestion con un encono fatal para Camejo.

—No se puede curar á un enemigo, decian, que ha hecho carnicerías infames en nuestros soldados.

Es preciso hacerlo fusilar pronto.

El hecho aquel fué alevoso é infame.

La lástima es no tener á todos los que en él tomaron parte para hacer lo mismo,

—Hay que considerar sin embargo, dijo uno de los gefes, que es nuestro prisionero y que está herido.

Despues se le puede juzgar.

—Aquellos quince soldados y aquel oficial eran tambien sus prisioneros y él no lo tuvo en cuenta.

No señor, que se le fusile en el acto.

Aun suponiendo fuera cierto cuanto se habia dicho, el fusilamiento de Camejo en aquellas condiciones venia á ser un crimen.

El vencedor tendria tal vez derecho de entregar al prisionero acusado á los tribunales ordinarios.

Pero siempre mandando levantar un sumario que elevaria al remitir el preso.

Pero no habia una razon que disculpara procedimiento tan ilegal y hasta cierto punto salvaje.

Camejo ante todo era un prisionero herido, cuyo comportamiento en la batalla habia sido notable.

Habia caido, sí, pero habia caido con altura al pié de su bandera, buena ó mala y sosteniendo su causa.

Tenia derecho á esperar del vencedor toda clase de consideraciones y los respetos correspondientes á su rango militar.

El plan de fusilarlo era un plan impio que no adopta ni aún el conquistador extranjero.

Con qué derecho disponian aquellos gefes de una existencia que su mismo honor y la bandera nacional, símbolo de civilizacion salvaguardaba?

El general Gainza fué débil y se dejó impresionar demasiado por la narracion que le hicieron del martirio de los soldados.

No tuvo la suficiente energia para sobreponerse á la situacion y condenar el atentado.

Creyendo obrar bien y en uso de un derecho que nadie tiene, se dejó vencer por los demás gefes, y condenó tambien á aquel Camejo á quien ninguno de ellos conocia y todos apostrofaban.

El gefe que habia defendido al prisionero volvió á alzar su voz enérgica y dijo que si el hecho de que se acusaba á aquel hombre era inicuo, el pasarlo por las armas, sin levantar siquiera un simple sumario era poco noble y decoroso.

—Yo protesto, y lo condeno, concluyó.

Ese hombre está herido y nuestra misma bandera lo protege.

—Ese hombre es un asesino, le replicaron, y debe ser pasado por las armas.

Vencido con el número aunque no por la razon y viendo que nada podia hacer para impedir aquel atentado, el gefe que habia defendido á Camejo se retiró del cuartel general.

Los mismos ayudantes que escuchaban aquella discusion, estaban profundamente conmovidos y cada uno de ellos temblaba de ser él elegido para llevar la órden terrible.

Casi todos ellos conocian al Comandante Camejo por haber hablado con él en el hospital, y habian simpatizado con su noble persona.

No podian creer que el general mandara su ejecucion, sin consultar siquiera á Buenos Aires, aunque aquella consulta habria dado resultado negativo.

Despues de un momento mas de discusion y de vacilaciones de Gainza, este llamó al mas jóven de sus ayudantes, cuyo nombre reservamos aunque ya ha figurado en esta historia como ayudante de este general, y le dijo.

—Vaya usted al hospital y prevenga al Comandante Camejo que al toque de diana esté preparado, porque va á ser pasado por las armas.

El ayudante, profundamente disgustado por la odiosa mision que se le daba, vaciló un momento, como para dar á su general el tiempo de meditar lo que hacia.

—Vaya usted señor ayudante y cumpla lo que se le ha ordenado, agregó el General.

Y llamando á otro ayudante le dió las órdenes necesarias para que aquella ejecucion se cumpliese al toque de diana y tuviera todo un timbre de espanto necesario.

El jóven ayudante llegó al Hospital, en momentos que el Comandante Camejo se entre gaba al reposo, despues de haber resistido con ánimo sereno, los dolores de una segunda cura.

El ayudante se acercó á su lecho y lo tocó suavemente en un hombro.

—Qué hay? preguntó Camejo, todavia me van á curar?

Diablo de heridas que son trabajosas!

El ayudante no atinó á decir una palabra.

Aquel aspecto tranquilo y aquel acento dulce le hacían no saber como habia de empezar á transmitir la órden fatal.

Apercibido Camejo de que el que se habia acercado no era un médico sinó un oficial, se apresuró á preguntar:

—Qué se ofrece amigo? va á marchar acá só el ejército?

—No, Comandante, repuso el jóven bastante turbado, traigo una órden del General en Gefé para transmitirsela.

—Venga la órden, venga la órden, repuso Camejo, presintiendo algo malo por la turbacion del jóven.

Yo soy hombre á quien todo se puede decir, amigo mio, pues me he habituado á no esperar nada bueno para mi en la vida.

Cada momento que transcurre, me sorprende que no me haya sucedido algo malo.

—Es el caso que la órden que traigo no es nada agradable.

Siento en el alma que entre tantos me hayan elegido á mí para comunicarsela.

—Suéltela no mas amigo, que de todas maneras me la ha de dar.

Así sale mas pronto del mal paso y yo sé de lo que se trata.

El ayudante hizo un esfuerzo violento y murmuró con voz apenas inteligible.

—Ordena el general que se prepare para ser pasado por las armas al toque de diana.

El comandante Camejo quedó helado de asombro.

Abrió los ojos desmesuradamente y con una voz severa y doliente dijo al jóven.

—Supongo que usted no vendrá á burlarse de

un hombre herido, porque seria una cobardia, y usted no tiene cara de ser un cobarde.

Por el contrario, creo ver lucir en su mirada los destellos de un noble espíritu.

Por qué manda el general que me fusilen? Es acaso un crimen que se paga con la vida el caer prisionero y herido entre un ejército regular que manda el mismo Ministro de la Guerra?

Yo no sé por qué será, replicó el jóven, pero supongo que la causa es la muerte de quince soldados y un oficial que usted hizo matar en la pasada campaña.

—Mentira! gritó Camejo con un acento que no dejaba lugar á duda sobre la veracidad de su palabra.

Conozco ese hecho porque lo conocí todo el ejército, pero no fui yo el que lo ordené, ni podia serlo, pues en aquellos momentos me hallaba á unas cuarenta leguas del sitio donde se cometió.

—Diga usted al general que si es este el motivo, suspenda la órden porque yo puedo justificarme.

El vencedor puede tener derecho sobre mi vida, puesto que tiene la fuerza, pero no tiene el derecho de arrojar sobre mi nombre puro y humilde, una infamia.

Soy además un prisionero de guerra herido y tienen que respetarme, puesto que no he caído entre los indios.

El Comandante Camejo, profundamente indignado, habia levantado la voz cuanto su debilidad le permitia.

El cirujano del ejército lo sintió y vino á ver que sucedia.

—Se me quiere fusilar despues de infamarme dijo el herido, refiriendo lo que pasaba.

—No puede ser, repuso el cirujano, yo mismo voy á hablar con el General, porque aquí debe haber algun error fácil de destruir.

Y acompañado del ayudante fué á ver al General.

—He dado cumplimento á la órden, dijo segundo, y me ha pedido el Comandante Camejo que le ruegue suspenda la órden, pues él puede probar que no fué el autor de la matanza que se le atribuye.

Las demás razones las calló el ayudante, calculando que con ellas podia irritar mas al General.

—Dígame usted que es inútil que pruebe nada, porque ya todo está probado.

Que se disponga no mas y escriba á su familia, si la tiene, porque á la diana ha de ser fusilado.

—Voy á permitirle una respetuosa observacion, interrumpió el cirujano, por si quiere tomarse en cuenta.

—Hable usted aunque le prevengo que es inútil, si ella tiende á impedir el fusilamiento.

—Quería observar continuó el cirujano, que el fusilamiento es completamente inútil en este caso.

Las heridas que tiene ese joven, son de una gravedad mortal.

Tal vez en Buenos Aires, disponiendo de todos los elementos de la ciencia y con mucho trabajo, podríamos salvarlo.

Pero aquí todo esfuerzo es infructuoso.

Ya he visto que la gangrena se ha declarado en algunas heridas, por lo que puedo asegurar que si ese joven vive pasado mañana no vivirá un día más.

Si es su muerte lo que se quiere, no hay necesidad de fusilarlo, pues no me parece que haya en estos momentos quien la pueda impedir.

—No puedo dejar sin efecto lo ordenado, contestó el General, porque lo que se busca es un escarmiento.

Aunque Camejo muriera esta noche, mañana fusilarían su cadáver.

El cirujano y el ayudante se retiraron tristemente y se dirigieron al hospital.

Ambos querrían ser útiles en el último momento, á aquel hombre tan digno de compasión.

—Amigo mío, le dijeron, todo esfuerzo es infructuoso.

Han decidido fusilarlo y no hay quien se les quite de la cabeza.

No queremos ocultarle la solemnidad del momento, para que usted pueda aprovechar el último minuto de tiempo en ordenar sus cosas y disponer lo que quiera.

—En la seguridad, agregó el ayudante que cualquier cosa que pueda serle agradable me la puede encargar.

Yo le aseguro que será cumplida al pie de la letra, á pesar de todo.

—Gracias mil, mis amigos, repuso Camejo tristemente.

Esta es una cosa inaudita, un crimen sin precedente, contra el cual no hay ninguna defensa.

Me resigno á mi suerte, concluyó.

Con cuatro letras para mi pobre mujer y mis hijos, habré arreglado todos mis asuntos en este mundo.

Pobrecitos! agregó mientras sus ojos se cubrían de lágrimas.

Por ellos defienda yo este pucho de mala vida, que siquiera representaba el miserable pan de cada día.

Fáltíndoles yo, sabe Dios de dónde lo sacarán.

Pobreséros queridos! les era muy necesaria mi vida.

El cirujano, el ayudante y otros heridos próximos á Camejo, se habían conmovido hasta las lágrimas.

Era imposible encontrar una situación tan desesperante y terrible, como la que pasaba entónces aquel joven tan valiente y tan resignado.

—No perdamos tiempo, añadió, pronto, que mis momentos son contados.

Y acando sus lágrimas pareció que volvía hácia los suyos su agitado pensamiento.

Y así pasó un gran rato inmóvil y ensimismado.

Parecía que los hubiera reunido á todos y les dirigiera la palabra.

Su fisonomía tomaba distintas expresiones á cada momento, pues tan pronto se le veía reír como llorar.

Triste cosa es para el que muere, conocer hasta el último momento á qué puede llegar su existencia!

Cuando la muerte viene por una enfermedad contra la cual la ciencia ha sido impotente;

Cuando se han hecho todo género de esfuerzos para escapar á ella, parece que la resignación viniera naturalmente, y el hombre se conformara ante esta terrible ley, la única igual para todos.

Pero cuando la muerte viene por orden y voluntad del hombre mismo, sin otra razón que ser el más fuerte;

Cuando se piensa que á toda hora y á pesar de todo esfuerzo humano, lo han de agarrar y le han de arrancar la vida, porque así lo ha dispuesto un ser superior;

Cuando la muerte podría evitarse con un solo movimiento noble en el corazón del hombre que la decreta, y este movimiento no se produce y se siente escapar la vida de entre las manos, no hay resignación posible en el ser que muere.

La desesperación de la impotencia crece, el deseo de vivir aumenta, en cada átomo se vé una posibilidad de escape, y la muerte se produce en medio de sufrimientos desesperantes.

Si los hombres que mandan matar así á sus semejantes, pudieran asomarse al corazón de un condenado á muerte, no volverían á poner su firma á una orden de matanza.

¿Quién es el hombre para condenar á muerte á su semejante?

Qué derecho tiene sobre la agens existencia?

Este es un derecho insano que el hombre se apoya en la estupidez de su vanidad—y nada más.

Qué diferencia hay entre el asesino que clava un puñal en el pecho, y el militar, ó el juez, ó el funcionario que ordena el asesinato á bala y lo eleva á la categoría de acto de justicia?

Absolutamente ninguna.

Ante Dios y ante toda conciencia humana, los dos serán dos homicidas.

Camejo pensaba tal vez de esta misma manera y su desesperacion se acentuaba cada vez mas en su semblante.

No era seguramente el temor á la muerte lo que la motivaba, pues aquel era un hombre de espíritu fuerte y superior que la habia provocado á cada momento de su vida.

La muerte no puede acobardar á nadie, por que ella es el suceso mas natural de la vida.

Es un hecho fatal é ineludible, que tiene que producirse mas ó menos tarde.

Cuando no hay nada detrás del que muere; Cuando la muerte no importa nada mas que el hecho mismo, se muere tranquilo, porque el espíritu, obedeciendo á su eterna tendencia se eleva, y al que deja la vida piensa en cosas mas grandes.

Pero cuando se tienen hijos pequeños á quienes se deja en la miseria y espuestos al hambre;

Cuando la vida nos hace falta para criarlos y alimentarlos;

Cuando pensamos que no los hemos de ver mas y que si escapan al hambre tal vez no conozcan el sitio de nuestra tumba.

Cuando se muere sin ver siquiera por última vez sus caritas hermosas é infantiles, entonces la muerte viene á ser un tormento superior á la vida misma, á esa vida que tanto amamos no por ella, sino por los seres que la rodean, en quienes hemos velado desde su primer respiro, recibiendo en pago su primer caricia.

Esta era la situacion terrible del comandante Camejo.

Tenia una esposa hermosa y amante.

Tenia hijos pequeños de quienes habia estado separado siempre por la vida militar, é iba á morir sin poder oprimir sobre sus labios aquellas cabezas queridas, cuyo recuerdo amargaba tanto los últimos momentos de vida.

—Yo perdono al general Gainza, dijo de repente, pues harto castigo le dejo con su conciencia.

No quisiera para mí, al precio de cien años de vida, el remordimiento que el recuerdo de mi muerte le brindará como su trago mas amargo.

Señor ayudante, continuó, dirigiéndose al oficial.

Voy á aprovechar su generoso ofrecimiento para pedirle un servicio, único que puede solicitar un hombre que va á morir.

—Cuantos usted quiera, comandante, contestó el jóven, conmovido.

Puede usted pedirme lo que quiera, en la seguridad de que todo lo que esté al alcance de mi mano lo haré con placer verdadero.

—Poca cosa es, continuó Camejo.

Desearia escribir dos cartas, pero siento que no voy á poder porque mis heridas me impiden incorporarame y el brazo derecho me duele

hasta el estremo que á penas podré trazar mi firma.

—Si puedo yo saber lo que usted va á decir, contestó el jóven, puede dictar esas cartas que yo las escribiré.

—Ese es el servicio que queria pedirle.

Lo que voy á decir lo puede escuchar todo el mundo, pues con ello á nadie ofendo ni hay el mal mas insignificante.

Traiga sí lo necesario porque aunque lo que voy á escribir es poco, el tiempo avanza y es preciso aprovechar los momentos que con tanta generosidad se me han concedido.

Y sonrió al decir esto con una amargura suprema.

El ayudante volvió al cuartel general á buscar recado de escribir.

—Y, ya se ha dispuesto? le preguntaron.

—Va á escribir dos cartas, que es lo único que tiene que hacer, repuso, y regresó al hospital.

El comandante Camejo se hallaba ya perfectamente tranquilo.

Habia comprendido que su desesperacion no serviria de nada y que necesitaba de todo el dominio de su espíritu para dictar las últimas dos cartas que firmaria en su vida.

Preparado el ayudante á escribir, meditó un momento y escribió aquellas dos cartas, con el ánimo perfectamente sereno, aunque de sus ojos cayeron algunas lágrimas.

Una de las cartas era para su esposa, y la otra para un amigo en cuyo poder tenia depositada una suma de dinero.

Recordamos algunos párrafos de aquellas cartas, lacónicas, pero profundamente sentidas.

La de la esposa decia así:

«Querida de mi alma.

Cuando recibas esta carta, ya habré rendido mi alma á Dios.

Hemos sido vencidos y mis heridas á penas me permiten dictar esta carta, que haré lo posible por firmar.

Te aseguro que en este momento supremo te tengo tan presente como si estuvieras aquí.

Pobrecita mia—te amo como el primer día que nos vimos y muero bendiciéndote.

Tu nombre querido será el último que pronuncien mis labios.

Confórmate con el destino y consérvate para nuestros hijos á quienes voy á faltarles cuando mas me necesitaban.

Recuérdalos con frecuencia mi nombre y muéstrales mi retrato.

Me da frio al pensar que puedan olvidarme por completo.

Enséñales á rogar por mí y, adió, que solo tengo tiempo para decirte que te amo.

No olvides nunca la senda del honor que has recorrido hasta el presente, y en tus ratos perdidos piensa en mí.

Tienes el espíritu fuerte y sobrellevarás con resignación, como yo, este golpe terrible de la suerte, que os deja en la horfandad y la miseria.

La carta al amigo se limitaba á pedirle en los términos mas sentidos, entregara á su viuda y sus huérfanos la corta suma de dinero que habia depositado en su poder.

A él tambien le decia que moria á consecuencia de heridas recibidas en la batalla.

Por qué ocultarle así la verdadera causa de su muerte?

—Ni él lo dijo, ni el ayudante se lo preguntó.

Tal vez queria ocultar en lo posible que moria fusilado, por la mancha que esto podia arrojar sobre su memoria.

Terminadas las cartas, Camejo hizo un esfuerzo supremo y logró firmarlas.

En seguida el ayudante les puso sobre y Camejo en un último y doloroso esfuerzo logró rotularlas.

—Ahora estoy dispuesto á morir, dijo, puede usted avisarlo al general.

Guarde esas cartas, ocúltelas, porque tal vez quisieran impedir que llegaran á su destino.

—Doy mi palabra de honor que ellas serán entregadas en propia mano, contestó el ayudante. A este respecto puede estar tranquilo.

—Gracias, amigo mio.

Me ha prestado usted un servicio que le agradezco con toda la efusion de mi alma.

—Eso no vale nada, comandante, bien sabe Dios que desearia poderle prestar otro mejor.

Cumplido este deber de familia, no quiere cumplir algun deber de espíritu?

Quiere que lo haga venir al capellan del ejército?

—Muchas gracias, de nada tengo que arrepentirme.

—No lo digo por eso, se apresuró á contestar el ayudante.

En su situacion no está demás cambiar ideas con un hombre justo y bueno.

Esto fortalece el espíritu y distrae mucho.

—Dígame que venga, contestó sonriendo Camejo.

No quiero que se diga que soy caprichoso y que no cumplo como buen cristiano.

El jóven ayudante guardó las cartas en el seno de su casaca y fué á ver al capellan que no tardó en venir á cumplir aquel triste deber de su ministerio.

En seguida se fué al cuartel general, á dar cuenta de que habia terminado.

—Y se dispuso ya ese bandido? le preguntaron.

Ya se nota algun movimiento en el campo y no van á tardar en echar diana.

—Creo que sí, contestó el oficial.

Ha tomado ya todas sus disposiciones y en este momento conversa con el capellan.

—Puede ser que Dios le toque en el corazon y confiese su crimen.

En aquel momento sonó un largo toque de atencion, seguido de la señal de diana que se daba en el detall.

El comandante Camejo se estremeció de una manera poderosa y clavó los ojos en la entrada de la capera.

El toque de diana fué repetido en todos los cuerpas y un momento despues el campanazo se ponía de pié, despertado por el alegre ruido de las cornetas y tambores.

Ya no tendrian que emprender aquellas fatigosas marchas en persecucion del enemigo lo que motivaba la alegría especial de aquella mañana.

Camejo, hablando siempre con el sacerdote, esperaba en una ansiedad febril.

Se habrian arrepentido del crimen que iban á cometer, ó la ejecucion se llevaria á cabo despues de la lista?

—Se me acerca mi momento amargo, padre, dijo.

Es justo morir así, por el capricho de un hombre y pagando ajenas faltas!

Dios que dá la vida á sus criaturas, no debia permitir que se les arrancara así invadiendo una de sus mas grandes facultades,

—Paciencia y resignacion, hijo mio, respondió el sacerdote dulcemente.

Los martirios que se sufren en esta vida, tienen su compensacion en la vida eterna, donde no alcanzan las miserias humanas.

—Pero desde la eternidad, replicaba Camejo, no se pueden atender las necesidades de los hijos ni estrecharlos sobre el corazon.

Tal vez les vea sufrir desde allí, sin poder mitigar sus penas.

—Dios es la suprema sabiduria, hijo mio, y todo lo dispuesto por él es grande y sabio.

El sabe por que quita la vida como sabe porque la dá.

El que gobierna hasta los átomos con leyes inmutables, no abandona jamás á sus criaturas.

Y sus hijos vivirán bajo el mas grande de los apoyos: el amparo de Dios.

Es preciso entonces tener resignacion, hijo mio, pues nada se mueve en el mundo sin la voluntad del Creador.

Conformidad, conformidad, hijo mio, levanta tu espíritu al Creador para afrontar la muerte con corazon fuerte y ánimo sereno.

—La tengo padre y moriré sin soberbia, pero sin doblez.

La muerte no puede causarme horror ni asombro.

La he visto cruzar muchas veces delante de mí, y hace ya mucha horas que siento sus manos descarnadas haciendo presa de mí.

Ya le he manifestado padre mio que no es la muerte la que me impone.

Es lo que dejo atrás de mí, sin porvenir y sin amparo.

Es mi muger, son mis hijos.

—Dios velará sobre ellos, y tu mismo desde el cielo, yo te lo aseguro.

Las desventuras de la vida tienen su compensación.

La vida, sin esto sería una obra maldita y Dios hijo mío no puede hacer nada que no esté basado en la mas estricta justicia y equidad.

Cómo es posible que viniéramos á la vida para sufrir y llorar, sin mas aliciente sin mas esperanza que la muerte que nos libra de ella?

Entónces el bueno y el justo tendrían el mismo fin que el malvado.

Y esto no puede ser.

Hay algo mas allá de la atmósfera en que vivimos, y este algo es el premio que guarda Dios para el que supo marchar en la vida por la senda de la virtud y del deber.

Camejo escuchaba estasiado la santa palabra de aquel sacerdote, que bajaba á su corazón como un bálsamo consolador.

Iba á contestar tal vez agradeciendo aquel inesperado consuelo en su momento mas amargo, cuando apareció en la carpa un piquete del 7º de infantería de línea.

—¿El comandante Camejo? preguntó lacónico y brusco el oficial, que lo mandaba.

—Yo soy, contestó este, con una sonrisa de suprema angustia.

—De órden del General, agregó el oficial, sígame usted.

—De buena gana lo haría, replicó Camejo sonriendo siempre, para salir pronto de esta situación penosa, pero no puedo moverme.

Tengo ocho heridas pero no sé como no me ha muerto ya la mas leve.

El oficial pareció reflexionar un momento.

En seguida mandó al piquete descansar las armas y se alejó, sin duda en busca de instrucciones.

Camejo habia notado todos los toques que se sucedieron á la diurna, hasta el de *parte*, pero no oyó tocar retirada.

Sin duda el ejército permanecía formado para presenciar su ejecución.

Y no se engañaba en esto, pues solo se esperaba su fusilamiento para tocar retirada.

Poco tardó en regresar el oficial comandante del piquete.

—Si usted no puede seguirme, dijo á Camejo, hay órden de hacerlo conducir por mis soldados.

—Entonces es distinto, concluyó Camejo, sin abatir de sus lábios la sonrisa que habia mostrado en ellos desde el principio.

—Estoy á su completa disposición, pues mientras mas ligero andemos será mejor.

Y se incorporó débilmente en la cama.

El oficial eligió del piquete dos soldados y se dirigió á donde estaba Camejo.

—Ruego á usted que en vez de dos traiga cuatro, dijo.

Mis heridas son muy dolorosas y así sufriré ménos.

El oficial, sin responder una sola palabra eligió dos soldados mas y ayudó á Camejo á incorporarse.

—Un poco de suavidad, hijos míos, dijo entonces el sacerdote, pues creo que no habrá ningún objeto en hacer sufrir este hombre.

El oficial, sin responder una palabra, como siempre, recomendó á los soldados la mayor delicadeza, y empezó aquella triste marcha al patíbulo.

—Porqué no se pone usted el kepí y la blusa? preguntó el oficial, viendo que el Comandante estaba en mangas de camisa.

—Es inútil, contestó este.

Todos los trajes son buenos para morir.

Así siquiera verán donde han pegado las balas.

Con un inmenso trabajo, por la lentitud de la marcha, fué sacado Camejo de la carpa.

A unos quince pasos de ésta estaba el ejército formando una gran ala.

Camejo fué conducido hasta el centro, donde formaba cuadro el batallón 7º de línea, nombrado para la ejecución.

Inútil fué toda tentativa para hacerlo arrodillar.

Si los soldados que lo sostenían lo hubieran soltado, seguramente habria caído al suelo.

Fué preciso sostenerlo para ejecutar el acto de una manera regular y que guardara las formas.

Camejo tendió una mirada firme y serena por aquella larga línea que recorrió cuerpo por cuerpo.

En aquel momento el noble coronel la Concha, tipo modelo de hidalguía y nobleza, se retiró de la línea con pretexto de enfermedad.

Sin duda no podia resistir aquel espectáculo salvaje.

Camejo en aquel momento, como recordando algo que habia olvidado, sacó del bolsillo una cantidad de onzas de oro que llevaba y las entregó al sargento que marchaba á su derecha.

—Este dinero, que es el único que poseo es para que se reparta entre los soldados del piquete que me ha conducido hasta aquí.

Y como el sargento se negara á tomarlas, Camejo las entregó al sacerdote, con igual objeto.

Llegado que hubo al centro del cuadro que formaba el 7º, los tiradores se colocaron al frente, con su correspondiente reserva y al mando siempre del oficial que fué á buscarlo.

Camejo buscó entonces con la suya la mirada del sacerdote y alzando los ojos al cielo, levantó su plegaria con el nombre de sus hijos.

El oficial que habia hecho ya las señales de preparar y apuntar, mandó hacer fuego.

Y las cuatro balas se alojaron en el pecho del comandante Camejo, viéndose marcados sobre la camisa, los cuatro agujeros sangrientos.

Cosa estraña!

Aquel hombre que tenia ya en el cuerpo cuatro heridas, de las cuales dos eran mortales, segun el mismo cirujano del ejército, no rindió la vida con aquella primera descarga.

Miró á los tiradores, en seguida volvió á buscar la mirada del sacerdote y levantó de nuevo la vista al cielo.

El que dade de la exactitud de lo que nar- ramos, puede preguntarlo á los oficiales del 7°.

Muchos de ellos recordarán todavia aquel triste episodio.

Tocó, pues, su turno á los tiradores de reserva, que ocuparon el lugar de los primeros, á cinco pasos de distancia de aquel hombre de vida tan difiicil de arrancar.

Sonó una nueva descarga y otros cuatro agujeros, tan sangrientos como los anteriores, se pintaron sobre la camisa del Comandante Camejo.

Al recibir las nuevas heridas, su cuerpo se estremeció de una manera poderosa, volvió hácia atrás la cabeza y abandonado por los soldados que lo sostenian, cayó de boca para no levantarse mas.

Para no levantarse mas?

Dos segundos despues de haber caido apoyó la mano derecha en el suelo y levantó de

nuevo la gentil cabeza, iluminada por una expresion de fiera magnífica.

Y envolvió al batallon 7° en una mirada de terrible desprecio.

Parecia decirles: aún no he muerto! cuatro balas mas y concluyamos.

Qué exhuberancia inmensa de vida!

Un cabo se acercó entonces á Camejo, y poniéndole la boca del rifle en la parte posterior del cráneo, le descerrajó el tiro de gracia, haciéndole volar los sesos.

No por esto Camejo dobló de golpe la cabeza. Ella se fué inclinando poco á poco hasta que la cara tocó el suelo.

Parecia que aún despues de muerto hubiera querido dar una prueba de la fortaleza soberbia de su espíritu.

El 7° desfiló en seguida por delante de aquel cadáver tan digno de respeto, y recien entonces se tocó retirada.

Así terminó esta tragedia que empañó el triunfo de Don Gonzalo.

Al narrarla no queremos culpar á nadie.

Aquella ejecucion fué hja de un error lamentable y nada mas.

Nosotros hemos hablado con el autor de la matanza de que se hizo responsable á Camejo, así es que su inocencia nos consta perfectamente.

Y este error enseñará que jamás se debe lanzar una condena de muerte, sin la formacion de un sumario que ponga los hechos en una evidencia tan clara como la luz misma.

Pero dejemos estos comentarios y sigamos á Juan Sin Patria en su via crucis que parecia no terminaria nunca.

En ella encontraremos nuevos dramas militares que agregar á los ya narrados.

LA FAMILIA DEL PARIÁ

Juan curó de su herida intencional pocos dias despues, regresando con el ejército al Paraná.

Las exenas que hemos narrado lo habian impresionado profundamente.

Cada dia que pasaba contemplaba algun nuevo horror ó algun hecho cobarde que lo llenaba de indignacion, indignacion mas penosa, cuanto no podia manifestarse.

Los dispersos del enemigo temiendo caer en las garras de los regimientos que los perseguian porque sabian que serian deg llados sin remedio, se presentaban al cuartel general para que el gefe del ejército dispusiera de ellos.

Esto dió lugar á varias exenas de sangre y hechos brutales, mas infames todavia, porque se cometian con dispersos del enemigo que venian á presentarse buscando un amparo en el pabellon nacional.

Recordamos entre otros á un doctor Caminos, estimable jóven del Rosario, que fué destinado al servicio de las armas en el batallon 7° de línea, porque habia sido secretario del general Carmelo Campos, de quien era amigo íntimo.

Felizmente para Caminos, el 7° era mandado entonces por el comandante Freyre, con quien le ligaba una estrecha y antigua amis-

dad, gracias á lo que pudo escapar de ser tratado como soldado rebelde, la mayor parte de los cuales vivian en mortífera prision, bajo el sable de los sargentos y el azote de los cabos.

El distinguido mayor Martinez, del primero de caballeria hoy, estuvo en capilla para ser fusilado, salvando de la muerte por un verdadero milagro.

Esto bravo y noble oficial habia pertenecido anteriormente al 9 de línea, pidiendo su baja absoluta, por motivos especiales y yéndose á vivir á la Concordia.

Habia alcanzado el grado de capitán, y por las nobles condiciones de su carácter habia conquistado la estimacion y aprecio de cuanto jefe lo habia tratado.

Su separacion del 9 y del ejército fué verdaderamente sentida por todos sus compañeros. El mismo Ministro de la Guerra entonces, le pidió que no insistiera en la solicitud de su baja.

Pero el capitán Martinez tenia motivos de profundo resentimiento, é insistió en solicitar su baja, hasta que esta le fué acordada.

Los sucesos de Lopez Jordan lo tomaron en la Concordia un año y medio despues, siendo comisario de Policia, y se vió obligado á seguir su bandera, por circunstancias especiales, en un regimiento que se organizó en aquel punto.

Disperso de don Gonzalo, se presentó tambien en el Paraná para librarse de persecuciones, y tuvo la noble franqueza de hacerse conocer.

Esta franqueza hubo de costarle cara, pues precisamente por ser un antiguo oficial del ejército, fué remitido preso á uno de los cuerpas, con la prevencion de que se preparara porque seria fusilado.

Y lo hubiera sido seguramente, á no haber sido por los oficiales del ejército, sus viejos camaradas y compañeros de armas que se pusieron en campaña para salvarlo.

Y tanto hicieron y tanto trabajaron, que por fin lograron su libertad despues de dos negativas formales.

Es que todos los gefes del ejército habian secundado sin descanso la iniciativa del capitán Lagos.

A esto se debe que el 1º de caballeria cuenta hoy con un oficial tan brillante como el mayor Martinez, que poco despues de aquellos sucesos volvió á pedir su alta en el ejército.

Juan Sin Patria contemplaba todos estos martirios esperando que llegara su turno.

—Tal vez despues de esta campaña, se atrevia á pensar á veces, me dén la baja y pueda entonces saber con seguridad que ha sido de los míos.

El ejército ha sido remontado con numerosos prisioneros, destinados por cuatro años que se volverán cuarenta y los soldados no somos ya tan necesarios.

Ya he sufrido todo lo que un hombre puede sufrir y tal vez Dios quiera apiadarse de mí.

Y pensaba en lo crecidos que estarian sus hijos, si hubieran escapado á la miseria y al hambre.

En diez años que habian transcurrido, su mujer estaria vieja, porque los padecimientos envejecen mas que los años.

Otras veces volvia su pensamiento á la noble Marta y una nube de lágrimas empañaba sus ojos.

La situacion de su corazón era verdaderamente terrible, por la lucha que tenia que mantener con estos distintos afectos.

O renunciaba á Marta, ó renunciaba á su mujer y á sus hijos.

—Ah! los hombres, los hombres! exclamaba entonces.

Ni con mil vidas me pagan lo que he sufrido!

Los meses iban pasando con terrible lentitud sin que se trasluciera en el jefe la humana intencion de dar de baja á uno solo de sus soldados.

Juan Sin Patria no queria hacer al respecto la menor indicacion.

Sabia por experiencia que esto podia costarle caro y no era tan tonto para esponerse á sufrir algun castigo duro, sin lograr su objeto.

—Mas bien cuando vamos á Buenos Aires me aconsejaré de alguno, pensaba, y le rogare se empeñe por mí.

Los soldados no tenemos el derecho de quejarnos, ni de pedir, ni de nada.

Paciencia, pues, que algun dia concluirá esto.

En aquellos dias cuatro soldados cometieron la inocentada de desertar, siendo desgraciados en la empresa.

Sentidos por el cuerpo de guardia fueron puestos en las estacas, de donde se les sacó á la diana para ser fusilados.

Habian permanecido estacados tres horas, de modo que cuando los sacaron para pasarlos por las armas, solo uno estaba vivo.

Los demás no habian podido resistir al horrible tormento.

Asi mismo y para escarmiento de los demás, se ataron los cadáveres contra la pared y se les pasaron por las armas.

Juan que estas cosas veia, no se atrevia siquiera á pensar en la desercion, como medio de escapar á sus martirios.

—He sufrido diez años resignadamente, y no los voy á comprometer por un resultado dudoso.

El regimiento permaneció en el Paraná du-

rante siete meses, en los cuales el capitán no perdió una sola oportunidad de demostrar á Juan Sin Patria, el ódio profundo que le ena.

Las mas leves é involuntarias faltas eran castigadas de un modo brutal, llegando la maldad hasta disminuirle sus alimentos.

—Y si Marta no vuelve al cuerpo, le dijo, tanto te he de mortificar que concluiré por matarte.

—Pero señor, exclamaba Juan, ¿qué culpa tengo yo de que se haya quedado?

—Tienes la culpa porque tú le has mandado que se quede por temor á mí.

Y decia esto sin ocultar los designios que sobre Marta tenia.

Juan, dispuesto á arrostrar la muerte misma, sufría y callaba sin que de sus labios se escapara jamás la mas débil queja.

Sus compañeros se asombraban todos de aquella inmovible fuerza de voluntad, y le preguntaban si acaso era insensible á todo maltrato que nunca se quejaba.

—Y qué voy á ganar con quejarme? respondia.

Si así fuera á remediar mi mal, hace diez años que me estaria enojando.

Pero ya sé yo que detrás de las quejas vienen las estacas y basta con una vez.

Aún me duele mi pierna para que olvide tan pronto lo que vale una estaqueadura.

Por aquellos tiempos estalló en Buenos Aires el movimiento que selló con sangre el gobierno vandálico de Avellaneda, gobierno cuyos seis años vergonzosos empezaron y terminaron empapados en sangre argentina.

Buenos Aires dividido en dos bandos que encabezaban dos porteños, tomaba las armas para dirimir sus contiendas políticas en combate franco y leal.

No se trataba el 74 de conquistar una provincia argentina, sino de hacer triunfar una opinion y un principio.

La ciudad no estaba amenazada de un bombardeo y nuestras damas no corrían peligro de ser macheteadas en los átrios de los templos.

Se dió una batalla sangrienta y el partido vencedor subió al poder, respetando al vencido con quien se reconciliaba mas tarde.

Esta es la diferencia del movimiento del 74 y la vergüenza de 1880.

El primero importaba solo una derrota, como el segundo importó la pérdida de todas las libertades ensangrentadas en treinta años de lucha, y la eliminacion en el mapa argentino de las dos provincias mas heroicas—Buenos Aires y Corrientes, conquistadas hoy por los mercenarios de tierra adentro.

Juan Sin Patria vino con su regimiento á aumentar las fuerzas que permanecian fieles al gobierno.

Con qué placer infinito recibió la noticia de su vuelta á Buenos Aires!

—Los ejércitos han salido á campaña por el lado del Oeste, habia oido decir.

Y esto importaba para él tener noticias de Marta primero, y de su mujer y sus hijos despues.

Escondió este placer en el fondo de su corazon, como si se tratara de un bien robado, y hasta mostró cierto disgusto en los preparativos de marcha.

Tenia miedo que la venganza de los hombres viniera á turbárselo.

Y el pobre Juan no se equivocó en sus tristes pensamientos.

Apenas pisó tierra porteña, el capitán lo mandó al cuerpo de guardia con órden de no perderlo de vista.

Quería evitar por este medio que los amantes se hablaran y se burlaran á causa de la mala pasada que le habian jugado.

Así, si Marta intentaba verse con Juan, él lo sabria á tiempo y podria vengarse de ellos con toda la saña que guardaba en su corazon.

Pero durante las pocas horas que demoraron en Buenos Aires. Marta no pareció por el cuartel.

O ignoraba la llegada del regimiento ó se encontraba ausente de la ciudad, únicas causas que podian haberla impedido venir, si es que no habia muerto.

La misma noche que llegaron se pusieron en marcha hácia Mercedes, donde se organizaba el ejército del Gobierno á gran prisa, y su órden de prision fué levantada.

Juan encontró en Mercedes á muchos conocidos de su pago, teniendo que dar datos muy minuciosos para que lo reconocieran.

Aquellos diez años de lucha entre la vida y la muerte lo habian desfigurado por completo.

Estos amigos que venian en el contingente de Moron, le dieron datos tristísimos respecto á su familia.

Tanto su hermana como su madre, su mujer, sus hijos y su hermano, habian abandonado el pueblo de Moron, como lo recordará el lector, al dia siguiente del saqueo, para librarse de las nuevas persecuciones del Comandante militar y el Juez de Paz que defendia á éste de todas maneras.

—Y á que pago fueron á pedir amparo? preguntó Juan con los ojos velados por las lágrimas.

Qué habia sido de esos infelices, huyendo de la justicia como si fueran unos criminales?

—Quién sabe amigo, le respondieron nosotros no hemos vuído á saber de ellos desde que dejaron el pago, por lo que calculamos que habrán ido muy lejos, por el lado de la sierra.

Los paisanos sabian algo, pero lo ocultaban á Juan Sin Patria, temiendo que este, arrastrado por la desesperacion, cometiera algun atentado contra su misma persona.

Ellos sabian por ejemplo, porque en el campo todo se sabe, que la madre de Juan habia muerto al mes de los sucesos que narramos al principio, no pudiendo resistir á tanta desgracia y á los golpes terribles que le dieron esa noche y la siguiente.

La pobre habia muerto sin saber nada de sus dos hijos, sobre todo de Juan, caido en las garras de la justicia.

Y uno de los hijos de Juan, el mas hermoso de los dos, habia muerto de hambre, por que su mujer, en medio de su miseria no los habia podido alimentar bien.

Al principio habian vivido en Matanzas, donde se les juntó Pedro y los tres se ausentaron para el lado de Barracas, pues Pedro habia encontrado un buen acomodo en los corrales.

Sabe Dios que rumbo habian seguido, pues de esto hacia entonces la friolera de siete años.

Juan estaba desesperado de no poder lograr una sola noticia desu familia.

—Por supuesto, volvió á preguntar esperando hallar algun consuelo, por supuesto que antes de irse venderian la hacienda de mi padre para tener algun dinero con que ayudarse en pago ageno?

—Creo que lo pensaron, respondió el mas franco de aquellos paisanos, pero no lo pudieron lograr.

Gracias que pudieron escapar en lo montado y arriando una puntita de yeguas.

—Entonces nuestros animales estarán en depósito en alguna parte ó los cuidarán en nuestro mismo campo?

—No sea inocente amigo, contestó el paisano que habia hablado anteriormente.

De sus haciendas no existirán á la fecha ni los nietos!

Como no podian venderla asi no mas, por las dificultades de la marca, las han ido carneando poco á poco, en sociedad con los proveedores y para dar de comer por cuenta del Gobierno, á los contingentes que pasaban por allí para el Paraguay.

Y como estos contingentes pasaban casi todos los dias para tomar el vapor en Buenos Aires, muy pronto dieron fin con cuanto habia.

Los caballos se los vendieron tambien al Gobierno, no se anda con muchos escrúpulos para voltearles la oreja á los pátrios, aprovechando un apuro en que se apropiaban hasta los caballos de las volantas particulares.

—Pero quién hizo todas esas ventas? preguntó Juan llorando de rabia y desconsuelo.

—Quién habia de ser! contestó el paisano, de un modo picaresco.

El mismo que entregó su libertad y su cuero á las tropas de línea, y el mismo que hizo cuerear á su padre y á su cuñado.

—Ah! maldito ladrón! exclamó Juan, dándose de golpes en la cabeza hasta hacerse sangre.

Y vive ese hombre todavia?

Ne lo ha castigado Dios?

Ah! mi venganza mi venganza!

Creo que el dia que pueda tener bajo el pié sus entrañas humeantes, todavia he de poder ser feliz!

Si para algo sufro con paciencia mis dolores y ansio mi libertad es para vengarme de una manera cruel.

En las tropas de línea se aprende todo, y tanto he visto yo, que he aprendido de que manera se martiriza á un hombre antes de arrancarle la vida.

Dios lo libre de mi venganza, porque para ser mas cruel, he de esprimir en ella todo el rencor que ha filtrado en mi corazon estos diez años de eterna tortura.

—El comandante aquel, respondió el paisano, hace lo ménos ocho años que no está en Moron.

Con el último de sus animales que vendió, realizó tambien lo que él tenia y se largó á la ciudad sin que por suerte para el partido se haya vuelto á saber de él.

Con sus ranchos hicieron fuego los milicos, de modo que donde fué su casa no existe mas que el campo pelado y eso porque no han podido llevarse la tierra, que sinó, ni siquiera esa existiria.

—No vuelva á su pago amigo, continuó el paisano al cabo de un momento, es un consejo que le doy de corazon, porque siempre ha de haber tiempo para morir de rábica como un perro.

Juan dejó caer sobre el pecho su mutilada cabeza y se entregó por completo á su inmensa desventura.

Ya nada le quedaba sobre la tierra, ni siquiera la esperanza de vengarse.

De qué le serviria entónces el empeño con que habia tratado de conservar la vida, si ésta no le servia sinó para brindarle una nueva desgracia cada dia que transcurria?

—No importa! exclamó de pronto.

He de pelear por ella hasta el último aliento.

Talvez algun dia esperimente algun consuelo entre los brazos de los míos!

Las malas noticias corren prontó y si hubieran muerto, ya lo sabrian ustedes.

Nada saben todavia?

Entónces es una señal de que aún viven.

Los paisanos resolvieron entónces ocultar mas que nunca la noticia de las muertes que hemos referido mas arriba.

Quando mas alimentaba la esperanza de

ver á los suyos, hubiera sido un golpe tal vez de muerte decirle que la madre y uno de los hijos habian muerto hacia ya tantos años.

—Que lo sepa cuando Dios quiera, dijeron, y no por nuestra boca.

Cargue otro con el remordimiento del efecto que cause en Juan, la revelacion de una noticia tan triste.

—Y á usted amigo, como lo ha tratado la suerte en tantos años?

Qué ha sido de su vida que no ha mandado una triste noticia para hacernos saber si quiera que todavia era ánima de este mundo?

—Cómo quiere que me haya ido? peor que raton caido entre gatos.

Cada uno me ha querido dar su *peinada* y su mordizcon tambien antes de matarme, al extremo que yo mismo miro mi vida como un milagro.

Pero alimentando la esperanza de volver á ver á los mios, todo lo he sufrido y lo sufriré hasta que Dios se sirva disponer de mí.

Es esto por lo único que tengo algun apego á la vida, de otro modo no daria por conserarla el mas miserable moquete.

Ahora mi esperanza la disminuido mucho, desde que sé lo que ha pasado.

La miseria y el hambre son amigos muy traicioneros.

Quiera Dios que no hayan dado cuenta de la vida de mis hijos!

Los dias que Juan pasó en Mercedes cerca de aquellos amigos, estubo mas distraido, hablando con ellos de su pago, de su existencia pasada allá en medio de tanta felicidad, y de la infamia cometida con él.

Pero cuando tuvo que separarse de ellos para seguir la marcha en direccion al Braga do, el pobre cayó en una melancolia profunda.

No podia apartar de su imaginacion su hogar destruido, su hacienda saqueada, y todos los séres queridos que habian sobrevivido á tanta infamia, rodando por el campo á la ventura de Dios, y llenos de necesidades y miserias.

La melancolia en que habia caido le hacia cometer mil faltas en el servicio, lo que le valia frecuentes castigos y los peores tratamientos.

Aquella campaña de dos meses, pero de dos meses terribles, fué tan corta como penosa.

A pesar de ser los meses de Octubre y Noviembre, llovía continuamente como en el rigor del invierno, al extremo que el 1º de Diciembre cayó la helada mas famosa de aquel año.

La salud de Juan empezó á resentirse y se volvió tan enfermizo, que era rara la semana que no pasaba parte de enfermo.

Y lo estaba realmente al extremo de tener

que mandarlo al hospital que se habia improvisado en la reserva.

La salud perdida pudo mas que su paciencia y resignacion de diez años.

Los gefes empezaron á preocuparse poco de aquel soldado inútil, al extremo de olvidarse de mandar por él al hospital y dejarlo allí como cosa completamente inútil.

Pero si Juan se habia librado de sus gefes, gracias á su enfermedad, no se habia librado por esto de la garra del ejército de línea, que no suelta así no mas la presa que hace una vez.

Sus servicios fueron utilizados por lo pronto en el hospital mismo, mientras el gefe del ejército disponia del aquel soldado inservible.

Aquella campaña terminó por fin en Junin, donde quedó Juan Sin Patria unos dias, en el hospital del ejército allí establecido.

Disuelto el ejército vencido, los cuerpos empezaron á venir á Buenos Aires, para tomar allí cada uno la direccion de su destino.

La buena vida comparativamente, empezó á aliviar de sus dolencias á Juan Sin Patria, cuyo espíritu se habia levantado al impulso de una nueva esperanza menos remota que á la que hasta entonces habia concebido.

Un oficial de la Guardia Nacional á quien en el hospital contó parte de su existencia miserable, le prometió hacerle diligencias para conseguirle su baja.

—No me la darán, contestó Juan, porque el gefe va á informar mal, aunque no le sirvo para nada, y me reclamará.

Si me han abandonado es porque creen que he muerto.

De otro modo ya me habrian mandado buscar.

Me ódian mucho sin que yo les haya hecho el menor mal, y no me han de soltar mientras me vean con vida.

—Si te la han de dar, contestó el jóven, porque se pueden tocar para ello recursos que tú ignoras.

Yo te prometo que poco tiempo despues de estar en Buenos Aires, yo te habré conseguido tu baja, que remitiré á tu gefe por conducto seguro.

—La romperé y no me la daré, contestó Juan tristemente.

No es la primer vez que he visto hacer lo mismo con la baja de otros compañeros.

—Se la darán amigo mio, fie en mi promesa y espere dias mejores.

—Yo podria haberme desertado ya de aquí, porque la vigilancia es poca.

Pero á donde irá el buey que no are? No tardarian en tomarme y entonces si, no me libraba de cuatro tiros.

—No desertes, no desertes, que despues de

tanto sufrir, echarias á perder tu causa por haber ganado un par de meses.

Yo te garanto que antes de dos meses estarás en libertad, y con una baja en regla.

Juan desde entonces no volvió á saber nada mas de aquel joven guardia nacional.

— Habrá olvidado su promesa ó no habrá obtenido resultado alguno, se dijo.

Su gefe, como lo habia previsto, lo reclamó y Juan tuvo que incorporarse á su regimiento.

Al pasar por Moron, pidió licencia para informarse de su familia, licencia que le fué negada sobre tablas.

En Buenos Aires vino á saber por un viejo paisano de Moron, lo que le habian ocultado los otros paisanos en Mercedes, con algo mas que aquellos ignoraban.

Sus dos hijos habian muerto de miseria, poco tiempo despues que su buena madre.

Nadie sabia lo que habia sido de su mujer y de su hermana.

Tampoco se sabia lo que podia haber sido de Pedro.

Juan recibió esta noticia con aparente indiferencia.

La continuidad del sufrimiento habia muerto en su semblante toda manifestacion de dolor, porque habitualmente estaba bañado de una expresion de agonía inmensa.

Sin embargo el golpe fué terrible.

De sus hijos que habia soñado encontrar crecidos y hechos casi unos hombres, no existia ya quizá ni el polvo de sus huesos!

Para qué queria ya la vida y la libertad?

Nada tenia en el mundo ni nada esperaba tener.

Juan Sin Patria se entregó por completo y á discrecion á su suerte.

Para él todo era ya lo mismo, vivir como morir, padecer ó no padecer.

Indiferente á todo, se convirtió en una especie de idiota que hacia las cosas como una máquina.

En el Rosario tuvo noticias del joven que le habia prometido la baja, viendo que sus cálculos habian salido exactos.

Un dia lo llamó el gefe y le preguntó:

— ¿Has pedido tu baja?

— Yo no señor, contestó Juan, que habia perdido hasta el recuerdo de su conversacion en el hospital de Junin.

— Si la has pedido y pasando por encima de tu gefe, lo que es un grave delito.

— Yo no la he pedido, mi gefe, contestó Juan con ese incontrastable acento de la verdad.

— Si la has pedido, insistió el gefe, puestó que aquí está.

Y mostró á Juan su cédula de baja que tenia en la mano.

La mirada de Juan se iluminó de repente á la vista de aquel documento tan codiciado.

En un momento pensó en su mujer y sus hermanos y se figuró verse ya entre sus brazos.

Una nueva esperanza, como un relámpago, germinó entonces en su corazon y tendió maquinalmente la mano hácia el documento.

Nada sabia de aquellos tres seres, ¿por qué no podian haberse salvado?

El gefe retiró bruscamente el papel y preguntó:

— Entónces confiesas que has pedido la baja sin mi permiso?

— Yo no la he pedido, mi gefe, repitió Juan por tercera vez.

— Entónces la has hecho pedir, que viene á ser lo mismo.

El Gobierno no dá bajas sin que se las pidan y eso haciendo mucho trabajos y empeños de todo género.

Juan recordó entonces al joven guardia nacional del hospital de Junin, á quien bendijo desde el fondo de su alma desolada.

Y refirió á su gefe, aquella conversacion en sus menores detalles.

— Supongo dijo, que él habrá cumplido su palabra, pero de esto yo no tengo la culpa.

— Si la tienes, porque debias haberle dicho que no podias pedir tu baja sin pedirme la venia.

Lo que yo estraño es que la hayan concedido sin pedirme informe, como es de estricta práctica en este caso.

Pero mira, añadió, mira de lo que han servido todos sus empeños.

Esto te servirá para que otra vez pidas ó hazgas pedir nada sin mi permiso.

E hizo mil pedazos la cédula de baja, arrojando los fragmentos al livido semblante de Juan.

Este quedó helado de asombro, sintiendo que las lágrimas acomaban á sus ojos.

Le habian dado el inmenso placer de mostrarle una luz de libertad, haciéndole ver su baja, para hacérsela pedazos en seguida sobre el rostro.

Era un placer de fiera, perfectamente en armonia con todo procedimiento militar.

— Ahora puedes retirarte, concluyó el gefe, corroborando la órden con un puntapié.

Y si llego á saber que vuelves á estas pretensiones ridiculas, te juro que te hago fusilar por trompeta.

Juan se retiró profundamente desolado.

La vista de su baja habia hecho renacer en su corazon la esperanza de libertad y no se acordaba, despues de haber estado á un paso de ella, con volver á su vida de cautiverio.

Ahora el Comandante no lo daria nunca de

baja, y en Buenos Aires, confiando que se la habian entregado, no volveran á ocuparse de él.

Aquella accion del comandante despertó toda sus rencores y todos sus deseos de libertad.

Dos dias antes hubiera oido con perfecta indiferencia su condena á perpétuo servicio de las armas.

En aquel momento deseaba su libertad con la misma vehemencia que diez años antes.

El deseo de volver á ver á su mujer y á su hermana se le hizo imperioso, y por primera vez pensó detenidamente en la deserccion.

—Desertando, juego la vida, pensaba, que es lo único que tengo que perder.

Pero de todos modos, de qué me sirve la vida si no puedo disponer de ella para cumplir mi mas ardiente ambicion?

Juan echó así sus cuentas y resolvió no desertar.

—Conforme encontré una alma noble, pensé, puedo encontrar otra.

Puede ser que en la segunda tentativa salga mejor parado que en la primera.

Y resolvió desde aquel dia buscar todos los medios á su alcance para recuperar la libertad.

El jóven que tan bien habia cumplido su palabra, debia tener numerosas influencias en la ciudad, pues un mes despues de rota la baja de Juan, el Comandante recibió una comunicacion de la Inspeccion de Armas, que lo puso de un humor sombrío.

En ella se le ordenaba que si no habia entregado á Juan su baja, procediera á hacerlo tan pronto como recibiese aquella, ordenando al agraciado se presentara en la Inspeccion.

Era preciso ponerse á cubierto de toda reprobacion cumpliendo la órden, porque parecia que Juan tenia buenos empeños.

Pero era tambien preciso, ya que así se sobreponia á su voluntad, aparentar que le otorgaba la baja espontáneamente, y darle al mismo tiempo algun castigo, bien duro, puesto que seria el último que recibiera por su órden.

Contestó á la Inspeccion que no podia dar cumplimiento á la órden, porque al dia siguiente de recibida entregó su baja á Juan, que no se hallaba mas en el regimiento ni en el Rosario, segun suponía.

En seguida llamó al Capitan de la compañía á que pertenecia Juan Sin Patria, dándole las órdenes que el lector verá ejecutadas mas adelante, encargándole le mandara á Juan.

El pobre mártir vino sin sospecharse de lo que se trataba y pensando que para nada bueno podia ser aquel llamado.

—El otro dia te rompí la baja, no para no dártela, sino para castigarte porque no pediste mi vónia para solicitarla.

Esto no quiere decir que yo te niegue la baja, porque te hecho llamar para dártela.

Qué te parece esto?

—Señor, respondió Juan, dominado por la fuerte emocion que experimentaba.

Yo le ruego que si no me ha de dar la libertad no me diga nada de la baja, porque es renovar todos mis dolores.

—Si yo no pedí á usted la vónia fué por que no creí que aquello fuera una cosa seria.

Yo pensaba que en cuanto llegara á Buenos Aires, aquel jóven se olvidaria de mi.

—Parece que no ha sido así, contestó el gefe puesto que aquí está tu baja.

Y le mostró un papel que no era otra cosa que una filiacion, con todo el aspecto de una baja.

—Tómala, le dijo, yo te aconsejo que hagas buen uso de ella y te dejes de calaveradas.

Ya has visto el resultado que estas cosas tienen.

Juan no podia darse cuenta de lo que le pasaba.

Tenia su baja en la mano, segun se le habia dicho, y no atinaba á darse cuenta de ello.

—Quiere decir, preguntó mirando alternativamente al Comandante y á la baja!

Quiere decir que ya soy libre y que puedo ir á dónde mejor me parezca?

—Eres perfectamente libre, repuso el gefe sin commoverse ante aquella alegría suprema, y puedes ir á donde mas te convenga.

Juan estaba como aturrido.

Tenia miedo, un invencible miedo de que aquello no fuera mas que una broma cruel y cobarde, para gozarse luego en su desesperacion.

—Y cuando puedo irme, mi gefe? preguntó temeroso de que fueran á contestarle: nunca!
Pero su gefe lo miró bondadosamente y le replicó.

—Cuando gustes—ahora mismo, si quieres.

Es preciso que antes vayas á la compañía para entregar las armas y las piezas de tu uniforme, que ya no te corresponden, porque dejas de pertenecer al cuerpo.

Te despides en seguida del Capitan y desde ese momento eres libre de hacer lo que mejor te parezca.

Juan se aturdira cada vez mas con lo que escuchaba, al estremo de que el uniforme le quemaba las carnes y las puertas le parecian chicas para salir.

Pensando en soltar hasta la última pieza de su uniforme odioso, dominó un momento su turbacion y dijo á su gefe:

—Voy á pedirle de despedida, el primer servicio mi gefe.

—Pide no mas si está en mi mano concederlo.

—Dejando el uniforme voy á quedar desnudo.

—Quisiera que me diera un viejo poncho

para hacerme un chiripá y un poco de dinero para llegar á Buenos Aires.

—Las dos cosas te las hará dar el Capitan en la Mayoría, como así mismo un pasaje en el primer vapor.

Puedes, pues, irte cuando quieras.

—Muchas gracias por todo, mi comandante, y que Dios me lo ayude, exclamó Juan Sin Patria, llevando la mano hasta el kepí.

Y girando sobre sus talones en la mas rápida media vuelta que habia dado en su vida, salió en direccion á la cuadra de su compañía.

El pobre reia como un loco, saludaba á grandes gritos á sus compañeros, y se desprendia los tiros del sable de una manera fébril.

Los soldados, ignorantes de lo que pasaba, miraban á Juan creyendo que se hubiese vuelto loco.

Juan entró á la cuadra y llamó al sargento á grandes gritos.

—Aquí vengo á entregarle mis armas, porque me han dado de baja y ya me voy.

Tómelas pronto, sargento, que estoy apurado.

Hasta que no me vea á veinte leguas de aquí, no he de creer que realmente estoy en libertad y soy dueño de mí mismo.

El sargento, que habia hablado ya con el Capitan, desarmó á Juan Sin Patria, sin de mostrar la menor estrañeza ni hacer observacion alguna.

—Te felicito por tu buena suerte, fué lo único que le dijo.

Aunque te cueste cara, te juro que quisiera verme en tu pellejo.

—Bueno mi sargento, contestó Juan.

Felicidad y hasta nunca, porque ya no nos veremos mas, á no ser que algun día caiga usted por mi pago.

—Espera un poco, que falta el uniforme.

Estado de baja ya no lo puedes usar.

—No se apure por veta suya, respondió Juan en cuyo semblante retezaba una mirada casi infantil, que no he de ir desnudo á saludar al Capitan.

El me vá á armar con un poncho, segun me dijo el Comandante y entónces podré entregarle un uniforme que ojalá nunca hubiera llevado ni conocido.

Juan fué directamente al alojamiento del Capitan, que conversaba en aquel momento con dos ó tres oficiales de los que habian sido mas crueles con él.

—Ya sabrá usted que estoy de baja, mi capitan, dijo, cuadrándose de una manera irremprochable.

Aquí vengo á saludarlo y á recibir de usted un poncho y un dinero que me ha dicho el Comandante me iba á entregar usted.

—Ya me ha dicho el Comandante que ha recibido tu baja y te la ha entregado.

No has tenido mala suerte, bergante! vé de no perderla, que la has de necesitar siempre.

En cuanto al poncho, al pasaje y el dinero que me han dicho te dé, tienes que esperar hasta la lista de tarde, porque ahora estoy muy ocupado.

—Está muy bien, mi Capitan, respondió Juan Sin Patria, y se retiró en seguida, sin apercebirse de la sonrisa diabólica que vagó ondulante por los lábios gruesos é innobles del Capitan.

Y estaba ocupado verdaderamente, de algo infernal.

Las dos horas que lo separaban de la lista de la tarde, fueron para Juan las dos horas mas largas de su vida.

Le parecia que intencionalmente se demoraban para robarle unos minutos mas.

Porque aunque nadie se lo habia dicho, él comprendia que aquella baja era forzada y concedida contra toda la voluntad de su jefe.

Aquella no podia ser sino obra del guardia nacional que se habia convertido en una providencia que no se cansaba de bendecir á cada momento.

Por fin tocaron lista y el regimiento formó como siempre en el patio del cuartel.

Y cuando tocaron oracion, Juan levantó su corazon á Dios y le dió gracias por el beneficio que acababa de recibir.

Cuando tocaron retirada, empezaba á oscurecer.

Tocaron fagina, pero Juan no se preocupó de ir á buscar su rancho.

No sabia si comeria fuera del cuartel esa noche, pero demasiado tenia con su felicidad, que es un alimento que se obtiene pocas veces en la vida.

Se fué al alojamiento del capitan que parecia esperarlo, pues á penas lo vió llegar, le entregó un papel diciéndole que era su pasaje, un billete de cien pesos y un ponchito imitacion vicuña.

Recien entonces se convenció Juan, de que aquello no era una burla.

Recibió lo que se le daba, saludó al capitan y volvió á la cuadra á hacer entrega de su uniforme.

Cuando Juan se vió libre de aquella cárcel de línea que habia llevado durante diez años y que dejaba para siempre;

Cuando se puso el chiripá y se ató la faja, respiró con increíble fuerza.

Sintió que su sangre circulaba en las venas de una manera mas suave, le pareció que su corazon latia mas libremente, y que la paz del cielo descendia á su alma.

En seguida miró á todos lados como si hu-

biera visto cruzar delante de sus ojos un fantasma horrible.

Creyó que lo agarraban y lo despojaban de su chiripá para encerrarlo de nuevo en el maldecido uniforme de línea que acababa de abandonar.

Aterrado ante estas visiones y como desahuciándose de las manos que lo sujetaban, onfiló la puerta de la cuadra y se lanzó al patio como un loco que escapa á la presión del chaleco.

Al llegar al cuerpo de guardia, Juan se encontró con un oficial que entraba, y creyendo que este lo detendría, le gritó aterrado:

—Me han dado la baja! me han dado la baja!

Y mostró en su mano un rollito formado por la baja supuesta, el supuesto pasaje y los cien pesos que le había dado el capitán.

En seguida pasó por el cuerpo de guardia como una exhalación, dando los mismos gritos y enseñando el mismo rollito, deteniéndose un momento en la puerta, indeciso sobre la dirección que había de tomar.

—Está loco el pobre! exclamó el cabo de cuarto, al verlo pasar descalzo, sin sombrero y llevando por toda vestimenta el chiripá y la camisa.

Bien dicen que la alegría, como cualquier otra cosa mala, hace perder la chaveta.

Y soltó una ruidosa carcajada.

—Este sale del cuartel para que lo dén de alta en la Residencia!—dijo otro soldado.

Juan Sin Patria, entre tanto, tendió la vista en todas direcciones, y se decidió por fin á tomar el camino de la derecha, que le pareció ser el menos poblado.

El pobre comprendía que en semejante traje podía ser llevado á la Policía, é hizo la intención de esquivar las calles mas concurridas.

Con estos cien pesos, pensó, no faltará por ahí quien me venda un chaqueton viejo y un sombrero cualquiera.

Con eso ya puedo embarcarme sin temor que me tomen por un bandido.

—No habia andado diez pasos, cuando sintió el zumbido de un garrote que enarbolado por un brazo hercúleo, parecia haber bajado de las nubes.

Juan esquivó la cabeza pensando que aquel garrote se la buscaba, y recibió sobre el hombro derecho un golpe formidable.

Ya sabemos que Juan era bravo hasta la temeridad y que la vista de un garrote no podia desanimarlo.

Buscó la pared con la espalda para protegerse, y se dispuso á hacer frente de una manera defensiva, pues en su apuro de abandonar al cuartel, habia dejado allí hasta su ouchillo.

Así pudo evitar con el brazo izquierdo un

segundo garrotazo tan descomunal como el primero.

Mientras él buscó la pared para cubrir la espalda, le pareció que el garrote se multiplicaba como por via de encantamiento.

Ya no era uno solo sino dos, tres y hasta cinco los garrotes que zumbaban en el aire, todos ellos blandidos por brazos tan fuertes y prácticos como el primero.

Quiénes podían atacarlo de aquella manera á diez pasos del cuartel?

Qué intencion ó qué propósito podían tener los misteriosos asaltantes para molerle los huesos de aquella manera?

Juan no tuvo tiempo para reflexionar mas, pues de otro modo habria caido al momento en quienes habian de ser los autores de aquella herejía.

Sus brazos, fatigados por los golpes recibidos habian caido á lo largo del cuerpo, de modo que los garrotes podian redoblar sobre sus costillas sin el menor estorbo.

Felizmente parece que los garrotazos no querian tirar á matar.

De otro modo el pobre Juan hubiera sido muerto en cuanto bajó los brazos.

Sin embargo, parece que le sacudian con la marcada intencion de hacerle perder el sentido.

—No me maten, amigos, exclamó, sintiéndose desfallecer, que yo les daré todo cuanto llevo encima.

Qué diablos van á echarse al bolsillo con matar á un pobre diablo como yo que á nadie estorba?

Un coro de carcajadas respondió á aquellas palabras y Juan creyó distinguir entre las risas la voz chillona de su capitán.

Los cinco individuos que tenia por delante no eran soldados sino particulares.

Juan quiso incorporarse y tender la mirada en la dirección que habian sonado las risas, pero entónces un último garrotazo lo arrojó al suelo privándole del sentido.

Los garroteadores se lanzaron entónces sobre él, le arrebataron los papeles que llevaba y fogaron á gran prisa hácia el cuartel.

Detrás de ellos pasó un grupo de oficiales entre los que iba el capitán.

Estos fueron los que rieron de aquella manera estrepitosa cuando Juan pidió que no lo mataran.

Habian estado divirtiéndose con aquella verdadera broma de línea, que llenaba un doble objeto.

Privar á Juan Sin Patria de aquella falsa baja que podia servir para que este entablara un juicio por intermedio de aquella persona que parecia protegerla tan decididamente.

Así el gefe del cuerpo le habia entregado la baja que le remitió la inspeccion y no po-

dia ser solidario de que Juan la hubiera perdido ó se la hubiesen robado.

Juan quedó abandonado en medio de la vereda, espuesto á que el primer sereno que pasara y lo viera lo llevara á la policia, desconfiando razonablemente de aquel exterior de bandido y de aquel rostro cubierto de cicatrices mas ó menos largas y anchas.

El fresco de la noche dispó el efecto de los garrotazos, sin que hubiera caido Juan en poder de los serenoes.

Al principio no pudo darse cuenta de lo que le pasaba, creyendo que todo lo que le habia sucedido no era mas que una pesadilla horrible.

Pero bien pronto las prendas que llevaba encima y el dolorazo de todos sus huesos, le mostraron que todo habia sido una triste verdad.

En el cuartel echaron diana, pues ya venia el dia amaneciendo, y esto concluyó de volverlo á la realidad de la vida.

El placer de verse libre y dueño de su persona, disminuia el dolor de sus huesos y su visaba en su recuerdo la aventura de la noche anterior.

Con qué era verdad que en el cuartel estaban echando diana y que él no iba á formar porque no se le daba la gana?

Era cierto que se hallaba en la calle y era dueño de ir donde mejor le pareciera, mientras sus compañeros de diez años pasaban lista?

Semejante acontecimiento era tan milagroso, que Juan se daba de cuando en cuando un golpe en plena canilla para convencerse que no soñaba, y que realmente él, Juan Sin Patria, habia recuperado la libertad.

—Pero quiénes pueden haberme apaleado? pensó de pronto, buscando en el suelo y á la dudosa claridad del alba el rollito de sus papeles, única cosa que poseia en el mundo.

Soldados no eran, ni aquellos hubieran tenido necesidad de golpearle en la calle, pudiendo hacerlo en el cuartel.

Además, recuerdo que los golpes eran con palos y los soldados me hubieran golpeado con los sables.

—Quiénes habrán sido? volvió á preguntarse, alarmado ya con la falta de su rollito.

A no ser que esto sea una broma de los compañeros. . . pero vaya una broma!

En vano buscó en toda la cuadra sus papeles y sus cien pesos.

No los pudo encontrar.

Sacudió los pliegues del chiripá, se buscó entre el seno, pero inútilmente, los papeles no estaban allí.

O se los habian llevado los mismos que lo golpearon, y este fué el objeto de la paliza, ó los habia alzado alguno que pasó mientras él se hallaba privado de sentido.

En el primer caso, los que lo habian apaleado sabian que llevaba consigo la baja y el dinero, y entonces eran soldados disfrazados.

En el segundo aquello no era mas que una nueva fatalidad de su suerte.

Qué hacer en situacion tan crítica?

El dia avanzaba rápidamente y allí no podia permanecer mas tiempo en semejante traje.

Su situacion era desesperante.

De qué le servia su libertad sin su cédula de baja?

De nada absolutamente pues quedaria á merced de la primera leva que le echara el guante.

Cómo probaria que no era un desertor?

Cómo haria constar sus diez años de irremprochable servicio?

Y qué seria de él sin aquellos cien pesos que constituian su única fortuna y que no podria reemplazar?

Juan pensó en volver al cuartel y referir lo que le habia pasado, pidiendo á su gefe le diera otra baja, y con este propósito dió dos pasos en su direccion.

Pero de pronto se detuvo aterrado ante la barbaridad que iba á hacer.

Quién le garantia que volveria á salir de allí, una vez en poder de sus verdugos?

Quién le diria que por el hecho mismo de haber perdido la baja no le aplicaran algun castigo peor de los que hasta entonces habia recibido?

Aterrado con estos pensamientos echó á disparar como un loco en direccion del Arroyito.

Se metiera entre los cercos de las quintas y escondido allí, esperaria la noche para pensar lo que debia hacer.

Así llegó á los primeros cercos, estenuado de fatiga y de dolor.

Sus piés estaban lastimados y los palos de la noche anterior empezaban á dolerle de una manera insoportable.

Juan se echó detrás de un cerco y se puso á llorar de una manera profunda y sentida.

Era el único consuelo que podia proporcionarse en su situacion terrible.

Qué vá á ser de mí sollozaba, sin dinero, sin pasaje y sin mi baja?

El viaje seria lo de ménos yéndome á pié á Buenos Aires.

Pero con qué me alimento? cómo lo pruebo al primero que me agarre, que yo no soy un bandido ni un desertor?

Antes de llegar á mi destino, las Policías le campaña habrian dado buena cuenta de mí.

Cómo cubro mis carnes desnudas?

Y el aspecto de Juan era positivamente el de un bandido de la peor especie.

Las heridas de su cara, las dos únicas prendas de su vestido, los morstones de los últimos golpes y su pelo enredado en la cabeza

desnuda, le daban el aspecto de un presidario fugado.

Si á esto se añade el terror pintado en su semblante, como única expresion, se tendrá una idea exacta de aquella persona desventurada.

Juan lloró un buen rato, y vencido por el sufrimiento físico y moral, se quedó dormido.

El sueño y el llanto son un poderoso consuelo para ciertas desgracias.

Cuando Juan despertó se halló mas consolado y con el espíritu mas fuerte y enterado para seguir la lucha contra la adversidad.

—Yo lucharé hasta donde pueda, dijo, y si me vence el destino será porque así tenía ya que suceder.

Esperaré que llegue la noche y buscaré al gema alma caritativa que se apiada de mi y me ayude á salir de mi situacion precaria.

Un nuevo fantasma se ofreció entonces á la vista de Juan, en toda su desnudez terrible.

El fantasma del hambre!

Hacia mas de veinte y cuatro horas que no probaba un solo bocado de alimento.

—Se puede bien vivir hasta cuatro dias sin comer, pensó, de aquí á entonces tal vez haya salido de mi miseria.

El recordaba que en la plaza habia visto siempre changadores que ganaban su vida conduciendo los equipajes de los pasajeros, y habia pensado hacer lo mismo.

Pero quién querría confiarle un cigarro al ver su estampa y su traje?

—Quién sabe, exclamó al fin.

Conforme encontró cuando ménos lo pensaba quien me consiguiera la baja, encontraré tambien quien me favorezca con un pantalon y un saco.

Lo demás corre de mi cuenta.

Por qué me ha de abandonar Dios cuando ha empezado á protegerme?

Juan esperó la noche muy conforme con su suerte, y retempló su espíritu nuevamente con esta sola reflexion:

—Peor sería no haber conseguido la baja y estar todavia bajo las uñas del capitán.

A la caída de la noche se decidió á salir de su escondite y venir á la ciudad, donde atajaría al primer transeunte de cara humana que encontrase, y le pediría amparo, narrándole su historia á grandes rasgos.

Pero aquel primer transeunte al verse atacado por un hombre de semejante catadura, gritó ¡ladro! y echó á correr.

Juan disparó tambien en direccion opuesta como un criminal, temiendo las consecuencias funestas de aquel grito que podia muy bien ser creído y ser su perdicion.

La jornada de regreso habia des;ertado en Juan una hambre imperiosa.

Ya no pensaba mas que en un pedazo de

pan, ó un pedazo de cualquier cosa comible.

Su cabeza empezaba á ser invadida por la fiebre y los manjares mas succulentos empezaban á desfilir ante su vista desencajada.

Juan vió que no saldria de su situacion tan facilmente como lo habia creído y el terror empezó á ganarlo.

El hambre se hacia cada vez mas intensa, y ya Juan sentia vacilar todo su valor.

Reunió todo su ánimo, y profundamente avergonzado se acercó á la casa de mejor aspecto.

Una sirvienta se acercó al zaguan, y al ver semejante tipo se retiró asustada preguntando.

—Qué se ofrece á usted?

Juan, comprendiendo que si se movia la sirvienta iba á disparar, bajó la vista avergonzando y pidió una limosna con voz á penas inteligible.

—Estas no son horas de limosna, contestó la jóven de mal modo, pues creyó que se las habia con un ladrón.

Salga usted de aquí antes que le avise al patron.

—Tengo hambre, mucha hambre, respondió el desventurado.

Deme usted siquiera un pedazo de pan con que engañarla.

Era tal el acento con que Juan dijo que tenia hambre, que la sirvienta se sintió conmovida.

Fue adentro y trajo dos panes que arrojó á Juan.

A pesar de su buen corazon no habia tenido el valor necesario para acercarse á aquel hambriento de tan mala facha.

Juan se arrojó sobre aquellos dos panes que devoró en pocos bocados, mirando la mano que se los habia arrojado como si esperara la repeticion del presente magnífico.

La voracidad con que comió los panes, hizo comprender á la sirvienta que realmente se trataba de un hambriento.

Y sacando del bolsillo del delantal, dos reales bolivianos, tal vez su única fortuna en el presente, los arrojó á Juan diciéndole:

—Tome amigo y que Dios le ayude.

No tengo mas por el momento.

Juan recogió aquellos dos reales que le representaban dos dias de vida, murmuró un «Dios la bendiga, alma noble» y se alejó á la carrera para ocultar su vergüenza en la oscuridad de la calle.

El pan habia despertado su apetito de tal manera, que se metió en el primer almacén que halló al paso, para comprar un poco mas de pan con que calmar su hambre insoprtable.

El aspecto de aquel hombre alarmó seria-

mente al almacenero, que creyó seria algun ladrón que iba á tomar los puntos del negocio para dar golpe mas tarde.

Así es que mientras el dependiente despachó á Juan, se fué la esquina en busca del sereno, á quien comunicó sus sospechas.

—Ya lo creo que es un ladrón! dijo este á penas vió á Juan Sin Patria, que en aquel momento recogía el vuelto de sus dos reales. Sabe Dios si no es algun asesino tambien, pues creo ver en su camisa algunas manchas de sangre.

Aquella sangre era la que habia caido de su propia cabeza y de una herida que le infirieron en la última garroteadura.

Preocupado Juan en devorar su pan y un pedazo de queso que habia comprado, no se apereció del exámen que hacian en su persona el sereno y el dueño del almacén.

Algunos parroquianos de la trastienda, atraidos por aquella estraña catadura, lo examinaban tambien con creciente estrañeza y asombro.

Concluido su último bocado, Juan se fijó que era objeto de la general curiosidad y quiso alejarse del almacén, profundamente avergonzado.

Pero el sereno se le puso delante, y enristrando su chuzo, le preguntó con ademán resuelto:

—Quién es usted amigo y para dónde vá?

—Soy Juan Sin Patria, respondió éste sin vacilar.

—Cómo es eso de Juan Sin Patria?

—Juan Sin Patria es mi nombre, si señor. Anoche me ha dado mi baja el gefe y yo voy á ver si encuentro quien me haga el favor de darme un poco de ropa para poder ir á la plaza á hacer changas.

—A ver la baja, contestó el sereno algo desconcertado por el acento y ademán tranquilo de Juan.

—No puedo mostrarla, contestó, porque anoche mismo, y apenas salí diez pasos fuera del cuartel, me la robaron junto con cien pesos y un pasaje unos individuos que me dieron una paliza.

El sereno se convenció de que aquel era un criminal! ó un desertor y resolvió llevarlo á la Gefatura.

—No me lleve preso, amigo, dijo Juan.

Lo que yo le he dicho es la pura verdad, y si usted no quiere creerlo, puede preguntarle en el cuartel y verá c mo no he mentido.

—Yo no puedo meterme en esas cosas, por que no es mi obligacion.

Venga usted conmigo á la Gefatura que allí lo atenderán mejor y averiguarán si es verdad lo que usted dice.

Juan reflexionó que con resistirse no iba á

ganar nada y que se iba á hacer mas sospechoso.

Por otro parte nada tenia que temer por que nada habia hecho, por lo que contestó al sereno.

—Vamos pues, ya que usted lo quiere así.

Bien mirado me hace usted un servicio pues no se donde pasar la noche y los cercos de las quintas están muy lejos para el cansancio que yo tengo.

Acompañado por el sereno y seguido de algunos curiosos que creian que Juan echaria á correr á medio camino, se dejó conducir con la docilidad de una criatura.

Llegado á la Policia fué puesto en el calabozo comun á todos los presos, con esta promesa del sereno:

—Mañana á primera hora lo ha de llamar el gefe. Entre tanto, puede dormir tranquilo.

Tan formidable era el aspecto de Juan Sin Patria, que los otros presos, entre los que habia verdaderos criminales, se alejaron de él huyendo su contacto.

Juan se acurrucó en un rincon, y satisfecha en algo su hambre, se preparó á dormir tranquilamente.

Sabia demasiado cual era su aspecto para estrañar la impresion que causó entre aquellos criminales ó desgraciados.

Oprimió el vuelto de sus dos reales entre la mano para que no se lo fueran á robar mientras dormia, y se entregó al reposo que tan necesario le era.

Poco despues roncaba con la tranquilidad de un justo.

Juan durmió toda la noche de un solo tiron, como si hubiera estado en la mas millida de todas las camas.

Al siguiente dia estuvo de pié con el primer rayo de luz, y empezó á meditar en lo que pudiera sucederle.

El habia sido conducido á la policia, sin mas motivo que la sospecha que en el sereno habia despertado la miseria de su traje.

Lo pondrian en libertad ese dia mismo, y conociéndolo ya no lo incomodarian mas.

Cuando le destinaron al servicio de las armas, tampoco habia dado ningun motivo, y sin embargo habia tenido que padecer diez años, durante los cuales dia á dia habia maldecido su existencia.

Los presos se le fueron acercando poco á poco y perdiendo la desconfianza que les inspirara Juan desde un principio.

Fué Juan entonces quien se retrajo de ellos, temiendo que el compañerismo de aquellos pudiera traerle algun perjuicio.

Esa mañana el miserable pedacito de tumba que constituia el rancho de los presos, le pareció un manjar digno de figurar en la mesa de un arzobispo.

Pasado el medio día, fué llamado á prestar declaración.

—Cómo te llamas? preguntó el comisario, frunciendo el ceño al ver el aspecto de Juan.

—Juan Sin Patria, señor, contestó este presagiando en el ceño del comisario un mal momento para él.

—Juan Sin Vergüenza será; te prevengo que te dejes de chacotas porque van á costarte muy caras.

—Cómo te llamas? te he preguntado.

—Juan Sin Patria, señor, volvió á responder este, habituado á no ser llamado de otra manera.

Así figuro en las listas de mi cuerpo y así me llaman todos mis compañeros.

—Por qué has desertado de tu cuerpo? volví á preguntar el comisario.

—Yo no he desertado señor, Dios me libre!

Ante noche me dieron de baja y todavía no he podido gozar de mi libertad un momento.

—A ver tu baja—el sereno que te ha traído anoche dice que no la tienes.

—Es verdad, respondió Juan me la robaron á pocos pasos de mi cuartel, junto con el pasaje y cien pesos de Buenos Aires que me dió el capitán.

—Y cómo si te han dado de baja andas tan mal entrazado?

—Porque no tengo mas que ponerme.

Al salir me hicieron dejar el uniforme, y no me han dado mas que este ponchito.

Cómo voy á vestirme mejor, si ni siquiera tengo un podazo de pan que llevarme á la boca?

—Y por qué cuando te dieron la paliza y te robaron la baja no volvistes á tu cuartel á ponerlo en conocimiento del Gefe?

—Tuve miedo señor que por eso me destinaran de nuevo y traté de alejarme del cuartel tan rápidamente como pude.

—El que no tiene delito no tiene miedo.

Por qué habías de hacerte mal, si no habías cometido falta alguna?

—Ah! señor, que poco conoce usted la milicia y sus hombres!

Sin haber hecho nada, me han tenido diez años de veterano, haciéndome sufrir penas á cuyo lado las mismas del infierno se pierden de vista de puro chicas.

Y con lenguaje sencillísimo y en pocas palabras, Juan refirió cómo y por qué causa había sido destinado.

El acento de profunda verdad que habia en el relato de Juan, fué interesante en su favor á aquel funcionario bondadoso.

La espresion del semblante de Juan habia tomado toda su fuerza de honradez y al recordar sus males, brillaba en su mirada toda la amargura del sufrimiento que habia doblado su espiritu.

—Yo voy á mandar ahora á tu cuartel, dijo á Juan, á averiguar la verdad de lo que me has dicho.

Si realmente no eres un desertor y te han dado la baja, yo te daré un poco de ropa para que puedas andar por la calle sin despertar malas sospechas.

—Y yo se lo agradeceré profundamente, repuso Juan, porque así como ando, la gente huye de mí como de un ladrón ó de un leproso.

Anoche, el hambre me hizo entrar á una casa á pedir limosna, y me arrojaron un pan como á un perro, porque la niña que se apiadó de mí no se atrevió á poner su mano al alcance de la mia.

Y yo devoré aquel pan mojado en las lágrimas que me hizo derramar la vergüenza, porque tenia una hambre espantosa.

El comisario, enternecido, mandó retirar á Juan.

—Puedes ir tranquilo, le dijo, ahora mismo voy á mandar á tu cuartel y si es cierto lo que dijiste, en el acto te hago poner en libertad. Juan se retiró consolado.

La suerte parecia haberse cansado de serle adversa y Dios empezaba á tenerle de la mano.

Y sin mezolarse con los otros presos, esperó tranquilo el resultado de la diligencia que se iba á practicar.

—No será estraño, pensó que el gefe informase que soy un bandido y que me ha dado la baja por librarse de mí.

Pero de todos modos tendrán que decir que me ha dado la baja y esto es todo lo que yo necesito para que me pongan en libertad.

El resultado no debía ser malo, pues poco antes de oscurecer Juan fué llamado nuevamente al despacho del Comisario.

—Cierto es que te han dado la baja, le dijo este, pero informan que eres un bandido con quien no hay que descuidarse.

—Qué dices tú á esto?

—Digo, contestó Juan amargamente, que el que no tiene familia, ni hogar, ni patria, ni derechos, ni libertad ni nada, no puede tampoco tener reputacion buena.

—Quién ha dado ese mal informe, si se puede saber?

—El mismo Capitan de tu compañía que asegura que ya no le quedaba que hacer contigo.

Juan, por toda respuesta, refirió los motivos de ódio que el capitán tenia contra él.

—Si Marta hubiera sido una perdida terminó, yo no seria para él un bandido, sino un buen hombre digno de lástima y proteccion.

Ah señor! lo que pasa á los pobres veteranos, no es para contarlos, porque es difícil creerlo, pero son cosas espantosas.

Habia tal acento de verdad en lo que Juan decía, que apesar del mal informe, aquel hombre se sentia inclinado á creerlo y á darle algun apoyo.

—Bueno, le dijo, yo te voy á poner en libertad y veremos el uso que haces de ella.

Te voy á dar un poco de ropa para que puedas mediarte por el momento pero te preengo que si das motivo para que vuelvas á traerte aquí, voy á ser contigo mas severo que con el mas incorregible de les presos.

Juan vió el cielo para él con aquella promesa bondadosa.

—Autorizo á usted para que me haga degollar si alguna vez doy yo motivo para que me pongan preso.

Todo mi afán se reduce ahora á juntar los medios necesarios para irme á Buenos Aires y averiguar lo que ha sido de mi familia.

Con usted señor, son ya dos las personas que bendice mi corazón y á las que tendré que estar grato toda la vida,

—Ahora lo que sea mas de noche, que yo me retire de aquí, puedes seguirme á cierta distancia hasta mi casa, donde te daré lo que te he prometido.

Y Juan fué puesto en libertad en aquel mismo momento.

Media hora despues salia á la calle detrás de aquel hombre caritativo, que le dió pantalón, saco, sombrero y dos pesos bolivianos para que remediara sus primeras necesidades.

Juan agradecido llorando todas aquellas bondades, y se retiró diciendo:

—Yo vendré á verlo, señor, antes de irme á Buenos Aires.

Nunca, nunca me he de olvidar de usted! Y salió buscando el lado de las barrancas, para poderse vestir sin llamar la atencion de nadie.

Cuando Juan se vió vestido y hubo comprado un par de alpagatas como complemento á aquel traje, se consideró tan feliz cuanto podia haber deseado.

Ya no tendria que andar saltando los cercos para ocultarse de la gente como cualquier criminal, ni tendria miedo de morir de hambre por no tener como presentarse en un sitio público á hacer una changa.

Y trabajando como Dios lo ayudara, podia juntar, aún á costa de las mayores privaciones, los recursos necesarios para venir á Buenos Aires, que era la gran ambicion de su alma.

Aquella noche Juan la pasó vagando en las calles, distraido con sus magnificos castillos en el aire.

A la madrugada del dia siguiente se hallaba en la playa, al lado del muelle, esperando la llegada de los vapores.

Y se contemplaba allí, dueño de todas sus

acciones y dudaba de que fuera él el mismo Juan Sin Patria de tres dias antes.

Su aspecto se habia modificado con el trage haciéndole parecer lo que realmente era: un veterano de la patria, cargado de servicios y cubierto de heridas.

—Quién se habria figurado que aquella noble frente habia sido partida por la espada del oficial y no en un campo de batalla?

Quién podia pensar que la mayor parte de las heridas que cruzaban aquel rostro lánguido y enflaquecido, habian sido causadas por la mas ruin de las venganzas?

Y aquella pierna que habia dejado su flexibilidad en las estacas, quién hubiera podido sospechar la causa de su estado inválido y miserable?

Toda la nobleza de su espíritu se reflejaba en su rostro, inspirando la mayor confianza cuando se dirigia á algun pasajero para decirle:

—Le llevaré el equipaje, señor.

Aquel primer dia, Juan se ganó seis reales bolivianos, llevando equipajes, de los que gastó dos en alojarse y comer en una especie de taberna que tenia todos los honores de un bodegon.

Y empezó así á economizar real sobre real para juntar el valor de un mancarron, única cosa que necesitaba para trasladarse directamente á Moron, donde le darian las noticias que buscaba, indicándole el paradero de su mujer y sus hermanos.

Muchas veces pensaba tambien en Marta, recordando la nobleza de aquel corazón, único que habia latido por él en diez años.

Y trataba de engañar su pensamiento, reflexionando que, viva su mujer, no podria volverla á ver.

—Pobre Marta!

Con qué respetuoso recogimiento habria estrechado nuevamente su mano!

Con cuánto cariño no le habria recordado sus noches de desventura y de martirio!

Ya no la volveré á ver mas en mi vida, ni á oír tal vez pronunciar mi nombre!

Y ahogó dulcemente en su corazón todo latido que no fuera por los séres que tanto deseaba volver á ver sobre el mundo, pero conservó una veneracion purísima por aquella compañera de sus dias mas amargos.

Una mañana vió Juan que su regimiento partia del Rosario y levantó sus manos al cielo, escondiéndose para que no lo vieran, temiendo que fueran á echarle mano y lo obligaran á marchar tambien.

So consideraba una propiedad del gefe, que podia disponer de ella aún á pesar de su baja.

Cuando el último soldado se hubo perdido de vista, recien Juan se consideró realmente libre, entregándose á la manifestacion mas íntima del regocijo que sentia.

—Quiera Dios! quiera Dios que no los vuelva a hallar mas en mi camino!

Y se fué á pasar por el cuartel para conocerse de que no habia soñado, y que su regimiento habia marchado del Rosario.

Solo habian quedado cuatro soldados cuarteros y dos enfermos que debian marchar al dia siguiente, quienes le refirieron los antecedentes de la paliza que le pegaron por orden del Capitan, la noche que le entregaron la baja y el pasaje.

LA INQUISICION DEL 9 DE CABALLERIA

Aquel cuartel no quedó vacío mucho tiempo.

El 9 de caballería de línea vino á remontrarse al Rosario con enganchados que su gefe tenia orden de reclutar allí.

La manera como se hizo aquel reclutamiento fué tal y tan bárbara, que poco tiempo despues daba lugar á uno de los sumarios mas curiosos que se hayan levantado jamás en ejército alguno.

El consejo de guerra llamado á fallar en aquel sumario dió tal sentencia, que toda la prensa de la República se ocupó de ella.

A tal punto llegó el escándalo, que dos tenientes pundonorosos de aquel mismo cuerpo, los jóvenes Amoretti y Llorente hicieron oír su voz en las columnas del *Pueblo Argentino*, revelando hechos monstruosos que la inquisición misma habria repudiado.

Pero no anticipemos los hechos de esta triste historia, que compendia la de todos los parias de nuestro ejército de línea.

El 9 de línea llegó al Rosario y la bandera de enganche fué izada en el cuartel que ocupó.

Pero quién caía en la trampa por mas que le pusieran de cebo la suma de trescientos pesos bolivianos?

Los que no conocian lo que era la vida de cuartel, difícilmente se resolvian á conocerla prácticamente.

Demasiado se habia hablado de ella para que quisieran hacer la prueba en pellejo propio.

Es cosa sabida y sancionada entre nosotros que el enganchado y el condenado corren igual suerte en el ejército.

Entran por uno ó dos años, y pueden darse por bien servidos si al cabo de diez ó quince llegan á obtener la baja.

En cuanto á los soldados libres que han pasado ya por las penurias del servicio, ni con diez mil bolivianos les hacen tomar un enganche.

Ya saben ellos que las cuotas no se pagan, que los sueldos no pasan de una oferta apuntada en el presupuesto, y que el hambre es el amigo y compañero que acompaña al soldado diariamente.

La bandera de enganche onduló largo tiempo en la azotea del cuartel, sin que se hubiera presentado ningun candidato á pária.

El comandante del regimiento resolvió entonces apelar á otros medios mas eficaces, que le permitieran llenar su cometido de una manera mas positiva.

El 9 necesitaba remontrarse á toda costa, y no era cuenta que porque la gente no quisiera engancharse, el regimiento quedara con un reducido número de soldados.

Juan Sin Patria habia visto la bandera de enganche, y habia sentido temblar sus carnes por los infelices que, sin saber lo que hacian, vendian su libertad eterna por una suma de dinero que tal vez no vieran nunca en sus bolsillos.

Quiénes serán los pobretes que caigan en la trampa? pensó.

No saben la lotería que van á sacarse.

Contemplaba la bandera de enganche, cuando se le le acercó un oficial y golpeándole en el hombro, le dijo:

—Tú has sido soldado de línea, nó?

—Sí, por mal de mis pecados, pero ya estoy de baja para siempre.

—Por qué no te enganchas?

Ya tienes la práctica de veterano viejo, segun se vé en tu cara y poco has de extrañar el servicio que es ahora muy liviano.

Bien vale la pena de ganar doscientos cincuenta bolivianos, amen del sueldo, un miserable año de servicio.

—Y la cola de ese año, mi oficial? preguntó Juan Sin Patria.

Pero aunque no la tuviera y me dieran de baja el mismo dia de cumplir, por todo el oro del mundo no me enganchaba.

Soy perro viejo, mi oficial, y conozco lo que es el servicio tanto como se puede conocer en diez años.

—Engánchate, engánchate hombre, insistió el oficial sonriendo alegremente al ver aquel gato escaldado.

Peor es que te agarren por ahí y con cualquier pretexto y sin culpa ni nada te metan á otro cuerpo que no sea tan bueno como este.

Mira que aquí se trata muy bien á los soldados.

Juan creyó que aquello lo podían hacer efectivo sobre tablas, saludó al oficial y echó á andar tan rápidamente como se lo permitía su pierna inválida.

El oficial quedó sonriendo y pensando que herejía habrían cometido con aquel infeliz que tanto horror tenía al servicio.

—Qué me corten la cabeza! pensaba Juan alejándose y mirando hacia atrás como si temiera ser perseguido.

Que me corten la cabeza si vuelvo á pasar á dos cuadras de este cuartel!

No quiero ni siquiera vivir en el mismo pueblo donde haya un cuerpo de línea.

Con semejante vecindad le parece á uno que el pellejo no asienta bien sobre los huesos.

Juan había economizado ya en sus diversas changas, y privándose hasta de tomar mate.

Había juntado ya mas de diez y seis pesos para comprar un caballo por el cual le pedían veinte, y no esperaba mas que tener esta suma y dos ó tres pesos mas para el camino.

Así que los tuviera no perdería un minuto y se pondría en viaje á su pueblo natal.

Aquellos diez y seis pesos no los abandonaba ni aun para dormir, temiendo de los pudieran robar y hacer imposible su viaje.

Tanto de día como de noche, los llevaba enrollados entre un pañuelo de algodón muy grande y atado á raiz de las carnes rodeando su cintura.

No tenía así ningun temor de perderlos, ni que corrieran la suerte de su passage, su baja y sus cien pesos.

—Cuando pienso, exclamaba, que si el Gobierno me pagara los meses de sueldo que me debe, yo podía ser rico y quitarme de estas fatigas y privaciones, me dan ganas de sentarme en la vereda y ponerme á llorar como un recién nacido.

Así son todas las cosas de este mundo.

Y luego se han de quejar de que al primer grito de guerra, tanto reclutas como cumplidos, echen á disparar como si los corrieran los indios.

Pensando en estas cosas y en juntar los veinte y dos pesos que le eran necesarios para el viaje, Juan se dirigió por la calle del Puerto al rio, con ánimo de tomar un baño.

Era la noche siguiente á aquella en que había hablado con el oficial del 9.

Juan no se bañaba nunca de día, pensando en que, mientras se bañaba podría perder alguna changa.

Bajó las barrancas de la calle del Puerto y se fué derecho á la orilla del rio donde empezó á prepararse para tomar un buen baño.

Primero examinó los alrededores del sitio, donde iba á bañarse y convencido de que no

había por allí alma viviente, se sacó el cinturón que tenía los diez y seis bolivianos y los escondió cuidadosamente entre el pasto y los troncos de los sauces.

Si no hubiera sido por temor de que el agua podría inutilizar los billetes, se hubiera bañado con ellos á la cintura, ó á los tientos, como él decía.

Peró el baño que era tan provechoso para él, hubiera sido fatal para el dinero en billetes de Banco que mojados, suelen convertirse en una pasta sin valor.

Bien escondido su dinero y su ropa, Juan se echó al rio y sin alejarse de la orilla se dió un buen baño.

En seguida se vistió despues de haber colocado el pañuelo en su cintura y se preparó á ganar el bodegon donde se alojaba.

Peró estaba de Dios que esa noche durmiera donde menos lo esperaba.

Había subido ya la barranca y se disponía á entrar á las calles, cuando fué detenido por una comision compuesta de un sargento y cuatro soldados que conducian tres presos, á juzgar por las compunjidas caras de aquellos tres vivientes.

—Caramba! pensó Juan, que mal encuentro! Ahora si que necesitaré mi baja y como no la tengo me vá á pasar algun chasco.

Estos guífaros, á no dudarlo andan campeando destinados.

—Quién es usted? le preguntó el sargento.

—Yo soy Juan Sin Patria, contestó este, soldado cumplido y recumplido con siete años de exeso y dado de baja por mi gefe, que recibió órden de hacerlo así.

—Y en dónde está tu baja? volvió á preguntar el sargento, tratándolo ya como cosa propia.

—Mi baja me la robaron la misma noche que me la dieron, respondió Juan.

Peró esto no importa nada porque en la gefatura saben la verdad de lo que digo.

Y además los soldados que estaban de masteleros donde ustedes se han alojado, que son soldados de mi mismo regimiento, pueden decir si miento ó no.

—So me hace contestó el sargento que vos sos desertor y por eso te estas atajando sin que nadie te pegue.

—Yo no soy desertor, contestó Juan con soberbia, pues tanta sospecha empezaba á enfadarlo.

Si yo hubiera desertado, no seria tan imbécil para venir á changar á la plaza todos los dias y andar á estas horas por la calle, sabiendo que ustedes están en el Rosario y que han venido á reclutar gente.

—Bueno, por las dudas, dijo el Sargento, váas á venir conmigo hasta el cuartel, donde

podés decir todo eso, á ver si te lo cree el comandante.

—Y por qué he de ir yo al cuartel? preguntó Juan Sin Patria queriendo resistirse.

Ustedes no son Policia para llevar preso á un hombre, y yo no he dado motivo para que se me prendan.

—Pocas palabras y á seguirme pronto y con buen modo, replicó el Sargento.

De lo contrario solo lograrás chuparte una paliza y marchar por fuerza.

Juan se preparaba á hacer una heroica resistencia, en lo que seguramente lo ayudarían los otros tres.

Pero en aquel momento el sargento sacó su sable y mandó hacer lo mismo á los soldados, lo que hizo que Juan mudara de parecer, temiendo la paliza anunciada, logrando solo retardar su prision y echarse encima alguna causa criminal que volviera á dar con él en algun cuerpo de línea.

—No hay que apurarse, amigo Sargento, dijo, que al que no es criminal no tiene por qué esconderse.

No he de calentar mucho las cuadras, una vez que el gefe me escuche.

Obedezco la orden aunque usted no puede ordenarme, porque ya no soy soldado.

—Es lo mejor que podés hacer, dijo el Sargento mandando envainar los sables.

Otra cosa seria hacerte apalear al boton y no hay para qué.

Juan fué incorporado á los otros tres, que habian escuchado el diálogo sin decir una palabra.

Y se pusieron en marcha hácia el cuartel, pues la comision llevaba ya mas presos de los que podia custodiar.

Al pasar por la iglesia, y solo á una cuadra de la Policia encontraron á otro individuo de facha de infeliz, que sin duda como Juan, iba á bañarse tambien.

—Alto ahí! gritó el sargento con voz formidable, y quién es usted?

El hombre aquel quedó como clavado en el suelo y sin poder responder una palabra.

Tal era el espanto que le habian causado las palabras del sargento!

Se concia que era un hombre exesivamente tímido y poco habituado á aquellas aventuras.

Su tipo y aspecto de inocente no podia confundirse con ningun otro.

—Quién es usted? volvió á preguntar el sargento? ó será preciso hacerle responder con el sable?

—Yo soy Nicolás Gomez, respondió el infeliz, mucamo del señor Blanco; qué se le ofrece á usted?

—Tiene resguardo, papeleta ó cualquier cosa de esas?

Todo creo que tengo, respondió mas animado Nicolás.

Tengo mi papeleta de guardia Nacional exceptuado, porque soy hijo de madre viuda.

—Pues muéstramela y en paz, que ya es tarde.

El individuo aquel se desprendió el chaleco y la camisa y abrió una bolsita que llevaba colgada al pecho y entregó al sargento un papel perfectamente doblado que en ella guardaba, al lado de un escapulario.

El sargento tomó el papel, y en vez de desdoblarlo y leerlo como se esperaba lo hiciera, se lo echó al bolsillo diciendo al dueño:

—Bueno, allá en el cuartel dispondrá el gefe.

Ahora marche conmigo que no me puedo demorar mas.

El individuo protestó de aquel proceder abusivo, alegando que él estaba exceptuado por la ley como hijo de madre viuda.

Pero sus argumentos solo sirvieron para que el sargento le diera un empujón echándolo entre los cuatros presos y notificándole que á la menor palabra le aplicaria una buena paliza.

El tal Nicolás vió su causa perdida con aquel hombre, y guardó un doloroso silencio.

Juan Sin Patria estaba indignado con aquel proceder villano.

Tenia fuertes tentaciones de echarse al cuello del sargento, pero se contenia por temor de volver á caer de veterano.

El sargento y los soldados, custodiando los presos con un celo recomendable, siguieron su marcha hasta el cuartel.

Cuando llegaron todos dormian allí, menos el cuerpo de guardia y el oficial de campo.

Apénas llegaron á la guardia, el Comandante de ésta los mandó poner en el cepo de luz, hasta la resolution del Gefe.

Habia ya unos tres individuos mas, llevados por otras comisiones, contra los que se habia usado igual proceder.

Juan quiso protestar alegando que él era un soldado dado de baja, pero bien pronto tuvo que callar, oyendo al oficial que decia al sargento.

—Por lo mismo que ese ha sido soldado de línea, si no se calla inmediatamente la boca, póngale una mordaza y cuélguelo al palo.

Juan enmudeció desde aquel momento.

Era bastante práctico en el oficio para saber que aquella orden se cumpliria al pié de la letra.

—Esperaré á mañana, se dijo, que den cuenta al Comandante, que no va á ser mala la reprimenda que se chupen estos pícaros.

Vaya una manera de juntar gente!
Como no encuentran ni un solo engachado,

estoy seguro que lo que éstos quieren es desesperarlo á uno para que haga una barbaridad, y destinarlo al rejimiento sin mas ni mas.

Así es que resolvió guardar silencio absoluto dado el caso que le hicieran alguna pregunta, á lo que respondería con el mayor comedimiento posible.

—Mañana será otro día añadió:

Y pensando en Marta y apesar del cepo de lazo, se tendió de espaldas y se entregó al reposo mas apacible.

Ya sabia él que con desesperarse y lamentar su suerte no iba á ganar absolutamente nada.

Cuando despertó y pudo darse cuenta de lo que pasaba á su alrededor, empezó á alarmarse seriamente.

En el cepo de lazo habia unos ocho individuos de diversos pelages, que se lamentaban de estar allí, y se quejaban con los prejuicios que les causaba aquella detencion injustificable.

Con qué derecho y en virtud de que ley los detenian allí presos?

Los soldados reian al escuchar aquellos lamentos y daban de cuando en cuando un cogotazo, al que se permitia alzar la voz de una manera desmedida.

Juan observaba todo esto y guardaba silencio.

Para qué se iba á esponer á ser maltratado?

—Entre qué manos habré caido? pensaba.

Quién sabe si estos no tienen la intencion de engancharme á la fuerza!

Pero no importa, decia.

Yo estoy dado de baja por cumplido, y la autoridad no me ha vuelto á destinar.

Aguantaré todo, aparentando estar muy conforme, y en la primera oportunidad me mando mudar.

Al toque de asamblea vió entrar al cuartel al comandante, seguido de unos cuantos próximos que dijeron eran enganchedos.

Echó una mirada curiosa al cuerpo de guardia y fué en direccion á la mayoría, sin duda á concluir las cláusulas del enganche.

—Ahora, pensó Juan, nos llamarán y sabremos á qué atenernos.

Tienen por fuerza que darle cuenta de lo sucedido y nos hará llamar para tomarnos declaracion y ponernos en libertad, desde que no hay cargos que hacernos.

Pero pasó la mañana y nadie se acordó de llamarlos ni siquiera de darles de almorzar.

Á eso de las tres de la tarde, el comandante salió del cuartel, echando siempre una mirada hácia el cuerpo de guardia.

—Diablos, se dijo Juan.

Este tiene que hacer y no quiere perder tiempo ó se ha olvidado de nosotros.

Esperemos á la lista de tarde, porque supongo que no nos harán dormir aquí, en cepo de lazo y sin comer, sin decirnos siquiera lo que han resuelto.

No es mala píldora la que se va á tragar el sargento que nos ha traído!

Pero el tal Nicolás á quien habian quitado su excepcion, no pensaba lo mismo que Juan.

Así es que en cuanto vió al comandante empezó á llamarlo á grandes voces pidiéndole que lo hiciera soltar.

Péguele unos palos á ese imbécil si no se calla! respondió el comandante saliendo.

Y Nicolás se vió obligado á guardar silencio merced á dos morrudos cintarazos que le aplicaron en plena espalda.

—Esto va serio, pensó Juan Sin Patria y ya me veo llegar el momento en que nos planten un uniforme y nos señalen la compañía á que pertenecemos.

Y pasó la tarde y pasó la noche sin que el comandante volviera al cuartel y sin que siquiera les alcanzaran una miserable galleta con que desayunarse.

—Dígame amigo, preguntó Juan al cabo de cuarto la mañana siguiente, tratando de disimular su angustia bajo una capa de falsa alegría.

Hasta cuándo nos van á tener aquí sin decirnos una palabra y sin darnos que comer? Quieren secarnos en el cepo ó quieren matarnos de hambre?

—Pero no son ustedes enganchedos? preguntó á su vez el cabo.

No son los cuatro enganchedos que trajeron anoche? que diablos está hablando entónces?

—Que enganchedos ni que disparates! repuso Juan.

Si fuéramos enganchedos no nos tendrían en el cepo como criminales.

A nosotros nos han traído aquí porque así les ha dado la gana, y sin embargo todavia no nos sueltan, ni siquiera nos dicen por qué nos retienen.

Yo he perdido hoy un dia que por lo ménos importa un boliviano, y esta pérdida nadie me la va á pagar.

—Yo no sé nada compañero, lo único que puedo hacer es aliviarte un poco el hambre, que si es así como usted dice, mañana los han de largar: no hay que aflijirse.

Y sacó del seno una galleta que pasó á Juan quien empezaba á sentir una hambre molesta.

Pasó aquella noche y gran parte de la mañana siguiente, lo mismo que aquel dia y que la noche anterior.

La única diferencia que hubo, es que despues del toque de asamblea les trajeron en un plato de lata, un poco de caldo, segun dijeron, en el que nadaban cómodamente cuatro boca-

dos de carne, disfrazados con el pomposo nombre de pedazos.

Como á las dos de la tarde vino el Comandante, y los presos, por turno, fueron conducidos á la mayoría.

El primero que fué, era un moceton de San Nicolás, segun dijo, que se encontraba de paso en el Rosario.

Alegre y jovial, habia pasado la noche riéndose de Nicolás, que no se ocupaba sinó en llorar y en encomendarse á Dios y á todos los Santos.

Cuando este moceton volvió al cuerpo de guardia, venia preso de una terrible excitacion nerviosa.

—Primero me haré quitar veinte veces que hacer conmigo lo que quieran.

Como si no hubiera mas que agarrar á un hombre, atarlo á un carro y decirle: tire!

Me matarán porque són mas, pero yo no quiero engancharme, ni por todo el oro de este y el otro mundo.

Como el mozo siguiera gritando y protestando contra la iniquidad que decia le habian hecho, el oficial de guardia lo mandó callar.

Pero el preso no hizo caso y siguió hablando cada vez de una manera mas destemplada.

Fué necesario ponerle una mordaza y solo así lograron hacerlo callar.

Lo que habia dicho este, puso á Juan en muy sérios cuidados.

¿Se trataria de hacer con ellos alguna de esas enormidades de que son teatro los cuerpos de línea, con tanta frecuencia?

¿Pero qué podian hacerle á él, soldado cumplido y dado de baja por la Inspeccion?

Es verdad que habia perdido su baja, pero en la Gefatura sabian que aquello era cierto, y mandando pedir allí un informe, estaba todo concluido.

Juan fué llamado á su vez á la mayoría, donde lo condujo un cabo y un centinela, como si temieran fuera á echar á correr.

En la mayoría estaba el comandante y un oficial que escribia en unas filiaciones.

Soldado viejo, Juan se alarmó á la vista de aquellas filiaciones, en las que solo se trabaja cuando hay soldados que dar de alta.

Dominó toda manifestacion de temor y esperó tranquilamente que le dirigieran la palabra.

—¿Cómo te llamas? le preguntó el Comandante.

—Juan Sin Patria.

—Ese no es nombre, no seas animal.

Yo necesito saber tu propio nombre.

—Yo no sé que me llame de otro modo, respondió Juan.

Así me llaman todos los que me conocen y así no mas me han nombrado siempre en mi Regimiento.

El comandante siguió preguntando á Juan de que provincia era natural, que edad tenia y demás preguntas necesarias para extender una filiacion, á las que fué satisfaciendo Juan cada vez mas alarmado, pues veia que con sus respuestas el oficial iba llenando una filiacion.

Concluidas todas aquellas preguntas, el Comandante miró á Juan como si estuviese turbado, y despues de reflexionar un momento le preguntó:

—Y por cuánto tiempo vas á tomar servicio?

—Yo tomar servicio? exclamó este, como si le hubieran propuesto suicidarse—ni por un minuto, ni por un segundo.

He servido ya diez años y me parece que es tiempo mas que suficiente para escarmentar á un cristiano.

—Y dime entónces ¿qué te figuras que somos nosotros para que nos vengas á tomar de diversion y hacernos perder aquí el tiempo escuchando tus simplezas?

Crees acaso que te puedes divertir con nosotros ó estás loco acaso?

—Ni lo uno ni lo otro, contestó Juan apresuradamente.

Cómo voy á atrevirme yo á faltar á usted, mi Comandante, á quien no conozco ni he visto en mi vida?

—¿Entónces para qué has venido á decir que querias tomar servicio, y nos has hecho extender una filiacion?

—Yo no he dicho que queria tomar servicio, porque demasiado he servido ya y no quiero servir ni un minuto mas.

—Con qué no has atajado en la calle una comision del regimiento y te has hecho conducir con ella al cuartel, diciendo que te querias enganchar?

—Mentira! mentira, gritó Juan, no pudiendo contenerse.

Yo, como otros hombres que están ahí, fuí detenido por una comision que me trajó al cuartel á la fuerza.

Y la prueba es que conforme hemos llegado aquí, me han puesto en el cepo de lazo.

Si yo fuera enganchado andaria libremente en la compania á que me hubieran destinado.

—Bueno, concluyó el Comandante, yo no tengo tiempo que perder; no puedo ser juguete tuyo.

Ya estás enganchado por un año, y hecha la filiacion en el libro.

Prestarás tus servicios en la primera compania del primer escuadron y no hablemos mas, que hoy hay mucho que hacer.

—Es que yo no quiero engancharme! exclamó Juan, palideciendo visiblemente.

Recien me han dado de baja despues de diez años de servicios y quiero aprovecharme libertad.

—Para qué dijiste entonces que querias engancharte?

—Pero si yo no he dicho nada, si me han traído porque han querido!

—Basta, terminó el Comandante, que ya has hablado mucho.

Retírate á la cuadra, que mañana recibirás tu primera cuota.

—Ni la primera ni la última, agregó Juan resueltamente.

No quiero cuota ninguna porque no quiero engancharme.

Devuélvame mi libertad, señor, que yo he perdido dos dias de trabajo.

—Cabo! dijo exasperado el Comandante, ponga el uniforme á este pillo, y métnalo otra vez al cepo de lazo.

Si se resiste préndame una buena paliza y pásenlo al cepo de campanña.

Juan sintió que todo su valor le abandonaba.

Volvia á caer bajo las garras de un cuerpo de línea, cuando menos lo pensaba, y bajo el dominio de uno de los gefes mas crueles que tenia el ejército.

Qué hacer en situacion tan desesperante?

Resistirse y hacerse romper los huesos en los cepos y en las estacas sin encontrar alivio á su mal?

Resolvió no oponerse á que se perpetrara aquella iniquidad, resuelto á desertar en la primera oportunidad.

Se dejó poner el uniforme, sin hacer la menor resistencia, y conducir de nuevo al cepo de lazo.

—No he sido destinado por la autoridad, pensaba, y podré desertarme cuando quiera, sin que nadie me persiga, una vez que logre ponerme fuera del alcance de estos.

Pero el pobre no sabia que su contrato de enganche, hecho contra su voluntad, seria aprobado por el Gobierno y vendria á quedar en las condiciones de antes.

Si desertaba y lo tomaban, seria fusilado inmediatamente.

La baja anterior de nada le serviria entonces puesto que se habia enganchado anulando los efectos de aquella, que quedaba sin valor ninguno.

Al verse despojar nuevamente de su traje de hombre libre y meter entre el grillete de línea, su corazón se oprimió amargamente, y dos gruesas lágrimas rodaron sobre las cicatrices de su semblante.

Todas las penurias del pasado se agolparon á su espíritu, haciéndolo temblar ante las que aún le esperaban.

Mientras llegaba el momento de libertad, Juan hizo el propósito de evitar por todos los medios á su alcance que le aplicaran el menor castigo.

Demasiados tenia ya con los recibidos hasta la fecha.

—Si de todos modos tengo que sufrir, pensó, me evitaré por lo ménos la vergüenza y la tortura de los castigos.

Antes hacia esto por obtener pronto mi baja.

Ahora lo haré para que no me mutilen.

Bastante tengo con mi pierna inútil.

Acababa de ser colocado nuevamente en el cepo, cuando se sintieron en el cuartel unos gritos desesperados, que pedian socorro en todos los tonos é invocando á todos los santos.

Estos gritos eran seguidos de alegres carcajadas y voces de ¡scúdanle no mas!

Era el pobre Nicolás, que ante la noticia de que se habia enganchado, se echó á llorar como un recién nacido, y para hacerlo callar, le habian mandado aplicar una paliza, lo que produjo un resultado negativo, pues Nicolás seguia gritando como si los palos le infundieran mas bríos para gritar.

A sus gritos y actitud dolorosa, el gefe reia á carcajadas, en cuya operacion lo imitaban varios oficiales.

—A qué infierno he caído! pensó Juan.

Si de esta escapeo con vida debo de ser mas que gauchó.

Nicolás fué llevado al cepo nuevamente, pero eran tales sus gritos, apesar de los palos, que fué preciso recurrir á la mordaza para hacerlo callar.

Pero sucedia que en cuanto se la quitaban empezaba á gritar nuevamente, escandalizando el cuartel.

Tal fué la obstinacion de este pobre espíritu afeminado, que agotados todos los rigores, el gefe, sin duda por no hacerlo matar lo mandó echar á la calle, prévia la aplicacion de la última paliza.

De este modo escapó el misero á la inquisicion del Regimiento 9.

Los demas que habian caído aquella misma noche, como otros que fueron conducidos despues, quedaron enganchados de la misma manera que Juan Sin Patria.

A este, vista su conformidad, y creyéndolo amansado lo sacaron del cuerpo de guardia y lo pasaron á su compañía, pero siempre bajo la mas estricta vijilancia.

Le entregaron sus armas como á los demas enganchados, pero no le dieron municiones.

No se podia fiar mucho de aquella gente desesperada que podia lanzarse á un motin, con la esperanza de recuperar la libertad perdida.

Los demas enganchados eran sacados del cepo solamente para concurrir á la instruccion. concluida la cual, volvia otra vez al cepo, y todos ellos, incluso el mismo Juan, dor-

mian á cepto, bajo una vigilancia la mas rigurosa.

—No hay mas que fingir para inspirar confianza, pensaba éste.

Pues amordacemos el corazon y cambiamos la cara.

Y era tal su fuerza de voluntad, que parecia el soldado mas alegre y contento del cuerpo.

Los enganchados como Juan y los que voluntariamente iban á tomar el servicio eran ya tantos, que para cuidarlos se tuvo que echar mano de los asistentes, porque los soldados de confianza eran ya escasos y no daban abasto.

Así se remontó en el Rosario aquel Regimiento de caballería, antes de marchar á Villa de Mercedes, punto de su destino.

Los que duden de los hechos que narramos pueden hojear el proceso, ó leer los artículos á que nos hemos referido al principio de este capítulo.

Es él, fuera de toda duda, el mas curioso y terrible de nuestros procesos militares.

Juan vió en esta marcha una esperanza de salvacion.

De guarnicion en la frontera la vigilancia seria ménos rigida, hasta que cesará por completo.

Entonces aprovecharia el primer momento oportuno para recuperar su libertad.

—Y si lo consigo, pensaba, juro á Dios no parar un momento á diez leguas de donde exista un batallon de línea!

Con su buena conducta y exacto cumplimiento de sus deberes, cosa que él hacia para evitar todo castigo, llegó á inspirar tal confianza á sus superiores, que dos meses despues era nombrado de servicio para cuidar á sus mismos colegas de enganche.

Cuando partieron del Rosario, aquel Regimiento, bastante numeroso ya, ofrecia un espectáculo irfucio y vergonzoso.

La mitad de los soldados, armados, iba cuidando á la otra mitad desarmada.

Porque sin exageracion alguna, la mitad era compuesta por individuos tomados como Juan Sin Patria, en las calles de la ciudad y

obligados á engancharse bajo las mas terribles amenazas.

Al partir del Rosario recibieron parte de su primera cuota.

La otra parte no la volvieron á ver en su vida.

Juan Sin Patria fué el único que no quiso recibir un centavo, pretestando que ya que habia tomado servicio, preferia ser voluntario á enganchado.

Así quedaba libre ante su conciencia, para desertar en la oportunidad mas propicia, como lo habia resuelto.

A este objeto empezó á juntar cuanto centavo le caia á mano, bajo la base de los veinte pesos que tenia cuando fué preso y que escaparon á la pesquiza del cuartel, por llevarlos á raiz de las carnes.

A ellos habia agregado ya un par de pesos mas que le produjo la venta de su «uniforme de hombre libre».

El lo hubiera querido conservar para el momento de su fuga, pero un soldado no podia tener semejantes prendas y se las hubieran quitado, lo que era mil veces peor que los dos pesos que le produjo la venta.

En ese estado llegaron á Villa de Mercedes, siendo gefe de aquellas fronteras el general Roca, que tuvo conocimiento de los hechos ya narrados, pero que no tomó ninguna medida para corregirlos ó castigarlos.

Pero no por esto cesó la vigilancia, como lo habia sospechado Juan Sin Patria.

Por el contrario, siendo allí mayor la facilidad para desertarse, el gefe dobló la vigilancia, volviendo á hacer dormir bajo el cepto de lazo, con excepcion de Juan, á los enganchados que gozaban de mas libertad.

Para remate de desventuras, el gefe del Regimiento fué nombrado gefe de la frontera, por haber sido destituido su antecesor, y empezó una verdadera via crucis para aquellos infelices, sobre los que no pesaba el menor delito, y por consiguiente la menor condena.

Véamos algunos de los hechos mas feroces y sanguinarios que allí se cometieron, al lado de los cuales palidecen las mismas ferocidades del coronel Sandes.

UN TORQUEMADA DE LINEA

Juan empezó á ver que no era tan fácil como creia, desertar de un cuerpo en las condiciones del 9.

Los reclutas, que así se llaman en el ejército los forzados y enganchados, eran vigilados en todos sus actos, según lo hemos dicho, y dormían en el cepo de lazo, para mayor seguridad todavía.

Y los soldados de confianza, entre los que se contaba Juan, estaban vigilados entre sí sin quererlo, puesto que siempre se hallaban de servicio, que empezaba á hacerse para ellos escesivamente pesado.

—No puedo ser yo el único que tenga la intención de desertar, pensó Juan.

Entonces esperemos á ver como le va al primero que deserte, mientras me hago vaqueano del campo para no andar despues tropezando.

Juan no tuvo que esperar mucho tiempo para ver el resultado de la primer desercion.

Una noche, poco despues del toque de silencio se sintió un tiro en el cuerpo de guardia y tropel de soldados que disparaban en todas direcciones.

Habia sido avanzado por los indios el campamento ó se habrian sublevado algunos reclutas?

Los oficiales, la mayor parte de los cuales no se habian recogido todavía acudieron al sitio donde habia sonado el tiro para indagar su causa.

No sucedia nada de particular.

Un soldado de la guardia, estando de centinela, habia abandonado su carabina, y se alejaba con toda precaucion hácia el lado donde estaban las caballadas.

El oficial de guardia vió casualmente al desertor, y le hizo un tiro de revólver mientras mandaba perseguirlo.

El desgraciado, descubierto tan pronto, no podia alejarse mucho y caeria en las manos de sus perseguidores, inevitablemente.

Disminuyó el burto cuanto pudo y arrastrándose en el suelo como un reptil, se metió en uno de los potreros alfalfados.

—Puede que con la noche no me vean pensó, y quede aquí hasta mañana.

Cansados de buscarme creerán que me he ido no más, y protegido por esta creencia, salvaré mañana á la noche.

El cálculo aunque juicioso era arriesgado, pero era lo mejor que el pobre podia hacer en situacion tan apurada, y por que le daba mayores probabilidades de buen éxito.

Mientras los soldados de la guardia hacían

la pesquisa á pié, se hicieron montar á caballo unos cuantos sargentos, que salieron á media rienda.

Toda la noche anduvieron de un lado á otro, sin poder dar con el desertor.

A donde diablos podia haberse metido?

A medida que pasaba el tiempo, el desertor aumentaba su esperanza de salvacion.

Al dia siguiente se despacharon comisiones á todos lados, pero á ninguna de ellas se le ocurrió irlo á buscar tan cerca.

Y pasó la noche sin que hubieran podido descubrir al desertor.

A la diana se pasó lista, y se supo cual era el que faltaba.

Era un tal Lobo de apellido, destinado por dos años al Regimiento, y cumplido hacia mas de seis.

Lobo era un soldado muy práctico y conocedor de todos aquellos campos.

Si Lobo habia logrado alejarse siquiera un par de leguas, era indudable que no lo prenderian mas.

Pero cómo era que habiendo sido visto en el acto de abandonar el puesto, no lo habian podido alcanzar ni los que habian disparado en buenos caballos?

—Tal vez se haya ido del lado de los indios en algun caballo que ya tendria pronto, dijo un oficial.

Lobo es muy capaz de irse con ellos y venir á pegarnos golpe en la primera invasion.

—Todo puede ser, contestó el gefe, á quien aquella desercion habia puesto de un humor de perros, porque podia ser el punto de partida de otras muchas.

Todo puede ser, pero si llegó á agarrar al tal Lobo, juro que será la última desercion que cometa en su vida.

Y fué tal la expresion que adquirió al decir esto que los soldados se aterraron.

No hubo uno solo que no deseara la salvacion de Lobo, haciendo muchos de ellos el propósito de no descubrirlo si lo llegaban á ver.

Y Lobo estaba salvado si no lo descubrian aquel dia, pues ya habian regresado todas las comisiones que salieron en su busca.

Lobo, pegado de barriga contra el suelo, ganó el centro del alfalfar, donde quedaba perfectamente á cubierto de toda mirada indiferente.

Por mal de sus pecados, á la caída de la tarde y cuando ya se creia salvo, dos oficiales fueron á hacer cortar alfalfa para sus caballos

operacion que hacian tambien dos asistentes del gefe.

La alfalfa bastante rala aunque crecida, permitia que los que cortaban alfalfa lo vieran si se aproximaban donde estaba.

Los asistentes del comandante vieron entre la alfalfa el kepí colorado, y detrás de él el cuerpo de un soldado tendido de barriga.

Al momento comprendieron que aquel soldado no podia ser otro que el desertor Lobo.

Los dos camaradas se miraron y se entendieron sin decirse una palabra.

Habian resuelto no delatar á Lobo.

—Lo que hay, dijo uno ellos, que si lo llegan á ver los oficiales no se va á poder escapar.

Como si la fatalidad los impulsara, los dos oficiales, seguidos de sus asistentes, iban caminando hácia el centro del alfar, eligiendo la mejor alfalfa.

Uno de ellos, como los asistentes del gefe, vió primero el kepí de Lobo, cuyo color punzó contrastaba tanto con el verde del pasto, y llamó la atencion de su compañero.

—Debe ser Lobo, dijeron, y es aquí donde ha pasado la noche.

Cómo habian de encontrarlo!

Y se dirigieron cautelosamente al bulto, haciendo una seña á sus asistentes y á los del gefe.

—Adios, Lobo, murmuraron estos.

Ahora puede encomendarse á Dios.

Lobo, con el corazon oprimido por la angustia, viéndose perdido se incorporó.

—De t dos modos me van á descuartizar, se dijo cuando se vió descubierto, pues hagamos fuerza hasta el último momento, que esto no ha de aumentar el castigo.

Y en vez de obedecer la voz de los oficiales que le mandaban hacer alto, echó á disparar saltando sobre la alfalfa como un verdadero lobo.

Los oficiales desnudaron sus espadas y se lanzaron sobre él, mandando á los asistentes que le cortaran el paso, abriendo una especie de cerco.

Pero poco duró aquella caceria humana por entre la alfalfa.

Cansado al fin, el pobre cayó entre las manos de sus perseguidores que le ataron con sus propios tiros y lo condujeron á la guardia, donde lo metieron al cepo de campaña, que es lo mismo que el colombiano, pero sin la carabina sobre la nuca.

Despues de la lista de tarde, el comandante recibió con las demás novedades, el parte de que el desertor Lobo habia sido aprehendido en el alfar.

El comandante saltó de la silla, como si hubiese recibido la noticia mas agradable á su espíritu.

—Es preciso hacer un escarmiento, para que el ejemplo no suanda, dijo.

Y decretó sobre tablas un novenario de estacas que debia empezar á cumplirse desde la siguiente diana.

Un novenario de estacas!

Ya tienen nuestros lectores una idea de lo que es este castigo bárbaro, al cual no puedo escapar con vida el hombre mas fuerte y mejor constituido.

Por qué no se levantaba á aquel soldado un sumario para el esclarecimiento de los hechos como manda la ordenanza?

Era mas cómodo matarlo en las estacas, para por medio del terror quitar á los otros toda idea de deseracion.

Lobo, que cabia ya lo que le esperaba, encomendó su alma á Dios.

—Caramba, hermano, le dijo esa noche un compañero, te mandan aplicar un novenario. Mas valdria que te fusilaran.

—De azotes? preguntó Lobo, mirando á su compañero con sereno ademan.

—No, de estacas, respondió este.

El semblante de Lobo palideció hasta ponerse lívido.

—Es una muerte infernal, dijo, pero mas pronta que la otra.

En las estacas estoy seguro que moriré al segundo ó tercer dia, á mas tardar, mientras que con azotes resistiria, aunque muriendo, hasta siete ú ocho dias.

Y cuándo empiezan?

—Mañana á la diana.

—Todo sea por Dios—de alguna cosa bárbara hemos de morir los que andamos pensando en los cuerpos de linea!

Y para qué diablo se le ocurrió desertar hermano, sabiendo á lo que se esponia?

—Porque prefiero cincuenta veces la muerte, por terrible que sea, á la vida horrible que llevamos aquí.

Esto es morir lentamente de sufrimientos y de hambre, mientras que desertando uno juega una muerte mas rápida, si pierde, pero contra la libertad, si gana.

He perdido y estoy conforme ¡qué le vamos á hacer!

La noche pasó rápida para Lobo, que esperaba al despuntar del dia, la aplicacion de un martirio espantoso é inaguantable.

Pero la pasó tranquilo y resuelto á no dar á sus verdugos el placer de que le escucharan una sola queja.

Cuando al toque de diana lo sacaron del cepo para llevarlo á las estacas, Lobo seguia sereno y resuelto aunque horriblemente pálido.

En aquel Regimiento se habian aplicado todo género de castigos, crueles y violentos, pero nunca se habia recurrido á un novenario de estacas!

Lobo fué conducido delante de su compañía y estaqueado con todas las reglas del arte, delante del gefe que presenciaba el tormento, diciendo á los demás soldados:

—Este es el castigo que les he de aplicar á todos los que deserten del cuerpo.

Ni siquiera les he de hacer el favor de pegarles cuatro tiros!

Este es un falso modo de contener una tropa, pues las violencias y los castigos barbaros, rompiendo la barrera de todo sufrimiento, provocan las sublevaciones de cuartel y los motines, cuyo desenlace es siempre la muerte de los oficiales y la desercion de la tropa.

Y en apoyo de lo que vamos diciendo, ahí tenemos el ejemplar reciente de compañías enteras que, despues de combatir y dar muerte á sus oficiales, han pasado á territorio chileno, en busca de la justicia que se les negaba en su propia tierra.

Al soldado se le doblega con cariño, inculcándole ideas de moral y pundonor militar.

Nosotros hemos visto viejos veteranos del 2 de caballeria, en tiempos que lo mandaba el benemérito coronel Lagos, desesperarse ante este castigo formidable: no poder llevar en su kepí durante tal ó cual tiempo, el número de aquel bizarro Regimiento.

—Un soldado que se embriaga y falta á sus deberes, les decia el coronel al imponerles la pena, no es digno de llevar el número 2.

Este es el distintivo de un regimiento de hombres de honor y de vergüenza y no lo puede ostentar ningun canalla.

Y el soldado que no tenia número era re-negado por sus mismos compañeros, que le arrojaban fuera de la cuadra, con sus burlas mas sangrientas.

Hemos visto soldados pedir que les dieran cien palos á cambio de no ser privados de su número.

Así cada soldado de aquel regimiento modelo por su bravura y disciplina, era un hombre de honor y de vergüenza, orgulloso del número 2, é idólatra ciego de su gefe.

Pero en otros cuerpos se observa el camino opuesto, haciendo perder al soldado la poca vergüenza que pueda quedarle, con penas de-nigrantes y mutilándole los miembros en las estacas.

Y Lobo fué estirado en las vergas, como si fuera un pedazo de pergamino.

Cuando le quitaron las mochilas que sostenian su cuerpo y este quedó en el aire, sus huesos crujieron con un ruido terrible y su fisonomia se demudó en la mas insoportable agonía.

Pero sus lábios no se entreabrieron para dar paso á la menor queja.

—Dios se encargará de vengarme, dijo al

fin, con voz desfallecida y volcó pesadamente atrás su livida cabeza.

Acababa de desmayaree, á los cinco minutos de estar en las estacas.

—Sáquenlo y llévenlo á la cuadra, no mas, nada de enfermeria.

Despues del novenario tendrá tiempo á curaree, dijo el gefe.

Y el que quiera desertar, continuó, puede hacerlo, que ya sabe lo que le espera.

Y se alejó de allí creyendo haber cortado de raíz la desercion en el cuerpo.

Los soldados se apresuraron á sacar á Lobo de las estacas, y llevarlo á la cuadra, como se habia ordenado.

Allí y con cuidado de que los oficiales no los vieran, los compañeros lo atendieron cariñosamente.

Quién le echó en la boca un trago de ginebra, quien le frisionó las piernas y los brazos y quien por fin le hizo tragar un poco de caldo, á duras penas.

—Qué, todavía no he muerto? preguntó Lobo cuando volvió en si.

Es una broma porque todavía tendré que sufrir otra estaqueadura, de la que espero en Dios morir.

Sus compañeros estaban profundamente emocionados.

Les parecia imposible que Lobo fuera estaqueado al dia siguiente.

Cuando los miembros destrozados por los maneadores se hubieron enfriado, el dolor se hizo insoportable.

Bastaba que alguien se moviera cerca de él, para sentir dolores agudísimos.

Pero no se le oyó un solo quejido.

Lobo era verdaderamente un hombre de bronce.

Poco antes de la diana, uno de los compañeros quiso darle algunos tragos de ginebra para que tuviera mas ánimo, pero se resistió á tomarlo.

—Si estoy mas fuerte resistiré mas el sufrimiento, les dijo, y mas larga será la agonía.

Profiero hallarme débil para concluir mas pronto y no darles el gusto de verme pasar el tercer dia.

A la diana Lobo fué vuelto á conducir frente á su compañía, y estaqueado con la misma prolijidad del dia anterior.

El viaje de la cuadra á las estacas fué mas terrible que las mismas estacas.

Por prolijos y delicados que fueran los cuatro soldados que lo condujeron, tenian que tomarlo de los brazos y de las piernas, doloridas de tal modo, que le hicieron prorumpir en una maldicion espantosa.

Fué, pues, colocado sobre las mochilas y la pena del segundo dia se cumplió como la del primero.

Lobo se desmayó un minuto despues de ser estaqueado pero solo á los cinco minutos se dió el órden de retirarlo del tormento y conducirlo nuevamente á la cuadra.

Esta vez fueron inútiles todos los esfuerzos de sus compañeros para hacerle tragar algunos buches de ginebra.

El pobre estaba en tal estado, que habia que ponerle la mano sobre el corazon para tener certeza de que aún vivia.

Y así pasó el día y la noche sin que el desventurado diera otra señal de vida.

Las manos y los piés, negros por la presion de los maneadores, se habian reventado en varias partes, dejando salir una sangre ne gruzca y medio coagulada.

El teniente de la compañía mandó preguntar si se seguia el castigo.

Y la contestacion que recibió fué esta:

—Que se cumpla el novenario, conforme lo ha dispuesto el gefe.

Y Lobo fué conducido de nuevo á su patíbulo, sin dar la menor señal de vida, á pesar del sufrimiento espantoso de la traslacion.

Y así mismo fué estaqueado tan fuertemente como los dias anteriores.

A penas le hubieron retirado las mochilas su cuerpo se estremeció poderosamente y volvió á quedar inmóvil y rígido.

Cinco minutos permaneció en ellas, como los dias anteriores, y bajo la mirada azorada de sus compañeros de armas.

Al cabo de ellos lo mandaron sacar y conducir de nuevo á la cuadra.

Una de sus manos habia sido arrancada por la tension de las cuerdas.

La otra mano y los piés colgaban de los miembros correspondientes, sujetos á penas por los tendones mas gruesos.

Su boca entreabierta con una espresion de muerte, parecia haber sonreído el exhalar su último aliento.

Lobo estaba rígido, frio.

Se conoce que habia rendido la vida en aquel estremecimiento de su cuerpo, único movimiento que hizo en veinte y cuatro horas.

Se pasó al gefe el parte lacónico de que—el soldado Lobo habia muerto en las estacas!

—Que se cumpla el novenario, y que hasta entónces no pasen mas partes, fué la respuesta del gefe.

Y Lobo fué conducido á las estacas el cuarto dia, por solo dos soldados.

Fué preciso estaquearlo de las piernas y de los brazos, porque la única mano y los piés colgantes, no hubieran resistido á la menor presion de las cuerdas.

Y el cadáver, como los otros dias, permaneció cinco minutos en las estacas, al cabo de los cuales lo mandaron sacar.

Al quinto dia del novenario y segundo de

la muerte de Lobo, el cadáver estaba en completo estado de descomposicion.

Sus miembros mutilados estaban ya verdosos y las emanaciones que producian se hacian ya insopor ables.

Así mismo el cadáver fué llevado á las estacas y estirado en ellas durante los cinco minutos de órden.

El sexto dia quedó una pierna en las estacas, sin haber sido estirado fuertemente porque se habria deshecho.

Aquel era un espectáculo ya por demas salvaje y nauseabundo.

El cadáver de Lobo era el séptimo dia una masa infirme y putrefacta, cubierta de moscas que habian devorado ya parte de su semblante.

Y sin embargo seguian estirándolo diariamente en las estacas, para escarmiento de los que tuvieran la intencion de desertar.

Los últimos dias los fragmentos del cadáver eran conducidos á las estacas en un poncho que un soldado tomaba de las cuatro puntas y se echaba al hombro.

Concluida la operacion, volvian al poncho los restos que quedaban y eran conducidos de nuevo á la cuadra, para volverlos á estaquear al dia siguiente.

El novenario se cumplió en el último pedazo de Lobo ó mejor dicho en el tronco de su cadáver que fué puesto entre las cuatro estacas simplemente, pues apenas lo hubieran atado, hubiera caído á pedazos.

Los soldados encargados de la operacion, la llevaron al cabo dando vuelta la cabeza y tapándose las narices.

Eran verdaderamente inaguantables las emanaciones de aquel fragmento de cadáver!

El regimiento quedó profundamente emocionado por mucho tiempo.

A cada instante los soldados creian ver los restos de Lobo, estirados en las estacas, y su rostro comido por la mosca brava de la frontera.

Juan Sin Patria quedó aterrado.

En todo lo que habia visto en su vida no tenia idea de un refinamiento tal de barbarie.

El mismo coronel Iseas, haciendo pegar un tiro atrás de la oreja á los prisioneros de guerra, le parecia un hombre manso, comparado con el que habia ordenado el terrible martirio de Lobo.

Y se logró con este acto de salvajismo contener la desercion del Regimiento?

Al contrario.

Los soldados preferian arriesgar la vida, con tal de librarse de un gefe que en ese camino, por cualquier otra falta involuntaria les hubiera impuesto igual pena.

Quince dias despues de la muerte de Lobo, desertaban dos soldados de los enganchados en el Rosario como Juan Sin Patria.

Los soldados habian tomado dos caballos del mismo comandante que estaban atados á la estaca fuera del campamento y echaron á correr de una manera desesperada, á la vista del mismo cuerpo de guardia.

Se mandaron comisiones bien montadas en su persecucion, pero estas mientras tomaron caballo y montaron, los desertores habian podido sacar una buena ventaja.

Uno de ellos pudo escapar, sin que hasta hoy se haya vuelto á saber que fué de él.

El otro, menos afortunado, tuvo la desgracia de rodar á media legua del campamento, fracturándose una pierna, accidente que le impidió volver á montar sobre el caballo, que se habia arado y quedado allí como esperando al ginete.

Los perseguidores se dirigieron á él, lanzando un grito de alegría.

El soldado viéndose perdido irremisiblemente, sacó de su cintura un cuchillo agudísimo.

Creyendo que trataba de resistirse, el mismo oficial que mandaba el peloton se echó al suelo sable en mano y le intimó rendicion.

—Yo no soy Lobo, mi alférez, respondió sonriendo el desertor, ni he nacido para morir en las estacas.

Y se clavó el cuchillo en el corazon, causándose una muerte instantánea.

Este ejemplo lo hemos visto repetirse hace muy poco tiempo en Buenos Aires mismo.

Nuestros lectores recordarán que un sargento del 8 de línea, se hizo saltar los sesos en la calle de Santa Fé, porque aprehendido como desertor, lo conducian á su cuartel.

Qué horrores no temeria este sargento cometerian con su persona?

Las comisiones regresaron al campamento, manifestando que uno de los soldados habia logrado huir por la superioridad del caballo que montaba, y que el otro se habia suicidado para librarse del castigo.

El pobre desertor, aunque se libró de sufrir, arrancándose él mismo la vida, no por eso pudo librar á su cadáver de la impiedad de su gefe.

Éste mandó traer el cadáver y sin siquiera

hacerle arrancar el cuchillo de la herida, lo hizo estaquear en el centro del cuartel, hasta que el olor nauseabundo lo obligó á mandarlo enterrar.

Y las deserciones siguieron, á pesar de esto con éxito mas ó ménos feliz.

Juan Sin Patria, mas reflexivo y calculador, renunció por el momento á sus propósitos de desertar.

No sabia por qué tenia la esperanza de volver á ver á su muger y á su hermano, y no queria arriesgar la vida, por apresurar el tiempo de su libertad.

De que le valia apresurarla arriesgando perderla para siempre juntamente con la vida?

Y portándose de manera de contentar á todos sus superiores, esperó tranquilo el momento propicio para realizar su plan perfectamente bien meditado.

Y pasó así un año durante el cual Juan Sin Patria pudo presenciar un cúmulo de horrores á cual mas espantoso.

Raro era el mes que no habia en el campamento, dos inválidos por lo ménos, ya por las estacas, ya por las garroteaduras que allí se mandaban pegar para castigar la falta mas leve.

Las mismas mugeres del regimiento se iban poco á poco, pues hasta á ellas alcanzaban todo género de castigos.

Solo tres sargentos que gozaban de alguna consideracion y unos ocho ó diez soldados viejos, tuvieron el coraje de conservar sus familias.

Entre los mismos oficiales del cuerpo empezó á sentirse un disgusto que apenas podian disimular.

Estaban destinados á ser verdugos de sus soldados.

Durante aquel año fué una vez el comisario pagador á abonar dos meses de sueldo, que Juan guardó cuidadosamente con los veinte y tantos bolivianos que constituian toda su fortuna.

—Así tendré esto adelantado, se dijo, para el día de mi libertad, que ya no puede tardar, puesto que todo tiene su fin en esta vida aperreada.

EL SARGENTO FUENTES

El sargento Fuentes era el mas considerado de todo el regimiento, por su rara bravura y las nobles prendas de corazon que lo distinguian.

Fuentes era un hombre alegre por naturaleza y excesivamente bondadoso con los soldados de su compania, lo que no le impedia hacerse respetar por todos ellos.

El mas antiguo de los sargentos primeros, conservaba en el campamento á Teófila, su mujer, famosa fabricanta de tortas fritas, y dos hijos que vestian ya el uniforme del regimiento, aunque ninguno de ellos llegaba á los doce años.

Dejemos por ahora en paz al sargento Fuentes, que volveremos á encontrar y sigamos nuestra historia.

La vida en aquel regimiento habia llegado á ser una cosa desesperante.

Los soldados empezaban á sentir hambre, y ninguno de ellos acertaba á esplicarse la causa.

Los mismos oficiales tenian que comprar los víveres de su bolsillo, llegando dia en que la tropa carneó pátrios, mansos y cojos, para calmar en algo el hambre que los devoraba.

Un dia el proveedor mandaba una carne azulada, probablemente de animales muertos de alguna epidemia.

—Hay que conformarse con ella por hoy, mandaba decir, porque se me ha disparado la hacienda y no hay mas carne.

Y aunque era carne que hubiera deshecho el perro mas hambriento, el comandante hacia recibir la carne que se repartia con el consuelo de que al dia siguiente seria mejor.

Pero resultaba que al dia siguiente no habia ni siquiera carne azul, porque el proveedor no habia podido juntar la hacienda.

Otras veces la carne que mandaba á penas alcanzaba para media racion, porque no habia hacienda, segun decia.

Y el comandante hacia recibir la carne con la promesa de que al dia siguiente les haria entregar racion doble.

Pero ya podian llamarse felices si al dia siguiente se les daba otra media racion comible.

Con los víveres secos y vicios sucedia lo mismo.

Se repartian allá una vez al mes y en una cantidad para ocho dias.

Esto no importaba nada cuando los víveres eran comibles, pero casi siempre eran de una calidad, que no habia soldado que se atreviese á tocarlos.

Aquello era ya inaguantable.

Los oficiales se habian quejado ya al segundo gefe, pero inútilmente, pues no habian logrado remediar el mal.

Ya no era cuestion de la tropa solamente, los oficiales se morian de hambre materialmente porque no tenian como remediar el mal.

Si se les hubiera pagado siquiera su sueldo cada dos meses, habrian podido subvenir á sus necesidades.

Pero los comisarios pagadores se presentaban por muerte de un obispo, acontecimiento que no sucede cada dia.

El oficial de mas carácter, creyendo que aquello fuera algun negocio inicuo entre el segundo gefe y el proveedor, fué á llevar la queja al comandante directamente, obteniendo la promesa de que se remediaría el mal.

Pero la falta de carne siguió lo mismo que antes y la oficialidad, mas delicada que la tropa, empezó á enfermar de necesidad.

La segunda queja fué llevada al gefe por otro oficial.

Se les habia dado carne completamente descompuesta que ellos habian rechazado, pero que la mayoría habia ordenado se recibiera.

Aquel oficial fué puesto preso en banderas y sacado al raso en seguida porque se permitió decir que aquello era un escándalo y un robo.

Un dia Juan Sin Patria, con la mayor inocencia de este mundo creyendo que con ello no haria ningun mal, carneó un caballo manco, que devoraba en compania de otros soldados.

Juan Sin Patria fué preso y como al preguntarle porque habia carneado el caballo dijera que para no morir de hambre, lo hicieron cuadrar delante de la compania y le pegaron cincuenta palos.

—Aunque me muera de hambre, pensó el desventurado Juan, no vuelvo á carnear ni un raton.

No quiero que por una lonja de carne me saquen las lonjas de la mia.

La cosa fué en aumento de tal manera que aquella misma carne descompuesta unas veces y azul otras, se repartia solamente dia por medio.

El soldado tenia que hacer durar dos dias su racion nauseabunda ó morir de hambre.

Y decimos morir de hambre porque ya se habian habituado á comer de aquella carne como si hubiera sido la mejor del mundo.

Un día el regimiento presenció un espectáculo que le aterró por el porvenir que les esperaba si la cosa seguía de aquella manera.

En momentos que el oficial de guardia se hallaba sentado á la puerta del cuarto de banderas, pasaron dos soldados llevando dos mantas de pan para la racion de aquel día.

El regimiento estaba de gran fiesta, puesto que se iba á racionar de pan.

El oficial de guardia se acercó á uno de los soldados y tomó un pan que asomaba por las juntas de la manta, y tal era su tamaño que lo comió solo en dos bocados.

Aquel oficial habia creído hacer la cosa mas natural del mundo, por cuya razon ni siquiera trató de ocultarse.

Como el mismo Comandante estuviera recibiendo el pan el soldado se escusó de que faltase uno, diciendo que el oficial lo habia tomado.

Nunca se vió en el cuartel escándalo igual, provocado por causa tan insignificante.

El mismo Comandante se trasladó á la guardia y preguntó al oficial porque se habia permitido robar un pan.

—No he robado un pan, contestó el jóven con altura.

Como tenemos hambre, al ver pasar el pan tuve deseos de comer uno y lo tomé, pero que se puede descontar de la racion que me corresponde.

—No hay racion que valga en este caso, respondió el Comandante, usted ha robado un pan y esto es una insolencia que yo no puedo dejar pasar impunemente.

El oficial guardó silencio contenido por la disciplina, recojiendo en su corazon aquella ofensa brutal, para tomar cuenta de ella á su debido tiempo.

Pero este incidente no terminó aquí, pues en castigo de aquel desmán, el oficial fué sacado al raso, y puesto en el cepo de campaña, como el mas sin vergüenza de los individuos de tropa.

Aquello era degradar la carrera de las armas y hacer perder á la tropa el respeto natural que debe inspirarle la oficialidad.

Pero esto no estaba en los cálculos del comandante, que queria evitar que en lo sucesivo nadie tocara un pan.

Los demas oficiales vieron en aquel acto infuso una amenaza hecha á todos ellos, y sin que el Comandante lo supiera pasaron una nota al general Roca, quejándose de proceder tan vejatorio, pero el general elevó la denuncia al mismo gefe autor del atentado, para su averiguacion, lo que motivó la prision y castigo de los oficiales que se habian quejado.

Si esto hacen con los oficiales que no harán con nosotros? exclamó Juan Sin Patria, encomendándose á Dios.

Haremos lo posible por no dar motivo de queja.

Pero por mas cuidado que tuviera en el cumplimiento de sus deberes, por mas que se esmerara en el servicio, era raro el día que terminaba sin que hubiera recibido un par de garrotazos.

Llegó un día en que la falta de alimentos se hizo insoportable.

Los que no tenian familia sufrían aquella miseria espantosa, temerosos de pasar un trago amargo sin remediar el mal, si se quejaban.

Y el sargento Fuentes era el mas desesperado de todos.

Reunida su racion á la de su familia, no hubiera bastado para alimentar á uno solo de sus hijos.

El corazon del pobre sargento se comprimía dolorosamente al ver enflaquecer su familia y oír decir á sus hijos que tenian hambre.

Valido de la consideracion que se le tenia, resolvió quejarse al Comandante y pedirle que hiciera aumentar su racion.

—No haga tal cosa amigo, le dijeron sus compañeros, que le puede costar caro.

Y el mismo oficial de la compañía le aconsejó que no se quejara haciéndole recordar el incidente del pan.

Pero el hambre de sus hijos pudo mas que todo género de reflexiones.

—Lo peor que puede sucederme, dijo, es que me peguen cien ó doscientos palos.

Bien vale la pena que los arriesgue, pues tengo la coronada de que elevando la queja humildemente, puede ser que me la atiendan.

El Comandante ha sido siempre buen amigo y ha de tener presente que yo no le pido para mí sino para mi familia.

De todos modos, aunque me hubieran de fusilar, prefiero la muerte mía, antes de ver morir de hambre á mi mujer y á mis hijos.

Una mañana en que la carne habia sido repartida, se puede decir que á bocado por individuo, el sargento Fuentes tomó su racion, que podia conservar en un puño y se presentó al Comandante, con la correspondiente venia de su oficial.

—Qué dice sargento? preguntó este al verlo llegar con el pedazo de carne en la mano y sospechando de lo que se trataba.

Viene á hacer algun reclamo sobre las raciones?

—No por mí, mi Comandante, contestó Fuentes, alentado por la pregunta, sino por mi familia.

Gracias á Dios yo no tengo de que quejarme, porque mis raciones son buenas y abundantes, pero usted sabe que somos tres bocas, y no alcanza para ellas.

—No vé, mi Comandante? esta es la carne que me han dado hoy.

Y mostró el pequeño pedazo con el que á penas se hubiera podido hacer un bife.

—Y usted quiere, por supuesto que se le amente la racion?

—No la mia, mi Comandante, porque yo estoy contento, sinó la de la familia.

Es un favor que pido á su buen corazón, porque yo sé que usted se conduce de nos otros.

Fuentes pedia de aquella manera y se mostraba conforme, creyendo sacar mejor partido. No reclamaba, sinó que pedia un favor.

—Porque si me meto á reclamar, se habia dicho, me romperán el alma y no conseguiré nada.

Pidiendo de este modo, me pegará el aumento, si quiere, pero no me castigará.

—Entónces, preguntó el Comandante, vienes á reclamar de que la racion que te dan es escasa?

—Dios me libre de ello! respondió Fuentes. Vengo á pedirle que si es posible, me haga el favor de hacer aumentar la racion de la familia.

—Bueno, dijo el Comandante, tendrás desde hoy tanta carne, que te cansarás de comer.

Y delante del sargento Fuentes, mandó á un soldado que fuera á comprar una arroba de carne, de superior calidad, costara lo que costara.

Fuentes pidió permiso para retirarse y se fué á la cuadra.

—Veo que no te ha ido mal, le dijo su teniente, porque vienes muy contento.

Francamente, yo creí que del alojamiento del Comandante, irias derecho al cepo.

Fuentes narró de la manera que habia hecho el reclamo y quedó así explicada la cosa.

—Te darán hoy la arroba de carne, dijeron á Fuentes, para que crean que él ignora lo que sucede, pero no te la darán mas.

Y si vos otra vez á quejarte, pagarás juntos este reclamo y el otro.

—De todos modos, contestó Fuentes, habré ganado una arroba de carne, si es que me la dan toda.

Los pobres compañeros del sargento, hambrientos todos, esperaban ansiosos el momento de pedirle un pedacito de carne.

Y envidiaban su suerte feliz que le iba á hacer dueño de una arroba de este alimento, cantidad con la que racionaban toda la compañía. Pobre Fuentes!

Que pronto iba á tener que renegar de lo que él llamaba su buena suerte y arrepentirse de su pedido!

Es verdad que la crueldad de aquel gefe estaba fuera de todo cálculo humano.

Cuando llegó el soldado con la carne, el Comandante la hizo cortar en pedazos y ensartar estos en un manecor, á manera de rosario,

Terminada la operacion cuyo objeto nadie podia prever, el Comandante se trasladó á la cuadra que ocupaba la compañía á que pertenecia Fuentes, y la hizo formar.

Los ojos de los soldados brillaron de codicia, creyendo que la carne habia sido dividida en pedazos, para repartirla entre todos.

Formada la compañía con sus oficiales á la cabeza, el Comandante llamó al sargento Fuentes, y le dijo:

—Usted se ha quejado de que la carne que le dan es poca y ha reclamado que se le aumente.

—Nó, mi Comandante, contestó Fuentes alarmado por el tono con que se le hablaba, he ido á pedirle que aumentara la carne de la familia, porque ella era poca para tantas bocas. Libreme Dios de reclamar!

—Bueno, aquí hay una arroba de carne que se va á comer usted hasta el último pedazo, delante de todos.

Así aprenderá á andar quejándose y reclamando de vicio.

—Pero mi Comandante, exclamó Fuentes palideciendo al comprender de lo que se trataba, si yo no he reclamado nada! si yo no me he quejado nunca de mi racion!

—Basta y silencio.

Yo no sé que es lo que ustedes se han figurado! Yo les he de ir enseñando á quejarse y á reclamar.

Fuentes fué obligado á cuadrarse delante de la compañía de que era sargento primero, y le colgaron al cuello aquel rosario de carne cruda, que debia de comer, segun lo dicho, hasta el último pedazo.

Pero este castigo solo, no tenia toda la crueldad infernal de que el Comandante queria revestirlo.

Era preciso que se cumpliera de manera que no dejara nada que desear á la ferocidad mas refinada.

Dos cabos fueron colocados, sable en mano, uno á cada lado, con órden de pegar á Fuentes cinco palos, por cada pedazc de carne que comiera.

¡Pero como Fuentes podia librarse de los palos no comiendo la carne, la órden fué completada del modo siguiente.

Por cada bocado de carne que coma, se le pegarán cinco palos, y si no come, entónces se le pegará hasta que coma.

Si los cabos andan con contemplaciones y no pegan los palos como es debido, serán sometidos á igual pena.

No podia darse un castigo mas infernal para reprimir una falta que no existia.

Mas sencillo y ménos cruel habria sido fusilar al sargento, porque con la aplicacion de aquella pena era condenarlo á una muerte graduada y espantosa.

Dadas estas órdenes y encargado de hacerlas cumplir el Comandante de la compañía, el jefe se retiró.

El sargento Fuentes quedó aterrado y estático contemplando los pedazos de carne que no podría comer seguramente, porque su estómago no podría contenerlos por falta de capacidad suficiente.

Más espeditivo era entonces mandarles dar de palcos hasta que muriera, pues de todos modos este iba á ser el resultado final.

Contemplaba aun la carne, mudo y asombrado, cuando se sintió un golpe sordo y seco.

Era el primer palo que, dado sobre los pulmones del sargento Fuentes, le recordaba que debía empezar á comer.

—No me peguen por Dios, dijo, no me peguen que voy á comer!

Y tomó uno de los pedazos de carne, que no tuvo resolución de llevar á la boca.

Dos palos más, aplicados de una manera formidable lo resolvieron á llevar el pedazo á los dientes y morder el primer bocado.

—Esto es muy cobarde! exclamó, y empezó á comer poco á poco, dominando las náuseas que le causaba el gusto de la carne cruda.

Cuando llegó al último bocado del primer pedazo, el sargento Fuentes se detuvo, pensando en los cinco palos que debía recibir.

Los cabos, viendo que no comía, empezaron á sacudirle de nuevo.

—No me peguen, por Dios! exclamó Fuentes sollozando, que voy á comer.

Y se echó á la boca el último pedacito.

Cuando lo tragó y hubo agarrado el segundo trozo, los cabos le aplicaron en plena espalda los cinco garrotazos ordenados.

—Esto es horrible! muy horrible! gritó Fuentes.

Si como me pegan y si no como también.

Mátlenme de una vez y así pronto habremos concluido.

—Coma sargento! se permitió decir uno de los cabos.

Como que se nos hace cuesta arriba pegarle.

Y Fuentes, sollozando ya y medio loco empezó á comer el segundo pedazo de una manera febril.

Y comiendo este volvió á recibir los segundos cinco palos.

La razón del sargento empezaba á estraviarse por la fuerza de la desesperación y del dolor.

—Mátlenme! exclamó, mátlenme de una vez pero yo no como más.

Y dejó caer los brazos á lo largo del cuerpo y bajó sobre el pecho la cabeza febril.

Los cabos entonces empezaron á cumplir la segunda parte de la órden.

Pegarle hasta que comiera.

El sargento Fuentes no pudo sufrir más y echó á correr por la cuadra.

Pero fué detenido en su carrera y se le siguió pegando.

—Basta! basta! gritó: no ven que como? Y semejante á un perro hambriento y loco de desesperación, empezó á devorar la carne pedazo tras pedazo.

Y por cada nuevo trozo que comía, se le aplicaban los cinco garrotazos ordenados.

Como los palos se aplicaban en las espaldas, Fuentes arrojó dos vómitos de sangre.

Sin duda sus pulmones empezaban á deshacerse.

Y como dejara de comer nuevamente, los palos se multiplicaron en una cifra superior á todo sufrimiento.

Fuentes ya no atinó á lo que debía hacer.

Tan pronto comía como lloraba, tan pronto dejaba de comer y prorumpía en una ruidosa carcajada.

Había perdido la razón.

Los palos siguieron cayendo sobre sus espaldas sin ninguna interrupción.

Pero ya Fuentes se encontraba insensible á ellos.

Comía ó no comía, riendo siempre, pero como un loco que está bajo la influencia de la locura que determina su causa.

De pronto cayó al suelo, postrado por el dolor y el cansancio y empezó á jugar con el resto de la carne.

El oficial suspendió el castigo por su cuenta y dió aviso de lo que sucedía.

Y la órden fué levantada para continuarla al día siguiente.

Pero el castigo no pudo seguir aplicándose, porque el sargento Fuentes se convirtió en un idiota insensible á toda palabra y á toda amenaza.

Pasaba el día y la noche en un rincón de la cuadra, haciéndose el que comía y pidiendo que no le pegaran más.

No hubo un solo soldado que no llorara al ver el estado á que había quedado reducido aquel hombre tan bondadoso y tan bravo.

Podría ningún consejo de guerra de cualquier ejército, condenar la sublevación de un regimiento tratado de esta manera?

Siguramente que no.

Hasta las hormigas levantan su inofensiva cabeza para morder el pié que las aplasta!

Y el derecho de defender la vida, es el más sagrado é inviolable de los derechos del hombre.

El sargento Fuentes fué dado de baja para librarse de aquel espectáculo conmovedor, que podía ser un día la acusación viva de su vergüenza.

Muchas veces hemos visto al sargento Fuentes, en las calles del Rosario, completamente

idiota y temblando á la vista de cualquier baston que veia en la mano de un transeunte.

El que dude del menor distallo de lo que hemos referido, puede leer los documentos que hemos citado, donde verán que esto mismo es pálido al lado de otras monstruosidades que allí figuran.

Pueden leer tambien la hermosa defensa que de dos oficiales del 9 hizo y publicó en folleto el distinguido teniente Capdeville, en tónoces, que es hoy uno de los oficiales mas brillantes de nuestro ejército.

Allí encontrarán datos mas conmovedores.

Despues del suplicio de Fuentes, un soldado tuvo el coraje de quejarse de que por toda racion se le habia dado un pan microscópico.

Llegada la queja á oidos del gefe, este le hizo colgar al cuello un collar de cincuenta panes grandes y lo condenó á comerlos como Fuentes habia sido condenado á comer la carne.

Cinco palos por cada pan que comiera y si no comia, palo hasta que comiese.

De este modo, y suponiendo que el estóma go hubiera tenido cavidad suficiente para contener aquella cantidad de pan, el soldado debia recibir doscientos cincuenta palos.

Y si no comia, entonces recibia palo tras palo, el número suficiente para concluir con su vida.

Este infeliz no quedó idiota como el sargento Fuentes, pero perdió la razon y por esta causa fué dado de baja.

Ante semejantes ejemplos Juan Sin Patria no se hubiera quejado aunque le hubieran dado á comer un pedazo de ladrillo.

Sufría en silencio todos los tormentos morales y materiales á que se le sugetaba, y andaba siempre alegre aunque su corazon estaba rebosando en lagrimas, para mostrar que era feliz con su suerte.

Gracias á esta táctica se libró de muchos sinsabores.

Muchos oficiales, segun lo manifestaron Amoretti y Llorente pidieron la baja, pero el Comandante no daba curso á la solicitud, temiendo que una vez libres, refirieran lo que pasaba en el cuartel.

Si los oficiales no podian obtener la baja ¿qué esperanza podia abrigar Juan Sin Patria, pobre paria sin ningun apoyo y sin ningun amigo?

El pobre se limitaba á agradecer á Dios la fuerza de resignacion que habia puesto en su alma, y esperar algun acontecimiento casual que como la vez primera le librara de aquel martirio interminable.

Tenia fé en la justicia de Dios, la única verdadera é inmutable, como todo lo que de Él dimana, y no perdía la esperanza de volver á ver á su muger y sus hermanos, si es que todavia vivian el dia de su libertad.

Y sufrió impasible todos los reverses de la suerte y las crueldades de aquel cuartel, que amenazaban no concluir sinó con la existencia del último soldado.

VIVIR MURIENDO

Escusamos narrar uno á uno y detalladamente los actos de crueldad análogos á estos, que se repitieron en el cuartel de aquel regimiento mártir.

Los soldados perecian de necesidad, al estremo de que no habia en él un soldado solo, capaz de permanecer dos horas seguidas de centinela, sin desfallecer.

Los soldados felices eran aquellos que andaban en comision en el campo, porque estos boleaban y tenian siquiera con que matar el hambre.

Y así pasó un año de sufrimientos feroces y habiendo siempre en el regimiento tantos soldados presos como francos.

Aquello tenia que terminar pronto, ó por un motin de cuartel, ó por una medida severa del Ministro de la Guerra, que ignoraba los hechos.

El hambre es un mal consejero, y general-

mente ella ha sido la causa á que han obedecido la mayor parte de las sublevaciones que ha habido en nuestro ejército.

Y si no estalló ya, era debido á la influencia que los oficiales tenian con las clases, influencia que ejercian aconsejándoles que no se sublevaran.

Los soldados, ansioso hacerlo, se contentaban y sufrían por falta de una cabeza que les guiara, pero esperaban la menor palabra para correr á las armas y romper de una vez aquella esclavitud intolerable.

Profundos rencores habia en el corazon de aquellos mártires, á cual mas violento é inextinguible.

El que sentian por el proveedor y el que sentian por el gefe á cuyos bolsillos iban sin duda á parar todo lo que se economizaba sobre su hambre y su miseria.

La mirada de cada uno de ellos respiraba

veneno cada vez que se encontraba con cualquiera de aquellos dos hombres, á quienes sin reparo de ninguna clase hubieran comido las entrañas.

Y aunque sentían el deseo de lanzarse sobre ellos y despedazarlos, no se atrevían ni siquiera á comunicárselo entre ellos por temor de una delación.

Si hubieran tenido el apoyo y la iniciativa del último cabo del regimiento, se hubieran lanzado á la sublevación.

Pero todos se tenían desconfianza y no se atrevían á hacerse la proposición.

Los que podían haberlo hecho, impulsados por la desesperación, que eran los forzados al servicio, estos vivían eternamente en el cepo y no se les daba armas temiendo con razon se sublevaran en cuanto las tuvieran.

Los oficiales entre tanto no desmayaban á pesar de la vigilancia de que eran objeto y los castigos denigrantes de que habian sido víctimas.

Y cada vez que podían burlar la vigilancia enviaban una nota al superior ó una carta á algun amigo, dándole cuenta de todos aquellos horrores y pidiendo los pusieran en conocimiento de la superioridad.

Tanto escribieron y tanto insistieron, que al fin los hechos llegaron á conocimiento del Ministro de la Guerra, que mandó instruir un minucioso sumario sobre todas aquellas denuncias.

El momento del desquite llegaba y los oficiales y tropa se preparaban á hundir con sus revelaciones al verdugo comun.

Habia una dificultad séria que vencer y esta era la de decidir á la tropa á que declarara la verdad.

Los soldados tenían miedo, con razon, y hacian á sus oficiales las siguientes reflexiones:

Si el Comandante fuera á ser destituido y castigado, ya lo creo que declararíamos.

Pero y si no nos hacen caso?

Y si sigue mandando el regimiento porque tiene buenos empeños, quién nos librará á nosotros de ser descuartizados?

—Pero es que para que lo castiguen y le quiten el mando, es preciso que ustedes declaren todo.

Si ustedes se callan ó niegan, por qué lo van á destituir entonces?

Seguirá mandando el regimiento y ustedes sufrirán eternamente, teniendo bien merecido lo que les suceda, por cobardes.

No se gana la libertad sin arriesgar algo por lo menos.

De qué diablos sirve la vida si no la han de jugar por ser libres?

Esta manera de razonar, clara y precisa, decidió á declarar á algunos soldados, y decidi

dos unos se decidieron todos, aunque haciendo esta conclusion.

Si se salva el Comandante porque tiene buenas agarraderas, quedamos lucidos todos.

Pero entonces nos queda el recurso de la sublevación, encabezada por nuestros mismos oficiales, que quedan tan colgados como nosotros.

El sumario empezó á formarse con suma proligidad, pues las denuncias eran muchas y variadas.

Era un sumario que iba á tardar muchos meses en estar concluido y listo para el fallo, pues en él tenían que declarar todos los oficiales y tropa que componian el regimiento.

Todo el regimiento fué constituido en prision.

El gefe y los oficiales en sus alojamientos respectivos y la tropa en sus cuadradas, sin armas y con sus correspondientes centinelas.

Aquella fué la única época feliz de aquel pobre regimiento.

Bajo el amparo del fiscal militar, las raciones se distribuían por su cantidad exacta y los soldados nadaban en la abundancia.

Fué entonces que establecieron la diferencia de lo que antes se les daba y lo que se les dió en aquellos meses, comprendiendo recién en toda su magnitud, la explotación de que habian sido víctimas.

El soldado mas dichoso de todo el regimiento era Juan Sin Patria, que sacaba las siguientes alegres cuentas:

—Declararé como me han hecho formar parte de este cuerpo maldecido, y me pondrán en libertad.

Cómo no me han de poner en libertad si soy soldado cumplido con un exceso de nueve años?

Me han enganchizado á la fuerza, y la prueba de que yo no me he enganchado, es que no he recibido ni un medio de las cuotas de enganche, porque esto hubiese sido consentir en él.

Me pondrán entónces en libertad y esta vez que me agarre el diablo, si puede.

Veré á mi muger y á mis hermanos, si viven, que si han de vivir y buscaré á Marta para agradecerle tambien todo lo que la debo.

No está demás en este mundo ser agradecido!

Y pensando así, Juan declaró á su turno, y de tal manera que fué preciso hacerle abreviar la declaración.

Sinó hubiera sido capaz de hablar un mes seguido.

Y concluida su declaración se retiró á la cuadra aliviado de un peso enorme.

Le parecia haberse rejuvenecido diez años. Y libre de todo servicio y devorando su ra-

cion diaria, pasaba así los días, considerándolos los más felices de su vida militar.

Los oficiales y soldados declararon todos, haciendo los mismos terribles cargos al Comandante, lo que demoró el sumario haciéndolo voluminosísimo.

Allí iban desfilando uno á uno y como espectos sangrientos, los soldados que fueron despedazados en las estacas y muertos otros en el cepo colombiano y otros martirios.

Allí apareció el sargento Fuentes, idiotizado á palos y un soldado loco por la misma causa.

El hambre que habían pasado, los enganchados que no habían visto sus cuotas, los oficiales castigados como si fueran soldados, y privados de toda comunicacion exterior; todo se aglomeró como una montaña sobre la cabeza de aquel jefe criminal.

Terminado el sumario, fué nombrado el consejo de guerra que debía fallarlo, los defensores del Comandante y los que aparecían complicados con él.

El fiscal pedía una pena violenta, pero el consejo de guerra fué más allá todavía.

Después de oír la palabra elocuente y severa del bizarro teniente Capdeville que hacia cargos terribles é ineludibles, y después de haber estudiado el proceso con toda detencion, el consejo de guerra dió su fallo tremendo, elevando el sumario á la resolucion del Gobierno.

Aquel consejo de guerra inspirado en las más severas leyes del honor, condenaba al jefe acusado á devolver los dineros que retenia en su poder y á diez años de presidio.

Con esta terrible sentencia el voluminoso sumario fué pasado al Ministerio de la Guerra, quien lo elevó á su vez al Asesor militar.

Entónces fué nombrado Ministro de la Guerra el general Roca, jefe de aquella frontera, lo que fué una nueva esperanza de que se cumpliría la sentencia dictada por el consejo de guerra.

El general Roca estaba empapado en todos los hechos que figuraban en el sumario; le constaba la culpabilidad del jefe acusado y no podia negar su apoyo á las víctimas que confiaban en él.

Pero sucedió todo al revés de lo que se esperaba.

Ignoramos el motivo, y no es averiguarlo nuestra mision.

Pero el general Roca influyó con el Asesor para que la sentencia fuera modificada y el Comandante condenado repuesto en su grado y en el comando de su regimiento.

Las víctimas venian á ser entregadas nuevamente á su verdugo, que empezaría por tomarles estrecha cuenta de sus declaraciones.

Esto era infame y monstruoso, pero era lo que se buscaba.

El Asesor modificó la sentencia y el sumario fué resuelto en su último trance, de esta manera:

Condénase al Comandante á devolver de sus haberes el dinero distraído, dando por compensadas las demás faltas con el tiempo de prision sufrida.

Y esta última sentencia fué aprobada por el Ministerio de la Guerra, que mandó archivar el largo sumario.

Ante semejante iniquidad, los oficiales del cuerpo pidieron inmediatamente la baja y dos de ellos tuvieron el corazon bastante bien templado, para acudir á la prensa á defender el honor militar, vejado con aquella reposicion inesplicable.

Pero todo fué en vano.

Apesar de aquellos artículos que hacian conocer del pueblo de la República las revoluciones más terribles del sumario, el Ministro de la Guerra superó al mismo dictámen del Asesor.

El Comandante condenado á diez años de presidio fué repuesto no solo en su rango y honores, sino en el mando del mismo regimiento donde habia ejercido sus actos inicuos y feroces.

El fin de todas las tragedias y dramas que vemos representar en los teatros, tienden á levantar la moral sobre el vicio.

El crimen encuentra su castigo, en el último acto, y la virtud alcanza al fin su recompensa.

En los dramas militares sucede precisamente lo contrario.

El último acto representa siempre el premio del vicio y de la crápula y el castigo del inocente que muere ignorado entre los horrores de la cuadra ó las feroces penas á que están sujetos nuestros soldados.

Así las víctimas venian á ser nuevamente entregadas á su verdugo, inermes y sin el menor amparo.

Los soldados se aterraron ante la noticia de que el Comandante volvía á mandar el regimiento.

Todos ellos habian declarado en su contra, escudados en la terrible verdad de los hechos.

Y si inocentes habian sido tan ferozmente tratados, que seria entónces, que se habian mostrado enemigos á muerte de su jefe, revelando sus crímenes?

Juan Sin Patria se echó á temblar, creyendo llegado su último momento.

Ya no le valdria su falsa alegría y la conformidad que fingia antes, pues en su declaracion habia mostrado todo el ódio y desprecio que sentia por su jefe.

Resuelto á vender cara la vida si trataban de arrancársela, se puso el cuchillo en la cintura y esperó tranquilo el momento amargo.

—Siempre tendré tiempo de hacerle escupir sangre del corazón, el día que me condenen á muerte.

No he defendido impunemente la vida durante doce años, para que me la arranque el primer bandido que quiera gozarse en mi agonía!

Hoy quiero la vida tanto como antes la he aborrecido y la he de defender hasta el último trance.

Si caigo, caeré matando—siempre será un consuelo que endulzará mi último momento.

El Comandante repuesto, como era de esperarse, cayó al regimiento con el corazón sediento de venganza.

Y los soldados que lo eran mas antipáticos, pagaron cara la declaración que habían prestado.

Cuánta razón tenían los pobres, cuando se negaban á declarar en contra de su jefe!

Los oficiales estaban salvos, porque habían pedido y obtenido su baja.

Pero ellos, pobres párias, quien les libraria de la venganza del jefe?

Como éste no podia exterminar á todo el re-

gimiento, se contentó con vengarse, como hemos dicho, en los soldados que le eran mas antipáticos.

El regimiento siguió preso, y cuidado por aquellos soldados con quienes por ganarse su buena voluntad, el Comandante aparentó ignorar que habían declarado en su contra.

Juan quedó entre estos últimos, pero no por esto confió mucho en las demostraciones del jefe.

—El día que llegue á saber todo lo que yo he dicho, pensó, el pedazo mas grande de mi cuerpo no abultará el tamaño de un kepí.

No hay que descuidarse pues, y vivamos alerta.

La cuestión es no dejarse madrugar, por aquello de que el que pega primero pega dos veces.

Y resuelto á morir de la manera que había pensado, esperó tranquilo su libertad ó su muerte, puesto que en aquel cuerpo no había términos medios.

Trató de seguir su servicio como hasta antes del sumario fatal y descansó en su esperanza, que ahora mas que nunca y sin saber por qué, se fijó en su corazón,

JUAN SIN PATRIA

Pasemos, pasemos sobre todos los horrores cometidos con aquellos soldados tan dignos de mejor suerte.

Pasemos sobre aquellas estacas ensangrentadas y aquellas exenas de muerte y desolación y limitémonos á seguir á nuestro héroe hasta su monte Calvario.

No bastarian mil pájinas impresas, si nos tuéramos á detener ante cada dolor y cada herida.

Juan soportó todavía un año y medio mas de incalculables sufrimientos, pero siempre sostenido por la esperanza de volver á ver á los suyos.

—Dices está para algo en el cielo, decía á cada instante y es preciso fiar en su misericordia infinita.

Había ingresado al ejército vigoroso y lleno de vida, y despues de catorce años de servicio, se encontraba con la salud arruinada, cubierto de cicatrices, é inútil ya para ganarse la vida.

Por qué había de desesperar entonces, cuando tal vez había llegado al fin de la jornada?

—No hay que desmayar entonces, concluyó en su pensamiento y tratemos de hacer cambiar la suerte.

Pero entonces sucedió un acontecimiento que hizo abandonar á Juan toda esperanza de libertad hasta pasados algunos meses.

Buenos Aires se había levantado en armas, en el mas grandioso de sus movimientos, para defender su libertad escarnecida y sus derechos hollados.

Se trataba de defender lo mas sagrado que tiene un pueblo y Buenos Aires, apoyado en la santa causa que defendía, se levantó como un solo hombre y se dispuso á luchar hasta el último trance.

Fué aquel el movimiento que principió en Olivera y terminó con el bombardeo del Retiro, primero y último acto de aquella tragedia memorable.

Pasemos, pasemos tambien sobre los horrores de estos dias supremos, porque ellos están aún frescos en la memoria del lector.

Pasemos sobre las ruinas de la patria y sigamos á Juan en el momento mas amargo de toda su vida.

Su regimiento, como todo el ejército de líneas, concurrió á la batalla y Juan vino con él sin saber á que venia.

En el combate de Olivera pudo recién explicarse lo que sucedía, por lo que había oído

hablar á sus oficiales y la direccion que seguia la columna.

Se trataba de pelear contra Buenos Aires, su provincia madre y Juan esperimentó un nuevo dolor que no habia soñado quizás que existiera y por primera vez de su vida entró al combate resuelto á morir.

El pobre pária, sin familia, sin hogar, sin derecho y sin libertad, él, Juan Sin Patria, que no era dueño de nada en el mundo, se encontró que todavia tenia algo que no habian podido arrancarle ni le arrancarían jamás.

El santo amor por el pedazo de tierra donde abrió los ojos á la luz del dia.

Y era contra aquel pedazo de tierra que iba á esgrimir sus armas. Jamás!

Su corazon se refugió en su seno sollozante y derramó la primer lágrima que le arrancaba aquel nuevo dolor.

Y vió á los paisanos que guiaba al combate el bravo coronel Arias, saludar sonriendo las metrallas que les lanzaba la artilleria, al grito entusiasta de: ¡Viva Buenos Aires! y sintió que el corazon latia en su pecho como nunca habia latido y que su mano se negaba á sostener el sable.

—Aquella es carne de mi carne! gritó con su pensamiento—allí están los míos, allí está la libertad y la justicia, y su alma entusiasta se estremeció al eco de aquel grito sublime que repitió en su fondo, ¡viva Buenos Aires!

Cuatro dias despues, Juan se encontraba con su regimiento, frente á la histórica meseta de los corrales, que defendia con una bravura imponente el héroe de aquella fecha memorable de aquel combate inolvidable, el Coronel Hilario Lagos.

Y el grito de ¡viva Buenos Aires! dominando el fuego terrible del remington, volvió á levantar un eco de sublime pasion en el corazon de Juan Sin Patria.

Y permaneció sordo á la voz de fuego! que daban sus oficiales.

—Fuego! repitió uno de ellos que observó que Juan no obedecia, cruzándole la cara de un cintarazo—fuego, canalla!

Y Juan aturrido llevó la carabina á la cara, pero sus manos temblaron y el arma cayó al suelo.

—Perdon mi oficial, no puedo, dijo, y levantó la mirada velada por las lágrimas—es Buenos Aires el pedazo de tierra donde he nacido.

—Fuego, cobarde gritó el oficial levantando nuevamente su sable, pero en aquel momento una bala enemiga lo hizo rodar al lado de la carabina de Juan.

—No habrá nada que me haga disparar un tiro, murmuró, esta es mi tierra, la tierra de los míos, donde descansan mis padres y mis hijos

y donde aún viven los únicos seres que me quieren en el mundo—viva Buenos Aires!

Felizmente aquel grito se perdió entre el fragor del combate y ninguno de sus compañeros lo pudo escuchar.

Por fin despues de aquel dia de sangriento combate, el ejército se retiró hecho pedazos.

La terrible meseta de l coronel Lagos habia barrido cuanto se puso á su frente.

La noche que sucedió á aquel dia de sangre y muerte, fué noche de tréguas, destinada á recoger los heridos que alfombraban el campo.

Juan Sin Patria pensó que al dia siguiente se reanudara el combate y decidió desertar á toda costa.

—Me voy con los míos, pensó, con los que defienden á Buenos Aires y mueren al pié de sus trincheras.

Y protegido por la oscuridad y la llovizna de aquella noche inolvidable, abandonó su carabina y vino á buscar una entrada á la ciudad.

Pero estaba de Dios que aquel dia habia de ser dia de impresiones terribles para el pobre Juan.

Iba á atravesar una boca-calle, en busca de la primer trinchera para presentarse, cuando sintió que su corazon se helaba de espanto y que el cabello se enderezaba sobre su cráneo.

De una sala á la calle oyó dos voces que conversaban, y se prendió á la reja de la ventana, como si sus manos se hubieran adherido á ella.

Aquellas dos voces que hablaban lo habian transportado quince años atrás y acababa de reconocer en ellas á su hermano Pedro y á su mujer.

Qué casualidad misteriosa le habia guiado hasta aquella reja, en aquel momento?

Juan absorbió con todos sus sentidos el sonido cariñoso de aquellas dos voces, el mundo entero desapareció ante su mirada, y quedó allí mudo y estático ante aquella reja.

La impresion recibida habia sido tan fuerte, el sacudimiento de su corazon tan violento, que algo semejante á la muerte recorrió todo su ser.

Y escuchaba aquellas dos voces, como un idiota, sin poder darse cuenta de lo que le pasaba, y sin atinar con un movimiento que á ellas le acercara.

Aquella impresion debia terminar por un acceso de locura, ó por uno de aquellos llantos dulcísimos que salvan la razon próxima á estallar.

Y pasaron cinco minutos sin que Juan saliese de su aturdimiento peligroso.

De pronto se detuvo á su espalda un pelotón de soldados al mando de un oficial.

Eran soldados del enemigo que recorrían las cercanías de las trincheras, para impedir la entrada de desertores.

—Un desertor! gritó el sargento, que acababa de ver á Juan y reconocido en él un soldado de caballería de línea.

Y el peloton avanzó hasta la ventana, sin que Juan, presa aún de su aturdimiento, lo sintiera llegar.

—Qué haces aquí? preguntó el oficial sacudiendo á Juan violentamente.

Pero Juan ni lo vió, ni sintió al sacudida, por violenta que ésta fué.

—Qué haces aquí? volvió á preguntar el oficial, sacudiéndole la cabeza contra la reja.

Juan dió vuelta esta vez como un idiota y lo miró como si no lo viera.

Todas sus facultades estaban embargadas por el sonido de las dos voces.

—Es un desertor, volvió á decir el sargento, que se venia sin duda á la ciudad.

—En donde están tus armas? volvió á preguntar el oficial, en donde están tus armas y que haces aquí?

Esta vez Juan oyó la palabra desertor, sin duda y miró de nuevo al oficial, soltándose de la reja, con una mirada colorosa.

Iba tal vez á contestar cuando sintió el ruido de las voces.

Entonces sin atinar á nada ni darse cuenta de lo que le pasaba, corrió hácia la puerta y llamó con temblorosa mano.

El desertor trataba de escapar segun el oficial.

Y deteniéndolo por un brazo, volvió á preguntarle que hacia, sin que Juan pudiera responder.

Fusileo, sargento, dijo entonces el oficial dejándose llevar por la ira.

Juan fué puesto contra la pared en el acto y cuatro fusiles apuntaron á su pecho.

El peligro que corria, la idea de la muerte en el momento que le era mas cara la vida, le devolvieron el uso de la palabra.

Su cuerpo se estremeció de una manera poderosa, y quiso hablar.

Pero tarde, demasiado tarde.

Cuatro detonaciones se dejaron sentir, y el cadáver de Juan rodó hasta el medio de la calle.

El peloton se retiró en busca de nuevas víctimas, despues de haber cumplido aquel actu de justicia, segun el oficial que lo ordenó.

Al dia siguiente Pedro abrió la puerta y el cadáver de Juan fué lo primero que se ofreció á su vista, pero nada le dijo en él que podia ser su hermano.

Aquel noble y juvenil semblante que habia visto él por última vez, estaba horriblemente desfigurado por los años, el sufrimiento y las cicatrices que le cruzaban en todas direcciones.

Horrorizado Pedro volvió á cerrar la puerta para que su hermana y cuñada no vieran el triste espectáculo.

Al otro dia recién fué levantado el cadáver por los soldados de la Convalescencia.

—
Así murió aquel desgraciado, víctima de nuestro infame y maldecido régimen militar.

